

FICCIÓN



# WULCANO

MARIAH EVANS

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019  
info@edicioneskiwi.com  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2019

© 2019 Mariah Evans  
© de la cubierta: Borja Puig  
© de la fotografía de cubierta: shutterstock  
© Ediciones Kiwi S.L.  
Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

## AGRADECIMIENTOS

*Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Bet Toboso y a su madre Berta Sala.  
Escribir también te da la oportunidad de conocer a gente extraordinaria.  
Muchas gracias por apoyarme en mi sueño.  
Mariah*

# PRÓLOGO

COSTA DE GELA, SICILIA, 2015

Bronte se sujetó con fuerza a la embarcación mientras las olas la mecían de un lado a otro. No hacía buen día, de hecho, parecía que estaba a punto de llover. Miró al horizonte donde, a poco más de trescientos metros, se encontraba la costa de Gela plagada de lujosos hoteles con todo lo necesario para pasar unas ostentosas vacaciones.

Se giró y observó a su hermano. Arges se encontraba sentado en la bañera del yate de siete metros de eslora.

Si lo encontraban, si se hacían con él, lograrían iniciar una nueva era. En realidad, no era el único objeto que necesitaban, pero aquello era un inicio.

Ya estaban hartos, aquella situación se les había escapado de las manos. Los dioses, los que reinaban sobre aquel mundo, lo habían rebajado a la calidad de un burdel, a un simple lugar donde jugar y pasar el rato, sin importarles el hambre, las enfermedades y las desgracias que los humanos sufrían. Todo aquello cambiaría y el inicio de ese cambio daba comienzo encontrando aquel valioso objeto.

Ambos lo habían sabido desde pequeños.

Su padre, Hades, no era muy asiduo a ese mundo, no solía subir a la superficie, pero ellos dos y su hermano Estéropes eran fruto de varios de sus escauceos amorosos. Una vez los dioses se habían divertido volvían a su plácida existencia, sin importarles el dolor que allí se sufría.

Lo llamaban el libre albedrío, sin embargo, no era más que una mera excusa para justificar su pasividad. Un simple chasquido por parte de ellos, apenas una palmada y muchas de las sinrazones que ocurrían en el mundo desaparecerían, pero ¿para qué iban a hacerlo? ¿Para qué iban a molestarse en ayudar a los pobres humanos?

Aquellos hijos que los dioses engendraban como un pasatiempo eran los encargados de mirar por el bienestar del mundo y de protegerlo. Eran, básicamente, sus comodines.

Aquello se acabaría, todo cambiaría. Conseguirían su merecido puesto como hijos de los dioses y derrocarían a aquellos que los oprimían. Siempre obedeciendo sus órdenes, siempre agachando la cabeza...

Había llegado el momento del cambio.

Tres eran los objetos que permitirían abrir las puertas del Tártaro y liberar al titán Crono, el único capaz de hacer frente a Zeus.

El primer paso lo tenían hecho.

Hades, padre de Bronte, Arges y Estéropes, dios del inframundo, les conduciría hasta las puertas del Tártaro, puertas que se abrirían gracias a los tres objetos que necesitaban: el tridente de Poseidón, el casco de Hades y el rayo de Zeus.

—¡Los tenemos! —gritaron por la proa los buzos.

Bronte y Arges se movieron junto al resto de los hombres que los acompañaban, que no sabían realmente cuál era el verdadero cometido de ellos dos. Una expedición, una búsqueda de vestigios de civilizaciones perdidas, unas coordenadas... y ya tenían a un equipo científico deseando financiar los gastos de tal empresa.

Uno de los tres buzos que había descendido a las profundidades entregó una bolsa donde, en principio, habían introducido los objetos encontrados.

Los cuatro hombres que formaban el resto de aquella expedición los ayudaron a subir.

—Es increíble —susurró el primero de los hombres que subió a la embarcación, quitándose las gafas de buzo y soltando la bombona de oxígeno con cuidado sobre uno de los asientos—. Esta zona es un verdadero museo subacuático.

Bronte apartó de malos modos a uno de los hombres que se acercaba para abrir la bolsa.

—¿Qué habéis encontrado?

Los otros dos buzos subieron a la embarcación.

—Hay que analizarlo, pero creo que... creo que es oricalco —comentó con voz entusiasmada.

Aquello hizo que Bronte sonriese y mirase de reojo a su hermano.

—¿Estás seguro? —preguntó uno de los hombres mientras ayudaba al último de los buzos a quitarse la bombona.

—No. Hasta que no lo analicen en el laboratorio no lo estaré, pero... —tragó saliva y se pasó la mano sobre el cabello mojado—, si es así, es el material que Platón describía en sus escritos y con el que comerciaban los atlantes.

Bronte se puso en pie con la espalda recta.

—¿Qué más habéis encontrado? —preguntó con voz grave, sin compartir la alegría que imperaba en las voces del resto del equipo.

—Dos cascos —dijo uno de los buzos abriendo la bolsa finalmente.

Bronte se agachó para observar mientras Arges se colocaba a su espalda.

—¿Dos?

El buzo lo miró entusiasmado.

—Sí, ¿no es increíble? —preguntó con fascinación. En ese momento extrajo los dos cascos desgastados por el transcurso del tiempo, aunque una vez pasasen por las manos de expertos restauradores quedarían como nuevos.

Se trataba de dos cascos corintios de un color dorado oscuro y que cubrían hasta la nuca; por delante cubrían parte de la nariz.

Bronte miró a su hermano con fastidio y este se adelantó.

—¿No había nada más? —preguntó Arges.

El tono de la pregunta quebró la felicidad de los arqueólogos. Uno de ellos se puso en pie con una sonrisa.

—Sí, supongo que habrá más, pero tendremos que hacer más inmersiones.

Bronte colocó una mano en el pecho de su hermano distanciándolo de todos para tener un poco de intimidad.

—No está aquí —protestó Arges—. La batalla fue en esta zona, es donde se vio el casco por última vez —continuó.

—Pues está claro que alguien lo ha encontrado antes que nosotros —remarcó Bronte con los labios apretados, cargado de furia. En un solo segundo todas sus esperanzas se habían esfumado.

Se quedaron observando a los buceadores. Aquel contratiempo alteraba su plan. El casco de Hades debía estar justamente ahí, en el fondo del mar junto al navío hundido, así que una de dos: o aquella información que le habían facilitado estaba incompleta o alguien se les había adelantado. Necesitaban encontrarlo como fuese, pero, mientras tanto, no podían quedarse de brazos cruzados.

—Está bien. Si por ahora no podemos hacernos con el casco de Hades, iremos primero a por el tridente de Poseidón —comentó con una sonrisa diabólica.

Arges no pareció estar de acuerdo con su hermano, pero asintió. Al fin y al cabo, hasta que no les diesen una ubicación más exacta no podrían volver a buscarlo.

—En fin, ¿hablaste con el señor Morris para costear la financiación de la excavación?

Arges asintió mientras miraba en dirección a la orilla.

—Sí.

—¿Y bien?

—Financiará la expedición de Doñana —concluyó.

# Capítulo 1

EN LA ACTUALIDAD, WASHINGTON D.C.

Neil miró de reojo a Karan y a Gael que se tronchaban de risa al verlo.

—¿En serio? —preguntó Neil al señor Robert Morris. Lo miró esta vez más enfadado—. Estás de broma, ¿verdad? —gritó mientras se observaba el ajustado traje.

—Yo... yo.... —balbuceó Robert.

—¿Qué? —gritó Neil desquiciado por las risas de sus compañeros.

—Pensaba que os gustaría —acabó excusándose.

Neil suspiró.

Todo había sido demasiado precipitado. De estar vigilando los volcanes de Islandia e ir controlando el deshielo que estaba sufriendo Groenlandia a tener que perseguir semidioses con ansias de poder por todo el mundo.

Conocía a Hermi, su gran amigo, desde su nacimiento. Aquel era el apodo con el que todos lo llamaban, aunque su verdadero nombre era Hermes, el mensajero de los dioses, hijo de Zeus y de la pléyade Maya, que tenía la función de poner en contacto a todos los hijos de los dioses que vivían en aquel mundo.

Por ello, cuando Hermes (o Hermi, como todos lo llamaban) había acudido en su búsqueda para pedirle ayuda, no lo había dudado ni un segundo.

La ciudad de Tartessos había sido descubierta y, por lo tanto, el regalo que Poseidón había entregado a los atlantes quedaba expuesto a la crueldad de aquel mundo. Un regalo que, en principio, había sido otorgado para mejorar la vida de todos aquellos que habitaban la Atlántida, pero la codicia y las ansias de poder de sus habitantes habían hecho que usasen ese regalo como un arma para conquistar los pueblos colindantes, sembrando el caos y la muerte en gran parte del mundo.

La reacción de Poseidón no se había hecho esperar, hundiendo bajo las aguas del océano Atlántico aquella próspera tierra, sumiéndola en el olvido de las generaciones venideras. El arma había permanecido en Tartessos, una de las antiguas colonias de la Atlántida, y por ello era de vital importancia que los hijos de Hades no consiguiesen llevar a cabo la excavación en Doñana, pues bajo sus marismas se encontraba escondida la ciudad de Tartessos y, con ella, el regalo del dios Poseidón.

Sus alarmas se habían disparado tras comprender que aquel no era el preciado objeto que buscaban. Aquel regalo que generaba vida, una fuente inagotable de agua, les permitiría encontrar el mismísimo tridente de Poseidón con el que este había hundido la Atlántida. Ahora bien, la única razón para querer hacerse con dicho tridente era la de querer liberar al titán Crono, el titán que había permanecido durante milenios encarcelado en el Tártaro, sumido en un largo sueño. Para liberarlo no solo era necesario el tridente de Poseidón, sino también el casco de Hades y el rayo de Zeus, los tres objetos forjados en el Tártaro por los cíclopes y usados por Poseidón, Zeus y Hades para derrocar a su padre, el titán Crono.

Hades, no muy contento con la repartición del mundo que se había realizado entre los tres hermanos tras la guerra de la Titanomaquia, ahora se sublevaba contra ellos. De hecho, también

sus hijos y los descendientes de numerosos dioses pretendían derrocar a Zeus, el dios que los había liberado a todos. Ahora era Zeus quien parecía un opresor a ojos de todos aquellos semidioses descontentos. El hastío de los descendientes de los dioses era significativo.

Una vez que el bando de Hades se hizo con el primer objeto, el tridente de Poseidón, aquello había empeorado.

Neil y sus compañeros debían evitar a toda costa que lograsen dar con el casco de Hades y con el rayo de Zeus. Para ello, Hermes se había encargado de reunir a los semidioses afines a la causa con más potencial: Gael, hijo del dios Poseidón, Karan, hijo de Zeus, Elin, hija de la diosa Eira y el propio Neil, hijo de Belenus o, como a sus compañeros les gustaba mencionar para provocarlo, hijo de Vulcano.

La primera tarea era saber dónde se encontraba el casco de Hades.

Se trataba de encontrar objetos ocultos al mundo durante milenios y no era nada fácil dar con ellos. Además, el asunto se complicaba mucho más cuando debían hacerlo a contrarreloj, conscientes de que de los hijos de Hades serían ayudados por muchos semidioses más de tipo menor que los apoyaban y que lucharían por aquella estúpida causa: la sublevación contra los dioses mayores.

Eso no podían permitirlo.

Las ansias de poder que los dominaban podían repercutir en toda la humanidad. Liberar al titán Crono para derrocar a Zeus ya era de por sí una idea estúpida y, a su parecer, también peligrosa.

Por eso se habían unido formando un grupo de cuatro que, en principio, lideraría la ofensiva que estaba a punto de librarse.

Neil, junto a Gael, Karan y Elin se había trasladado a Washington. ¿La razón? Un multimillonario estadounidense, Robert Morris, que estaba dispuesto a ayudarlos en gratitud por haber salvado la vida de su esposa.

Inicialmente la necesidad de salvar a su esposa del cáncer le había hecho confiar en los descendientes de Hades para que invirtiese todo su patrimonio en la excavación de Doñana y hacerse así con el tridente.

No obstante, aquello ya era agua pasada. No podían cambiarlo por mucho que quisiesen.

Al menos ahora parecía que iba a ayudarlos.

Lo primero que había hecho gracias a su compañía *Horizont Corporation* era diseñar unos trajes especiales que les permitiesen llevar a cabo con facilidad sus misiones.

—Elin me explicó que manipulas el fuego —continuó el señor Morris con voz temblorosa. Una mirada de soslayo asomó en el rostro de Neil—. Este traje no se destruye a altas temperaturas.

Neil rugió mientras se miraba en el espejo. El traje era de color negro y le estaba bastante ajustado para su gusto; llevaba unas rodilleras y unas coderas redondeadas en color rojo brillante.

—Ya... Estoy ridículo. —Suspiró y chasqueó la lengua.

Robert Morris se acercó más a él.

—Es cómodo, ¿verdad?

Karan que lo observaba desde atrás dio un paso al frente.

—Y te hace el culito respingón —bromeó llevándose una mirada enfurecida de Neil.

Robert se giró hacia ellos.

—Los vuestros están ahí. —Señaló el probador, haciendo que la sonrisa se borrara de todos ellos—. Son iguales. —Se acercó más a Gael mientras este enarcaba una ceja—. A ti te lo han diseñado para que sea impermeable y te permita alcanzar una velocidad aún mayor en el agua. Es muy aerodinámico.

—Ah, vaya... Aunque supongo que querías decir que es muy hidrodinámico —comentó Gael sorprendido mientras se acercaba al probador. Luego resopló cuando lo observó. El traje, pese a ser negro también, estaba forrado por una fina capa plateada formada por escamas. Al igual que el de Neil, su compañero, tenía unas rodilleras y unas coderas, aunque de color turquesa. Suspiró y miró mosqueado a Robert—. Brilla un poco, ¿no?

El señor Morris ignoró su comentario mientras le indicaba que se lo probase y fue a por el siguiente.

—Tu traje —señaló a Karan—, te permitirá manipular la electricidad por todo el cuerpo.

—Ya la puedo manipular por todo el cuerpo —explicó con tono prepotente.

—Ya, y supongo que la ropa se te chamusca —aclaró Robert—. Este traje lo resistirá. —Lo cogió y se lo mostró. En ese caso, lo que lo diferenciaba del traje de Neil era que sus rodilleras y coderas eran de color plateado.

—¿Por qué el mío es de color plata? —preguntó mientras se colocaba enfrente y lo observaba intrigado.

Robert se encogió de hombros.

—Creo que es el color que más os va.

Elin se acercó con rapidez.

—¿Y el mío? —preguntó entusiasmada, lo que hizo que sus tres compañeros se girasen para observarla.

—Aquí está el tuyo —pronunció Robert sonriente al ver el entusiasmo de la joven.

El traje era igual que los anteriores, solo que en este caso se distinguía por tener las protecciones de color dorado y era bastante más pequeño que el de ellos.

Karan ladeó su cabeza hacia Robert.

—¿No se lo has hecho en rosa?

—Eh —intervino Elin mientras lo observaba entusiasmada—, ¿y por qué iba a ser rosa?

Karan se encogió de hombros con una ligera sonrisa.

—Vamos, vamos, probáoslos —los animó Robert con paciencia.

Cuando los cuatro se colocaron ante él con los trajes ya puestos, se giraron para observarse entre ellos, despertando miradas curiosas entre todos.

Gael se estiró.

—Bueno, son bastante flexibles y cómodos —admitió mientras se miraba en el espejo.

—Permiten una total movilidad —apuntó Robert con rapidez, contento por aquel cumplido.

Elin se mantenía un poco distanciada, bastante tímida.

—Ammm... creo que es un poco ajustado —dijo mientras se observaba.

Karan dio unos pasos hacia ella, observándola, y luego se giró hacia el señor Morris.

—Sí, creo que el de nosotros tres lo es, a mí el tuyo me parece bien... —Luego guiñó un ojo a su compañera.

Elin rugió y elevó los brazos.

—Grr... —Resopló y se miró de nuevo en el espejo—. No sé yo...

El señor Morris extendió los brazos hacia ellos.

—Bueno, haced una cosa, probadlos y si no os parecen bien, podéis traerlos.

—Esto de las rodilleras y las coderas, ¿no se puede cambiar? —preguntó Neil.

—Es para diferenciarlos —admitió Robert desquiciado ante las continuas quejas.

Hermi que se había mantenido apartado todo el rato, se acercó para observarlos.

—Pues a mí me gustan —comentó.

Neil se acercó a su amigo.

—¿Y para él? —preguntó señalando a Hermi—. ¿No le has preparado un traje?

Robert tragó saliva.

—Yo... Amm... Elin me dijo que él no luchaba y pensé que...

—No, no —contestó Hermi sonriente—. No hace falta —continuó sacudiendo su mano.

Karan se acercó a él con una sonrisa maliciosa y puso una mano en su hombro.

—¿Cómo que no? Hay que hacerle un traje —reaccionó divertido.

Hermi sonrió con timidez hacia Robert.

—De verdad que no... No hace falta...

—Que sí, hombre, que sí —insistió Karan.

—¡Y yo te digo que no! —gritó Hermi al final, luego rebajó el tono y sonrió débilmente mientras un tic se instalaba en su párpado—. De verdad que no —susurró.

Neil, que aún se observaba en el espejo, llevó las manos hasta un cinturón que iba incorporado en el ajustado traje, mirando varias hebillas.

—¿Y esto? —preguntó a Robert.

—Sí —dijo acercándose a él—. Es para que podáis colocar vuestras armas.

Neil apretó los labios y asintió.

—Ya, bueno... —Se encogió de hombros—. No usamos armas.

—Las armas somos nosotros —comentó Karan.

Robert suspiró y se encogió de hombros.

—Ya, bueno, por si acaso —dijo como si ya no le importase lo que dijiesen—. Había pensado entregaros unas cuantas armas que...

—No hace falta —le interrumpió Karan.

—Cállate —pronunció Neil colocando una mano en su pecho para alejarlo, prestando toda su atención a Robert—. ¿Qué pensabas entregarnos? —preguntó con curiosidad.

Todos fijaron la mirada en Robert que en ese momento se sintió intimidado. Tener a cuatro semidioses y a un dios ante él imponía bastante, sobre todo después de saber de lo que eran capaces, por no mencionar lo que él había causado pocos días antes.

—Bueno, tengo un jet privado que os iba a...

—Tenemos a Hermi —comentó Gael acercándose ya al grupo—. Vamos más rápido con él.

—Ya, ya... —interrumpió Neil—, pero nunca va mal tener uno. —Aquel comentario hizo que todos resoplasen.

—¿Y vas a pilotarlo tú? —preguntó Gael.

—Sé pilotarlo —reaccionó molesto—. Llevo más de diez años en el ejército, ¿recuerdas? En misiones de salvamento.

—Ya, pero que yo sepa estás en tierra...

—He pilotado —sentenció—. Nos lo quedamos —comentó mirando fijamente a Robert.

—¿Y dónde vas a guardarlo? —preguntó Karan cruzándose de brazos.

Neil volvió a señalar a Robert.

—Nos lo puede guardar él. —Lo señaló.

—Amm... —Se escuchó el suave murmullo de Robert como si no estuviese de acuerdo.

Estaba claro que aquello significaba que se presentarían allí cada dos por tres.

—Cuando lo necesitemos venimos y lo cogemos, ¿verdad? —acabó preguntando con énfasis hacia Robert, el cual lo miraba bastante desubicado.

Robert parpadeó varias veces como si evaluase la situación.

—Sí, claro... —aceptó, aunque no muy convencido.

—¿Veis? Ningún problema —dijo Neil divertido. Luego dio unos pasos hacia Robert—. ¿Algo más?

Robert tragó saliva, consciente de que aquel semidiós estaba dispuesto a aceptar todo lo que le ofreciese.

—Bueno, tengo... tengo toda la tecnología que necesitáis para...

—Perfecto —interrumpió con rapidez—, porque a estos trajes les iría bien ir acompañados de un pequeño intercomunicador para poder hablar entre nosotros. —Karan resopló y se alejó de él como si se diese por vencido—. Y también algún dispositivo para poder localizarnos.

—Yo os puedo localizar cuando me lo pidáis —intervino Hermi bastante dolido.

—No, no, no... —interrumpió Neil de nuevo—. ¿Tienes algún GPS que podamos incorporar al traje? —preguntó a Robert.

—Sí, tengo unas pequeñas pulseras que...

—Dame cuatro —dijo directamente.

Gael suspiró abochornado por la actitud de su compañero.

—¿Estamos de rebajas o qué? —susurró a su amigo.

Neil se giró hacia él mientras Robert se dirigía a uno de los armarios de aquella enorme estancia y abría los cajones buscando lo que le pedía.

—Si estamos en este lío es por él —susurró a Gael mientras lo señalaba—. Ahora tenemos que luchar contra un ejército que pretende acabar con nosotros y con el mundo. Nunca está de más estar preparados. —Luego sonrió con malicia—. Es la forma que tiene de enmendar sus errores. Vamos, si está encantado de ayudar después de la que ha liado...

Gael se encogió de hombros y acabó asintiendo, al fin y al cabo, su compañero tenía razón. Si Robert no hubiese financiado la excavación de Doñana, todo aquello no habría ocurrido. Seguramente Bronte, uno de los hijos de Hades, habría encontrado otra forma de hacerse con el tesoro de Poseidón, pero no hubiese sido tan rápido.

Robert se giró hacia ellos con cinco pulseras.

—He pensado que quizás también querías una —susurró hacia Hermi, el cual negó con rotundidad.

—No, tranquilo. Yo siempre sé dónde estoy.

—Bien, me encanta la tecnología —comentó Neil cogiéndolas de su mano y entregando una a cada uno de sus compañeros—. ¿Qué más nos puedes ofrecer para poder luchar contra los hijos de Hades y que no destruyan el mundo? —preguntó con cierta sorna.

Elin intervino.

—Has dicho que tenías armas, ¿verdad? —preguntó con cara de felicidad.

Los cinco se giraron para observarla asombrados por la pregunta de la joven, pero, sobre todo, por la entonación emocionada que denotaban aquellas palabras.

—Sí, tengo... —tragó saliva, nervioso— tengo pistolas láser, los fusiles más modernos, gafas de visión nocturna...

—¿Una espada? —interrumpió ella, aunque enarcó una ceja al ver que todos la miraban impresionados por su pregunta—. ¿Qué? Tengo que defenderme. —Se cruzó de brazos y miró a Robert con suspicacia—. Dime, ¿tienes algo parecido a una espada?

—Sí —balbuceó Robert con un tic nervioso en su ojo que no pasó desapercibido para nadie—. Tengo... tengo cosas que se parecen...

—¡Perfecto! —dijo feliz, casi a punto de dar saltos de alegría—. ¿Puedes darme una?

—Tengo varios modelos. Podemos ir al sótano y os enseño lo que tengo, así podéis...

—De acuerdo —comentó Neil pasando un brazo por encima de los hombros de Robert—. Una idea estupenda —comentó hacia aquel hombre que cada vez estaba más nervioso—. Al final nos vamos a llevar bien y todo, ¿eh? —se burló. Miró a sus compañeros con una sonrisa que permitía ver todos sus dientes blancos y alineados—. ¿Qué os parece si llenamos ese jet privado con todo lo que necesitamos? Nunca va mal tener un campamento base. —Miró a Hermi que permanecía de morros—. Ey, Hermi, ¿puedes transportar objetos?

—Sabes que no, que solo puedo transportar objetos pequeños y semidioses.

—Vale, pues pilotaremos hasta Sicilia —apuntó con una sonrisa ante la mirada desesperada de sus compañeros. Sujetó con más fuerza a Robert junto a él, en actitud amistosa, aunque a este se le notaba tenso—. Vamos, Robert, vamos a ver qué tienes en ese almacén —comentó empujándolo hacia delante.

—¿Sicilia? —preguntó Robert.

—Sí —respondió Neil sin darle mucha importancia—. Como consiguieron el tridente de Poseidón, ahora tenemos que evitar que consigan el casco de Hades. —Luego chasqueó la lengua y lo miró con gesto pensativo—. Menuda has liado, ¿eh? —resopló, aunque con aire cómico.

Esas palabras hicieron que el tic nervioso del ojo de Robert se incrementase.

—Yo, lo... lo siento... intentaré ayudar en todo lo que pueda para...

—Sí, sí... Eso ya lo sabemos —interrumpió Karan desde atrás. Suspiró y miró el reloj de su muñeca—. Pero vamos a darnos prisa, deberíamos salir hoy mismo hacia Sicilia. —Miró intrigado a Neil—. ¿Cuántas horas de vuelo son?

Neil miró a Hermi.

—¿A qué zona hay que ir?

—Según la información que tengo hay que ir a Siracusa —dijo mientras cruzaban el umbral de la puerta y tomaban unas escaleras que descendían a la planta inferior.

Neil intervino:

—Lo mejor será el aeropuerto de Catania, es el que está más cerca. Aunque son unas trece horas de vuelo. —Apretó a Robert contra él, sonriente—. Oye, tú eres un hombre con muchos recursos... —Robert volvió a tragar saliva, nervioso—. Necesitamos un vehículo para desplazarnos por la isla y un lugar donde descansar y dormir —enumeró acabando con una gran sonrisa.

Tras él, Gael y Karan suspiraron ante la insistencia de su compañero Neil por obtener todo lo que pudiese del multimillonario, aunque miraron de reojo a Elin cuando se adelantó e intervino en

la conversación.

—Un buen vehículo estaría bien —comentó ella como si nada, encogiéndose de hombros.

—Del lugar ya me ocupo yo —dijo Hermi con rapidez.

## Capítulo 2

El CARA de Mineo, situado a diez kilómetros de la ciudad de Mineo, era el centro de mayor recepción de inmigrantes en Europa, con una capacidad máxima de dos mil personas, aunque, en esos momentos, la afluencia de inmigración era tan grande que rondaban casi los cuatro mil inmigrantes.

El centro de acogida para solicitantes de asilo estaba compuesto por trescientas setenta casas de ciento sesenta metros cuadrados cada una, preparadas para albergar unas diez personas, si bien, en algunas de ellas, se llegaban a contar veinticinco.

Aquello ocasionaba muchos conflictos.

Adriana Mancini miró hacia el grupo de inmigrantes que se encontraba bajo un árbol, intentando refugiarse del intenso calor.

Licenciada en Psicología por la Universidad de Florencia, una de las instituciones de educación más antiguas de Italia, ejercía como tal desde hacía tres años.

Su trabajo, en su propio centro de psicología ubicado en la ciudad de Nápoles, le había dado la experiencia suficiente como para poder afrontar aquella situación.

Hacía escasamente un año que, ante la afluencia de inmigrantes que estaba sufriendo la isla de Sicilia y tras el llamamiento de la Cruz Roja, se había apuntado para colaborar.

Aunque vivía en Nápoles tenía todas las facilidades del mundo para poder pasar largas estancias en Sicilia.

Sus padres regentaban un pequeño hotel en el centro de Siracusa. Era pequeño y acogedor, de hecho, solo constaba de diez habitaciones. Así que siempre que la llamaban de refuerzo, acudía para echar una mano. Todo aquello, junto a su dominio del francés y del inglés, le había permitido hacerse con una plaza en el grupo de psicología para la atención de los recién llegados, igual que a su compañera de despacho, Marien.

Personas provenientes en su mayoría de Libia, Senegal, Camerún y Argel llegaban a la costa de Sicilia a diario. Su trabajo era claro, asistencia psicológica para los recién llegados.

Las primeras veces que había acudido se había sentido satisfecha, hoy aborrecía todo aquello, pues cada vez era más consciente de los déficits del sistema.

En la primera entrada de cualquier inmigrante en aquel centro no se le informaba de servicios de salud, ni de los derechos de asistencia sanitaria, ni siquiera se les daba consejo legal. Todas aquellas personas veían sustituido su nombre por una placa y, a cada una de estas placas, le correspondían dos euros y medio diarios que debían ser gastados en el mismo centro, nunca fuera. La falta de recursos provocaba que la mayoría de estos inmigrantes buscaran trabajo fuera del centro. Muchos de los hombres jóvenes lo conseguían en el campo, con las mujeres era totalmente diferente. Muchas de ellas corrían el peligro real de caer en redes de prostitución. Por eso estaba ella allí, para impedirlo, controlando y reuniéndose con todas aquellas personas en riesgo de exclusión.

A todo esto, debía tenerse en cuenta que tan solo había un especialista psicológico por cada quinientas personas, lo que ocasionaba un desgaste emocional brutal.

Por ahora, se compaginaba bien los turnos con su trabajo en Nápoles. Su compañera Marien,

también colaboraba con la Cruz Roja y podían turnarse sin problema.

Sonrió a una joven inmigrante que había llegado hacía tres días. Se había reunido con ella nada más llegar. Una joven de dieciséis años, sin familia ni nadie que la acompañase en la travesía. Al principio había estado asustada, pero, tras hablar con ella, se había calmado.

—Anna, después hablamos —comentó Adriana mientras abría la puerta del edificio central.

Dentro del recinto el calor seguía siendo asfixiante.

Caminó por el pasillo hasta la habitación donde debía reunirse con el jefe del Departamento de Psicología de la Cruz Roja del centro, el doctor Emilio Conte.

—Buenos días —dijo nada más abrir la puerta, aunque se detuvo al ver que estaba acompañado. Su mirada voló hacia el joven y alto hombre que se encontraba al lado de su jefe, de aspecto serio, aunque sonrió al verla aparecer allí, haciendo que sus ojos marrón oscuro pareciesen más amigables—. Inspector... —comentó ella bastante tímida, sin saber si dejarlos a solas.

Ambos hombres fueron conscientes de su indecisión.

—Señorita Mancini, pase, me gustaría hablar con usted —comentó con rapidez el inspector.

—Claro —susurró ella cerrando la puerta.

Alessandro De Luca, inspector de Siracusa, se cruzó de brazos.

—¿Qué tal? —preguntó de forma amable.

—Bien —respondió colocándose a su lado, un poco nerviosa. Tragó saliva y miró a su jefe—. He hablado con los menores y están mucho más tranquilos que el otro día, pero la mayoría de ellos tienen déficit de lectura y escritura.

—Qué novedad —comentó irritado el doctor Conte. Adriana giró su cabeza hacia el inspector, el cual la observaba de reojo—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Ha ocurrido algo?

Alessandro se sentó sobre la mesa y chasqueó la lengua.

—Lo de siempre. —Se encogió de hombros y la miró pensativo—. ¿Cuántas mujeres jóvenes tratas ahora?

Ella resopló ante la pregunta.

—Creo que... menores de edad, en mi grupo, tengo unas treinta. Aunque la mayoría van acompañadas de algún familiar; solo un par de ellas vienen solas y dos están embarazadas, a punto de dar a luz. —Alessandro se pasó angustiado la mano por la frente y cerró los ojos unos segundos. Adriana lo observó, parecía que le ocultaba algo. Lo conocía... lo conocía demasiado bien como para intuirlo—. ¿Ocurre algo? —preguntó, y miró de reojo a su jefe.

Alessandro y Emilio se observaron durante unos segundos, lo cual corroboró sus sospechas.

—Adama... —pronunció el inspector. Aquello hizo que Adriana irguiese su espalda.

Recordaba aquel nombre.

Hacía tres meses una patera había naufragado cerca de la costa de Sicilia. La guardia costera y los servicios de emergencia habían acudido al rescate salvando a cincuenta y ocho de las sesenta personas que transportaba. Una de aquellas supervivientes era Adama, una chica de veintidós años que viajaba con su hijo de dos. Los dos eran fuertes, pero las duras condiciones a las que se veían sometidos en aquel refugio habían condicionado que Adama comenzase a salir en busca de trabajo. Aquello era normal, la mayoría de inmigrantes lo hacía. De hecho, la mala comunicación de transportes de las ciudades con el refugio había propiciado la creación de una red de taxis ilegales que cobraban cinco euros por viaje desde el centro hasta Catania.

La mayoría, tarde o temprano, encontraban un trabajo. El problema era que cualquier inmigrante estaba obligado a regresar por la noche, pues al tercer día, si no regresaba, perdía su plaza.

Justamente eso era lo que había ocurrido con Adama. No había tratado mucho con ella, pero no le parecía la típica madre que fuese a abandonar a su hijo de dos años solo en aquel centro.

Por ello, cuando fue consciente de su primera falta, salió en su busca.

Se había dirigido a las ciudades de Catania y Siracusa, pero, tras varios días preguntando, era como si hubiese desaparecido, como si no existiese.

No había querido ponerse en lo peor, aunque sabía a lo que se exponían aquellas mujeres por ganar algo de dinero para alimentar a sus hijos.

—La han hallado muerta —susurró Alessandro.

Adriana apretó los labios y, sin ser consciente, se sentó en la silla impresionada ante las últimas palabras del inspector.

—Muerta... —balbuceó.

Alessandro inspiró mientras cerraba los ojos unos segundos.

—Han encontrado su cuerpo hace unas horas.

Adriana tragó saliva y se removió inquieta en la silla mientras su corazón se aceleraba.

—¿Dónde? —preguntó sin alzar la mirada.

El inspector se pasó una mano por la barbilla, acariciando su barba de varios días.

—En Melilli, cerca de la Grotta Palombara.

Adriana lo miró asombrada.

—¿En la reserva natural? —El inspector asintió. Ella tragó saliva consternada, intentando ordenar sus ideas—. ¿La asesinaron? —preguntó con temor.

Alessandro se puso en pie y miró al director del centro.

—El forense aún tiene que examinar el cuerpo, pero todo apunta a que así fue —pronunció con tono delicado.

Adriana cerró los ojos intentando calmar sus sentimientos. Aquello la destrozaba, no solo por la vida que acababan de segar, sino también por aquel niño de dos años que debería crecer sin su madre ni ningún familiar cercano.

Podía intuir de qué se trataba.

Sabía que Adama había salido del centro en busca de empleo y, una de aquellas noches, ya no había vuelto.

Miró a Emilio, el director del centro.

—¿Y su hijo?

Emilio suspiró.

—Buscaremos una casa de acogida para él.

Adriana asintió y, esta vez, miró con firmeza al inspector.

—Seguramente se metió en la prostitución. No es la primera vez que ocurre. —Se puso en pie y dio unos pasos hacia él—. ¿Vais a ir a por Russo de una vez?

Alessandro resopló y se pasó la mano por los ojos, como si la situación lo agotase.

—No es tan fácil, Adriana.

Aquella respuesta la enervó.

—¿El qué no es fácil? —contraatacó—. Todos sabemos que Giovanni Russo controla gran

parte de la prostitución de la isla. Que envía mujeres a las carreteras, a las calles...

—Adriana... —pronunció lentamente, con infinita paciencia, colocándose erguido ante ella—. Puede que no tenga nada que ver con...

Adriana resopló.

—Por favor... —se quejó ella—. Una mujer recién llegada de un país tercermundista, sin nadie que la conozca aquí, sin ninguna persona a la que notificar su muerte, con un hijo que alimentar de dos años. ¿Sabes la situación desesperada que viven estas mujeres? Adama salió a buscar trabajo. —Alessandro suspiró—. ¿Aún lo dudas? —preguntó desesperada—. Cada día el equipo de este centro lucha porque no caigan en la prostitución, en esa mafia de trata de mujeres —pronunció con asco—, pero por mucho que lo intentemos, si vosotros no actuáis, seguirán ocurriendo más muertes.

—Te estás precipitando —pronunció con tono pausado.

Ella se quedó observándolo, desquiciada por los hechos acontecidos. De nada servía que intentase involucrarse con el mayor número de inmigrantes, tratando de prevenirles y garantizando un porvenir para ellos.

—Yo creo que no me estoy precipitando —dijo con la mirada fija en el inspector—. Y tú lo sabes. Te recomiendo que pases unos minutos con cualquiera de esas mujeres. Ellas podrán informarte mucho mejor que yo —dicho esto, se giró y salió de la sala.

La situación era desesperante. Se sentía responsable de aquellos inmigrantes. Era responsabilidad de todos garantizarles unas condiciones de vida dignas e intentar apartarlos y prevenirlos de los peligros de aquel lugar, y, de nuevo, habían vuelto a fallar.

Alessandro De Luca tenía razón. Tal vez aquel asesinato no hubiese sido perpetrado ni organizado por la banda de Giovanni Russo, pero sí que era el que más números tenía.

No era tonta. Llevaba mucho tiempo en aquel lugar y escuchando a aquellas mujeres.

Una mujer joven, vulnerable, desesperada por ganar algo de dinero, era el blanco perfecto de las organizaciones de prostitución.

Iba a caminar pasillo abajo cuando la voz del inspector la detuvo.

—Adriana. —Escuchó que decía a su espalda.

Suspiró y cerró los ojos intentando calmarse. Se giró observando que Alessandro se acercaba a ella con las manos en los bolsillos.

No pronunció nada. Se mantuvo callada cuando él se colocó frente a ella.

Alessandro miró hacia la puerta entreabierta del despacho del director por la que acababa de salir.

—¿Sabes algo que yo deba saber? —preguntó en un susurro.

Ella enarcó una ceja.

—Sé exactamente lo mismo que tú —reaccionó—. Mujer inmigrante, joven, bonita... y que necesita dinero para alimentar a un hijo de dos años.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Aquella pregunta le hizo resoplar.

—No lo sé. Creo... —dijo haciendo memoria—. Creo que el día antes de su desaparición.

—¿Dijo algo sobre un trabajo?

—Sé que estaba buscando trabajo. De hecho, salía del centro para eso mismo.

Alessandro asintió y miró de nuevo hacia la puerta del despacho del director, inmerso en sus

pensamientos. Finalmente se volvió hacia ella.

—Nos estamos moviendo. Hacemos todo lo posible... —susurró como si buscara su perdón.

Ella tragó saliva e intentó relajarse.

—Ya lo sé —dijo en el mismo tono—, pero no entiendo por qué no vais a buscarlo ya, por qué no lo detenéis.

—Hacen falta pruebas.

—¿Pruebas? —contraatacó ella en un susurro—. Mi equipo os entregó más de diez informes en los que muchas mujeres nombraban a Giovanni Russo como el capo de esta mafia.

—Mujeres que se negaron a declarar en comisaría —le recordó él.

—Porque tienen miedo —insistió.

Él resopló y se removió inquieto.

—Sin una orden judicial no podemos entrar en ningún domicilio y un juez no la va a decretar sin una declaración oficial por parte de una de esas mujeres —explicó. Se acercó un poco más a ella, controlando la puerta del despacho del director—. ¿Sabes de alguna mujer más que...?

—No, de momento ninguna de mi cupo me ha dicho que haya encontrado trabajo. Además, las tengo a todas advertidas.

—Necesito una declaración, Adriana. Solo una declaración ante un juez y lo conseguiremos, lo atraparemos.

Ella lo interrogó con la mirada.

—No es tan fácil pedir que declaren ante un juez cuando se están jugando la vida. La protección que dais no es suficiente.

Alessandro volvió a resoplar.

—Hago lo que puedo —pronunció directamente, dolido por las últimas palabras de ella.

En ese momento Adriana fue consciente de que estaba volcando toda su frustración contra él, algo que no era nada justo. Alessandro era un buen inspector, seguramente uno de los más honrados. Se tomaba su trabajo en serio y estaba desesperado por atrapar a Giovanni tanto como ella misma, pero aquello no era fácil cuando no contaba ni con los medios ni con jueces dispuestos a decretar una orden de entrada en el domicilio de uno de los magnates más importantes de Sicilia.

—Perdona —susurró al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se llevó la mano a la nuca y la pasó sobre ella en actitud tímida—. No era mi intención.

Alessandro la miró fijamente y asintió.

—Ya lo sé, Adriana.

Adriana se quedó observándolo. Tenía aspecto de cansado, como si no hubiese dormido bien las últimas noches.

—Tengo que hablar con el director —comentó Alessandro.

Ella inspiró intentando centrarse. Se acarició el brazo y asintió.

—De acuerdo. Nos vemos en otro momento —dijo con voz débil.

Alessandro la miró durante unos segundos como si se plantease decirle algo, pero luego desestimó la idea y se dirigió a la oficina.

—Hasta otra.

No solían verse mucho, pero siempre coincidían algún día de los que ella trabajaba en Mineo, lo que había favorecido que hubiese una cierta confianza entre ellos.

Suspiró y salió a la calle mientras el sol le hacía entornar los ojos y colocar la mano en su frente a modo de visera.

Observó a su alrededor y comprobó que había bastante movimiento.

Se dirigió hacia uno de los barracones en busca de una de las mujeres jóvenes y la encontró en la parte trasera hablando con varios hombres con los que solían intercambiar tabaco por dinero.

—Amna —pronunció con una sonrisa. La chica se giró de golpe y se distanció de los hombres para acercarse a ella. Adriana pudo intuir que ocultaba algo a su espalda. Ya sabía de lo que se trataba: tabaco. Podría revenderlo a otros hombres y conseguir algo más de dinero.

—Hola —la saludó la muchacha.

Adriana cambió de idioma con rapidez, pasando al francés, pues la muchacha provenía de Camerún, donde además de hablar numerosos idiomas locales, las dos lenguas oficiales eran el francés y el inglés.

No dijo nada acerca del tabaco que escondía, pues sabía que de aquella forma ella conseguiría un poco de dinero extra.

—¿Cómo estás? —Amna asintió directamente, bastante nerviosa al esconder aquello tras su espalda—. Me gustaría hablar contigo si puedes. ¿Qué te parece si nos vemos dentro de quince minutos en mi despacho? —preguntó señalando hacia delante, de aquella forma permitía que ella tuviese el tiempo suficiente para guardar lo que había conseguido.

Amna asintió más relajada, aunque una duda asaltó su mirada.

—¿Sobre qué?

Adriana se encogió de hombros.

—Quiero explicarte unas cosas y saber cómo va tu progreso para encontrar un empleo.

## Capítulo 3

Neil iba de copiloto.

Tras más de catorce horas de viaje desde Washington hasta el aeropuerto de Catania en Sicilia y una corta escala de un par de horas en Lisboa para repostar, Neil había aterrizado en el aeropuerto.

Ahora Gael conducía el todoterreno que el Señor Morris les había conseguido. Era bastante amplio, de cinco plazas y con un gran maletero.

El jet privado lo habían dejado en el hangar del aeropuerto con decenas de nuevas armas que el multimillonario les había regalado y que, aunque dudaban que fuesen a usarlas, habían decidido llevar con ellos.

Eran las siete de la tarde cuando habían tocado tierra y las ocho cuando habían cogido el todoterreno.

Hermi había aparecido en el interior del vehículo entre Karan y Elin que iban sentados en los asientos traseros.

—¿Está muy lejos el hotel? —preguntó Neil girándose hacia él.

—No, a una hora y poco. Está en el centro de Siracusa. Ya verás. Te gustará —respondió con una sonrisa maliciosa.

Neil enarcó una ceja. No sabía por qué, pero el tono que le había dado a sus palabras le daba a entender todo lo contrario.

—¿Por qué usas ese tono irónico conmigo? —le interrogó Neil con la mirada fija en Hermi. Hermi sonrió más abiertamente—. Seguro que el hotel es horrible —susurró volviéndose al frente.

—Nos ha salido pijo el hijo de Vulcano —bromeó Karan desde atrás, mirando por la ventanilla.

Neil apretó su mandíbula.

—Es Belenus... ¡Belenus! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? —bramó—. Mi padre, el dios del fuego, es irlandés... —Luego señaló a Gael con el dedo—. Vosotros... —continuó con el mismo tono de voz, llevando también su dedo hacia donde se encontraba Karan, el cual enarcó una ceja de inmediato—, los romanos y los griegos os habéis apropiado de un dios que no es vuestro.

—Es lo mismo, pero con otro nombre —contestó Gael con una sonrisa.

Neil llevó su mirada colérica hasta su compañero.

—No es lo mismo. Según vosotros Vulcano era feo, cojo... —Karan rio desde atrás—; como vosotros no tenéis un dios con las características de mi padre, os molestáis y decís que el dios del fuego es Vulcano. ¡Invención totalmente vuestra! Mi padre es irlandés y mucho más agradable que los vuestros. No es tan elitista —acabó mosqueado. Bajó la visera y miró a través del pequeño espejo para observar a Elin—. Esto no va contigo.

—Ya lo imaginaba —pronunció con sorna mientras miraba por la ventanilla. Elin permanecía pensativa, sin prestar mucha atención a la conversación—. ¿Por qué en Sicilia? —preguntó a Hermi—. ¿Sabes dónde está el casco de Hades?

Todos guardaron silencio ante aquella pregunta.

Hermi recorrió con la mirada a todos sus compañeros y luego carraspeó nervioso.

—Bueno, pues tiene que estar por aquí. Seguro.

Todos lo miraron fijamente, incluso Gael que conducía el todoterreno se giró para observarlo confundido.

—¿No sabes dónde está?! —gritó Gael—. Me dijiste que estaba aquí. En Sicilia.

—Amm... —Se removió inquieto—. Bueno...

Karan resopló y cerró los ojos intentando mantener la calma.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —preguntó intentando aparentar tranquilidad.

—La última vez que se vio el casco de Hades fue aquí. Lo llevaban en un barco que salió del puerto de Siracusa.

—¿Y adónde lo llevaron? —preguntó Neil de los nervios.

—El barco se hundió. —Se encogió de hombros—. Ocurrió durante el período de la expedición a Sicilia.

Karan resopló, pues sabía a lo que se refería.

Neil miró hacia atrás, directamente a Karan.

—¿Eso no fue cuando Grecia intentó conquistar Sicilia?

Karan sonrió de forma tirante, pues también intuía la ironía en la voz de Neil.

—Exacto —le dio la razón Hermi—. Durante la guerra del Peloponeso. Cuando Atenas intentó conquistar Sicilia.

Neil chasqueó la lengua.

—Suerte de los espartanos y los corintios que ayudaron a frenar el avance de los locos de los griegos. —Y guiñó un ojo a Karan.

Gael lo miró a través del retrovisor.

—Entonces, ¿sigue hundido en el mar?

—Sí, hace un par de años hubo una expedición de arqueólogos submarinos por la zona. Encontraron lingotes de oricalco y un par de cascos corintios.

—¿El casco de Hades es uno de los que encontraron? —preguntó Neil.

Hermi negó.

—No. Son dos cascos corintios. —Se encogió de hombros—. Ninguno de esos cascos es el de Hades. Lo comprobé.

—¿Y entonces? —preguntó Neil preocupado. Hermi apretó los labios y se volvió a encoger de hombros—. No tienes ni idea de donde está, ¿verdad? —Neil inspiró con fuerza—. Pues vamos apañados —susurró.

Hermi se adelantó un poco.

—He pensado que Gael podría sumergirse. El hecho de que los buzos no encontrasen el casco de Hades, no significa que no pueda estar ahí todavía.

—Claro, ya me sumergiré —contestó Gael.

Neil miró de reojo a Hermi.

—¿Te das cuenta de que vamos a ciegas y a contrarreloj? —preguntó aún con los dientes apretados—. Si Bronte da con el casco solo les quedará el puñetero rayo de Zeus para liberar a Crono. —Señaló a Karan.

Karan arqueó una ceja y se cruzó de brazos mientras ladeaba la cabeza.

—Del rayo ya me ocupo yo. Por eso no te preocupes —pronunció malhumorado. Se le notaba que no le había hecho ninguna gracia el calificativo de su compañero.

—Pues Hermi... ¡Investiga! —ordenó Neil.

Hermi lo miró con furia.

—¿Y qué crees que he estado haciendo estos días?! —El grito los sorprendió a todos que lo miraron asustados.

Neil sonrió nervioso, su amigo Hermi últimamente perdía a menudo la compostura.

—Tranquilo, Hermi, o te vas a volatilizar tú solo.

—El problema —comentó Hermi hecho una furia, ignorando a Neil—, es que se trata del casco de Hades. No puedo ir a Hades y decirle: «Eh, Hades, ¿qué tal? —ironizó—. ¿Sabes dónde está tu casco? ¡Intentamos conseguirlo para que no puedas liberar a Crono!» —acabó con un grito que hizo que todos abriesen los ojos como platos—. Además, no tengo muy claro quién está de nuestro lado. ¡No leo la mente!

—Eh, calmadito... —comentó Karan mosqueado por los gritos.

—Sí, fiero —se burló Neil e intentó calmar a su amigo—. Tienes razón. Es peligroso comenzar a preguntar. Es posible que Bronte no sepa que estamos aquí, y eso levantaría sospechas. —La risa de Karan hizo que se callase—. ¿Y ahora qué?

—¿De verdad crees que Bronte no sabe que estamos aquí? —ironizó.

Gael resopló y golpeó el volante.

—*Questa è una cazzata!* —gritó de los nervios.

—¡No grites! —le reprendió Neil—. Bastante tenemos con Hermi —comentó—. Me vais a poner todos la cabeza loca.

—Y nada de decir palabrotas —intervino Karan—. Hay una dama en el coche —Miró con una sonrisa a Elin.

—Por mí no te preocupes, he crecido rodeada de...

En ese momento el todoterreno saltó por los aires moviéndose de un lado a otro.

—¿Qué haces? —reprendió Neil a Gael.

—Yo no hago nada —respondió deteniendo el vehículo.

Ahí fueron conscientes de que no solo era su vehículo el que acababa de descontrolarse, los que tenían por delante también intentaban frenar mientras se zarandeaban sobre el asfalto.

El temblor cobró más intensidad provocando que algunos vehículos se saliesen de la calzada o bien chocasen entre ellos.

—Un terremoto —pronunció Karan quitándose el cinturón con urgencia—. ¿Eres tú? —preguntó a Gael.

Gael se giró para mirarlo mientras también se quitaba el cinturón a toda prisa.

—Por supuesto que no —gritó mientras salía por la puerta al igual que sus compañeros.

Por detrás escucharon varios coches estrellarse al intentar frenar mientras el terremoto incrementaba su magnitud.

Gael dio unos pasos al frente mientras observaba el pánico que comenzaba a imperar en la zona. Gritos de terror se elevaban al cielo.

Se agachó y colocó la palma de su mano sobre la tierra.

Neil rodeó el todoterreno intentando no caer y se acercó a él.

—¿Puedes detenerlo? —preguntó.

Gael no contestó, simplemente cerró los ojos para concentrarse.

Unos metros más adelante vieron como un par de farolas, que aún no estaban encendidas,

caían sobre los vehículos.

—No... —susurró Elin que comenzó a avanzar para ir a ayudar a las personas de aquel vehículo, pero Karan la cogió del brazo.

—Espera a que se calme —pronunció sin soltarla.

Neil, que permanecía al lado de Gael, insistió.

—Vamos, Gael —dijo acelerado, girando sobre sí mismo, observando el alboroto que se estaba organizando en cuestión de segundos. Podía escuchar los gritos de las personas que permanecían en el interior de los vehículos y los de aquellos que intentaban salir de ellos, y caían al suelo por la intensidad del seísmo—. Venga —le apremió.

El terremoto comenzó a perder fuerza y fue remitiendo poco a poco hasta que se detuvo totalmente.

Gael suspiró y elevó la mirada hacia su compañero aún de rodillas.

—El epicentro estaba lejos —explicó mientras se ponía en pie y se sacudía la mano.

—¿Dónde? —preguntó Karan que aún mantenía sujeta a Elin.

—A unos cuatrocientos kilómetros de aquí. Me ha costado encontrarlo.

Neil miró confundido a su compañero.

—¿Y se ha notado tan fuerte? —Desvió su mirada a Hermi—. Averigua qué ha ocurrido. Si esto es un terremoto normal o Bronte...

—Entiendo —comentó Hermi.

Se metió en la parte de atrás del coche para no ser visto y desapareció sin más.

Los cuatro miraron de un lado a otro.

—Menuda se ha liado —dijo Neil.

Elin se soltó finalmente de la mano de Karan que aún la sujetaba y avanzó entre los coches con paso presto, en dirección al lugar donde habían caído las farolas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Karan.

—A asegurarme de que están todos bien.

Neil miró también a su alrededor comprobando la cantidad de coches que habían quedado en la cuneta y que iba a ser imposible sacar de allí sin ayuda.

—¿Hay algún gancho en la parte de atrás? —preguntó Neil.

Karan fue el primero que corrió hasta el maletero y lo abrió. Rebuscó y extrajo los objetos mostrándoselos a sus compañeros.

Se fijó en el coche que estaba más cerca. Se encontraba en la cuneta que formaba un socavón. Su ocupante aún no se había atrevido a salir pues había caído al fondo, dejando la parte delantera del vehículo mirando al cielo, de manera que las ruedas delanteras no tocaban el suelo.

—Vamos —dijo Neil a Karan mientras Gael sujetaba el gancho a la parte delantera del todoterreno.

Sin duda, aquel coche había recibido un buen impacto. Solo esperaba no encontrarse a ninguna persona muerta o herida de gravedad.

Neil atravesó la cuneta y se colocó al lado de la ventana, golpeándola suavemente con la mano.

—Eh, ¿se encuentra bien?

Una chica giró su cabeza hacia la ventana.

En ese momento se le paralizó el corazón. Jamás había visto nada más hermoso en su vida.

Tenía el cabello alborotado, de color rubio oscuro, y sus ojos eran marrón verdoso.

Se obligó a mantener la compostura mientras Karan llegaba a su lado.

—¿Está bien? —preguntó de nuevo a la muchacha.

Karan se colocó a su lado al ver la cara asombrada de Neil y miró el interior del vehículo.

—Vaya —comentó sorprendido.

La muchacha asintió e intentó abrir la puerta.

—Sí, estoy bien. Gracias —comentó en un tono amable—, pero la puerta está atascada y no puedo salir.

Neil intentó abrirla y comprobó que tenía razón. Era imposible. La puerta estaba abollada hacia dentro.

—Está atascada —confirmó en un susurro a Karan.

—Bueno, ábrela igual —dijo en el mismo tono mientras miraba hacia atrás—. ¿Dónde se ha metido Elin?

Neil miró de reojo a su compañero y resopló. Estaba claro que con su fuerza podía abrirla sin problemas, pero eso llamaría demasiado la atención de la joven.

Se acercó al cristal.

—Voy a probar la otra puerta. —Ella asintió agradecida siguiéndolo con la mirada mientras Neil rodeaba el vehículo—. ¡Gael! —llamó a su otro compañero mientras se colocaba al otro lado—. Engancha el cable a ver si podemos sacarlo de la cuneta. —Se colocó ante la puerta contraria y esta sí se abrió—. Hola —dijo dando un salto para llegar hasta ella introduciendo medio cuerpo en el interior del vehículo—. Ya estoy aquí.

—Gracias —contestó la muchacha.

—¿Estás herida? —preguntó Neil mientras observaba la parte trasera del coche. Al menos iba sola. Se fijó en ella, vestía unos finos tejanos azules y una camiseta blanca.

—No, creo que no. Lo único que me molesta es el cuello, del impacto —respondió.

—¿Mareada? —preguntó acercándose un poco más. —Ella negó mientras intentaba quitarse el cinturón—. ¿Puedes?

—Sí —respondió.

Neil colocó un pie en el asiento y otro en el salpicadero haciendo fuerza con este y le ofreció la mano.

—Vamos —comentó infundiéndole un poco de valor—. Coloca el pie ahí —le indicó Neil señalando el asiento.

Ella hizo un esfuerzo y lo colocó mientras Neil la sujetaba, y con la otra mano se agarraba con fuerza al asiento.

—¿Bien? —preguntó él. Ella asintió bastante nerviosa. Neil dio un paso atrás y colocó el pie en la puerta. Miró a Karan que estaba al lado—. Aparta —susurró a su compañero. Volvió la mirada hacia ella que pasaba el pie sobre el freno de mano para apoyarse en el asiento del copiloto.

Neil sujetó más fuerte su brazo cuando ella perdió el equilibrio y colocó la mano en su espalda para sujetarla. Aquel contacto le hizo sentir bastante vergüenza, ¿se podía ser más patosa? Miró a Neil y sonrió con timidez.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Neil sujetándose de nuevo a la puerta y dejándole espacio

suficiente para que ella pudiese moverse hasta él.

—Adriana —contestó concentrada en no perder el equilibrio de nuevo.

Neil dio un salto hasta el suelo, se giró y observó a la muchacha que se colocaba en la puerta. La cogió por la cintura y la depositó en el suelo con una leve sonrisa.

—Soy Neil —se presentó.

Ella aceptó y le tendió su mano para estrecharla. Neil no tardó ni un segundo en corresponderle el gesto.

—Pues... muchas gracias, Neil —dijo con una gran sonrisa.

—No hay de qué.

Durante unos segundos Adriana se perdió en aquellos extraños ojos. Aunque no había mucha luz, aún había la suficiente claridad como para percatarse de aquel color de iris tan peculiar. Nunca había visto unos ojos de ese color, un gris ceniza, que le otorgaba intensidad a la mirada.

Karan carraspeó por detrás, tras lo cual Neil se soltó de su mano de inmediato.

—¿Lo engancho o qué? —preguntó con tono asqueado, como si fuese consciente de que su compañero permanecía embobado mirando a la chica a la que acababa de ayudar.

—Sí —respondió—. Te sacaremos el coche de la cuneta —informó.

—Sois muy amables —agradeció mientras acompañaba a Neil a la parte trasera donde Karan ya había enganchado el coche. Gael arrancó su todoterreno y quemó rueda para sacar el vehículo.

—Por los dioses —se quejó Karan apartándose de la humareda que desprendía un fuerte olor.

Tras varios intentos consiguieron sacar el vehículo.

Karan no tardó en desenganchar el todoterreno.

—Muchas gracias —dijo Adriana mientras abría la puerta trasera del vehículo y cogía el bolso.

Karan le sonrió de una forma amable.

—No hay de qué —contestó y miró directamente a Neil—. ¿Ayudamos al siguiente? ¿O prefieres quedarte aquí?

Neil arqueó la ceja a su compañero y miró de reojo la espalda de Adriana. Se acercó a su amigo.

—Muy gracioso —ironizó.

—Siempre —respondió con una sonrisa.

Suspiró y chocó de nuevo con la mirada de aquella muchacha mientras se llevaba el móvil a la oreja. La chica le dedicó una bonita sonrisa. Neil, en respuesta, le devolvió una tímida sonrisa.

Nada más girarse, Karan colocó una mano en el hombro de Neil.

—Primera damisela rescatada. Vamos a por la segunda. —Se acercó a un vehículo y golpeó la ventana—. ¿Se encuentra bien? ¿Le ayudamos?

Neil se colocó al lado de la ventana también. Aquel coche no estaba tan metido en la cuneta como el anterior.

Se giró y observó a Adriana hablar por teléfono. Aquella mujer era realmente hermosa, jamás había visto una mujer con una belleza tan sublime y a la vez delicada.

—¿Vas tú o voy yo? —preguntó Karan.

Neil se giró hacia él.

—¿Qué?

Karan suspiró y negó con su cabeza.

—Déjalo. Ya voy yo —pronunció rodeando el todoterreno para ayudar al copiloto que, en este caso, no podía quitarse el cinturón.

## Capítulo 4

Era la una de la madrugada cuando Adriana se reunía con sus padres.

En aquella parte de Siracusa, aunque el terremoto se había sentido, no había muchos daños materiales.

Su madre tenía la televisión puesta en un canal donde daban las noticias.

Adriana dio unos pasos adelante por el enorme comedor donde todos los días servían el desayuno a los huéspedes, con la mirada fija en la televisión.

*«El terremoto de magnitud 6,9 se ha originado a poco más de cien kilómetros de la costa de Nápoles, ciudad donde se ha podido sentir con más intensidad. Los equipos de rescate trabajan en las labores de búsqueda en el edificio que se ha derrumbado en el centro de...».*

—Dios mío —susurró Adriana llevándose la mano a la boca. Las imágenes de la zona cero del derrumbe eran escalofrantes—. Tengo que llamar a Marien —dijo corriendo hacia el bolso.

—Cariño —intervino su madre—, Marien ha llamado hace un par de horas para decir que estaba bien. —Adriana suspiró y se relajó con aquellas palabras—. Es muy tarde para llamar ahora. Es posible que esté descansando. Ha sido un día duro, hija.

Adriana miró su reloj de muñeca. Su madre tenía razón. La una y cuarto de la madrugada. Igualmente le enviaría un mensaje. Tecleó compulsivamente en su móvil:

Hola.  
Iba a llamarte ahora. Acabo de llegar a casa.  
Mi madre me ha informado de que estás bien.  
Mañana te llamo. Un abrazo. ✓✓

Volvió a introducir el móvil en el bolso y se llevó la mano al cuello para masajearlo. Seguramente tendría un tirón muscular.

—Te prepararé algo de cenar. —Escuchó que decía su madre.

—No, no... —reaccionó con rapidez—. No tengo hambre, mamá.

—¡Emilia! —Ambas se giraron al escuchar a su padre entrar por la puerta—. ¿Ya ha llegado...? —Se quedó parado bajo el marco de la puerta y un suspiro salió de lo más profundo de su ser—. Mi niña... —dijo avanzando hacia ella con los brazos abiertos. Adriana dio unos pasos hacia él y se abrazó con fuerza. —Me tenías preocupado —comentó su padre mientras la mantenía sujeta y acariciaba su cabello—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —indicó separándose un poco de él—. Pero el coche ha quedado para el desguace. —Miró a su madre—. Lo siento.

—Eso no importa. Lo importante eres tú. ¿Tuviste un golpe?

—Perdí el control cuando comenzó el terremoto y caí en un socavón, en la cuneta. Un grupo de chicos me ayudó a salir de coche y a sacarlo —explicó.

En ese momento cayó en la cuenta de que no se había despedido de ellos. Cuando la grúa había llegado estaba tan nerviosa intentando contactar con sus padres que ni se había acordado

ellos hasta ese momento.

—¿Te has hecho daño? —preguntó su padre preocupado.

—Nada, estoy perfecta —comentó obviando el dolor cervical—, pero algo cansada.

Su madre se acercó.

—Pues ve a descansar. Tienes la habitación preparada —le indicó su madre y luego se volvió hacia su marido—. Marco, ¿te quedas tú?

Aquello sorprendió a su hija.

—¿No vas a descansar?

Su padre negó.

—Aún no. Me han llamado algunos clientes que tardarían en llegar. Con lo del terremoto han cortado algunas carreteras y hay retenciones.

Adriana asintió pensativa. Se acercó a él y le besó en la mejilla.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —respondió abrazándola. Luego se sentó en el sofá y comenzó a cambiar de canal en la televisión.

Emilia cogió a su hija por el brazo y salieron del comedor para dirigirse al pequeño distribuidor donde recibían a todos los clientes, y por donde se subía a las dos plantas superiores, a través de una pequeña escalera.

Subir hasta la segunda planta, donde su madre le reservaba siempre una habitación, le costó más que en ocasiones anteriores. A medida que los músculos se le enfriaban, estos iban entrando más en tensión.

—¿Tienes algún relajante muscular, mamá? —preguntó.

—¿Te duele algo?

—Un poco el cuello —intentó restarle importancia.

—Ahora te lo traigo —dijo entregándole la llave, dirigiéndose acto seguido a las escaleras.

Adriana subió hasta la segunda planta y anduvo por el pasillo hasta la última puerta. Aquella era siempre su habitación.

Abrió y el olor a ambientador la relajó. Su madre siempre tenía la costumbre de ir cambiándolos para que las habitaciones oliesen a frutos del bosque.

Era una habitación sencilla. Constaba de una cama en medio del cuarto con una mesita a mano izquierda sobre la que descansaba una lámpara compuesta a base de cristales de colores, un armario empotrado y un pequeño escritorio sobre el que reposaba una pequeña televisión plana, acompañado por una silla tapizada en color crema, igual que la colcha.

Se quitó los zapatos y caminó descalza hasta la cama. Se sentó poco a poco, evaluando las consecuencias del golpe.

Hasta entonces, jamás había tenido un accidente de tráfico, pero sabía que el latigazo cervical, si no se curaba bien, podría acarrear muchos problemas a la larga.

—Adriana —la llamó su madre entrando por la puerta. Llevaba en su mano un vaso de agua y en la otra una pastilla.

—Gracias —dijo llevándosela directamente a la boca.

Su madre se quedó observándola, preocupada.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Sí, es solo el dolor del golpe. Cuando descanse seguro que estaré mejor —la calmó.

—¿Mañana irás a trabajar?

Aquella pregunta la pilló desprevenida.

—Claro, tengo que ir. El refugio sigue abierto pase lo que pase —comentó pasando sus dedos sobre los ojos.

—¿A qué hora te levantarás?

—Sobre las ocho, como siempre. —Se encogió de hombros.

—De acuerdo, pues será mejor que descanses. —Se agachó y besó su frente.

—Buenas noches —contestó ella con una sonrisa.

—Buenas noches —respondió Emilia dirigiéndose a la puerta.

La voz de su hija le hizo detenerse.

—Mamá, ¿me podéis dejar el otro coche mañana?

—Claro, pero a lo mejor te deja tirada...

—¿Qué va! —se burló ella mientras se quitaba la camiseta—. Ese coche es mejor que el coche fantástico. Le queda mucha guerra por dar.

—De acuerdo —contestó mientras cerraba la puerta de la habitación—. Le preguntaré a tu padre dónde están las llaves. Descansa —sonrió a su hija.

Elin se tumbó en la arena, harta ya de caminar de un lado a otro.

—Tarda un poco, ¿no?

—Demasiado —contestó Neil mientras recorría la playa.

Habían llegado hacía más de una hora y media a la playa. Gael se había zambullido en el oscuro mar hacía prácticamente una hora. Desde entonces, Elin, Karan y Neil habían permanecido en la orilla esperando.

Poco después, Hermi había hecho acto de presencia.

—¿Qué sabes sobre el terremoto? —preguntó Karan.

—Ha sido en Nápoles. Se ha derrumbado un edificio —se había limitado a responder—. ¿Gael ha ido a buscar el casco?

—Sí, pero lleva un buen rato.

Se había sentado en la arena cruzando las piernas, sin decir nada más. Habían intercambiado palabras entre ellos en algunos momentos, pero la mayor parte del tiempo se mantenían en silencio.

Neil se acercó a Hermi y le golpeó con el pie, pues su amigo permanecía sentado en la misma posición desde el principio, con los ojos cerrados.

—Eh, despierta —le llamó la atención. Hermi elevó la mirada hacia Neil con los labios apretados, disgustado por el poco tacto de su amigo—. ¿Crees que lo habrá encontrado?

—Y yo que sé —se quejó—. Creéis que lo sé todo y no es así.

—¿Y por qué no vas a mirar? —preguntó Karan de los nervios, acercándose.

Hermi extendió los brazos hacia ellos.

—Por lo que sé, el barco está hundido a trescientos metros de la costa. ¿Sabes la profundidad a la que debe encontrarse Gael?

Karan dio un manotazo al aire como si desechase aquella respuesta, aunque luego comenzó a

maldecir.

—Dejadme en paz, malditos mosquitos —gruñó.

Elin se arrastró por la arena acercándose a Hermi y lo miró.

—Estará bien, ¿no?

—Claro que está bien —interrumpió Karan haciendo aspavientos con sus brazos de un lado a otro—. Este se ha ido de fiesta con su amigo el pulpo y el pez globo. Se ha olvidado de nosotros.

Hermi puso los ojos en blanco y se fijó de nuevo en el horizonte. Frente a él se extendía el ancho mar Mediterráneo, oscuro, iluminado únicamente por la luz que creaba un rayo plateado que se reflejaba en las aguas. La estampa era relajante, aunque aquello perdía su encanto al recordar la causa por la que estaban allí.

—Lo más seguro es que aún no lo haya encontrado —comentó Neil—, si no ya habría vuelto.

—Los buzos no lo hicieron —recordó Hermi.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Neil cruzándose de brazos. Señaló hacia el mar—. ¿Dónde se supone que debemos buscar?

Hermi se removió inquieto, valorando muchas opciones.

—Supongo que nos iría bien conseguir un mapa de Sicilia del siglo que data el barco, algo de documentación. Aquí había mucho pirata y es posible que...

Karan lo interrumpió.

—Hermi —dijo cruzándose de brazos ante Elin y él—, no creo que los piratas se llevasen el casco. —Señaló de nuevo hacia el mar—. Tiene narices que digas eso. Ese barco ha estado ahí durante siglos sin que nadie sepa de su existencia y el año pasado unos buceadores encontraron oricalco, ¿no? —Hermi asintió—. ¿Y no crees que los piratas se lo hubiesen llevado también? —Hermi resopló—. Es más, no creo que en la época de los piratas dispusiesen de bombonas de oxígeno para descender a tanta profundidad —acabó ironizando.

—Está claro que si Gael no puede dar con él, alguien tuvo que llevarselo —intervino Neil—. ¿Era un barco griego?

Hermi tardó un poco en contestar.

—Pues no lo tengo muy claro —confesó al final—. En este territorio navegaron barcos de Atenas, Corinto, Esparta y de la propia Siracusa.

—Ya, pero encontraron dos cascos corintios en su interior —reaccionó Elin—. Se supone que, al menos, ese barco tenía que ser de Corinto.

—¿Y estás seguro de que el casco estuvo en esta batalla?

Hermi suspiró y se puso en pie.

—Es lo que dicen.

—¿Quién lo dice? —preguntó Karan ladeando su cabeza.

Hermi se giró hacia él con cierta desesperación.

—Es lo que se rumorea...

—Pzz... —arremetió Karan—. ¿Dónde? ¿En las esquinas del Olimpo? —Se quedó observando a Hermi que no respondió, lo cual lo interpretó como una respuesta afirmativa—. Pues vamos apañados —dijo mientras se pasaba la mano por la cara.

Elin se puso de pie.

—Se cree que esta es su última ubicación conocida, ¿no? —Hermi asintió—. Bien, pues hay que averiguar primero su procedencia y después quién iba en ese barco.

Los tres arquearon una ceja hacia ella.

—¿Y de dónde se supone que vas a obtener esa información? —preguntó Karan.

—Algún historiador especializado en esa batalla, algún director de museo... —propuso ella—. Hay gente que dedica toda su vida al estudio de un período histórico.

Neil se quedó pensativo.

—¿La novia de Gael no es licenciada en Cultura Clásica? Quizás ella sepa algo.

Hermes se quedó pensativo.

—Sí, Lucía —recordó Hermi—. Luego se lo comentaré a Gael, cuando vuelva.

—Si es que vuelve —volvió a bromear Karan. Resopló y miró a sus compañeros enarcando una ceja—. La verdad, yo voto porque los peces se han comido el casco.

En ese momento todos miraron hacia la orilla. Gael caminaba sorteando las olas, totalmente empapado. Llevaba el traje que el señor Morris les había regalado. Se pasó la mano por el cabello, revolviéndolo, y luego se quitó unas gotas de agua de su rostro.

—Eh, Karan... —llamó su atención—. Yo siempre vuelvo.

Hermi se adelantó rápidamente hacia él, saliendo a su encuentro.

—¿Ha habido suerte?

Gael resopló mientras caminaba sobre la arena hacia el resto del equipo.

—Siento decirlo, pero no. —Se colocó ante ellos y se llevó la mano a la espalda para bajarse la cremallera—. He buscado por todos lados, he removido toda la arena del fondo marino... Nada. No he encontrado nada. —Se sacó las mangas y se bajó el uniforme hasta la cintura dejando la parte superior al descubierto. Karan miró de reojo a Elin—. ¿Dónde está mi ropa? —preguntó Gael mirando de un lado a otro.

Neil se acercó con la camiseta y los tejanos.

—Ten.

—Espera —susurró Gael mientras se bajaba las mallas—. Por cierto, el uniforme es fantástico. Un poco hortera pero muy hidrodinámico.

—Tío... —le llamó la atención Karan mientras hacía gestos con su cabeza hacia Elin.

En ese momento Gael pareció ser consciente de la presencia de la joven. De hecho, todos la miraron fijamente.

Elin resopló y se giró mientras se cruzaba de brazos.

—No, Elin —comentó Gael—. Si a mí me da igual. —Se encogió de hombros.

—Ya, bueno... —respondió cortada—. Cámbiate rápido.

Neil insistió de nuevo.

—¿Seguro que el casco de Hades no está ahí? Puede que la marea lo haya alejado.

Gael se sacó del todo el uniforme, se lo arrojó a Neil y cogió los pantalones que este sujetaba.

—Me he recorrido el barco, bueno, lo que queda de él, y los alrededores. Me he alejado... Lo he revisado todo —sentenció—. Te aseguro que ahí abajo no está.

—Joder —susurró Neil—. Pues tenemos un problema.

—¿Un problema? —ironizó Karan—. Tenemos un problemón —confirmó.

Gael acabó de ponerse los pantalones y cogió la camiseta que Neil le ofrecía.

—Elin, ya está. Puedes girarte.

Esta se giró de inmediato, aún cruzada de brazos.

—Lucía estudió Cultura Clásica, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—Quizás sepa algo o pueda averiguar si hubo algún superviviente del naufragio —continuó Elin—. Quizás así podríamos seguirle la pista.

—Sí, es posible —contestó Gael bajándose la camiseta—. ¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto de la madrugada —respondió Neil.

—Vale, Hermi —dijo Gael colocando una mano en su hombro—. Llévame con Lucía.

Hermi lo miró asombrado.

—Son las dos y cuarto... —le recordó.

—¿Y?

—Estará durmiendo.

—Uy, sí, ya ves qué problema. —Luego sonrió con sorna—. No te preocupes. Ya la despertaré con ternura.

Tanto Karan como Neil arquearon una ceja.

Hermi puso los ojos en blanco y suspiró.

—Está bien. Nos vemos luego en el hotel. Tenéis la dirección en el GPS del todoterreno. —Hermi miró a Karan—. La reserva está hecha a nombre de Hermes. —Miró a Gael con seriedad—. Te dejo en casa de Lucía y yo me marcho.

—No pretendía que te quedases —indicó.

Dicho esto, Gael y Hermi desaparecieron.

Karan miró hacia el final de la playa donde habían aparcado el todoterreno.

—Vamos.

Los tres caminaron hasta llegar al vehículo. Karan se puso al volante y de copiloto Neil, pues Elin fue directa al asiento trasero.

Buscó en el GPS el hotel y arrancó el vehículo.

—Es una hora y media de trayecto —informó Karan.

—¿Te apetece conducir o prefieres que...? —se ofreció Neil.

—No, no te preocupes. Bastante has hecho ya con el avión.

Tomó el primer desvío y aceleró.

—Tengo unas ganas de pillar la cama. —Escucharon que decía Elin desde atrás.

Karan iba a contestar, pero Neil puso la radio. De nuevo, volvían a hablar del terremoto ocurrido hacía unas horas.

—Por lo menos parece que no ha desencadenado un maremoto —dijo Neil.

—Sí —respondió Karan, quedándose pensativo—. ¿Crees que el terremoto puede haber sido ocasionado por algo del casco de Hades?

Neil lo miró intrigado.

—¿A qué te refieres?

Karan negó con su cabeza sin perder de vista la carretera, en actitud muy seria.

—No sé —dijo inmerso en sus pensamientos—. Piensa, ¿no te parece un poco raro? Consiguen el arma que Poseidón entregó a la Atlántida. Venimos hasta aquí para encontrar el casco de Hades y evitar que consigan el segundo objeto con el que poder abrir las puertas de Tártaro y, justo cuando llegamos, hay un terremoto.

—No, no me preocupa —contestó Neil sin darle importancia—. Aquí hay mucha actividad volcánica, así que los terremotos son constantes. Muchas veces ni se notan, pero ahí están —

señaló con una sonrisa—. Aquí en Sicilia está el Monte Etna y en Italia se encuentra el Vesubio y el supervolcán de los Campos Flégreos. De hecho, gran parte de Italia se encuentra cimentada sobre una gran cámara magmática. —Se giró y miró por la ventanilla—. El día que le dé por erupcionar...

—Un lugar muy acogedor, si lo piensas —bromeó Karan.

Neil se encogió de hombros.

—A mí me gusta.

—¿Y cómo no te va a gustar? Estás en tu salsa. Por cierto... —preguntó mirándolo de reojo—. Hay una cosa que no entiendo. Dices que tu padre es Belenus...

—Sí.

—Irlandés.

—Ajá —asintió Neil.

—Ya, pero en Irlanda no hay volcanes, al menos que yo sepa.

—¿Y? —preguntó.

—No sé. Me parece raro —dijo como si aquel dato le confundiese.

Neil lo miró con una sonrisa de soslayo.

—Para comenzar, mi padre es un dios celta. Concretamente el dios de la luz, el sol y el fuego y, por ende, de los volcanes. A los romanos les faltaba un dios con esas características y se inventaron a Vulcano. —Se encogió de hombros—. Se apropiaron de mi padre.

—Qué copiones —bromeó.

Neil arqueó una ceja hacia él.

—¿En serio? Los griegos también lo hicieron. ¿Te suena el nombre de Hefesto? —bromeó—. Y fueron antes que los romanos.

—Je, je... ya —respondió con los labios apretados—. Es que ese poder está bien —comentó Karan encogiéndose de hombros.

—Ya, ¿y tú? —preguntó—. Aún no te he visto hacer nada.

—Mejor así, créeme —comentó esta vez concentrado en la carretera.

—Eres hijo del grandioso Zeus, ¿qué puedes hacer? —Karan suspiró como si no le gustase la conversación—. Supongo que sabrás manejar el rayo de tu padre. ¿O te llaman el destructor porque no sabes? —bromeó.

Esta vez Karan lo miró con una sonrisa irónica.

—No es precisamente por eso —dijo más calmado. Miró el GPS y señaló hacia la derecha—. Es ese desvío, ¿verdad?

—Sí, cógelo —comentó Neil mirando el GPS.

Karan se quedó en silencio unos segundos.

—Es solo que, si no es estrictamente necesario, prefiero no usar mis poderes.

Neil se quedó contemplándolo y finalmente asintió.

—Ya —dijo consciente de que su compañero no quería hablar sobre el tema. Karan no era mal tipo, un poco pasota quizás y, a veces, con un carácter prepotente, pero parecía más bien que quisiese ocultar su verdadero yo tras una máscara. Miró hacia delante donde unas cuantas farolas permanecían tiradas en un lateral—. Han despejado muy rápido la carretera tras el terremoto.

Neil se apoyó correctamente en el asiento mientras su mirada recorría pensativo el oscuro cielo.

—Por cierto, ahora que lo pienso... Elin, ¿no eres la hija de la diosa nórdica Eira? Tu madre era la mejor curandera, pero también podía inducir a los humanos a un trance para ver su futuro, sus mayores pesadillas...

—¿Y a qué viene eso ahora? —preguntó Karan.

—Pues que quizás su madre pueda inducirnos a alguno de nosotros una visión del futuro y ver dónde está el dichoso casco.

Karan ladeó su cabeza pensativo.

—Bueno, es otra idea, aunque un poco rebuscada. ¿Es verdad eso, Elin?

—¿O es una invención? —bromeó Neil. Ambos esperaron la respuesta, pero esta no llegaba—. ¿Elin? —preguntó Neil girándose.

Karan miró por el retrovisor. Elin se había tumbado a lo largo del asiento, desparramando su largo cabello rubio sobre él. Permanecía con los ojos cerrados y la respiración tranquila.

—Creo que se ha quedado dormida —susurró Neil volviendo a sentarse correctamente en el asiento.

Karan apagó directamente la radio y se giró un segundo para observarla. Sí, definitivamente se había quedado frita.

—Así dormida parece buena y todo —bromeó haciendo que Neil sonriese por su comentario—, pero en cuanto se mosquea es otra cosa bien diferente.

—Como te escuche te vas a cagar —continuó con la broma—. ¿Se ha traído la espada?

—Sí, ¿cómo no? Es su juguete favorito. Ahí en el maletero la llevamos. —Rio Karan.

—Ja —comentó Neil divertido.

El resto del viaje lo hicieron conversando a ratos y otros manteniéndose en silencio. Poco después de una hora llegaron al lugar que el GPS les indicaba y Karan aparcó el vehículo. Nada más apagar el coche se giró para observar a Elin que aún permanecía dormida.

Karan y Neil se miraron de reojo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Neil mirando a Elin, que estaba totalmente relajada.

—Ammm... habrá que despertarla —susurró Karan también girado hacia el asiento trasero.

—Tu turno —dijo Neil con los dientes apretados.

Karan suspiró y llevó su brazo hasta el hombro de ella zarandeándola levemente.

—Ehh... —susurró con delicadeza—. Elin, hemos llegado. —Como si la mano de Elin tuviese un resorte golpeó la de Karan—. Ahh... —se quejó al recibir el fuerte manotazo mientras ella abría los ojos poco a poco. Centró su mirada en los de ella bastante enfadado—. ¿Y a ti qué te pasa? —preguntó mientras Neil sonreía.

—¿Qué? —preguntó Elin pasándose la mano por los ojos, sin ser aún consciente de qué pasaba a su alrededor.

—Hemos llegado —explicó Neil.

Elin se incorporó y miró por la ventanilla. Sí, habían detenido el coche en una calle iluminada por unas pocas farolas. Se giró y observó a sus dos compañeros. Neil la miraba con una sonrisa y Karan, por el contrario, la observaba con una ceja enarcada.

—Perdona —se disculpó—. Creo que te he dado un golpecito.

—¿Un golpecito? —arremetió Karan. Se giró y sacó las llaves del contacto, abrió la puerta y bajó del coche—. La próxima vez voy a dejar que pases la noche en el todoterreno —susurró mientras se dirigía al maletero.

Neil y Elin bajaron, y se dirigieron hacia donde él se encontraba.

—Vamos, no te enfades... Ha sido un golpecito de nada —bromeó ella.

Karan la miró con seriedad, cogió la maleta de ella y se la lanzó con bastante fuerza. Si Elin no hubiese estado medio dormida, la hubiese cogido al vuelo, pero aún no estaba despierta del todo, así que tuvo que dar varios pasos hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio al recibir la maleta entre sus brazos.

Lo miró realmente enfadada.

—¡Serás idiota! —rugió con los dientes apretados.

Karan sonrió con sorna ante su insulto.

—Eh, vosotros dos —intervino Neil cogiendo su propia maleta—, encerraos en una habitación y resolved esto.

Karan miró con mala leche a su amigo.

—¿Que nos encerremos?

—Sí —continuó Neil cargando la maleta al hombro—. Así se resolverían vuestros problemas: u os matáis o resolvéis esta tensión vuestra echando un buen polvo.

Ambos miraron sorprendidos a Neil, poniendo su espalda recta, aunque Elin fue la primera en pasar a su lado fusilándolo con la mirada.

—Estás loco —gruñó andando por delante de ellos.

Neil se encogió de hombros, cogió también la maleta de Gael y las cargó a la espalda mientras Karan cerraba el maletero. Supo que quizás se había extralimitado con aquel comentario cuando vio que los ojos de Karan lo miraban de una forma tan intensa que le llegó a aterrar. No debía olvidar que estaba hablando con Karan, el hijo de Zeus, uno de los semidioses con más fuerza que existía y al que apodaban «el destructor». Por algo sería y, en ese momento, estaba seguro de que quería destruir algo.

Neil parpadeó un par de veces y le dedicó un gesto gracioso con su rostro, intentando quitarle importancia a todo aquello.

—Quizás sirva con que planches la oreja en la cama —dijo siguiendo a Elin que esperaba frente a una puerta del hotel.

Los tres se detuvieron ante la entrada donde un luminoso cartel anunciaba que habían llegado.

Karan sonrió divertido en dirección a Neil mientras este resoplaba.

—Qué cabrón es Hermi —susurró Neil.

En ese momento hasta Elin rio.

—Sí, el colega tiene un sentido del humor bastante peculiar —comentó Karan.

Neil puso los ojos en blanco y llamó al timbre.

—¿No había más hoteles libres en toda la isla? ¿Debía escoger uno que se llamase *Il figlio di Vulcano*?

—*El hijo de Vulcano* —comentó Elin divertida—. Te va que ni pintado.

Neil puso los ojos en blanco.

—Y dale con Vulcano... Belenus, Belenus... —repitió agobiado—. Verás cuando lo pille. Se está volviendo muy gracioso últimamente...

Los tres volvieron la vista al frente cuando un hombre de mediana edad abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo Neil—. Un compañero ha llamado antes explicando que llegaríamos tarde. —El hombre se apartó de inmediato de la puerta indicándoles con la mano que entrasen,

con una gran sonrisa—. Lo sentimos, pero con el terremoto han cortado algunas carreteras y nos han desviado.

—No os preocupéis, lo importante es que ya estáis aquí... sanos y salvos —dijo estrechando la mano de Neil—. Mi nombre es Marco, bienvenidos. Eran cuatro habitaciones, ¿verdad?

—Sí. A nombre de Hermes —respondió Neil adelantándose.

Marco miró a los tres mientras cogía la libreta donde lo apuntaba todo.

—Falta uno.

—Sí, lo sabemos. No se preocupe. No vendrá esta noche. Llegará mañana —indicó Neil, pues sabía que Gael pasaría seguramente la noche con Lucía.

—De acuerdo —comentó abriendo un cajón y buscando las llaves—. Os daré a cada uno la llave de su habitación y una del portal para que entréis y salgáis cuando queráis.

## Capítulo 5

Gael giró su cuello hacia el lado y besó la frente de Lucía. Hacía pocos días que no la veía, pero la había echado de menos cada minuto.

Lucía se incorporó sobre la cama con una sonrisa, aún sorprendida porque él hubiese ido a verla apareciendo sobre las dos de la madrugada en su habitación.

—Así que el barco se hundió en la costa de Gela, ¿verdad? —Se quedó pensativa—. Creo que vi esa noticia cuando investigaba lo de Doñana, cuando encontré la agenda roja de mi abuelo. —Gael se incorporó también sobre la cama acariciando la espalda desnuda de ella—. Encontraron también oricalco, ¿verdad?

—Exacto. —Besó su hombro y se sentó en el filo del colchón. Buscó su ropa interior y comenzó a vestirse—. El problema es que el casco de Hades no está ahí. Por lo que sabemos los cascos que encontraron eran corintios.

Ella cogió su camisón, se lo puso y rodeó la cama.

—Si eran corintios no hay duda de que el hundimiento fue en la época de la expedición a Sicilia —indicó Lucía—. Fue en el 416 antes de Cristo. Es el nombre con el que se conoce una expedición militar de Atenas a la isla de Sicilia durante la guerra del Peloponeso. Creo recordar que duró poco, apenas dos o tres años. Atenas sitió Siracusa para conquistarla y Corinto y Esparta acudieron en ayuda de los habitantes de la isla para derrotar a los atenienses. Por lo que dices encaja a la perfección con esa época.

—Sí.

—Esos cascos fueron los más populares durante los siglos cuatro y cinco antes de Cristo. Se popularizó mucho por todo el Mediterráneo helénico. Los hacían de bronce —añadió.

Gael se puso los pantalones, cogió la camiseta y siguió a Lucía por el pasillo.

—Lo sé —dijo sonriente—. ¿Adónde vas?

—Creo que tengo algún libro de ese período histórico por aquí, si no tendré que ir a casa de mi abuelo.

Encendió la luz de una de las habitaciones que tenía montada como despacho y se colocó ante las estanterías mirando los libros.

—Revisé el fondo del mar y ni rastro del casco —comentó Gael cruzándose de brazos, observando también la multitud de libros que tenía Lucía—. Y según Hermi, no es ninguno de los dos cascos que encontraron los arqueólogos.

Ella se encogió de hombros.

—Pues alguien se lo tuvo que llevar —dijo ella cogiendo uno de los libros—. ¿Era la primera expedición que se hacía en la zona?

—Hermes investigó y hasta el momento solo se ha hecho una incursión donde se encontraron esos objetos, al menos de forma oficial.

Ella chasqueó la lengua.

—Hay muchos filósofos de la antigua Grecia que relataron lo sucedido en la guerra del Peloponeso: Aristóteles, Sócrates, Plutarco, Arquímedes, Menipo de Gadara, Flavio Arriano, Estrabón, Heródoto de Halicarnaso... Hay decenas de documentos que se pueden revisar en busca

de alguna pista. —Miró con atención la estantería—. Los atenienses eran los mejores en la mar. Nadie se les resistía, así que si hundieron ese barco, dudo que hubiese algún superviviente. Quizás se lo llevaron los griegos. —Luego miró a Gael dudosa—. Aunque yo me decanto más por piratas arqueológicos actuales —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Seguro que no lo tiene Bronte en su poder?

—Seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hubiese ido directo a por Karan. Le faltaría solo el rayo.

Ella resopló y cogió un libro.

—Este libro habla de la guerra del Peloponeso. Le echaré un ojo e investigaré a ver si puedo averiguar algo.

—Perfecto.

—Si no, tengo amigos especializados en este período histórico que...

Gael la cogió de la cintura y la acercó para besarla. Se separó de ella sonriente.

—Menudo partidazo de novia tengo —la interrumpió con una sonrisa.

Ella lo miró divertida e hizo un gesto gracioso.

Ambos salieron del cuarto y se dirigieron hacia el comedor.

—¿No quieres dormir un poco? —preguntó Gael al ver que no se dirigía al dormitorio—. Son las seis de la madrugada.

—No, no te preocupes. Estoy de vacaciones, ¿recuerdas? —Cogió una silla y se sentó a la mesa depositando el libro con cuidado—. ¿Te quedas un rato?

Gael cogió una silla y se sentó al lado de ella dándole a entender que sí.

## AÑO 416 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Era plena noche, aún no había amanecido, aunque seguramente lo haría en pocas horas. La trirreme espartana llegaba a orillas del Eurialo, un estrecho istmo, una pequeña lengua de arena rodeada por ambos lados de mar y que conectaba con la meseta de Epípolas, cerca de la ciudad de Siracusa, en esos momentos sitiada por las fuerzas atenienses.

Gilipo, general espartano, descendió de la trirreme seguido por sus lochagos y enomotarcas, encargados de organizar y dirigir sus falanges, las denominadas enomotías, compuestas cada una por treinta y seis hoplitas, hombres libres espartanos preparados y entrenados para luchar por la libertad.

Una vez que Siracusa, fiel aliada de Esparta y Corinto, hubo enviado a su embajador hasta aquellas lejanas tierras solicitando su auxilio (dada la inminente guerra con Atenas), Corinto había sido la primera en responder a su petición de ayuda. Esparta le había seguido posteriormente y había sido la primera en desplazarse al lugar.

Las alianzas entre las ciudades-estado como Esparta y el Imperio ateniense habían durado hasta poco después de la victoria contra Persia, en el año 478 a. C. Pese a que Atenas se jactaba de ser una democracia con una asamblea en manos de todos los hombres libres de la ciudad, lo cierto es que sus ganas de dominación hacían que muchas poblaciones y ciudades se viesan en guerra para defender sus intereses, y no caer en manos del Imperio ateniense que, ahora, dominaba y se extendía por todo el mar Egeo.

Las ansias de poder habían desencadenado nuevas guerras contra Atenas para intentar frenarla.

Sus objetivos eran muy diferentes. Mientras Atenas pretendía conservar su imperio e incluso hacerlo más fuerte y extenso, Esparta y sus aliados, como Corinto, libraban guerras para salvar a los estados griegos de la dominación ateniense.

Gilipo corrió sobre la arena en mitad de la noche, seguido de más de dos mil hombres que descendían de sus barcazas con lanzas en la mano, dispuestos a liberar a sus aliados de Siracusa del yugo de Atenas.

La intensa luz de la luna y las estrellas permitió al general espartano ver la comitiva que los esperaba.

Cincuenta hombres permanecían al final de aquella lengua de arena altamente armados, dispuestos a librar una batalla contra ellos, aunque cuando estos reconocieron sus capas escarlatas, adoptaron posturas más relajadas.

Uno de ellos fue a su encuentro con paso presto.

—¿Espartanos? —preguntó sin dar crédito.

—Así es —respondió el general Gilipo. Alzó su mano haciendo que todos los hombres que le seguían se detuviesen—. Recibimos a vuestros embajadores y nos explicaron la situación. Venimos a proteger y reforzar vuestras murallas.

El general siracusani que los recibía, todavía no daba crédito a lo sucedido. Había sido alertado en mitad de la noche cuando sus hombres habían vislumbrado en la oscuridad lo que pensaban que era una flota acercándose. La desesperación se había apoderado de ellos al pensar que la flota ateniense iba a perpetrar otro asedio, pero sus plegarias habían sido escuchadas.

Hermócrates, general siracusani, asintió con rapidez.

—Yo mismo sugerí que se enviase a los embajadores en busca de ayuda. Nuestra situación es

desesperada, pero pensé que ya no acudiríais —se sinceró.

—Es mucha la distancia que hemos recorrido —se excusó Gilipo. Dio un paso hacia él y puso una mano en su hombro infundiéndole confianza—. Os ayudaremos a derrotar a los atenienses.

Hermócrates cerró los ojos durante unos segundos e inspiró hondo. Hasta hacía pocos días había barajado la posibilidad de rendirse ante los atenienses, pues en el último año habían sido cuantiosas las bajas en su ejército y, además, Atenas había sitiado la ciudad construyendo muros que no solo no les permitían huir, sino que los aislaba de todo, incluso para recibir víveres.

La ciudad de Siracusa se encontraba en un momento desesperado y muy debilitada ante el hostigamiento de los atenienses.

Gilipo caminó sobre la arena instando al general de Siracusa a hacer lo mismo, dirigiéndose hacia los árboles y buscando la protección de la oscuridad para no ser descubiertos por los atenienses que, aunque mantenían su fuerte en Catania, podían tener dispersados espías por la zona para vigilar sus movimientos.

—Mis hombres necesitan unas horas de descanso y algo de comer.

Hermócrates asintió con rapidez.

—Por supuesto, dispondréis de todo lo que tus hombres necesiten. —Señaló a uno de sus hombres hacia el interior del bosque para que fuese a avisar a la ciudad.

—Desembarcad todo de las barcas —ordenó el general espartano. Luego volvió su atención hacia Hermócrates—. Bien, amigo mío, ponme al corriente de todo —pronunció mientras se introducían entre los árboles seguidos por sus soldados.

El bosque no era muy profundo, a duras penas una línea divisoria con el campamento base de los soldados que protegían la ciudad de Siracusa.

Varias casetas de tela inundaban un pequeño descampado antes de que comenzasen las edificaciones de la ciudad.

Hermócrates apartó la tela que hacía las veces de entrada a la caseta de tela color blanco y Gilipo entró acompañado de otro hombre.

Hermócrates fue directo a la mesa, donde sobre ella había un mapa abierto.

El espartano se acercó para observar.

—Por lo que sé, Atenas recibió la visita de tres embajadores de Segesta que pedían ayuda para contrarrestar la fuerza de Selinus —dijo Gilipo para contrastar información con su aliado.

—Sí. La ciudad de Selinus pidió ayuda a Siracusa y se la concedimos. Siracusa siempre ha sido la ciudad más importante y fuerte de la isla.

—Y lo seguirá siendo —sentenció el espartano. Se puso firme mirando el mapa—. Atenas envió a la mayor flota que se hubiese visto jamás junto a tres de sus generales.

—Ciento treinta y tres trirremes, más de cinco mil hoplitas y mil arqueros, pero pocos caballos.

—¿Todos ubicados aquí? —preguntó Gilipo señalando el lugar donde el general siracusani había colocado un cono de barro.

—La meseta de Epípolas —remarcó Hermócrates—. Cuando los barcos atenienses llegaron a nuestra costa el año pasado se quedaron en la playa. No se movían. Mis hombres comenzaron a bromear sobre si esos soldados atenienses venían a buscar un nuevo hogar huyendo del imperialismo de Atenas.

Aquel comentario hizo gracia al general espartano.

—Más les valdría haber hecho eso.

—Los teníamos vigilados, pero una noche los atenienses navegaron hasta Siracusa. Ninguno de nosotros los esperábamos. Dada la proximidad con el campamento que habían montado en Catania, dábamos por sentado que atacarían por tierra.

—Si por algo se caracteriza Atenas es por tener la mejor flota naval conocida, en eso no nos vamos a engañar —indicó Gilipo y miró el mapa—. Están muy cerca de la ciudad.

—Intentamos frenarlos pero perdimos la batalla, aun así, conseguimos que no llegasen a la ciudad gracias a nuestra caballería.

—¿Atenas no ha traído más caballos?

—En su momento habían traído una barcaza con treinta. —El general siracusani suspiró—. Pidieron refuerzos a Atenas para traer más. Fue cuando decidimos pedir ayuda a nuestros aliados.

Gilipo se giró para observar al hombre que lo acompañaba e hizo un gesto con su cabeza para que se acercase a observar.

Colocó las dos manos sobre la mesa y miró con contundencia al general de Siracusa.

—¿Cuál es la situación actual?

—Durante el invierno reforzamos la ciudad y comenzamos a construir un muro en la meseta de Epípolas. Además, se designaron seiscientos soldados para defenderla. —Se quedó unos segundos callado intentando ordenar las ideas—. De nuevo, Atenas desembarcó en León. —Señaló el mapa para ubicarlos—. No pudimos evitar que se hiciesen con la meseta. La mayor parte de los hombres que había allí murieron, entre otros, mi comandante Diomilo. —Los espartanos escuchaban atentos—. Los atenienses conquistaron Labdalum. —Señaló una parte de la meseta—. La fortificaron y pasó a ser su campamento base. Al día siguiente comenzaron a hacer un muro en toda la meseta para asediarnos. —Señaló desde la ciudad de Labdalum, actual campamento base de las fuerzas atenienses, hasta un poblado que respondía al nombre de Syce. Las intenciones de los atenienses eran claras, los estaban aislando del resto de la isla y por tanto de posibles aliados que pudiese haber en ella—. Desde ese momento no llegan prácticamente abastecimientos a la ciudad.

Gilipo arqueó una ceja hacia el general.

—¿Intentasteis frenarlos? —preguntó.

—Lo intentamos, pero para entonces la caballería ateniense, provista de seiscientos cincuenta hombres, había llegado. No pudimos hacer nada. Así que, para intentar protegernos mientras recibíamos alguna respuesta de los emisarios enviados, comenzamos a construir un contramuro perpendicular al ateniense para evitar que pudiesen rodearnos del todo. —El espartano lo miró esperando a que siguiese—. Lo destruyeron. —Indicó con el dedo otro punto del mapa—. Iniciamos la construcción de un segundo contramuro, más cerca del mar. —Adoptó una postura avergonzada—. Tampoco pudimos evitar que los atenienses lo derrumbasen... Eso sí, en la batalla logramos acabar con la vida de Lámaco, uno de los generales de Atenas.

—¿Y el muro que hemos visto antes de desembarcar? —preguntó directamente.

—Los atenienses prácticamente nos han rodeado. —Observó a los dos hombres cuyas miradas destilaban fuerza. Si por algo se caracterizaban los espartanos era por sus técnicas de combate y su fiereza en el campo de batalla—. De hecho, estábamos barajando la opción de rendirnos —se sinceró—. La ciudad está sitiada. No permiten que nos lleguen alimentos siquiera...

Gilipo lo cortó:

—¿El asentamiento principal de Atenas está aquí? —Señaló el mapa.  
Hermócrates asintió.

—El muro de Labdalum —indicó—. Es el campo base ateniense más cercano. Aunque el grueso de su ejército se encuentra en Catania.

Gilipo se quedó unos segundos en silencio y se giró para observar a través de la abertura de la tela el oscuro cielo.

—En unas tres o cuatro horas amanecerá —indicó girándose hacia su hombre—. Que los soldados descansen un par de horas y se alimenten. En tres horas quiero al grueso del ejército frente al muro ateniense —dijo señalando la zona del muro de Labdalum—. Lo destruiremos. —Miró directamente al hombre que lo acompañaba—. Arión —indicó—, quiero dos pentekostyes en la cima cuando amanezca. El resto de enomotías que protejan la ciudad.

—Espera... —interrumpió el general de Siracusa—, ¿vais a atacar así? ¿Directamente?  
Gilipo se giró hacia él.

—Un ataque sorpresa es la mejor arma —explicó. Señaló a Arión—. Él liderará mis tropas hasta el mismo muro y lo destruirá. Quiero mínimo cien hombres en la batalla —indicó a Arión—. El resto protegerá la ciudad y construirá un muro de contención.

—¿Cien hombres? —preguntó asustado—. En Labdalum debe haber unos mil soldados atenienses —le advirtió Hermócrates.

En ese momento los dos espartanos sonrieron.

—Entonces será mejor que los atenienses comiencen a correr —bromeó Gilipo y miró directamente a Arión—. Informa a tus hombres, que se alimenten y descansen. Nos vemos antes del amanecer.

Dicho esto, Arión salió dejando a su general reunido con el de Siracusa.

Se dirigió a un grupo de hombres que depositaban armas y cuantiosas provisiones que traían de su anterior estancia en Hímera. Muchos de sus hombres se dirigían al interior de la ciudad. La mayoría de los habitantes habían salido al encuentro de los recién llegados con lágrimas en los ojos, sorprendidos y agradecidos de que una potencia como Esparta acudiese en su ayuda.

Él, al igual que su general y que todos los hombres que comandaba, no permitiría que aquella gente cayese bajo el yugo de Atenas. Siracusa había acudido a Esparta buscando su ayuda, su protección, y se la darían.

Muchas mujeres salían de sus casas con comida y jarras llenas de agua para ofrecerlas a los jóvenes soldados que habían acudido al rescate.

Arión llamó a dos de sus hombres que estaban cerca.

—Corban, Eudor. —Ambos avanzaron en su dirección—. Que los hombres estén preparados en un par de horas. Iremos directos a la meseta a destruir el muro de los atenienses. —Aquellos dos jóvenes soldados asintieron entusiasmados con la idea—. Quiero la pentekostyes reunida en dos horas a la entrada del bosque. —Señaló el lugar.

Los dos soldados volvieron a asentir y se alejaron.

—¿Desea agua? —preguntó una voz femenina a su espalda.

El soldado se giró y observó a la muchacha de rasgos tiernos que le ofrecía una pequeña tinaja. Aquellos rasgos dulces captaron su atención de inmediato. Su cabello largo ondulado acababa con las puntas rizadas a la altura del pecho. Sus ojos color marrón claro lo observaban con algo de temor, pero la sonrisa de agradecimiento que le mostraban sus labios por encontrarse

allí, le hicieron dar un vuelco al corazón, un sentimiento para el que no estaba preparado.

—Gracias —aceptó cogiendo la tinaja que le ofrecía—. ¿Cuál es tu nombre?

La mujer lo miró sorprendida por la pregunta.

—Dalia —farfulló.

Bebió un par de sorbos y se la devolvió. Luego le indicó con un movimiento de su cabeza hacia sus hombres para que la repartiese entre ellos.

—Mis hombres estarán agradecidos por el agua.

Arión se quedó observando su cabello volar hacia atrás mientras se dirigía hacia ellos. Era una chica realmente hermosa.

—Eh, mirad qué cosita más bonita tenemos aquí —bromeó uno de sus hombres situándose frente a la muchacha.

—¡Corban! —gritó Arión desde la distancia, llamando no solo la atención del susodicho, sino de todos los allí presentes, incluso de la muchacha—. Trátala con respeto.

Corban asintió de inmediato y cogió con cuidado la tinaja que la muchacha le ofrecía. Tras varios meses de travesía sus hombres se encontraban excitados por llegar a su destino. Resopló y se quedó contemplando a la muchacha repartir el agua entre todos sus hombres. Caminó en su dirección y les señaló con el dedo.

—Quiero el campamento montado. ¡Ya! —ordenó.

## Capítulo 6

Eran las ocho de la mañana cuando todos se habían reunido en la habitación de Karan.

—No es tan gracioso como crees —apuntó Neil ante la sonrisa de Hermi cuando le había reprochado el nombre del hotel.

Elin se apoyó en el escritorio de brazos cruzados. Se había dado una ducha y tenía el pelo mojado. Miró directamente a Gael.

—¿Lucía sabe algo sobre dónde puede estar el casco de Hades?

Gael bostezó y negó con su rostro.

Neil arqueó una ceja en su dirección.

—¿Habéis investigado algo o te has limitado a...?

—Hemos investigado —lo cortó Gael al ver por dónde iba su amigo—. Hemos revisado varios libros sobre la guerra del Peloponeso, concretamente la expedición ateniense a Sicilia, pero, como era de esperar, en los libros académicos de Historia no se especifica tanto como necesitamos.

—¿Entonces? —preguntó Neil cruzándose de brazos.

—Revisaré manuscritos de aquella época —explicó—. Hay diversos filósofos griegos que hablaron sobre esa expedición. Irá a mirarlos hoy mismo y nos informará. —Les mostró el teléfono móvil—. Por otro lado, hemos visto que en la Biblioteca Oratoriana de Girolamini existe un gran número de manuscritos antiguos que pueden interesarnos; uno de ellos, me dice Lucía que se llama *Sobre los dioses*. Aunque sigue buscando y es posible que podamos usar alguno más. —Resopló—. La pobre no da abasto.

—¿Esa biblioteca está aquí? —preguntó Karan.

—En Nápoles —informó Hermi.

—Nos llamó bastante la atención porque hace unos años, en el 2012, robaron un gran número de los manuscritos de esa biblioteca.

Neil se interesó por el tema.

—No será el que necesitamos, ¿verdad?

Gael se encogió de hombros.

—La biblioteca alberga más de 170.000 obras, entre ellas hay numerosos manuscritos, ciento veinte libros del siglo quince al diecinueve, numerosas óperas... Se robaron ediciones centenarias de Aristóteles, Descartes, Galileo, Maquiavelo... Muchos documentos y mapas antiguos. —Gael sonrió incrédulo—. Atraparon al ladrón. Pocas semanas después del robo se descubrió que el culpable era Marino Massimo De Caro, director de la biblioteca, y que se le olvidó tapar las cámaras de seguridad cuando sacaba junto a su banda criminal cientos de cajas de la biblioteca.

—Hay que ser idiota —susurró Karan mientras paseaba por la habitación.

—Resultó que el director de la biblioteca más importante de Nápoles, durante sus once meses al frente, sustrajo más de mil quinientas obras y era el cerebro de una extensa red criminal que incluía contactos en Pompeya, Roma, París y Múnich. Fue declarado culpable de robo y malversación de fondos, condenado a siete años de arresto domiciliario.

—¿Arresto domiciliario? ¿En serio? —preguntó Neil indignado.

—Llegó a un acuerdo con la fiscalía para recuperar los libros —comentó Gael mientras se encogía de hombros—. Muchos de los libros se encontraban en cajas en casas particulares y garajes. Otros se habían subastado en el mercado negro. Con todo, solo se logró recuperar el ochenta por ciento de lo que se había sustraído.

—¿Así que un veinte por ciento nunca se encontró? —insistió Neil.

—Exacto. Aunque, por suerte, el que necesitamos sí fue recuperado.

—Pues menos mal. —Neil arqueó una ceja—. ¿No estaría Bronte detrás del robo?

—Lo dudo —continuó Gael—. De todas formas, ya no estaría en su poder así que...

—Una pregunta —intervino Karan—. ¿El libro no lo puede revisar ella por internet?

—La mayor parte de estos manuscritos son originales... y ya sabemos cómo funcionan las traducciones. Traducen como les da la gana. Así que lo mejor sería conseguir la primera edición antes de que fuesen modificadas.

Karan resopló.

—Bien, pues... —comentó Neil—, ¿desayunamos y nos llevas a Nápoles? —preguntó a Hermi—. Yo no sé vosotros, pero si no como algo pronto, pienso comenzar a morder el marco de la puerta como una termita —bromeó mientras se dirigía a la puerta.

Todos lo siguieron excepto Hermi que detuvo a Gael colocando una mano en su pecho.

—Tú y yo desayunamos fuera. El propietario del hotel no te vio llegar ayer. —Gael cerró los ojos y suspiró mientras sus compañeros salían de la habitación.

—No te quejes —reaccionó Karan—. Tú has tenido una noche mucho más agradable que el resto de nosotros.

—Nos vemos en el todoterreno —se despidió Hermi antes de que Karan cerrase la puerta de su habitación y echase la llave.

Neil y Elin ya bajaban las escaleras hacia la primera planta.

Todo sería mucho más fácil si supiesen dónde se encontraba el dichoso casco. Seguramente se ahorrarían muchos problemas.

Neil iba absorto en sus pensamientos hasta que llegó a la planta baja y se quedó boquiabierto. Una chica de melena rubia se apoyaba contra el mostrador hablando con el propietario del hotel.

Le llamó la atención desde el principio, pero cuando aquella muchacha le ofreció su perfil notó que el corazón se le aceleraba.

—¿Te molesta mucho? —preguntó Marco.

—Un poco, sobre todo si giro el cuello a la derecha —explicó—. Aunque con el relajante muscular lo llevo mucho mejor.

—¿Y vas a ir a trabajar? —preguntó el hombre mosqueado.

—Tengo que ir —continuó ella.

Karan pasó al lado de Neil y colocó una mano en su espalda empujándolo hacia el comedor.

—Venga, va... que no quiero que te transformes en una voraz termita —bromeó.

Neil se apartó y señaló con un movimiento de su cabeza a Elin.

—Ve tú. Ahora voy —dicho esto se dio la vuelta y avanzó hacia el mostrador.

Karan siguió sus pasos. No pudo evitar poner los ojos en blanco cuando se dio cuenta de lo que ocurría.

—Madre mía —susurró al reconocer a la muchacha que habían ayudado la noche anterior y al ser consciente de por qué Neil se acercaba a ella. Sin decir nada más entró en el comedor donde

se ofrecía un variado desayuno.

Neil dio unos pasos y se colocó al lado de ella que no parecía haber detectado su presencia.

—¿Adriana? —preguntó él con una sonrisa incrédula.

Ella se giró hacia él y durante unos segundos volvió a perderse en aquellos ojos tan peculiares. A diferencia de la noche anterior con la luz del día destacaban más.

Le costó un poco reaccionar, pero, en cuanto lo reconoció, sonrió con un atisbo de duda.

—Neil, ¿verdad?

Él asintió.

—El mismo.

—Vaya —exclamó—, ¿qué haces tú por aquí?

Neil se encogió de hombros.

—Me alojo aquí.

—Ah, vaya —reaccionó confundida—. No tenía ni idea. —Miró a su padre con una sonrisa—. Papá... —aquello hizo que Neil mirase extrañado al hombre que los había recibido por la noche. ¿Era su padre? ¿El padre de Adriana, la chica a la que había salvado? ¿Él era el propietario de un hotel que se llamaba *El hijo de Vulcano*? Aquello debía ser una broma pesada—, ¿recuerdas que ayer te expliqué que unos chicos me ayudaron con el coche? —Marco miró a Neil con una cálida sonrisa—. Él es uno de ellos.

Marco se puso en pie y le tendió la mano a Neil que aún permanecía sorprendido.

—No sabe cuánto se lo agradezco —reaccionó realmente complacido.

Neil soltó su mano y miró de reojo a Adriana.

—No fue nada. Era lo mínimo que podíamos hacer tras lo sucedido.

—No, no, ni mucho menos —continuó Marco—. Si en el mundo hubiese más gente como usted, todo iría mejor. —Salió de detrás del mostrador y fue hacia las escaleras—. ¡Emilia! —gritó haciendo que Neil arquease una ceja—. ¡Ven! ¡Baja!

«¿Pero qué hacía ese hombre?», pensó incrédulo.

Se giró cuando notó la mano de ella en su espalda.

—Disculpa a mi padre —susurró avergonzada—. Es muy efusivo. —Rio.

—Ya lo veo —continuó en el mismo tono.

Ella miró hacia el lado reconociendo también a otro de los muchachos que le había ayudado y que se sentaba al lado de una joven rubia.

—Entre los nervios por lo ocurrido y que me costó contactar con mis padres, no me despedí de vosotros ni os agradecí lo que hicisteis.

—No hace falta —insistió él con una sonrisa.

Ella miró hacia delante donde su padre seguía dando gritos hacia la escalera. Neil la observó. Llevaba una cola alta recogiendo su cabello rubio. Sus facciones se veían mucho más atractivas y hermosas que la noche anterior. Se había maquillado de forma discreta, destacando unos pómulos prominentes y unas largas pestañas.

—Si llego a saber que os alojáis aquí, os hubiese dicho que os vinierais en el taxi.

—Nos quedamos un rato ayudando. —Se encogió de hombros—. Llegamos bastante tarde.

—Vaya... —comentó aún incrédula de tenerlo plantado ahí delante.

Neil ladeó su cabeza.

—¿Y el coche?

Ella hizo un gesto de desagrado.

—Se lo llevó la grúa. Creo que ayer fue su último paseo por carretera.

—Qué fastidio... —Ella se encogió de hombros—, pero al menos tú estás bien.

Ella asintió y se giró de nuevo para llamar la atención de su padre.

—Papá... —susurró intentando que dejase de dar voces. Se volvió hacia Neil de nuevo—.

¿Estáis aquí de vacaciones?

Aquella pregunta lo descolocó.

—Sí —mintió para salir del paso.

—¿Cuántos días os quedáis?

—Amm... —reaccionó mirando de reojo hacia el comedor, metiendo las manos en los bolsillos—. No muchos.

—¿Vais a hacer una ruta por Sicilia? ¿Os alojáis aquí todos los días? —continuó entusiasmada.

Neil tragó saliva. Vaya, qué parlanchina era.

—Bueno, mi amigo es quien se ha encargado de organizar el viaje —indicó con una sonrisa nerviosa—. Yo me dejo llevar, así que no tengo ni idea —acabó con un aire cómico.

—Ya. —Durante unos segundos Neil se perdió en aquella mirada, aunque de nuevo Adriana volvió a reaccionar con efusividad—. Bueno, lo digo porque si os quedáis aquí, nos veremos más veces. Me gustaría invitaros...

—No, no...

—A cenar o a tomar algo... —Neil cerró la boca de inmediato—. Al fin y al cabo, os tomasteis muchas molestias conmigo.

¿Tomar algo? ¿Una cena?

Neil miró de reojo hacia Karan y Elin que conversaban sentados en una mesa y se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no? —preguntó con una sonrisa realmente atractiva—. Aunque no sé si ellos querrán apuntarse —Señaló hacia la mesa.

Adriana miró directamente a Karan y Elin e hizo un gesto gracioso con las manos.

—Bueno, eso como ellos quieran. —Se acercó al mostrador y se echó sobre él para coger unas llaves—. Yo me alojo aquí esta semana.

—¿Solo esta semana? —preguntó interesado.

—Sí, estoy por trabajo —respondió bajando del mostrador—. Soy psicóloga en el centro de refugiados de Mineo. Estoy de refuerzo —explicó—, pero vivo en Nápoles. —Neil asintió sin saber qué más decir—. ¿Tú de dónde eres? Está claro que hablas bien el italiano, pero se te nota cierto acento extranjero —bromeó.

—De Irlanda —dijo con rapidez.

—Oh, vaya... Estuve en Dublín hace un par de años. Me encantó —explicó.

—Soy de un pueblo que se llama Downings, en el condado de Donegal.

—Ahh... ¿y eso está muy lejos de Dublín? —preguntó con curiosidad, como si quisiese ubicarlo.

—Un poco —sonrió Neil—. Se encuentra en la parte más alta de Irlanda, muy al norte.

Se quedó varios segundos observándola.

Adriana hizo lo mismo. La verdad es que jamás había visto a un hombre tan atractivo como él.

De hecho, no recordaba ver a ese tipo de hombres por Irlanda.

—Amm... —En ese momento escuchó la voz de su madre bajando las escaleras—. Bueno, tengo que irme al trabajo. Me alegro de haberte visto.

Neil reaccionó como si despertase de un sueño.

—Bueno, si quieres podemos cenar esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó sorprendida por la pregunta.

Neil la miró confundido.

—Sí, claro. Me has ofrecido ir a tomar algo o a cenar, ¿recuerdas?

—Sí, sí... perdona. —Pestañeó repetidas veces intentando ubicarse—. Claro, ¿estarás aquí?

—Sí, supongo que sí. Si quieres puedo avisarte cuando...

—Acabo mi jornada sobre las siete. Suelo estar por aquí sobre las ocho y media o un poco antes —explicó mientras daba pasos hacia atrás sin mirar, con la vista clavada en Neil—. Mi habitación está en la segunda planta —señaló hacia las escaleras—, al final del pasillo. Si quieres, avísame cuando llegues.

—Claro, lo haré —contestó con una sonrisa. Luego miró la puerta—. Cuidado —comentó divertido—. El escalón.

Adriana se detuvo de golpe y se giró.

—Mierda —susurró, si no le hubiese advertido, se habría caído de culo delante de él. Lo miró, le sonrió nerviosa y lo saludó con la mano—. Hasta luego.

—Hasta luego —respondió él con el mismo saludo, elevando su mano.

En cuanto la vio desaparecer por la puerta suspiró. No se consideraba un hombre enamorado. Sí que había mantenido relaciones con diversas mujeres, pero jamás se había sentido tan atraído por una nada más verla. Aquella chica, Adriana, había captado su atención desde que la había visto a través de la ventanilla de su coche y, desde luego, no pensaba desperdiciar aquella oportunidad con ella.

—¿Y ahora qué quieres? —Escuchó la voz de una mujer, bastante estresada.

—Emilia, mira... —Neil se giró y se topó con la mirada fascinada de Marco que conducía a una mujer hacia él—. Este es el chico que ayudó ayer a nuestra niña, el que la sacó del vehículo.

Neil arqueó una ceja, sobre todo cuando la mujer lo observó fascinada de arriba abajo.

—Ohh... —arremetió cogiendo su mano—. Muchas gracias por lo que hizo ayer.

Neil comenzó a notar un tic en el ojo. ¿Su padre? ¿Su madre?

—No hay de qué —repitió sin más—. No tiene importancia.

Adriana pisó con fuerza el acelerador. El antiguo Nissan Figaro color azul de su padre tenía más de veinticinco años. Era sorprendente que aún funcionase. Aunque no podía ir a más de setenta kilómetros por hora y era imposible bajar la capota, al menos la estaba llevando hacia su puesto de trabajo sin complicaciones.

Pisó el embrague y puso cuarta, aunque la marcha rechinó.

—Por Dios —gruñó intentando meter la marcha. Llevaba todo el trayecto en tensión por su reciente encuentro.

Neil, aquel joven muchacho que la había ayudado el día anterior, se encontraba alojado en el

hotel de sus padres durmiendo bajo el suelo de su habitación.

Tragó saliva mientras notaba la garganta seca.

Era más atractivo de lo que recordaba.

Intentó relajarse y centrarse. Quedaban muchas horas por delante.

Se fijó en que en el borde de la carretera aún permanecían algunos vehículos siniestrados del terremoto del día anterior, y esperaba que todo estuviese bien en el centro de Mineo.

Respiró tranquila cuando aparcó el vehículo en el aparcamiento de la entrada. Parecía que todo estaba correcto o, al menos, eso le parecía desde allí.

Cogió el maletín que llevaba en el asiento del copiloto y cerró el vehículo. Se dirigió directamente al edificio donde se encontraba el despacho de su director. Como cada día, le indicarían las nuevas altas del centro y las posibles personas en riesgo de exclusión.

—Bonito coche, ¿es nuevo? —ironizó el director del centro nada más entrar por la puerta.

—Me pilló el terremoto de ayer en la carretera —explicó mientras se dirigía a la silla.

Emilio la miró preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se llevó las manos a las cervicales—. Tuve un choque y el coche quedó para el desguace. Ayer me dolía bastante el cuello. Tomé un relajante muscular por la noche y esta mañana otro y, la verdad, ya estoy mucho mejor. —Luego señaló la ventana por donde su jefe la había visto llegar—. Es el coche de mis padres.

El director cruzó las manos encima de la mesa, observándola fijamente.

—¿Has ido al médico?

—No, no me hace falta —dijo masajeándose el cuello.

—Deberías ir —le ordenó—. Aquí no quiero héroes.

Ella resopló.

—Es solo un poco de molestia —le indicó.

—Eh... —la señaló con la mano—, tuve un accidente hace quince años y aún sigo con molestias cervicales desde entonces. Ve a que te mire un médico —sentenció y directamente guardó la carpeta en el cajón.

Aquel gesto cogió desprevenida a Adriana que se quedó observándolo fijamente. Emilio no decía absolutamente nada.

—¿Ahora? —medio gritó.

—Sí, ahora.

—Que esto oooy bieeen... —repitió alargando las palabras.

—Prefiero que me lo confirme un médico —dijo con una leve sonrisa—. Ve, ahora. Bianca está pasando consulta —se refirió a la doctora.

—¿En serio? —preguntó desesperada.

—Muy en serio —respondió señalando la puerta.

Adriana resopló y se puso en pie.

—No sé por qué insistes tanto. Estoy bien —repitió mientras se dirigía a la puerta.

Una hora después miraba a la doctora bastante enfadada.

—¿Una semana de baja?! —exclamó sorprendida—. No puedes estar hablando en serio —continuó en el mismo tono—. ¿Sabes la cantidad de trabajo que hay? No puedo permitírmelo.

Bianca se cruzó de brazos.

—Tú haces tu trabajo y yo el mío. Tienes un latigazo cervical y, aunque es leve, si sobrecargas más el cuello puede empeorar.

—Casi no me duele. Solo si giro el cuello a la derecha.

—Bien —contestó la doctora—. Respóndeme a esto. —Colocó la mano en el lado derecho de su cuello y apretó—. ¿Te duele?

—Ayy... —sollozó Adriana.

Bianca suspiró.

—Tienes una buena contractura. Sigue con los relajantes musculares y... —se agachó y buscó en unos cajones—, creo que tenía una por aquí... —rumió removiendo en el interior—. Aquí. Ponte esta pomada. —Le pasó un pequeño tubo. —Adriana lo cogió con desgana—. Si no estás de acuerdo, sabes que puedes ir mañana mismo a tu médico y, si te ve bien, él mismo te dará el alta.

—Lo haré —dijo bajando de la camilla, como si se tratase de una amenaza—. He tenido tortícolis peores.

—No te fies. Un latigazo cervical por un accidente de tráfico puede dar muchos problemas si no se cura bien, así que... haz unos días de bondad. No conduzcas, no cojas el ordenador, no cargues peso y, sobre todo, no hagas gestos raros —bromeó.

Adriana resopló mientras cogía la baja laboral. De nada iba a servir que se quejase.

—Está bien —susurró dándose ya por vencida.

—No te preocupes por la baja. Ya se la entrego yo al director cuando le lleve los informes. Ve a casa —ordenó—. ¿Has venido en coche? —Adriana arqueó una ceja—. Es mejor que no conduzcas. Coge un taxi.

—Pero si he venido en coche hasta aquí —se quejó ella.

—Oye, yo solo te lo recomiendo. No voy a ir vigilándote.

Adriana puso los ojos en blanco.

—Está bien. Hasta mañana —se despidió abriendo la puerta de la consulta.

—No, hasta mañana no —pronunció la doctora antes de cerrar la puerta.

Con la que había liada en el centro y ahora le daban la baja. Sabía que era la obligación de la doctora y que si sufría algún daño en el centro podía comportar un problema más para el director, pero ¿una semana? ¡Toda la semana de refuerzo!

Caminó mientras se pasaba la mano por la frente, agobiada.

No quería dejar trabajo pendiente a quien la sustituyese la semana siguiente. Seguramente, cuando la doctora entregase su baja laboral, el director repartiría sus casos entre el resto de psicólogos.

Se detuvo en seco cuando se encontró de golpe con una de las inmigrantes con quien tenía más trato.

—¡Amna!

La muchacha se detuvo con una gran sonrisa.

—Hola, doctora Mancini —pronunció en francés.

—No me llames así —le recordó ella con una sonrisa—. ¿Qué tal?

—Bien, iba a ir a su despacho para hacer la reunión —explicó.

Adriana suspiró y le mostró el papel.

—No voy a poder visitarte durante unos días —explicó—. Me han dado la baja. Ayer tuve un accidente con el coche.

—Oh, ¿se encuentra bien? —preguntó preocupada.

—Sí —contestó sin darle importancia—. Es el cuello. Tengo molestias —reconoció al final. Amna la miró con decepción—. No te preocupes, alguno de mis compañeros te atenderá encantado.

—Quería explicarle que esta tarde tengo una entrevista de trabajo.

Aquello la sorprendió.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—Es en un bar.

—¿Un bar? —preguntó enarcando una ceja. Aquello la puso en tensión—. Amna, ya te lo expliqué —continuó con delicadeza—. Debes tener cuidado. Hay muchas personas malas que pueden intentar...

—No se preocupe —intentó tranquilizarla—. La dueña es muy agradable. Me ha dicho que si supero el período de prueba, puede que me haga contrato indefinido y me dé un lugar para vivir.

—¿Cómo se llama el bar? —preguntó sin tapujos.

Amna se quedó callada unos segundos.

—Amm... no lo recuerdo bien. Es un nombre italiano. Algo de... Regina...

—Está bien. Déjase lo apuntado a mi compañero. —Ella asintió. Amna estaba realmente entusiasmada con la oportunidad que le estaban dando—. Me alegro mucho. —Sonrió finalmente Adriana—. ¿Cuándo tienes la entrevista?

—Esta tarde.

—Mañana llamaré para informarme de cómo te ha ido.

—De acuerdo —contestó risueña.

—Mucha suerte —la animó Adriana dándole un abrazo.

—Muchas gracias —respondió con una gran sonrisa.

Adriana avanzó por el pasillo alejándose de ella y dirigiéndose al exterior del edificio mientras se pasaba la mano por el cuello, masajeándolo.

Debía admitir que la sensación era bastante molesta, pero no pensaba dejar el coche allí. Iría con cuidado y despacio, de todas formas, no podía pasar de setenta por hora, pensó mientras buscaba las llaves del vehículo en su bolso.

## Capítulo 7

Neil resopló mientras se sentaba al volante del todoterreno y arrancaba el vehículo. Esta vez Elin se había sentado en el lado del copiloto y Karan detrás.

—¿Adónde se supone que vamos? —preguntó Karan—. ¿O vamos a ir hasta Nápoles en coche? —se burló.

—Tendré que moverlo, ¿no? —preguntó con ironía—. La gente alucinaría si nos ve desaparecer de golpe. Llevaré el todoterreno a algún sitio más alejado. —Miró su reloj de pulsera y resopló antes de meter la marcha atrás—. ¿Cuánto tardan Hermi y Gael en desayunar?

—¿Te conoces la ciudad? —preguntó Elin.

Neil negó mientras se incorporaba a la carretera.

—No, ¿tú sí? —Elin negó—. ¿Y tú? —preguntó a Karan.

—Ni idea. —Se acercó al asiento de Elin y colocó una mano en su hombro—. Enciende el GPS, al menos veremos cuánto se tarda en salir de la ciudad.

Elin hizo lo que le pedía y observó atenta la pantalla.

—Mira, si sigues por esta carretera saldremos de la ciudad en menos de diez minutos. —Miró por la ventanilla—. Podemos aparcar el todoterreno a las afueras —indicó.

—De acuerdo—dijo Neil.

Karan se había echado hacia delante, colocando una mano en cada uno de los asientos delanteros.

—Qué lleno estoy del desayuno —resopló. Luego miró con una sonrisa a Neil que lo observó de reojo—. Por cierto, tu futura suegra es encantadora —ironizó—. No paraba de insistir en que comiésemos magdalenas, nos ha rellenado la taza de café tres veces, nos ha preparado tostadas...

—No es mi futura suegra —comentó alterado.

—¡Pues bien que te gusta su hija! —rio su compañero. Luego golpeó su hombro ante el gesto de fastidio de Neil—. Qué casualidad, ¿eh? La chica a la que salvaste ayer y que te dejó sin respiración, es la hija de los propietarios del hotel donde nos alojamos.

—El mismo hotel que se llama *El hijo de Vulcano* —continuó Elin asombrada—. Es el destino.

Neil apretó la mandíbula.

Los miró a los dos visiblemente enfadado, aunque por mucho que intentase ocultarlo sabía que era cierto. Aquella chica había llamado su atención desde que la había visto a través de la ventanilla del coche, aunque eso, de momento, no pensaba admitirlo.

—La chica es mona —dijo sin darle mayor importancia—, pero estamos aquí para lo que estamos.

—Por supuesto, amigo —continuó Karan sentándose correctamente—, pero me ha parecido escuchar que duerme en el hotel, ¿no?

Neil lo miró a través del retrovisor. Aquella pregunta sería normal si no fuese por el tono de voz empleado.

—¿Y vosotros qué? —preguntó sin apartar la mirada de los ojos de Karan, aunque luego observó de reojo a Elin—. Os habéis levantado de muy buen humor los dos, ¿no? —acabó

empleando el mismo tono de voz que su amigo.

Karan arqueó una ceja y Elin lo miró de forma siniestra. Desde luego, había encontrado la forma perfecta de desviar la atención de su persona.

Justo en ese momento, Hermi y Gael se materializaron en el vehículo, al lado de Karan, el cual se llevó la mano al corazón sobresaltado por la aparición sin aviso de sus dos compañeros.

—Joder —susurró Karan.

Neil miró de nuevo por el retrovisor.

—Ya era hora —se quejó hacia Hermi.

Hermi miró de un lado a otro.

—¿Por qué nos movemos?

—Voy a sacar el coche de la ciudad. —Se detuvo en un semáforo y se giró—. ¿Por qué habéis tardado tanto? —Miró a Gael que en ese momento cogía su móvil y lo observaba—. ¿Han ido a ordeñar una vaca para haceros el café?

Gael habló sin levantar la mirada de la pantalla del móvil.

—Hemos pasado por la Biblioteca de Girolamini —explicó.

—Eh, eh... —se quejó Karan—. ¿A Nápoles? ¿Habéis ido ya?

—Ha sido un momento —comentó Hermi con rapidez—. Necesitábamos saber si hay mucha gente y...

Gael interrumpió a Hermi.

—Lucía me ha explicado que hay bibliotecas que tienen cámaras específicas para guardar libros antiguos y evitar así su degradación —informó Gael—. Los tienen a una temperatura constante de veinte grados y una humedad de entre un treinta a un cincuenta por ciento...

Neil lo interrumpió.

—¿Esa biblioteca tiene alguna cámara así?

—Es lo que hemos ido a mirar —indicó Hermi—. Y sí, la tiene. Así como cámaras de vigilancia. —Se encogió de hombros—. Desde lo del robo han reforzado mucho las medidas de seguridad.

—¿Y el libro que nos interesa está en esa cámara? —preguntó de nuevo Neil.

—No lo hemos mirado —explicó Hermi—. Solo falta que nos vean por las cámaras de seguridad. —Miró de reojo a Karan—. Para eso lo necesitamos a él. ¿Te encargarás tú de las cámaras de videovigilancia si hay que entrar? —preguntó directamente a Karan.

Karan se encogió de hombros sin darle importancia.

—Claro.

Elin se puso de rodillas y se giró hacia Karan que estaba sentado detrás de ella.

—Oye, en todo el tiempo que te conozco no te he visto usar ningún poder. ¿Qué puedes hacer? —preguntó intrigada.

Karan le sonrió, se acercó a ella como si le fuese a contar un secreto y susurró:

—Es sorpresa.

Ella enarcó una ceja, puso los ojos en blanco y se sentó de nuevo en su asiento.

Gael llamó la atención de todos mientras leía lo que Lucía escribía en el móvil.

—Bien, el libro *Sobre los dioses* es del autor Apolodoro de Atenas, y narra el...

Karan los miró enarcando una ceja.

—¿Y quién es ese?

Elin se giró sorprendida hacia él.

—¿En serio? —Karan se encogió de hombros—. Era un historiador y mitógrafo griego.

Karan alzó los brazos hacia el cielo.

—¿Un mitógrafo? ¿Se dedicaba a estudiar las leyendas de la mitología griega? ¿Hay gente que se dedica a eso? —preguntó con ironía.

—Mi novia se dedica a eso —le recordó Gael, lo que hizo que Karan carraspease.

Elin no salía de su asombro.

—Apolodoro de Atenas es del siglo dos antes de Cristo —enfaticó. Luego miró a Gael—. Yo leí ese libro hace tiempo, pero no me acuerdo de qué habla.

—Lucía me está explicando que relata el mito de Perseo —respondió Gael.

—Ahh... —dijeron todos a la vez.

—Perseo —volvió a intervenir Karan un poco desubicado—. ¿Ese no fue quien se puso el casco de Hades?

Todos lo miraron como si no comprendiesen a qué venía aquella pregunta.

—¿De verdad, Karan? —preguntó Neil mientras seguía conduciendo—. ¿No te sabes la historia de nuestros antepasados?

—Pues no. Nunca me ha preocupado mucho —pronunció desinteresado.

Elin suspiró y se giró de nuevo hacia él, asomándose sobre el reposacabezas.

—Perseo era también un semidiós, de hecho... —dijo con una sonrisa forzada—, era familiar tuyo. —Aquello hizo que Karan enarcase una ceja—. Era hijo de Zeus y de la mortal Danae.

—Un hermanastro —intervino Neil divertido desde delante—. Tu padre está hecho un campeón, ¿eh?

—Mejor no hablamos del tuyo —cortó Karan la conversación.

—El tema —siguió Gael—, es que Perseo es uno de los que usó el casco de Hades.

Elin miró pensativa a Hermi.

—Oye, Hermi, la mitología dice que tú lo acompañaste junto a Atenea a buscar el casco para que matase a Medusa.

—Amm...

—¿Dónde encontrasteis el casco? —preguntó ella con rapidez.

—Ehh...

Todos miraron a Hermes confundidos porque no diese una respuesta.

—Lo acompañaste, ¿verdad? —insistió Elin.

—Bueno, la verdad es que...

—Madre de Dios —susurró ella—. ¿Es mentira? ¿No fuiste con él?

Hermi se encogió de hombros.

—Bueno, yo... —Todos lo miraron fijamente—, en esa época pasaba por un momento de rebeldía y estaba un poco cansado de llevaros a todos de un lado a otro. —Elin resopló—. Pero le di unas sandalias aladas para que corriese más —se apresuró a añadir.

Neil se pasó la mano por la frente y la desplazó por todo su rostro.

—Por Dios, Hermi, ¿no lo acompañaste? —preguntó incrédulo.

—No, no lo acompañé —confesó alzando la voz, nervioso por el interrogatorio y sintiéndose acorralado—. ¿Qué es esto? ¿Un tercer grado o qué?

Hermi comenzó a respirar más rápido de lo normal llamando la atención de todos.

Karan lo observó fijamente y miró a sus compañeros.

—¿A los dioses les pueden dar ataques de ansiedad? —preguntó asombrado.

Gael lo observaba extrañado.

—Eh, Hermi, tranquilo tío —dijo posando una mano en su hombro, pues Hermi parecía desesperado—. No se lo diremos a nadie —acabó con una sonrisa. Luego miró al resto de sus compañeros, pasmado ante el comportamiento de Hermes—. Perseo usó justamente el casco de Hades para acabar con una de las tres gorgonas.

—Medusa —indicó con rapidez Karan dando a entender que aquel dato sí lo conocía.

Gael sonrió hacia él.

—Muy bien, Karan —se mofó—. En principio, cuando acabó con Medusa devolvió el casco de Hades a las ninfas, las mismas que se lo habían prestado.

—De acuerdo —intervino Neil—, pero eso ocurrió hace siglos. La última ubicación que se conoce sobre el casco, a no ser que sea falsa, es la de la costa de Gela.

—Ya —reaccionó veloz Gael—, así que Lucía sugiere, y yo estoy de acuerdo con ella, que es posible que, tras la expedición a Sicilia, el casco fuese devuelto a las ninfas. Al fin y al cabo, ellas son las protectoras del casco de Hades.

—Vale —dijo Neil aceptando la explicación. Miró por el retrovisor a Hermi, el cual seguía con una respiración acelerada—. Hermi, ¿dónde podemos encontrar a las ninfas?

—Amm... —comentó de nuevo bastante nervioso.

—Eh, eh... —dijo Karan a sus compañeros—, creo que no lo sabe —bromeó. Hermi lo miró mosqueado—. Si no acompañaste a Perseo, no sabes dónde viven las ninfas. —La respiración de Hermi cada vez era más acelerada—. Creo que le iría bien una tila.

—¡Ni tila ni nada! —gritó Hermes—. Lo único que necesito es que encontréis el dichoso casco de Hades.

—Eh, ¡esos humos! —le reprochó Karan—. Todo sería mucho más fácil si durante esa época no hubieses pasado por una de esas fases de dios hippie.

Hermes desenchajó la mandíbula ante el último comentario de Karan.

Gael sonrió y le dio un codazo a su amigo.

—Simpático, ¿eh? Ya te advertí que no lo traieras —le recordó Gael—, pero tú insististe y mira lo que pasa —acabó ante la mirada atenta de Karan.

—A ver, si queremos lograr esto, debemos ser como una familia feliz —interrumpió Elin haciendo que todos arrugasen su frente—. Así que vamos a centrarnos —continuó intentando poner algo de cordura—. Por lo que sabemos, la última ubicación del casco es aquí, en Sicilia, concretamente en la costa de Gela —indicó a Gael—, pero él se ha buceado toda la costa y no está. Por otro lado, sabemos que las principales protectoras del casco de Hades son las ninfas, así que es posible que ellas sean las que lo tienen. Hay que encontrar a esas ninfas como sea. Seguro que o lo tienen ellas o nos pueden ayudar a encontrarlo.

Hermi resopló.

—Ya, claro —dijo con sorna—, como si fuese tan fácil.

—Perseo las encontró —reaccionó Neil—, así que nosotros también podremos. —Luego miró a Hermi a través del retrovisor—. ¿O es que no confías en nosotros?

La respiración de Hermes volvió a acelerarse. Gael dio un golpecito en la espalda de Hermi.

—Va, tranquilo colega.

Elin volvió a centrarse en Gael.

—¿Lucía cree que en ese libro se especifica dónde viven las ninfas?

—Sí, eso piensa —dijo Gael tecleando en el móvil—. Al ser una primera edición es posible que nos dé alguna pista que no esté en las traducciones posteriores.

Neil giró a la derecha siguiendo el GPS, saliendo ya de la ciudad.

—Aparcaré por aquí —comentó—. Por cierto, Gael, ¿por qué no le dices a Lucía que venga?

Gael lo miró a través del retrovisor.

—No. La otra vez ya tuve suficiente cuando estuvo a punto de morir ahogada.

Karan miró a Neil con un extraño brillo en los ojos y luego se giró hacia Gael.

—Así podrían estar las dos chicas juntas.

—Ehh... —Se quejó Elin girándose—. Yo también soy una chica.

Karan la miró.

—Tú eres de los nuestros —contestó con una sonrisa—, y luchas con una espada —le recordó.

Ella apretó la mandíbula.

—La próxima vez que necesites una curación o una recarga energética no pienso hacerlo.

—Va, venga... —comentó Karan pasando el brazo al asiento delantero para tocar su hombro—. No te lo tomes a mal, rubia.

—Es que tienes una boquita, Karan —se quejó ella cruzándose de brazos.

Karan suspiró y negó como si no diese crédito.

—¿Qué es eso de la otra chica? ¿No os referís a Elin? —preguntó Gael mirando confundido a sus compañeros.

Neil aparcó el vehículo, paró el motor y resopló. Le había quedado muy clara la insinuación de Karan.

Karan miró sonriente a Gael.

—¿Recuerdas la primera chica a la que ayudamos ayer en el terremoto? Cuando Neil se metió en el coche para sacarla... —explicó.

—Sí.

—Es la hija de los dueños del hotel.

Gael y Hermi abrieron los ojos.

—¿En serio? —preguntó Gael mientras Karan se quitaba el cinturón.

—Sí —respondió—. ¿Verdad, Neil?

Neil inspiró con más fuerza y se giró hacia Karan y sus compañeros, aunque ignoró a este último y se centró en Gael.

—¿Te ha dicho algo Lucía?

—Está escribiendo —comentó mirando la pantalla.

Neil intervino de nuevo.

—Bueno, ¿nos adelantamos? —preguntó Neil con impaciencia hacia Hermi.

—De acuerdo —dijo sentándose al borde del asiento.

Todos colocaron su mano sobre Hermi.

Ni siquiera les dio tiempo a pestañear. En un segundo estaban en el todoterreno en Sicilia y al siguiente se encontraban en un habitáculo más pequeño que el coche, lo que hizo que Elin cayese hacia delante y Neil la sujetase de inmediato.

Todos miraron de un lado a otro.

—Joder, Hermi —se quejó Gael apoyándose contra la pared de la estrecha habitación. Miraron hacia arriba y a los lados, intentando ubicarse mientras quitaban la mano del hombro de Hermi que se encontraba en el centro de ellos. El lugar era muy estrecho.

Neil se giró apartando a Karan con movimientos nerviosos y miró la puerta repleta de poesías de adolescentes que tenía enfrente mientras ayudaba a Elin a aguantarse en pie, pues todos permanecían demasiado apretujados por lo pequeño del lugar.

—¿Un retrete? —preguntó molesto mirando las tres paredes que lo rodeaban y la puerta frente a él—. Hermi, vamos mejorando...

Elin subió los brazos hacia arriba mientras miraba el suelo.

—¡Y encima de tíos! —gritó moviendo los pies de un lado a otro. Karan tuvo que echarse hacia atrás para no llevarse un golpe por el movimiento descontrolado de los brazos de Elin.

—¿Y qué queréis? —preguntó Hermi levantándose de encima del retrete—. ¿Que os suelte en medio de la calle? —Luego señaló su muñeca—. Son las once de la mañana. Las calles están a rebosar, y más en esta zona.

—Qué asco, qué asco... Está todo salpicado —seguía sollozando ella mientras daba saltitos haciendo que todos sus compañeros tuviesen que apartarse para no recibir un pisotón por su parte—. ¿Por qué sois tan guarros?

—Shh... calla —susurró Gael.

—No todos lo somos —contraatacó Karan.

Neil iba a abrir la puerta, pero se quedó quieto cuando escuchó que alguien abría la puerta de acceso al aseo. Elin no dejaba de removerse incómoda, mirando con asco al suelo y a todos lados. Neil se giró hacia ellos y en especial hacia Elin que no dejaba de murmurar.

—Shh... —la previno señalando la puerta de su diminuto habitáculo.

—Puajj...

Escucharon como un hombre iba hacia el habitáculo de al lado y entraba. Elin cerró los ojos intentando evadirse mientras escuchaba como comenzaba a vaciar su vejiga.

Neil abrió la puerta con lentitud. No había nadie más. Cogió a Elin por la mano y salió del habitáculo a toda prisa.

No esperó a sus compañeros.

Salieron del aseo con rapidez mientras escuchaban como el hombre tiraba de la cadena.

El aseo pertenecía a una cafetería.

En cuanto llegaron a la zona de mesas Neil soltó la mano de Elin, la cual se sacudió entera con cara de asco.

En la calle hacía un calor sofocante. En la terraza había varias mesas y, justo enfrente, el enorme convento de Girolamini.

—¿Es aquí? —preguntó Neil mirando la edificación.

De un color blanquecino en comparación con los edificios amarillos que la rodeaban, no daba la impresión de ser una iglesia o convento muy grande. Tenía dos pequeños campanarios a los lados y una torre más ancha en el centro, donde se podía distinguir el grabado de la piedra simulando a la Virgen María. Sin duda, el complejo monumental estaba dedicado a la Natividad de María y a todos los santos. Las calles estaban totalmente a rebosar de gente que paseaba por la zona o se dirigía a los comercios cercanos.

—No. Esto es la iglesia de Girolamini —explicó Hermi e indicó que le siguieran—. Nosotros vamos a la biblioteca, que está aquí al lado. —Se fijó en la iglesia—. La iglesia se construyó en 1586 con la instalación en Nápoles de los Padres Oratorianos. Antes era un palacio.

—El Palazzo Seripando —indicó Gael. Se giró y sonrió a sus compañeros—. Me lo ha chivado Lucía.

—Ya me parecía a mí —se burló Neil.

Gael se acercó a sus compañeros.

—Lucía me indica que busquemos también *Las metamorfosis de Ovidio*. En su libro cuarto habla de Perseo y Medusa; dice que también alude a las ninfas. Así que nos interesan estos dos —comentó mirando su móvil—: *Sobre los dioses* de Apolodoro de Atenas y *Las metamorfosis de Ovidio*.

—Creo que sería mejor ir a una librería y comprarlos —pronunció Karan mirando los edificios viejos del centro de Nápoles. La mayoría eran de un color amarillento, con la pintura desconchada, aunque de vez en cuando la calle se veía salpicada por un edificio de color rojizo dándole algo de color a la zona—. Tampoco puede haber mucha diferencia con la traducción original.

—Las primeras ediciones están escritas en griego antiguo —le indicó Gael—. A veces, una simple palabra puede cambiar todo el significado de una frase.

—¿Y tu novia sabe griego antiguo? —preguntó Karan.

Gael arqueó una ceja.

—Es licenciada en Cultura Clásica, ¿tú qué crees?

Hermi se detuvo y señaló hacia delante con un movimiento de cabeza.

—Ahí está. La Biblioteca Oratoriana de Girolamini.

Todos la observaron. El edificio, al igual que el resto, era de un color amarillo, aunque esta vez tirando más a naranja. La pintura, desconchada por algunas zonas, dejaba ver las paredes de yeso de un edificio de tres plantas, sin balcones, aunque plagado de enormes ventanas por las que entraría una gran claridad.

—Le hace falta una mano de pintura —comentó Neil.

Karan se situó a su lado.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Hermi se giró hacia ellos.

—Nos dividiremos.

—¿Qué? —preguntaron casi todos a la vez.

—¿No vamos a entrar en esa cámara? —preguntó Karan acelerado—. Se supone que esos libros estarán ahí.

Hermi se acercó.

—Es lo más seguro, pero, por si no lo recordáis, la biblioteca sufrió un robo hace unos años y hay muchas medidas de seguridad, además... —los miró dudoso—, antes de actuar prefiero asegurarme de que Bronte o alguno de sus aliados no están por aquí.

—Bueno, pues nos dividiremos por habitaciones y nos aseguraremos de que no haya nadie —miró a Hermi encogiéndose de hombros—. ¿Cuántas hay?

—Pues veamos, tenemos: el Fondo Agostino Gervasio que trata de arqueología, numismática, bibliografía y literatura clásica; el Fondo Filippino, básicamente de historia eclesiástica,

escrituras sagradas y teología; el Fondo Guiseppe Valletta, que contiene ediciones... raras —pestañeó varias veces al ver que Karan ponía los ojos en blanco y el resto de sus compañeros lo observaban pasmados—, sobre todo de los siglos dieciséis y diecisiete, de clásicos latinos y griegos, además de historia y filosofía y el Fondo Valeri, con novecientos cuarenta volúmenes sobre la historia de Nápoles y el sur de Italia. Uno para cada uno. —Extendió los brazos hacia ellos—. Venga, elegid.

Karan resopló y se revolvió el cabello.

—Di cuatro y ya está —Se quejó.

Nada más cruzar el arco de seguridad se quedaron totalmente petrificados. La sala principal era realmente hermosa, una remodelación del siglo dieciocho con frescos de la época. En muchos podían verse imágenes que hacían referencia a las Artes y a las Ciencias, incluso a la Astronomía y a la Geometría.

—Es preciosa —susurró Elin deteniéndose al lado de Neil que observaba también maravillado la estancia, dotada de una luz dorada que se filtraba a través de sus altas ventanas.

—Venga —les ordenó Hermi sacándolos a todos de su ensoñamiento, pues miraban maravillados la recepción—. Echamos un vistazo, nos aseguramos de que Bronte y su pandilla no esté por aquí, y vamos a por los libros. A ver si tenemos suerte y logramos adivinar dónde se escondían las malditas ninfas —renegó en un tono más elevado distanciándose de ellos, dirigiéndose a una de las salas.

## Capítulo 8

Durante el rato que había inspeccionado la sala Neil, asegurándose de que ninguno de los visitantes lo controlaran, no había dejado de pensar en Adriana. Aquella mujer había calado hondo en él. Estaba deseando que llegase aquella noche para cenar con ella. Al fin y al cabo, su viaje a Sicilia tenía una duración determinada, así que, ¿por qué no aprovechar el tiempo que estuviese allí?

Buscó directamente a Hermi, que se encontraba en la sala del Fondo Valeri, y confirmó que aquella biblioteca era una de las más hermosas que había visitado. La madera oscura de las estanterías dotaba de elegancia a toda la estancia, la luz que se filtraba a través de sus ventanas, los frescos que dotaban de color cada sala... Era maravillosa.

Rodeó a unas cuantas personas y fue directamente hacia Hermi, quien miraba los estantes con celeridad.

—Eh —dijo situándose a su espalda—. Creo que está todo limpio.

—Vale, porque lo que menos necesito es que Bronte nos encuentre y sepa lo que buscamos —comentó de los nervios.

—Pues puedes estar tranquilo, creo que no nos han seguido. —Hermi lo miró y suspiró más tranquilo—. Por cierto, ¿después qué haremos? No quiero llegar tarde al hotel. —Acabó cruzándose de brazos.

—¿Eso tiene que ver con la chica a la que se refiere Karan? —preguntó suspicaz.

—No, es que estoy cansado —respondió sin darle importancia.

—Conmigo eso no cuele —le recordó. Neil suspiró intentando centrarse—. No te distraigas de lo que hemos venido a hacer aquí —le advirtió mientras se colocaba las manos en la cintura—. Venga, vamos a buscar al resto.

—No hace falta buscarlos —dijo mientras cogía su móvil y tecleaba.

—¿Qué haces?

—He creado un grupo para estar todos en contacto. Les he dicho que vengan. —Sonrió enseñándole los dientes.

—¿Que has hecho qué? —preguntó sorprendido.

—Hay que aprovechar las nuevas tecnologías.

—¿Y no me has metido en el grupo? —preguntó molesto.

—¿Desde cuándo tienes WhatsApp en el móvil?

Karan fue el primero en entrar a la sala y centró directamente la mirada en Neil, parecía bastante molesto. Fue hasta él y le mostró el móvil.

—¿Qué cojones es esto?

Neil sonrió hacia él.

—Un grupo para estar todos en línea —respondió con inocencia.

—Ya, claro... y lo tenías que llamar «*Familia Feliz... y Karan*».

—A Elin seguro que le gusta —dijo divertido.

Los tres miraron hacia la puerta por donde Elin y Gael entraban. Gael le mostró el móvil mientras se acercaba.

—Buena idea lo del grupo —comentó situándose al lado de Karan que puso los ojos en blanco.

—Mi sala está limpia —explicó Elin—. De hecho, solo hay un hombre y no se trata de un semidiós, parece un profesor de universidad —informó—. ¿El resto bien?

Todos asintieron y miraron a Hermi esperando una respuesta por su parte.

—Está bien. Karan y Neil conmigo. —Los señaló—. Vosotros dos —dijo haciendo referencia a Elin y Gael—, esperadnos fuera.

Ambos asintieron y se dirigieron a la puerta de salida.

Hermi señaló con un movimiento de cabeza a Karan y Neil para que le siguiesen.

—Vamos al aseo —indicó.

—Qué manía que te ha dado ahora con los lavabos —bromeó Neil haciendo que Karan también sonriese.

Atravesaron la sala y se dirigieron a uno de los pasillos del lateral que indicaba dónde estaban ubicados los servicios.

Los tres entraron y observaron con atención. No había nadie.

—De acuerdo... —comentó Hermi colocando una mano en el hombro de cada uno, aunque fijó su atención en Karan—. Nada más entrar anula las cámaras de videovigilancia.

—Hecho —respondió con seriedad.

Hermi suspiró y, dicho y hecho, en cuestión de un segundo se encontraban en una pequeña habitación rodeada de estanterías acristaladas, donde se suponía que guardaban los libros más antiguos a una determinada temperatura ambiente y una concreta humedad para asegurar su conservación. En el centro había una majestuosa mesa de madera rectangular donde seguramente los estudiosos podrían leer aquellos libros.

No había ventanas, pero la estancia sí estaba iluminada por unos pequeños focos en el techo que la dotaban de una luz amarillenta.

—Vamos —ordenó Hermi dirigiéndose directamente a una de las estanterías, al igual que Karan—. Los dos libros: *Las metamorfosis de Ovidio* y *Sobre los dioses* de Apolodoro de Atenas

Neil miró hacia el techo, y comprobó que en dos de sus esquinas se encontraban dos cámaras de videovigilancia de donde salía humo. Se giró sorprendido hacia Karan que buscaba con ansiedad los dos libros.

—¿Qué has hecho?

—Una subida de tensión —dijo directamente mientras revisaba las estanterías.

—¡Neil! —gritó Hermi—. Vamos, ¡deprisa! Contamos con un par de minutos como mucho antes de que los guardias vengan.

Neil corrió hacia una de las estanterías y comenzó su búsqueda.

—¡Tengo *Las metamorfosis de Ovidio*! —dijo Karan cogiendo el libro y colocándolo sobre la mesa.

Hermi se puso a su lado nervioso.

—Cuidado, cuidado... —susurró a Karan mientras lo abría y pasaba páginas de forma excesivamente rápida—, es un libro muy antiguo.

—¡Cállate! —le gritó Karan hojeando con velocidad el manuscrito—. ¡Me estás poniendo de los nervios! —gruñó.

Neil miró atento las estanterías. No había muchos libros en aquella sala, así que era mucho

más fácil encontrarlos.

—Aquí está el segundo —indicó abriendo la estantería.

—¡Dámelo! —pronunció Hermi acelerado.

Lo cogió y se lo pasó a Hermi, pero tan nervioso estaba que se le resbaló entre las manos y se le cayó al suelo.

Los tres desencajaron la mandíbula cuando vieron el antiguo manuscrito *Sobre los dioses* de Apolodoro de Atenas caer al suelo y golpearse con fuerza, doblándose por una esquina.

—Joder —susurró Neil—, tienes las manos de mantequilla —le reprendió mientras Hermi cogía el manuscrito con manos temblorosas.

Resopló, lo abrió y comenzó a hojear mientras Neil se ponía entre los dos.

—¿Y en qué dichosa página habla de las ninfas? —preguntó Karan desquiciado—. Estos dos libros son muy gordos.

En ese momento los tres giraron la cabeza cuando escucharon que fuera de la sala una puerta se abría y se oían unos pasos correr.

Neil cogió directamente el libro de Apolodoro cerrándolo, pillándole los dedos a Hermi que se quejó enseñándole la mano y le arrebató también el libro a Karan. Se los entregó a Hermi.

—¡Vámonos! —comentó nervioso.

Hermi se removió inquieto, con los dos libros junto a su pecho.

—¡Pero es que no puedo transportar objetos! —le recordó—. ¿Quieres que acabe de romperlos? —preguntó de los nervios.

—Arrgg... —gritó Neil desquiciado mirando hacia la puerta—. ¿Y ahora qué?

Karan se los cogió a Hermi y fue hacia la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Neil.

—¡Marchaos! Ya me encargo yo.

Hermi y Neil se miraron de reojo.

—Karan... no.... —le advirtió Neil.

—¡Que os vayáis! —gritó Karan hecho una furia.

Hermi tragó saliva y se limitó a poner una mano en el hombro de Neil mientras susurraba:

—Vale.

Los dos se vieron de nuevo en el aseo y Neil golpeó la mano de Hermi molesto.

—¿Qué has hecho? —gritó de los nervios, dirigiéndose directamente a la puerta—. Lo van a pillar —pronunció mientras salía y caminaba a toda prisa por el pasillo, en dirección a la puerta de salida de la biblioteca.

Hermi le siguió.

—Karan sabe apañárselas... —contestó Hermi molesto por el tono de voz de su amigo.

Atravesaron con rapidez el arco de seguridad, pues sabían que en cuanto los guardias se diesen cuenta de que habían desaparecido dos libros de la sala, darían la orden de cerrar las puertas.

La luz del sol les hizo entornar los ojos mientras bajaban los escalones.

—¡Eh! —les llamó Gael elevando la mano para que los dos se acercasen—. Qué rápidos.

Elin miró intrigada a los dos y luego hacia la puerta de acceso.

—¿Y Karan? —preguntó.

—Se ha quedado dentro para sacar los libros —susurró Hermi—. Nos han pillado...

—¿Qué? —preguntó Elin asustada.

—Tranquila, rubia. —Escucharon la voz de Karan tras ellos. Los cuatro se giraron con los ojos como platos. Karan permanecía sonriente, con los dos libros junto a su pecho, ocultándolos con los brazos—. Yo siempre vuelvo. —Le guiñó el ojo a Elin en actitud provocativa.

—Qué rápido eres —comentó Neil pestañeando.

—Como el rayo —reaccionó divertido Karan—. Bien, ¿nos vamos? —preguntó girándose—. No me gustaría que me pillasen con esto entre los brazos —susurró.

Hermi comenzó a caminar a su lado.

—Iremos más rápidos. Hay que alejarse de la zona. —Los detuvo—. Iremos a una zona apartada para investigarlos. Vosotros tres —señaló a Neil, Gael y Elin—, conmigo.

—¿Al lavabo otra vez? —preguntó ella desquiciada.

Hermi no respondió, así que dieron por sentado que sí, pero en cambio se giró hacia Karan.

—Ahora te enviamos la ubicación por GPS para que vengas —comentó ya alejándose, mientras Karan resoplaba y miraba de un lado a otro nervioso.

—Vale, pero no tardes —comentó mientras caminaba a un paso acelerado alejándose de ellos y de la biblioteca.

El parque de Capodimonte, situado frente al palacio de Capodimonte, era un frondoso bosque convertido prácticamente en un jardín por donde muchas parejas salían a pasear.

Dada la envergadura del lugar era difícil que los encontrasen, además, había muchas zonas a las que no se podía acceder pues estaba plagado de árboles.

Todos miraron de un lado a otro en cuanto aparecieron ahí.

—Bonito sitio —dijo Neil cogiendo su móvil—. Le pasaré la ubicación a Karan. ¿A cuánto estamos de la biblioteca?

—A unos cuarenta minutos andando.

Gael resopló.

—¿Podrías haber buscado un sitio más alejado? A este paso no va a llegar nunca.

—Ya está —dijo Neil—. Ubicación enviada.

—Karan es rápido —dijo Hermi—. No tardará mucho. Oye —continuó mirando a Gael—, la verdad es que no es mala idea lo de que venga Lucía.

Gael comenzó a negar.

—No, ni hablar.

Neil miró de reojo a su amigo.

—No entiendo tu negativa —continuó mientras se giraba—. Sabes que nos iría muy bien para esto. De hecho, seguro que se emociona cuando le digamos que tenemos las primeras ediciones.

—Hay mucho en juego —insistió Hermi intentando convencer a Gael.

Gael suspiró.

—No, prefiero que no —cortó por lo sano y miró hacia los lados—. Oye, ¿no crees que es un lugar un poco escondido para Karan? Le va a costar y vamos a tener que esperar un buen rato... ¿Vamos a tomar algo?

—Ya os he dicho que es rápido —repitió Hermi.

Elin lo miró intrigada.

—¿Ese es su poder? —preguntó curiosa—. ¿La velocidad?

—No solo ese —contestó Karan a su espalda. Elin resopló ante la mirada sorprendida de todos. Se giró hacia él y enarcó una ceja. Karan dio un paso hacia ella, totalmente erguido y con gesto serio, lo que hizo que Elin diese un paso hacia atrás. Karan se acercó a ella y esta vez sonrió—. Hay mucho más —susurró de forma maliciosa.

Elin colocó las manos en su pecho y lo empujó alejándolo.

—¿Puedes parar de hacer eso? —se quejó ante la mirada divertida de Karan.

Hermi cogió directamente los libros que este llevaba contra su pecho y se sentó en el suelo, sobre el césped.

—Dejaos de tonterías —les reprendió—. Hay que ponerse manos a la obra —comentó abriendo el primer libro. Luego pasó el segundo a Neil que aún miraba intrigado a Karan—. Toma, comienza a leer —ordenó—. Tú, Gael, llama a Lucía, pregúntale dónde podemos encontrar la referencia a las ninfas.

Neil cogió el libro y se sentó junto a Hermi, aún con la vista clavada en Karan que sonreía hacia Elin. Menudo par.

—Eres muy rápido, Karan —comentó Neil abriendo el libro.

—Como un rayo —repitió desviando la atención hacia Neil.

Neil abrió la primera hoja y comenzó a leer, pero luego observó a Hermi.

—Está en griego, griego antiguo... —comentó—. No tengo ni idea. —Volvió su atención hacia Karan—. Tú eres griego. ¿Lo entiendes?

Karan chasqueó la lengua y se arrodilló a su lado.

Leyó las primeras líneas y suspiró.

—Domino el dialecto ático, incluso el clásico y el helenístico, pero esto de dimotikí...

—¿Eing? —preguntó Neil.

—Es otro dialecto —dijo cogiendo el libro—. Sé pocas palabras —respondió esta vez más serio—. ¿Y tú, Hermi?

Hermi negó y suspiró.

—Soy un dios de la época helenística, sé tan poco del dialecto dimotikí como tú.

Gael se arrodilló a su lado con el teléfono en el oído.

—Hola, Lucía. —Guardó un segundo de silencio—. Sí, las tenemos aquí. ¿Dónde tenemos que buscar la...?

—Trae —dijo Karan quitándole el teléfono a Gael, sorprendiéndolos a todos. Se lo llevó al oído—. Hola Lucía, soy Karan —comentó mientras miraba el libro.

—Hola, Karan —respondió feliz—. ¿Qué tal estás?

—Bien, todo bien —comentó cordial—. Oye, tenemos aquí las primeras ediciones de *Las metamorfosis* y *Sobre los dioses*, pero están en el dialecto dimotikí, ¿tú lo dominas?

Al otro lado de la línea Lucía resopló.

—No mucho. Lo mío es el ático —reconoció.

Karan chasqueó la lengua y negó hacia el resto.

Neil intervino.

—Quizás conozca a alguien que pueda...

Karan negó con su cabeza de nuevo.

—Oye, escucha, busca en un diccionario cómo se escribía la palabra ninfa en dimotikí y los capítulos que hablan sobre ellas y pásamelo, o pásaselo a Gael. Lo busco y te envío esos párrafos por fotos, quizás con algún traductor por internet...

—Hecho. Ya está.

—¿Ya está? ¿El qué? —preguntó Karan intrigado.

—Le envío una foto de la palabra ninfa en dimotikí a Gael. Y ahora le paso también los capítulos donde puede encontrarla.

Karan pestañeó varias veces, sorprendido.

—Qué eficiente.

—Estoy frente al ordenador. A servir —comentó divertida.

Karan pasó directamente el móvil a Gael.

—Tiene que llegarte una fotografía —le informó Karan.

Neil se sacó el móvil del bolsillo.

—Dile que voy a meterla en el grupo.

—Cambia el nombre —sugirió Karan, aunque con un tono bastante elevado.

—El nombre se queda —comentó Neil mientras tecleaba.

Gael se puso en pie.

—De acuerdo, ahora te pasamos la fotografía de las páginas donde aparece la palabra ninfa. Hasta luego. —Se mantuvo un segundo en silencio—. Sí, yo también —comentó sonriente.

Todos lo miraron mientras colgaba la llamada.

—Qué bonito —ironizó Neil con tono meloso.

—Cállate —le advirtió Gael entregándole el móvil a Karan para que mirase la fotografía que le acababa de enviar.

Elin se colocó a su lado observando la fotografía.

Karan miró las indicaciones que Lucía había escrito a Gael en su privado y fue al apartado que decía.

Neil se mantuvo en pie mientras Karan hacía la búsqueda. Estaba claro que Lucía tenía el texto traducido, pero lo importante era saber si estaba bien traducido o se había obviado alguna parte como solía ocurrir en todos los textos con tantas traducciones a lo largo de la historia.

Karan rebuscaba en los textos la palabra en griego antiguo que le confirmase que ahí se estaba hablando de lo que les interesaba: las ninfas.

El recuerdo de Adriana volvió a la mente de Neil. Miró el reloj y vio que marcaba casi la una del mediodía. Con suerte, Karan encontraría pronto lo que buscaba y le podrían mandar los textos fotografiados a Lucía para que se pusiese manos a la obra con un traductor.

—Aquí está —dijo Karan señalando la palabra.

Tomó la fotografía con el móvil de la página y la adjuntó en el grupo que Neil había creado. Fue haciendo fotografías de varias hojas por delante y por detrás y después pasó al siguiente libro.

Eran las dos y diez cuando Karan cerraba el segundo libro y se lo entregaba a Hermi.

—Creo que ya está —comentó poniéndose en pie y estirando las piernas.

—Buen trabajo —lo felicitó Hermi mirando los dos libros, aunque resopló al observar la esquina doblada del libro de Apolodoro de Atenas. Se los pasó a Karan que los cogió de nuevo, aunque sin comprender nada—. ¿Puedes llevarlos a la biblioteca otra vez? —Karan resopló—.

Vamos, si no tardas nada.

—Está bien —contestó de mala gana.

—¿Te acuerdas el aseo donde hemos llegado...?

—No, por Dios... —suplicó Karan.

—Nos vemos ahí. —Puso la mano sobre Gael y Elin e indicó a Neil que se acercase, algo que hizo de inmediato.

—¿Y no podéis esperarme aquí? —preguntó Karan molesto.

De repente desaparecieron. Karan apretó su mandíbula y resopló mientras se colocaba los libros bajo su brazo.

—No, ya veo que no —se quejó mientras comenzaba a caminar sobre el césped.

Los cuatro aparecieron en el todoterreno, en Sicilia, a las afueras de Siracusa, donde Neil había dejado aparcado el vehículo.

—Vamos hacia el hotel —informó Neil.

—Enseguida vengo con Karan —informó Hermi antes de desaparecer otra vez.

Neil se sentó correctamente en el asiento del conductor y buscó las llaves en su bolsillo. Encendió el motor mientras Elin se ponía el cinturón y Gael hacía lo mismo.

—Bueno, ha ido bien al final —comentó Neil.

Gael miró por la ventanilla.

—Te lo diré cuando sepamos si ha servido de algo. —Se echó para adelante—. Eh, ahora que Karan no está aquí —pronunció divertido—. ¿Quién es esa chica de la que habla? —Neil lo miró de reojo—. ¿Es la chica que rescataste ayer?

—Sí.

—Pues era muy mona —dijo con rapidez Gael—. Además, italiana. Bien, bien...

Neil miró por el retrovisor a su amigo y a Elin, sonriente.

—¿Os puedo pedir un favor? —preguntó nervioso.

—Claro —contestaron los dos casi a la vez.

Suspiró y se incorporó a la carretera.

—Adriana...

—¿Así es como se llama? —interrumpió Elin emocionada.

—Sí... —contestó Neil—. Me ha dicho de ir a cenar esta noche.

—Vaya... —contestó Gael desde atrás.

—Es para agradecerme lo de ayer. —Tragó saliva, nervioso por la petición—. Sé que estamos detrás del casco de Hades y que es importante que...

—Eh, nosotros te cubrimos Neil —le cortó Elin comprendiendo lo que quería decir.

Neil la miró unos segundos fijamente.

—¿En serio? —preguntó entusiasmado.

—Claro —continuó ella—. No te preocupes.

—Cuenta conmigo también —pronunció Gael desde atrás—. Además, aquí realmente quien hace la investigación es Lucía.

Neil sonrió a su compañero a través del retrovisor.

—Tienes suerte de estar con ella —comentó con sinceridad.

—Sí, lo sé —respondió.

Elin miró el móvil y sonrió a Neil.

—De todas formas, hasta que Lucía no nos dé las traducciones correctas no sabemos por dónde tirar, así que no tenemos nada más que hacer.

—No te creas. Lucía es una máquina. Te aseguro que hoy mismo las tendrá hechas —indicó Gael desde atrás.

Elin miró a Neil y sonrió con gesto tranquilizador.

—No te preocupes —comentó dándole unos golpecitos en el hombro—. Ya buscaremos alguna excusa para que tengas tu cena tranquila sin que Hermi... —En ese momento Hermi y Karan hicieron acto de presencia en el vehículo. Hermi miró directamente a Elin, como si hubiese escuchado que pronunciaba su nombre—. ¡Hermi! —exclamó Elin—. Ya estaba pensando yo que tardabais demasiado... —disimuló.

—¿Demasiado? —intervino Karan con una ceja enarcada hacia Elin—. He ido todo lo rápido que he podido.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Neil desviando la atención de la última frase de Elin, mirando a Karan—. ¿Has tenido algún problema?

Karan se encogió de hombros.

—Ninguno, pero menuda se ha organizado en la biblioteca...

—¿Mucho lío? —intervino Neil.

—Había como diez coches de la policía.

—¿Y dónde has dejado los libros? —preguntó Elin.

Karan la miró y le hizo un gesto gracioso.

—Dentro de uno de los coches de policía.

## Capítulo 9

AÑO 416 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Arión caminó por las calles de Siracusa rumbo a la playa al lado de su general Gilipo.

—¡Ya están aquí! —exclamó un hombre abrazándose a otro.

Tal y como su general les había ordenado, habían ascendido hasta la meseta de Epípolas y derribado el muro ateniense de Labdalum. Ni un ateniense había sobrevivido a la embestida espartana. Aquella había sido su carta de presentación.

Nada más derribar el muro se había iniciado la construcción de un contrafuerte.

Además, cada día, el general Gilipo desplegaba el grueso del ejército en la meseta para cubrir la nueva construcción y acababan con la vida de todos los atenienses que se atrevían a remontar la meseta.

Corinto, uno de los mayores aliados de Esparta contra el imperialismo ateniense y, ahora, por tanto, aliada también de Siracusa, desembarcaba en esos momentos en la playa. Sus barcos no eran tan rápidos como los espartanos y su llegada se había retrasado más de lo esperado, pero ahora cientos de hombres del ejército de Corinto venían a ayudar a sus aliados de Siracusa y, por ende, a ponerse bajo las órdenes del general Gilipo para llevar a cabo una mayor ofensiva contra Atenas.

Gilipo sonrió mientras abría los brazos y pisaba con fuerza la arena de la playa para recibir a su amigo, el general recién llegado.

—Creonte, amigo —dijo dándose un fuerte abrazo con el corintio. Se separó de él, aunque sin apartar las manos de sus hombros—. Sé bienvenido.

Los tres observaron la gran cantidad de soldados que bajaba de las trirremes.

—Todos dispuestos a cumplir tus órdenes —contestó Creonte.

Gilipo asintió y colocó una mano sobre Arión.

—Te presento a Arión, hijo de Tisámeno, uno de mis mejores lochago. —Arión hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo—. Tus hombres son recibidos con alegría por Siracusa. No les faltará de nada. —Colocó una mano en su hombro y caminó junto a él seguido por Arión, aunque este desvió su mirada hacia la muchacha que recibía a los recién llegados en las tinajas de agua.

Había coincidido bastantes veces con ella y, si no la veía, la buscaba. Aquella muchacha era una preciosidad y sabía que no solo él lo pensaba, pues la mayoría de los hombres, aunque no estuviesen sedientos, se detenían ante ella con la excusa de beber un poco.

—Arión —comentó su general—, busca a mis dos enomotarcas. Nos reuniremos ahora en mi caseta.

Arión se distanció de ellos levantando la arena bajo sus pies, caminando entre todos aquellos corintios que corrían por la playa alegres de pisar al fin tierra firme.

Miró a ambos lados buscando a sus dos hombres sin encontrarlos, aunque lo que sí pudo ver fue la muchedumbre que se amontonaba frente a las tinajas de agua.

Caminó directamente hacia allí, observando de vez en cuando como la muchacha llamada Dalia repartía agua sin cesar entre todos los allí congregados, aunque no le pasó desapercibida

alguna mirada cargada de deseo y algún comentario subido de tono entre los recién llegados.

Arión apartó a un par de hombres. Al principio protestaron, aunque al ver su capa escarlata se limitaron a quitarse de su camino. En aquel momento, aunque se considerasen aliados, sabían que era mejor no enfurecer a uno de aquellos guerreros.

Uno de los hombres cogía con ansias el cuenco que la muchacha le ofrecía y lo bebía con desesperación mientras otros únicamente se limitaban a mirarla.

Apartó a unos cuantos hombres más y llegó hasta ella, aunque Dalia no fue consciente siquiera de que él se encontraba allí.

—Un poco de agua, por favor —suplicó uno.

Dalia vació la tinaja del todo y fue a por la siguiente, aunque al girarse casi se dio de bruces con Arión. Elevó su mirada hacia él, sorprendida porque se encontrase allí.

—Disculpa —susurró.

Lo rodeó para llegar hasta la siguiente tinaja, seguida por varios de los recién llegados.

Arión chasqueó la lengua y buscó de nuevo a sus hombres, no los veía desde allí, seguramente estarían en sus casetas.

Fue directamente hacia ella mientras volvía a llenar los cuencos ofreciendo agua a los corintios. Se situó a su lado y miró a todos los hombres que se amontonaban ante ella.

—¿No os han dado de beber en toda la travesía? —preguntó colocando las manos en su cintura. Miró a unos cuantos de ellos que esperaban por detrás—. Hay más tinajas. Si lo que queréis es agua id y buscadla. —Señaló unos metros por delante hacia otro grupo de mujeres que repartían agua, aunque de mayor edad.

Algunos de ellos se dieron por aludidos y abandonaron el lugar dirigiéndose al resto de tinajas, aunque todavía una gran parte de hombres se quedó cerca de Dalia.

Volvió a mirar por toda la playa sin encontrar a las dos personas que necesitaba, aunque volvió la vista hacia Dalia al ser consciente de que ella lo observaba de reojo. Claramente, la presencia del espartano disuadía a muchos de los corintios y los mantenía a raya.

—¡Teneo! —gritó haciendo que uno de los jóvenes se girase hacia él—. Acércate. —El muchacho depositó una caja sobre la arena y fue hacia él—. Deja lo que estés haciendo y quédate aquí. —Señaló hacia la muchacha—. Los corintios traen demasiada sed de la travesía —ironizó con una mirada lasciva a su amigo que lo comprendió al momento.

—Sed y otras cosas... —bromeó.

Arión sonrió y le dio la razón a su amigo.

—¿Has visto a Eudor y a Corban?

—Sí, en las primeras casas de la ciudad, alimentándose —explicó.

Arión asintió y echó de nuevo la vista hacia ella. Un mechón de cabello castaño resbalaba sobre su mejilla y contrastaba con sus enormes ojos marrón verdoso.

—Vigila la zona.

Teneo asintió mientras se llevaba la mano a la espada y avanzaba hacia la zona de las tinajas, quedándose a una distancia prudencial pero suficiente como para intimidar a los corintios.

Arión atravesó el campamento espartano situado frente a la ciudad, a orillas de la playa, donde gran parte de sus hombres dormían o comían, aunque la mayoría, igual que harían más tarde los corintios, se alojaban con habitantes de la ciudad.

Llegó hasta la primera de las puertas y antes de que pudiese llamar esta se abrió.

—Arión —dijo sorprendido Eudor.

Arión miró al interior. Estaba bastante oscuro, pero pudo intuir una mesa con varias sillas donde hasta hacía escasos segundos habían comido.

—¿Está Corban contigo? —preguntó directamente.

—Sí, señor —respondió el susodicho apareciendo al lado de Eudor.

—Los corintios han llegado y se están instalando.

—Lo sabemos. Íbamos a ayudar ahora —explicó Eudor.

Arión dio un paso atrás alejándose de la puerta y les indicó que fuesen con él.

—El general Gilipo nos llama.

Los tres se dirigieron al campamento espartano. Entre las casetas se intuía el fuego de la noche anterior donde habían cocinado los soldados de infantería. Algunos de ellos dormían en la playa cuidando los barcos y vigilando la zona.

Llegaron hasta la caseta de su general y Arión fue el primero en entrar seguido por sus dos hombres.

Gilipo se giró para observarlos y les indicó que se acercasen. Había extendido un mapa de la zona sobre la enorme mesa donde solía cenar y, en ese momento, se encontraba acompañado del general siracusani Hermócrates y del recién llegado general de Corinto, Creonte.

Gilipo aprovechó para presentar a los recién llegados.

—Ellos son dos de mis enomotarcas: Eudor y Corban. —Ambos saludaron con un movimiento de cabeza a Creonte—. Cada uno de ellos comanda una de las enomotías compuesta por treinta y seis hombres. Incluso llegan a comandar las pentekostyes formadas por unas cincuenta enomotías.

El general corintio hizo unos cálculos mentales.

—Unos mil ochocientos hombres cada uno.

Gilipo asintió y señaló a Arión.

—Él es mi lochago, encargado de dirigir la unión de dos pentekostyes. Unos tres mil seiscientos hombres —remarcó Gilipo—. Fue el encargado de replegar nuestras tropas en la meseta de Epípolas. Destruimos el muro de Labdalum —señaló el mapa—, y estamos construyendo el nuestro.

—¿Los estáis sitiando? —preguntó Creonte con vis cómica, sorprendido por el avance del ejército espartano, pues las últimas noticias que habían llegado a sus oídos era que Siracusa barajaba la opción de rendirse. De eso hacía ya semanas y ahora, claro estaba, con la llegada de Esparta habían cambiado las tornas.

—Es lo que pretendemos —explicó Gilipo—. La meseta de Epípolas está prácticamente limpia. Tenemos alguna incursión, pero nada que no solventemos con rapidez.

Creonte se quedó pensativo y miró a sus aliados con seriedad.

—Por lo que ha llegado a mis oídos un barco ateniense ha partido desde Catania en dirección a Atenas...

—¿Atenas va a pedir refuerzos? —preguntó Arión.

—Eso parece —respondió Creonte—. Seguramente la asamblea se los conceda. No creo que Atenas admita una derrota.

Arión se giró hacia su general prestando toda su atención.

—Si eso es cierto...

—Lo es —interrumpió Creonte.

Arión asintió.

—La ayuda tardará en llegar, y más con la llegada del invierno.

Gilipo asintió y señaló la meseta, y la ciudad de Catania.

—Nos encargaremos de mantener esta zona libre de Atenas. —Señaló a Corban y a Eudor que asintieron. Luego miró a Arión—. Atenas atacará por mar. Es la mejor flota que existe, así que los refuerzos serán decenas de trirremes. —Miró al general corintio—. ¿Cuántas barcazas traéis?

—Unas veinte.

—Entre las de Siracusa, las suyas y las nuestras... —indicó Arión—, podemos juntar cerca de ochenta.

Gilipo asintió pensativo.

—Hay que preparar la flota marítima —indicó a Creonte—. Si Atenas envía refuerzos debemos adelantarnos a ellos y preparar nuestra flota.

Hermócrates, general de Siracusa que había permanecido en silencio durante todo el rato, decidió intervenir.

—Mis hombres entrenarán todo el invierno para estar a tu altura —indicó a Gilipo, el cual aceptó de buen grado—. Reforzaremos las trirreme...

—Serán más lentas, pero resistirán las embestidas de las atenienses —remarcó Arión en referencia a lo que Hermócrates decía.

Gilipo colocó una mano en el hombro de Arión y miró a Eudor, y a Corban.

—Encargaos de entrenar a todo siracusani que pueda empuñar una espada o remar. —Los tres asintieron. Gilipo se giró hacia Creonte—. Tus hombres están más dados a la lucha que los de Siracusa. Que se encarguen de reforzar las embarcaciones y después que se unan a los entrenamientos. —El general corintio asintió—. Empezad hoy mismo.

Todos asintieron y, dicho aquello, cada uno se puso manos a la obra con las órdenes encomendadas.

Arión salió de la caseta junto a sus hombres.

—Reunid a vuestras enomotias, quiero a cada siracusani con un espartano aprendiendo a blandir la espada y a usar el escudo —ordenó—. Que se encarguen de reunir a todos aquellos que puedan entrar en batalla y mañana mismo comenzad los entrenamientos.

Los dos asintieron y se alejaron de él caminando por la playa.

Arión observó como el mar rompía sobre la arena varios metros por delante de él. Estaba lejos de su hogar, Esparta, pero tampoco había dejado a nadie importante allí, a excepción de sus padres y hermana que, en breve, lo convertiría en tío.

Su entrenamiento se había iniciado desde muy pequeño, a los ocho años, apartándolo de todo, obligándolo a sobrevivir durante diez largos años, soportando el frío, el hambre, el dolor... pero esas duras condiciones lo habían convertido en lo que era. Por ello vivía y para ello había sido entrenado: para garantizar la libertad de todo aquel hombre que quisiese ser libre y no vivir bajo el yugo de Atenas.

Se quedó observando el sol esconderse tras el horizonte, arrojando ya los últimos rayos del día. La mayoría de corintios ya se habían organizado montando pequeños campamentos al otro lado de la playa o instalándose, igual que muchos de sus hombres, en la propia ciudad.

Iba a dirigirse a su caseta cuando se detuvo sobre la arena, clavando sus ojos en la muchacha que avanzaba con lentitud, arrastrando la última de las tinajas.

Dalia cargaba el peso de la enorme tinaja debiendo parar cada poco.

Fue directo hacia allí mientras la veía arrastrar unos pasos más la tinaja y dejarla sobre el suelo con un largo suspiro.

Se detuvo un segundo para que pasase un grupo de corintios y siguió su camino hasta llegar a ella. Sin decir nada más le arrebató la tinaja de las manos.

—Déjame a mí —comentó aupándola.

Dalia se quedó estática, sorprendida por el gesto de aquel soldado espartano. Lo había visto varias veces por la ciudad, por el campamento, le había abastecido de agua, pero hasta ese momento no había intercambiado muchas palabras con él.

—Gracias —comentó mientras caminaban juntos.

—¿Dónde la dejo? —preguntó directamente.

Ella se adelantó unos pasos y caminó por delante de él indicándole el camino. Se colocó ante una puerta y abrió.

—Déjala aquí. Ya la entraré yo.

—No te preocupes —pronunció introduciéndola por la puerta.

La casa, como las demás, era bastante pequeña. Uno entraba directamente al comedor. En su centro había una mesa rodeada de varias sillas de madera. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color rojo y ocre. En el lateral había una pequeña habitación con un horno de fuego.

—¿Aquí está bien? —preguntó dejando la tinaja en un rincón del comedor.

Ella avanzó un poco, intimidada porque él hubiese entrado en el interior del hogar.

—Sí, está bien.

Arión se puso erguido y sonrió levemente a la muchacha mientras observaba. Al final del comedor había varias puertas que suponía que debían de ser las habitaciones. Volvió a centrar la mirada en ella que permanecía estática a pocos pasos de la puerta.

—¿Es tu hogar?

En ese momento ella reaccionó y fue hasta la mesa depositando sobre ella las llaves.

—Sí —susurró.

Arión volvió a observar el lugar.

—¿Y tu familia? —preguntó intrigado.

Ella tragó saliva y rodeó la mesa en dirección a la cocina. Arión pudo ver sus gestos atemorizados y tímidos.

—Mi tío vive enfrente —aclaró.

Arión se acercó a la puerta de la cocina. Aquella muchacha parecía intimidada.

—¿Y tú? ¿Vives aquí?

Dalia se mordió el labio, lo miró de reojo mientras abría una pequeña despensa, y enseguida llegó hasta él el olor a especias.

—Mi madre falleció al darme a luz. Ni siquiera la conocí —susurró—. Mi padre y mi hermano fallecieron hace un año con la invasión de Atenas.

Arión la observó fijamente.

Dalia le ofrecía su perfil sin atreverse a mirarle directamente.

—Lo siento —susurró dando un paso más hacia ella.

Ella negó y luego medio sonrió al soldado.

—Agradezco mucho que hayáis venido a ayudarnos —comentó al final volviéndose hacia él

—. Es un alivio.

Arión le devolvió la sonrisa y miró hacia la puerta de la calle, por donde cientos de soldados de su ejército y del recién llegado ejército corintio paseaban. Aquel lugar, ahora, se había convertido en un fuerte militar.

Cuando volvió su rostro, Dalia lo observaba fijamente.

—No deberías pasar las noches aquí. Sola —sugirió él. Se sintió descolocada ante aquellas palabras y se removió inquieta—. Deberías ir con tu tío. —Ella tragó saliva, apretó los labios y asintió—. ¿Quién lleva la tinaja llena a la playa?

—No la llevo yo. Por la mañana me encargo de llenarla del pozo y luego vienen a buscarla. —Miró la tinaja—. Es solo que hoy, con el desembarco de los corintios, no han podido ayudarme.

—Ya veo —comentó Arión girándose de nuevo hacia la puerta, observando el paso de todas las personas. Se volvió hacia ella. Tenía el cabello recogido en una cola alta. Sus cabellos castaños ondulados caían casi hasta su pecho. Se obligó a dar un paso atrás y le sonrió de nuevo—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó clavando sus ojos en la mirada azulada de él. Lo cierto es que no era solo por su forma física, sino por las ropas que llevaba: aquello lo delataba como un gran guerrero que imponía un gran respeto, como el resto de sus compañeros.

Se sentía agradecida de que unas ciudades-estado como Esparta o Corinto les brindasen su protección, pero a la vez le imponía verlos pasear por sus calles. Había oído hablar sobre ellos, sobre Esparta, sobre su educación y la brutalidad de su entrenamiento. Sabía de lo que eran capaces y, de hecho, lo habían demostrado enfrentándose a Atenas el mismo día en que habían llegado a Siracusa, saliendo victoriosos.

Lo observó caminar despacio hasta la puerta y, sin decir nada más, Arión cerró con cuidado.

Dalia corrió hasta la puerta y se aseguró de que estuviese cerrada echando la llave.

## Capítulo 10

Sin duda, el lugar en que habitaban las ninfas iba a ser difícil de encontrar.

Se habían reunido en la habitación de Karan para buscar información.

Elin se había tumbado en la cama mientras investigaba por el móvil e iban comentando la documentación que Lucía les pasaba. Gael permanecía sentado en la silla del escritorio, Neil sobre este y Karan caminando nervioso por la habitación.

Miró de reojo a Elin que cada vez se ponía más cómoda sobre el colchón.

—Los zapatos —pronunció pasando por su lado, pues Elin cada vez subía más las piernas sobre la cama.

Ella resopló sin apartar la mirada del móvil y se los quitó, después los puso sobre la colcha sonriendo a Karan.

Gael miró el móvil extrañado. Lucía les estaba pasando la traducción.

—Fíjate —comentó Elin mirando la pantalla del móvil, asombrada—. Las ninfas raptaron a Hilas, hijo de Tiodamante y amante de Heracles... porque era demasiado guapo —bromeó—. No sabía yo esto.

—¿De dónde crees que viene la palabra ninfómana? —bromeó Karan.

Elin entornó los ojos hacia él.

—Aportas una información muy poco valiosa —se burló ella.

Neil interrumpió la conversación.

—¿Y explica dónde fue el rapto? ¿Adónde se lo llevaron?

Ella negó.

—No, solo explica que fue a buscar agua y se lo llevaron.

Gael levantó la vista de la libreta donde iba apuntando todo lo importante.

—Bueno, lo que ya sabemos es que en el lugar debe haber un lago, un río...

—Ya, y cuando las encontremos, ¿qué? —interrumpió Karan con cierta ansiedad.

Neil rio y se puso en pie.

—¿Les tienes miedo, Karan? —bromeó pasando a su lado—. ¿Miedo a que puedan raptarte? ¿Tan guapo te crees?

Karan lo miró y resopló, aunque prefirió no contestar a su compañero.

—Mirad —dijo Gael—. Nos pasa el texto traducido de *Sobre los dioses* de Apolodoro de Atenas. —Leyó en voz alta—: «*Polidectes, hermano de Dictis, era entonces rey de Serifos y se enamoró de Dánae, pero no pudo conseguir el acceso a ella porque Perseo se hizo crecer a la condición humana. Así que llamó a sus amigos, entre ellos Perseo, bajo el pretexto de recaudar las contribuciones hacia un regalo de bodas para Hipodamia, hija de Enómao. Ahora Perseo haber declarado que no se adhieren incluso a la cabeza de la Gorgona, Polidectes requiere los otros para proporcionar caballos, y, al no obtener caballos de Perseo, ordenaron traer la cabeza de la Gorgona. Así, bajo la dirección de Hermes y Atenea*». —Gael sonrió a sus compañeros—. Qué forma más rara de hablar tenían... y Hermes es famoso, ¿os habéis fijado?

—Menudo pieza está hecho —comentó Neil a su lado.

Gael carraspeó y continuó:

—«Se dirigió a las hijas de Phorcus, a saber, Enyo, Pephredo, y Dino; phorcus de ellos tenía por Ceto, y eran hermanas de las Gorgonas, y ancianas desde su nacimiento. Las tres tenían un solo ojo y un diente, y estos pasaron el uno al otro a su vez. Perseo consiguió la posesión del ojo y el diente, y cuando se les preguntó de nuevo, dijo que iban a renunciar a ellos si no mostraban el camino a las ninfas».

—Sí, vale, eso ya lo sabemos —comentó Elin levantándose de la cama—. Las tres ancianas revelaron el lugar donde se encontraban las ninfas. ¿Ahora tenemos que buscar a las tres hermanas del ojo para encontrar después a las ninfas? —Elin fue la que continuó leyendo el texto que Lucía les enviaba—: «Cuando Phorcides le había mostrado el camino, se les devolvió el diente y el ojo, y que viene a las ninfas consiguió lo que quería. Así se colgó el kibisis sobre él, equipado las sandalias de los tobillos...».

—Las sandalias de Hermes —interrumpió Gael ante aquel dato.

—«Y puso el gorro en la cabeza. Que lo lleva, vio que él quisiera, pero no fue visto por otros. Y habiendo recibido también de Hermes una hoz adamantina voló al océano y llamó la Gorgonas dormido». —Elin resopló—. No dice nada de dónde encontrar a las ninfas —exclamó—. Solo que le dijeron dónde estaban y que encontró el casco.

—Pues yo sí he encontrado algo que me interesa... —comentó Karan seriamente. Todos lo miraron—. Aquí dice que Hermes le dio unas sandalias y una hoz adamantina a Perseo para acabar con Medusa. —Todos lo miraron intrigados—. ¿Puede transportar objetos entonces o no? Porque yo he tenido que recorrerme Nápoles con los libros...

—¡Céntrate por Dios! —le gritó Elin.

Karan resopló y miró a Gael.

—Esto no nos aclara nada. —Señaló Karan el móvil.

—Voy a llamarla —dijo Gael.

—Pon el manos libres —pidió Neil.

Gael marcó y depositó el móvil en el escritorio.

—Hola. —Escucharon la voz de Lucía.

—Hola. Tengo el manos libres puesto —informó Gael.

Todos saludaron a la vez.

—Lucía —intervino Neil—, lo que nos acabas de pasar no nos ayuda.

—¿No? —preguntó ella—. ¿No os sugiere algo? —Reflexionó un rato—. La verdad es que está muy bien traducido en la actualidad. Solo lo han escrito de manera que sea más comprensible y acorde a nuestro tiempo, pero no han evitado ninguna palabra ni ocultado nada.

—De acuerdo —continuó Neil acelerado, miró el reloj de muñeca y se sorprendió. Las ocho de la tarde—. ¿Y el otro libro?

—¿Las metamorfosis de Ovidio? Lo estoy traduciendo ahora, es bastante difícil. Las declinatorias del griego me matan.

—Ya, y todos te lo agradecemos mucho —comentó Gael—. No sé qué haríamos sin ti.

Karan miró a Gael situándose a su lado.

—Sigo pensando que sería mejor que viniese. Así no tendríamos que...

—Ehh... Sí, quiero ir —intervino Lucía de inmediato—. ¿Eres Karan?

—Sí, soy Karan —respondió este ante la mirada asesina de Gael—. ¿Qué pasa? —preguntó a su amigo—. Estaría bien protegida. No sé por qué te preocupas tanto...

—Sí, sí... —continuó Lucía animada—. Miro un vuelo para esta misma noche si hace falta. Voy a ver. ¿Me podéis pasar a buscar por el aeropuerto?

—Lucía —comentó Gael—, no creo que sea muy apropiado que vengas. Me encantaría, pero sabes que es peligroso y que...

—Yo te paso a buscar —dijo Karan.

—¿Te quieres callar?! —gritó Gael interrumpiéndolo.

—¿Pero a qué viene esto? —preguntó Karan asombrado—. Tu novia es licenciada en Cultura Clásica. Domina muchísimo. Nos iría genial tenerla cerca. Por si no te has dado cuenta, vamos a contrarreloj y bastante perdidos. Yo domino el griego antiguo a medias, así que Lucía nos hace mucha falta, más de la que quieres reconocer —concluyó.

—Es humana... —recordó.

—¿Y? —gritó Karan. Luego se cruzó de brazos y sonrió de forma maliciosa a Gael—. No te preocupes. Ya la protegeré yo. —Gael oscureció su mirada—. Tu novia me cae bien. —Se encogió de hombros—. Es simpática y siempre nos ayuda mucho. —Se acercó más al teléfono—. Compra un billete para esta misma noche —indicó a Lucía por teléfono. En ese momento notaron como un ligero temblor invadía el hotel. Karan arqueó una ceja hacia Gael y golpeó su hombro—. Estate quieto, fiero, o harás que se nos caiga el edificio encima.

Gael intentó calmarse haciendo que el temblor perdiese fuerza poco a poco.

—A ver, lo haremos más fácil: votaciones —sugirió Karan—. ¿Quién está a favor de que Lucía venga a ayudarnos?

Todos levantaron la mano sorprendiendo a Gael.

—¿En serio?

Neil dio un golpe en su espalda.

—La necesitamos y lo sabes.

—Yo también tengo la mano levantada —dijo Lucía a través del teléfono—. ¿Cuenta mi voto? Neil volvió a mirar el reloj.

—No te preocupes Lucía. El «sí» ha ganado por aplastante mayoría —informó.

—¡Bieeeeeennn! —gritó ella—. Voy a buscar un vuelo que...

—No hace falta —intervino Karan tecleando en el móvil.

—¿Qué haces? —preguntó Gael acercándose a él.

—Te envío por el móvil el billete para que lo imprimas —dijo hacia el teléfono.

—¿Le has comprado el billete de avión a mi novia? —preguntó Gael sorprendido.

Karan dio unos golpecitos en su espalda, sin prestarle atención.

—No te preocupes. Paga la empresa... —Todos arquearon una ceja—. ¿Qué pasa? Lo puedo desgravar como gastos.

Neil aprovechó aquello para dar un golpecito a Elin en el costado y llamar su atención.

—Son las ocho y diez —susurró—. ¿Me cubres? Ya sabes... de Hermi.

Elin asintió directamente.

—Claro, diviértete. —Le guiñó el ojo.

—Eh, cualquier cosa ya sabéis, por el grupo del móvil —indicó Neil dirigiéndose a la puerta.

Karan se giró extrañado hacia él, al verlo dirigirse hacia la puerta sin mediar palabra.

—¿Adónde vas?

Gael y Elin lo miraron sonrientes.

—He quedado —pronunció con sinceridad a su compañero.

—¿Con la hija del propietario del hotel? —preguntó Karan con una sonrisa traviesa.

Neil asintió, a lo que Karan levantó el móvil.

—Muy bien. Cualquier cosa te avisamos. —Luego se giró hacia el teléfono—. ¿Crees que podrás estar a las diez en el aeropuerto? —preguntó a Lucía.

—Claro. Vive cerca —informó Gael. Resopló y finalmente puso los ojos en blanco—. Está bien, ¡Hermita! —gritó.

Neil puso su espalda recta y se giró hacia su compañero con la mano en el pomo de la puerta.

—Eh, ¿para qué lo llamas? —preguntó irritado.

—No voy a dejar que venga sola. Iré con ella en el avión.

—Te compro otro billete —indicó Karan comenzando a teclear.

—¿Seguro? Puedo comprarlo yo ahora si...

—Ya está —dijo Karan pasándole por privado el billete.

—Macho, ¿cómo eres tan rápido? —preguntó Gael sorprendido. Luego volvió a resoplar—. ¡Hermita! —gritó de nuevo.

Neil se alejó de la puerta.

—Ni se te ocurra decirle que he qued...

Hermita se materializó en ese momento en la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos—. ¿Habéis descubierto algo?

—No —contestó Gael colocando una mano en el hombro de su amigo—. Pero vamos a buscar a Lucía. Nos la traemos. Llévame con ella.

—¿En serio? —preguntó Hermita con una gran sonrisa—. ¡Genial! —reaccionó feliz.

De repente desaparecieron sin decir nada más.

Neil suspiró y se pasó una mano por la frente, sabía que a Hermita no le haría mucha gracia que aprovecharse aquel viaje para tener una cita, pero en aquel momento no tenía nada más que hacer.

—Bueno, pues... —dijo mirando a sus dos compañeros— me voy. Avisadme si ocurre cualquier cosa.

—Claro —contestó Elin con una sonrisa, aunque miró de reojo a Karan que se ponía a su lado. Ambos se miraron fijamente.

—Nos quedamos solos —pronunció Karan con una sonrisa hacia ella.

El último gesto que vio Neil antes de salir de la habitación fue a Elin poniendo los ojos en blanco.

Tenía ganas de quedar con Adriana no solo por disfrutar de su compañía, sino porque también necesitaba desconectar de todo aquello.

Fue al armario, donde había guardado la poca ropa que había traído, y, tras una ducha rápida, se puso unos tejanos y una camiseta de manga corta color azul marino.

Se guardó la cartera y el teléfono móvil en el bolsillo, y salió de la habitación. No pudo evitar mirar hacia la puerta de Karan cuando pasó por delante para subir a la planta superior.

—¿Pizza entonces? —Escuchó la voz de Elin.

—Hemos comido pizza —comentó Karan—. ¿No te apetece algo que no sea pasta? Algo más ligero. No entiendo cómo pretendes guardar la línea si no paras de comer carbohidratos.

Comenzó a subir las escaleras mientras resoplaba. Aquel comentario le iba a costar una buena reprimenda a Karan.

Caminó por el pasillo y fue hasta la última de las puertas. Se quedó unos segundos en silencio. No se escuchaba nada. Quizás aún no hubiese llegado.

Golpeó la puerta un par de veces y se sorprendió cuando escuchó unos pasos rápidos por la habitación.

Cuando Adriana abrió se obligó a dar un paso atrás mientras tragaba saliva.

—Hola. —Sonrió ella.

—Hola —contestó Neil colocando las manos en los bolsillos—. Veo que ya has llegado de trabajar.

Ella amplió más su sonrisa.

—He llegado hace horas —confesó entrando en la habitación para coger el bolso que había sobre la mesita de noche.

Neil miró el interior. Aquella habitación era un poco más grande que la suya, con las paredes pintadas en un tono amarillo que le daba calidez a la estancia.

—¿Has acabado antes?

Ella se acercó colocándose el bolso en el hombro.

—Me han dado la baja —comentó molesta. Neil la miró extrañado—. Esa es la misma cara que he puesto yo cuando me lo ha dicho la doctora —explicó—. Tengo un latigazo cervical. —Se encogió de hombros—. Le he dicho a mi jefe que no hacía falta, que me encontraba bien, pero ha insistido en que fuese a ver al médico de la empresa y me ha dado la baja contra mi voluntad —admitió.

—¿Te molesta mucho? —preguntó Neil con preocupación.

—Ayer me molestaba más. La verdad es que si giro el cuello sí que me molesta...

Neil se quedó observándola. Aunque intentaba aparentar normalidad y hacerse la dura, se le notaban los movimientos tensos. Adriana dio un paso adelante para salir de la habitación, pero Neil le cortó el paso.

—¿Seguro que quieres salir por ahí? Si te encuentras mal...

—Me encuentro bien. Es solo un poco de dolor de cuello —le quitó importancia—. He estado peor —admitió—. Además —comentó ya saliendo de la habitación—, necesito salir un poco. He estado toda la tarde tumbada en la cama.

—Está bien —indicó Neil.

Adriana cerró la puerta con llave y los dos fueron hacia las escaleras.

Fuera había refrescado un poco y, a decir verdad, se estaba mucho mejor que durante el día.

—¿Conoces algún sitio por aquí cerca? —preguntó Neil.

Adriana le indicó la dirección.

—¿Cómo no lo voy a conocer? —bromeó—. Vivo entre Siracusa y Nápoles. —Neil sonrió y esperó a que ella indicase el camino—. Es por aquí. —Señaló a la izquierda. El sol comenzaba a esconderse en el horizonte y las farolas se habían iluminado hacía apenas quince minutos—. ¿Y llegasteis ayer a Siracusa?

—Sí, justo ayer.

—Menudo recibimiento con el terremoto, ¿no? —bromeó. Luego lo miró más sonriente—. ¿Qué habéis hecho hoy? ¿Habéis visitado muchas cosas?

—Bueno, hemos visto Siracusa y la zona del Etna —mintió.

—Esa zona es bonita. —Se detuvo ante un restaurante—. ¿Te parece bien aquí? Es de comida

típica siciliana.

—Claro, perfecto —comentó abriendo la puerta para que entrase ella primero—. ¿Tus amigos no han querido venir? —preguntó buscando al camarero.

El restaurante tenía un aire antiguo, con vigas de madera en el techo y las paredes de un color mostaza. Estaba bien iluminado con lámparas antiguas consistentes en ruedas de carros a las que les habían puesto bombillas. Era bastante espacioso, con mesas cuadradas y redondas por toda la estancia. En sus paredes podían verse fotografías de la ciudad de Siracusa a lo largo de la historia.

—¿Mesa para dos? —preguntó el camarero.

—Sí, por favor —contestó ella.

El camarero les indicó que le siguiesen. Neil caminó a su espalda.

—Uno de mis amigos se ha ido con la novia —explicó—, y los otros tres han ido a pasear por la ciudad.

—Podrían haber venido —dijo ella mientras tomaba asiento. Luego se llevó la mano a la nuca y se masajeó—. Estaban invitados.

—Ya —contestó sin darle importancia, sentándose frente a ella—. ¿Te molesta mucho?

Ella retiró la mano de la nuca y negó.

—No, es solo tensión. —Sonrió de una forma abierta y cogió la carta—. Vamos a ver...

Neil también cogió la carta.

—Recomiéndame algo —propuso.

Adriana leyó la carta.

—Aquí hacen un risotto con marisco riquísimo, pero creo que es un poco fuerte para cenar. —Continuó leyendo la carta—. ¿Has probado los *arancini*? —Neil negó—. Son unas croquetas de arroz mezcladas con carne, tomate y guisantes. Están buenisimas. Y... —dijo sin apartar la vista de la carta—, la pasta *alla norma* me encanta.

—¿Qué lleva?

—*Maccheroni*, berenjena, tomates, albahaca fresca y queso *ricota salata*.

Neil la miró no muy seguro.

—Ya he comido pasta hoy.

—Pues el pescado frito también lo hacen muy bueno aquí. Y los calamares. —Luego le miró divertida—. ¿Qué te parece si pedimos un poco de pescado frito, los *arancini* y la pasta *alla norma*? Tienes que probar la pasta, créeme.

Neil rio ante el tono que Adriana dio a sus palabras.

—Está bien, me parece estupendo —dijo cerrando la carta.

Ella lo imitó y depositó también la carta sobre la mesa.

—Bueno, hálame un poco de ti. ¿Cómo se os ocurrió venir de viaje a Sicilia?

Neil colocó los brazos sobre la mesa.

—Yo solo me uní al viaje cuando lo tenían ya planeado —comentó con una sonrisa.

—¿Sois amigos del trabajo?

—No, no... —continuó—. Solo amigos. Gael, el chico que estaba en el todoterreno y que aceleró para sacar tu coche formando una nube tóxica... —bromeó—, es informático. Elin es doctora y Karan, el que me acompañaba a mí en tu rescate, dirige una empresa. Yo trabajo para el ejército en operaciones de salvamento.

Ella lo miró boquiabierta.

—Ahora lo entiendo todo —dijo con una sonrisa—. Se te veía muy resuelto al entrar al coche. —Neil se encogió de hombros—. ¿Esa es la pareja que se ha ido a solas?

Aquella pregunta lo descolocó.

—¿Karan y Elin? No, perdona. Gael ha venido con su novia. Lucía, es licenciada en Cultura Clásica.

—Oh, pues entonces disfrutará de lo lindo aquí —reaccionó—. Hay un montón de templos, mitología griega. —Neil la miró fijamente—. Seguro que os lleva a ver el valle de los templos en Agrigento. Es espectacular. Creo que data del siglo seis antes de Cristo.

—Es interesante —comentó con una sonrisa.

—O el teatro de Taormina. ¿No lo habéis visto de camino al Etna? —Neil negó—. Pues no os lo podéis perder —remarcó—. Sicilia es una isla hermosa. Tiene zonas muy bonitas repletas de historia y playas impresionantes. También os recomiendo que uno de los días hagáis un crucero por las islas Eolias. Lipari es preciosa, también está Estrómboli, Vulcano...

—Je, je... —comentó divertido por el nombre de la isla.

—Mis padres llamaron al hotel *El hijo de Vulcano*...

—Sí, ya lo he visto. —Luego la miró intrigado—. ¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Por lo visto di las primeras patadas a mi madre en una excusión que hicieron a esa isla. —Se encogió divertida de hombros—. En esa época es cuando estaban abriendo el hotel y a mi padre se le ocurrió ese fantástico nombre —ironizó.

Neil rio.

—¿No te gusta?

—Es horrible —continuó ella haciendo que la sonrisa de Neil se esfumase—. ¿De verdad crees que puedes llamar a un hotel *El hijo de Vulcano*? Da un poco de miedo —admitió sonriente, aunque Neil giró su cabeza hacia el camarero que se acercaba.

—¿Ya saben qué van a cenar?

Neil le indicó a ella que pidiese por ambos y una vez el camarero tomó nota, se marchó.

—No da tanto miedo —contraatacó con una tímida sonrisa—. Nosotros estamos alojados ahí y el hotel está muy bien.

—Sí, sí —comentó ella como si nada—. Pero el nombre no invita a ir —se sinceró—. De hecho, quien conozca un poco de la mitología sabe que Vulcano era un Dios horrible... —Neil tragó saliva e intentó aguantar la sonrisa en su rostro—. Se pasaba todo el día en el volcán Etna construyendo armas, ¿no? Y era feo, y cojo... por eso lo enviaron ahí.

—Ya... Amm... Sí —susurró Neil con la mirada fija en ella, aunque bajó las manos hasta sus piernas y apretó. Desde luego, cuánto daño había hecho la mitología griega... y la romana también.

«Belenus, Belenus...», repitió en su mente.

—Pero bueno —continuó ella como si nada—, lo cierto es que les va muy bien y casi siempre está al completo.

—Eso está bien. —En ese momento notó cómo su móvil vibraba, lo sacó del bolsillo y observó—. Disculpa —pronunció.

Era un mensaje de Lucía.

**Lucía:**

Aquí os paso la traducción de Las metamorfosis de Ovidio. Creo que ya lo tenemos.

Neil parpadeó varias veces.

**Karan:**

No llega la fotografía.

—Qué ansioso es —susurró Neil.

—¿Va todo bien? —preguntó Adriana.

Neil elevó la mirada.

—Sí, perdona. Son mis amigos —comentó. Depositó el móvil sobre la mesa—. Me dijiste que eras psicóloga.

Ella asintió.

—Sí, ayudo a los inmigrantes recién llegados. —Se encogió de hombros—. La mayoría buscan una forma honrada de ganarse la vida, así que les ayudo y oriento sobre lo que deben hacer, los documentos necesarios para legalizar su situación y cómo encontrar un trabajo decente.

Neil se la quedó observando.

—Es bonito tu trabajo.

Ella asintió con timidez.

—Son gente que ha pasado por muchas calamidades —comentó esta vez con más tristeza—. La mayoría han huido de su tierra por culpa de una guerra y han atravesado países enteros para poder aspirar a una vida mejor. ¿Por qué se les va a negar una ayuda cuando realmente la necesitan? —Suspiró mientras se apoyaba contra el respaldo—. El problema es que no damos abasto. Yo me suelo encargar de las mujeres jóvenes. Suelen estar en un mayor riesgo de exclusión que los hombres.

—Entiendo... —pronunció.

—Así que básicamente intento que no caigan en redes de prostitución... o que no sean presa de las mafias. —Lo miró con algo de tristeza—. Aunque muchas veces no lo consigo —susurró al final pensativa, con el recuerdo de Adama en su mente.

Neil intuyó que algo no iba bien. Adriana era una mujer con mucha vitalidad, sin embargo, en aquel momento, se encontraba inmersa en sus pensamientos y algo le decía que no eran buenos recuerdos.

—Seguro que haces todo lo que puedes —pronunció. Aunque tuvo que desviar su mirada al móvil de nuevo cuando este comenzó a vibrar sin parar.

Aquello hizo que ella despertase de su sueño y lo mirase sonriente.

—¿Tus amigos te buscan? —bromeó.

—No... —comentó mientras cogía el teléfono—. Son así de pesados.

No dejaban de entrarle mensajes.

**Elin:**

¿Y eso dónde está?

**Gael:**  
Es mitología.  
Hay que entender el significado.

**Elin:**  
Pero deberá existir.  
Perseo fue hasta allí a por el casco.

**Karan:**  
A mí me parece que nos están tomando el pelo.

**Lucía:**  
Seguro que podemos encontrar alguna referencia.

**Gael:**  
Karan, para decir eso mejor no digas nada.

**Elin:**  
Lucía, ¿conoces algún libro más que podamos usar?

**Karan:**  
Gael, dile a Hermi que haga algo y que averigüe dónde está ese jodido lugar.

Neil descargó el archivo enviado y lo leyó: era un fragmento traducido del libro de Ovidio.

*Mas del piélago las ninfas estigias ese hecho admirable ensayan  
en muchas ramas, y de que lo mismo acontezca gozan,  
y las simientes de aquéllas iteran lanzadas por las ondas:  
ahora también en los corales la misma naturaleza permaneció,  
que dureza obtengan del aire que tocan, y lo que  
mimbre en la superficie era, se haga, sobre la superficie, roca.*

No comprendía nada, así que volvió al inicio de la conversación.

**Lucía:**  
Se trata de las ninfas estigias.

**Gael:**  
Se refiere a la laguna de Estigia.

**Lucía:**  
En la mitología griega es el límite entre la tierra y el mundo de los muertos, lo que llaman el Hades, el inframundo.

Neil pestañeó varias veces pensativo, mientras el camarero dejaba las bebidas y el primer entrante. ¿Ninfas estigias? Aunque no conocía bien la mitología griega aquello le sonaba un poco.

El inframundo: lo que en su cultura celta llamaban la tierra de la muerte, situada al oeste de la isla de Gran Bretaña. Según su mitología, las almas, una vez abandonaban el cuerpo, se dirigían a

la costa noroccidental de la Galia y, en ese lugar, embarcaban en las *Bag An Noz*, las barcas de noche que se encargaban de transportarlas hasta la antigua Britania.

Coincidió la mirada durante unos segundos con Adriana que lo observaba con timidez.

—Perdona, lo siento... —reaccionó depositando el móvil sobre la mesa.

—No, no pasa nada —lo calmó con rapidez.

Neil intentó apartar de su mente aquella conversación y centrarse en lo que ahora realmente importaba. Se encontraba con Adriana, una de las mujeres más hermosas que había conocido y, además, resultaba ser una chica encantadora. Ya tendría tiempo para averiguar el misterio, de hecho, sus compañeros se encargarían mejor de ello que él.

—¿Esto es un *arancini*? —preguntó cogiendo el tenedor para pinchar uno.

—Sí, a ver si te gusta.

Neil se lo llevó a la boca y dio un bocado. Ella lo observaba con cierta intriga.

—Está buenísimo —comentó tragando un trozo.

Esta lo miró sorprendida.

—¿No te quemas? —preguntó divertida—. Está ardiendo —exageró.

En ese momento, Neil cayó en la cuenta y cogió el vaso de agua.

—Un poco —disimuló. Ella sopló hacia el tenedor—. Me estabas explicando lo de tu trabajo. ¿Hay muchos problemas con los inmigrantes? —preguntó con delicadeza.

Adriana se encogió de hombros.

—No, con ellos no. Ellos solo vienen buscando una oportunidad. —Sopló de nuevo y sonrió al camarero cuando depositó el plato de pescado frito en el centro de la mesa—. Gracias. —Volvió su atención hacia Neil—. El verdadero problema son las mafias —explicó—. Se aprovechan de esta gente. La mayoría de esas personas están desesperadas con poder ayudar a su familia que sigue en el país de origen y son captadas por mafias de prostitución. —Se quedó pensativa unos segundos más. Neil la miró fijamente—. Para cuando se dan cuenta de lo que está ocurriendo y pretenden escapar, ya es demasiado tarde.

Neil asintió lentamente comprendiendo la situación. Adriana trabajaba en un ambiente donde había mucha tensión y tristeza.

—Debe de ser muy duro.

—Mucho —admitió—. Pero alguien tiene que hacerlo.

Neil le sonrió con ternura y pinchó con el tenedor un trozo de pescado frito, aunque esta vez se aseguró de soplar antes.

—¿Me has dicho que vives entre Nápoles y Sicilia?

Ella asintió y esta vez pudo ver como relajaba sus rasgos, como si el cambio de conversación la calmase.

—Sí. Realmente vivo en Nápoles. Tengo un despacho de psicología con una compañera de la universidad. Llevamos temas infantiles y de familia. Las dos decidimos hacer suplencias en el campo de refugiados de Mineo —explicó—, así nos lo vamos compaginando —continuó más risueña—. Esta semana me ha tocado a mí.

—Me alegro de que te tocase —admitió Neil provocando que ella apartase la mirada con timidez, centrándose en el plato.

El camarero volvió a acercarse y depositó el último de los platos.

—La pasta —dijo Adriana feliz. Luego la señaló—. Esta es la mejor pasta que vas a probar en

tu vida.

—Estoy seguro de que sí. —Volvió su mirada hacia el móvil que no dejaba de vibrar. Por Dios, ahora se arrepentía de haber creado el grupo.

—No te preocupes, de verdad, si tienes que cogerlo y contestar. No quiero que tus amigos se preocupen —bromeó.

Neil chasqueó la lengua mientras cogía el teléfono.

—Perdona, de veras, normalmente no suelo hacerle caso al móvil, pero...

Leyó por encima los últimos comentarios.

**Lucía:**

Bueno, si la última ubicación del casco era en Sicilia...

**Elin:**

Estoy buscando zonas en Italia y Sicilia que puedan encajar.

**Gael:**

¿Encajar con qué?

**Karan:**

A mí lo único que se me ocurre es que sea un volcán.

**Gael:**

¿Un volcán? ¿A qué viene eso?

**Karan:**

No sé.

Es una entrada al inframundo, ¿no? Bajo un volcán debe de hacer calor.

**Gael:**

Neil sabrá sobre eso...

**Gael:**

A ver qué opina.

**Gael:**

¿Neil?

**Elin:**

Pero estamos hablando de ninfas. Estaban en lagos y ríos, no en un volcán.

**Karan:**

Pues un río o lago que esté cerca de un volcán.

**Gael:**

Neil, manifiéstate.

**Gael:**  
A mí no me convence mucho esa idea.

**Lucía:**  
A mí tampoco.

**Lucía:**  
Nos dirigimos al aeropuerto ya.

**Karan:**  
Pues ya me diréis entonces dónde narices está la laguna de Estigia.  
¿Hermes va a hacer algo o ha entrado en modo hippie de nuevo?

**Karan:**  
A la una os paso a buscar por el aeropuerto.

Resopló al leer los mensajes. Aquello iba a ser muy complicado.

Adriana lo observaba con una sonrisa.

Neil dejó el móvil sobre la mesa y ladeó su cabeza hacia un lado pensativo. Como bien le había dicho, ella vivía entre Nápoles y Sicilia y, tal y como le había demostrado hacía unos minutos, parecía interesada y hasta se notaba que dominaba bastante de la historia de la isla. Por intentarlo...

—Tienen un problema —explicó señalando el teléfono.

—¿Qué les ocurre? —preguntó preocupada.

—No es nada —se apresuró a calmarla—. Es que Lucía, la amiga que te he comentado que es licenciada en Cultura Clásica, quiere llevarnos a un sitio mañana, pero no recuerda cómo se llama.

—¿Qué sitio es? —preguntó entusiasmada con poder ayudar.

Neil sonrió con timidez.

—Dice que es un río o un lago...

—¿Río o lago? —preguntó divertida—. Sí que va perdida... Hay unos cuantos aquí.

—Algo que tenía que ver con la mitología del inframundo... las ninfas... —susurró avergonzado.

—Ah, ya —comentó asintiendo mientras cogía el plato de pasta y se echaba un poco en el suyo, sin darle mucha importancia al asunto.

Neil arqueó una ceja.

—¿Ya? —Se quedó mirándola fascinado—. ¿Sabes de qué lugar habla?

—Claro. —Se encogió de hombros—. Debe referirse al lago Pergusa. —Neil la miró sin comprender y aceptó el plato de pasta que le ofrecía—. Pruébala, te va a encantar.

—¿El lago Pergusa? —preguntó—. ¿Qué lugar es ese?

Ella lo miró con una sonrisa.

—Está en la provincia de Enna. No está muy lejos de aquí, a poco más de hora y media en coche.

—Ah —contestó llevándose un trozo de pasta a la boca.

—La zona es muy bonita, en medio del campo, aunque un poco apartada de todo —acabó diciendo—. Os gustará. ¿Qué te parece la pasta?

—Tenías razón cuando has dicho que sería la mejor pasta que probaría. —Ella le dedicó una sonrisa feliz, lo que hizo que el corazón de Neil se acelerase. Por Dios, tenía la sonrisa más tierna que jamás hubiese visto. Intentó centrarse y dio un sorbo a su vaso de agua—. ¿Y por qué mi amiga licenciada en Cultura Clásica quiere llevarme allí? —preguntó divertido.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, según la mitología griega ahí fue donde Hades raptó a Perséfone para hacerla su esposa —explicó risueña—. Perséfone estaba tan tranquila jugando con las ninfas en el agua y Hades, el dios del inframundo, llegó y la raptó.

Neil se quedó observándola fijamente. Aquello podía encajar, de hecho, tenía bastante lógica.

—Se lo voy a decir —comentó cogiendo el móvil.

**Neil:**

Creo que sé dónde está.  
Cuando lleguéis hablamos.

Dicho esto, puso el móvil en «No molestar» y se lo guardó en el bolsillo, así dejaría de vibrar de una vez por todas.

No pensaba contestar ningún mensaje más, porque estaba seguro de que comenzarían a bombardearlo. A partir de ese momento quería solo disfrutar de la compañía de Adriana y aprovechar para conocerla mejor.

—¿Se lo has dicho? —Neil asintió—. Así se quedará tranquila —comentó ella.

—Sí, y dejarán de enviar mensajes de una vez —ironizó Neil.

Adriana miró la mesa e hizo un gesto gracioso abriendo los ojos al máximo.

—Creo que hemos pedido demasiado.

—Qué va —reaccionó Neil pinchando más pescado frito—. Como bastante. No sobraré.

# Capítulo 11

Caminaron con paso lento por las calles de Siracusa. Era casi la una de la madrugada y la temperatura había bajado. No había vuelto a mirar el móvil en las últimas horas. Se había obligado a olvidarse de todo y centrarse en Adriana.

Neil sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta del hotel dejando que ella entrase primero.

Adriana saludó al conserje que permanecía tras el mostrador.

—Buenas noches —comentó ella mientras subía las escaleras.

Neil lo saludó con la mano y la siguió.

Cuando llegaron a la primera planta Adriana hizo ademán de girarse para despedirse, dado que ella tenía que subir a la segunda planta, pero él siguió caminando.

—Te acompaño a tu habitación —pronunció comenzando a subir las escaleras.

Ella sonrió con timidez.

—Está aquí al lado —dijo divertida subiendo tras él—. No tienes por qué.

—Así rebajo la cena —pronunció llegando a la segunda planta, y esperó a que ella subiese el último escalón para caminar juntos por el pasillo.

—Entonces, ¿te ha gustado? —preguntó Adriana buscando las llaves en su bolso.

—Todo estaba riquísimo —dijo situándose frente a la puerta de la habitación de ella—. Pero no deberías haberme invitado.

—Era el trato —puntualizó—. Como agradecimiento —recordó.

—¿Qué te parece si a la próxima invito yo? —propuso.

Adriana elevó su mirada hacia él, con las llaves en la mano. ¿Una segunda cita? ¿Es lo que le estaba insinuado?

«Baja de las nubes», se dijo a sí misma. «Él está de vacaciones. Cuando acaben deberá volver a Irlanda».

—Amm... —farfulló pensativa.

—Mañana podría invitarte yo a cenar.

Ella sonrió algo tímida.

—¿Y tus amigos?

—Estoy con ellos todo el día —reaccionó encogiéndose de hombros—. Sobrevivirán un rato sin mí, te lo aseguro.

«¿Y por qué no?», se preguntó de nuevo. ¿Por qué no aprovechar para estar cerca de él? Neil era uno de los hombres más atractivos que había conocido nunca, además de ser un chico encantador.

—Déjame tu móvil —le pidió Neil haciendo que ella despertase de sus pensamientos.

Le costó reaccionar un poco.

Lo sacó y Neil se lo quitó de la mano con delicadeza. Apretó los botones y a los pocos segundos sonó su propio teléfono. Luego se lo entregó.

—Este es mi número. —Adriana sonrió y guardó el teléfono en su agenda—. Hacemos una cosa —sugirió Neil al ver su indecisión—. Hablamos mañana y me dices cómo te encuentras. En función de eso, ya decidimos una cosa u otra, ¿de acuerdo?

Ella tragó saliva y finalmente asintió.

—De acuerdo.

—Bien —comentó perdiéndose en los ojos marrón verdoso de ella.

Aquellos rasgos lo mantenían totalmente hipnotizado. Sabía que debía estar concentrado y permanecer junto a sus compañeros para encontrar el casco de Hades, pero también tenía derecho a estar al lado de ella. Era algo que no podía evitar y, pese a que habían estado toda la tarde juntos, no quería despedirse. Necesitaba más.

Adriana se mordió el labio e introdujo la llave en la cerradura. La presencia de Neil, tan cercana, ocasionaba que sus latidos aumentasen, aunque casi se le paralizó el corazón cuando se giró para despedirse de él y vio como sus ojos descendían hasta sus labios unos segundos.

Intentó recomponerse y sonrió, aunque bastante nerviosa.

—Lo he pasado muy bien —dijo abriendo la puerta. Neil asintió con una tierna sonrisa—. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Se obligó a dar un paso atrás y a poner distancia con ella o acabaría lanzándose hacia sus labios. ¿Cómo podía sentir aquello en tan poco tiempo?

—Buenas noches —acabó diciendo.

Se quedó estático hasta que ella cerró la puerta con una ligera sonrisa. Durante unos segundos se limitó a intentar calmar sus emociones. Su sonrisa, su actitud dicharachera, sus ojos chispeantes y aquel rostro lleno de ternura lo tenían cautivado.

Bajó hasta la primera planta y fue directo a su habitación. Entró y cerró la puerta, pero nada más girarse, dio un brinco golpeándose contra la pared. Todos sus compañeros, incluso Hermi, se encontraban allí.

—¡Coño! —pronunció sorprendido—. ¿Qué hacéis en mi habitación?

—Esperarte —contestó Hermi—. ¿Dónde estabas?

—Paseando.

Hermi dio un paso en su dirección, ante la mirada divertida de todos sus compañeros.

—¿Crees que me chupo el dedo? —preguntó molesto.

—¿Para qué preguntas entonces? —Depositó las llaves en la mesa y los miró a todos—. ¿Teníais que estar tan silenciosos? Podríais haberme avisado de que estabais aquí.

—¡Sorpresa! —bromeó Karan.

Neil suspiró, aunque cuando se encontró con la mirada de Lucía fue directo hacia ella y se fundió en un abrazo.

—¡Ya estás aquí! —exclamó.

—Sí, hemos llegado hace diez minutos —explicó sonriente mientras se soltaba de él.

—¿El viaje bien?

—Muy bien —reaccionó ella—. Y... —dijo mientras le mostraba un enorme plano sobre la mesa, además de numerosas pinturas—, hemos estado barajando opciones.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —dijo divertido Neil.

—Ni un segundo.

—Ya... pues yo creo que... —Se quedó estático observando unos cuadros que habían imprimido y las fotografías que se esparcían sobre su cama—, ¿qué es eso?

Lucía fue hasta el cuadro y cogió el documento. Luego se lo mostró.

—Tenemos varias opciones para la laguna de Estigia —comentó hacia él—. Es un cuadro.

Cuando vi que Ovidio empleaba el término ninfa estigia me sorprendió. Sabía que había escuchado ese nombre en otro sitio que no fuese en los textos de mitología, así que buscando encontré este cuadro. Se trata de un cuadro de Joachim Patinir, se llama: *El paso de la laguna Estigia*. —Neil parpadeó varias veces, sorprendido—. Está expuesto en el museo del Prado, en Madrid.

Neil observó el paisaje. Se trataba de un óleo de colores vivos. En el centro, había un enorme lago azul por el que remaba un hombre. Al lado derecho había prados, pero en una ladera había un torreón en llamas, sin duda, la puerta al infierno, o lo que ellos llamarían el inframundo o mundo de Hades. Al otro lado, en contraposición, se dibujaba el paraíso, con frondosos bosques plagados de árboles frutales y ángeles.

—¿De qué época data?

—Sobre el 1520 —contestó Gael.

Neil miró extrañado a todos sus compañeros.

—Siglo dieciséis —susurró—. Un poco tarde, ¿no?

Gael se adelantó de nuevo.

—La cosa es que este es uno de los únicos cuadros que muestra más o menos el paisaje que rodea a la laguna de Estigia.

—Puede que se lo inventase —remarcó Neil.

—Es posible —intervino Lucía—. De hecho, este pintor tenía mucha influencia del Bosco, otro gran pintor. —Neil arqueó una ceja—. Antes de ir hacia al aeropuerto he imprimido lagos o ríos que se encuentren en un paisaje parecido y tengan un castillo o ruinas como las que se muestran en el cuadro. —Lucía se giró y cogió otro documento mostrándoselo.

Neil arqueó una ceja mientras cogía la fotografía.

—¿Dónde se encuentra esto? —preguntó sorprendido.

En la fotografía se veía un paisaje hermoso. En el centro de la fotografía imprimida había un enorme lago, a un lado una zona con vegetación más seca y al otro un pequeño bosque, aunque lo más llamativo era un torreón en ruinas que recordaba a aquel mostrado en la pintura de *El paso de la laguna Estigia* de Patinir.

—Se trata del lago de Ogliaastro. Se encuentra cerca de Catania. Aquí, en Sicilia —respondió Lucía.

Neil miró sorprendido a sus compañeros. El parecido entre la pintura y la fotografía era innegable.

—¿Es posible que sea el lugar de las ninfas? —preguntó nervioso.

Karan se adelantó.

—Mañana a primera hora iremos a verlo. —Neil asintió—. Por cierto, has dicho por el grupo que creías saber algo tú también.

—Sí —respondió rápidamente entregándole la pintura a Lucía—. ¿Has oído hablar del Lago Pergusa?

—Esa es mi segunda opción —indicó Lucía.

—Según la mitología —explicó Neil a sus compañeros—, en ese lago fue donde Hades raptó a Perséfone.

—¿Hades? —preguntó Karan intrigado—. ¿Aquí? ¿En Sicilia?

—Sí —continuó—. Perséfone estaba en el lago junto a unas ninfas cuando llegó Hades y la

raptó para casarse con ella. La laguna de Estigia —continuó Neil—, el lugar donde se encuentran las ninfas, está situado cerca de las puertas al inframundo, el Hades. Vuestro tío, justamente, estuvo ahí. —Esperó a ver la reacción de sus compañeros, aunque todos se quedaron pensativos—. ¿No lo veis? Encaja a la perfección.

—Visitaremos los dos lagos —concluyó Hermi y luego miró el reloj de su muñeca—. Es la una y media de la madrugada—. Mañana a las nueve de la mañana nos vemos. Todos asintieron y salieron de la habitación de Neil. Karan se acercó a él con una sonrisa tímida, mientras observaba al resto de sus compañeros salir de la habitación.

—¿Qué tal tu cita? —susurró con complicidad.

—Muy bien. Gracias por cubrirme. —Luego lo miró con una sonrisa—. ¿Y la tuya?

Karan lo miró intrigado.

—¿La mía?

—Te ha llevado Elin a una pizzería al final, ¿no?

Karan puso los ojos en blanco.

—No entiendo cómo puede comer tanto —resopló. Luego lo señaló—. Y no, no era una cita. Nos habéis dejado solos, ¿qué iba a hacer si no? —Neil se encogió de hombros—. Me voy a descansar. Hasta mañana.

Neil se quitó la camiseta antes de que Karan cerrase la puerta. En cuanto escuchó el portazo lanzó la camiseta hacia la cama, aunque acabó estampada en la cara de Hermi.

—¿Hermi? ¿Aún sigues aquí? —preguntó sorprendido mientras su amigo se retiraba la camiseta de la cabeza.

La dejó en la cama y se cruzó de brazos.

—A ver, cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó mientras iba hacia el pequeño aseo.

—Venga, somos amigos... —Le siguió—. Has quedado con esa chica, ¿verdad?

Neil cogió el cepillo de dientes y la pasta del neceser.

—De acuerdo. Sí, he quedado con ella.

Hermi dio un paso hacia él.

—¿Estás loco? —preguntó, aunque no sonó enfadado.

—No, no lo estoy. —Lo señaló con el cepillo de dientes haciendo que Hermi se alejase—. Nunca he faltado a mis obligaciones, lo sabes. Y así seguirá siendo. —Abrió la pasta de dientes y echó una buena cantidad en el cepillo—. Así que no veo por qué no voy a poder quedar con ella si hay un momento en que no haya nada que hacer. —Hermi se removió nervioso—. Oye, no tienes de qué preocuparte. —Iba a meterse el cepillo en la boca, pero se quedó observando a su amigo—. Adriana me gusta. —Hermes resopló—. Y te aviso: mañana voy a cenar otra vez con ella.

—Siempre y cuando no haya nada que hacer —le indicó Hermes.

—Por supuesto —pronunció mientras se giraba ya hacia el mármol para averse. Vio como Hermi hacía un gesto con su mano como si espantase una mosca.

—Nos vemos mañana a las nueve en el todoterreno. —Y, de repente, desapareció.

Neil chasqueó la lengua y se miró en el espejo.

—Ya me apañaré para tener la noche libre —susurró.

Se puso los tejanos oscuros, una camiseta color azul marino y bajó al comedor.

Hacía días que no dormía tan bien. Se había tumbado en la cama, colocado sus brazos bajo la almohada y había dejado que pasasen los minutos pensando en Adriana. No se consideraba enamorado, pero debía admitir que con ella le había dado fuerte.

Sus compañeros ya estaban allí. Todos permanecían en una mesa en el lateral del comedor, excepto Lucía y Elin que se paseaban por el bufé llenando los platos.

—Hola —comentó Elin cuando Neil se puso a su lado, frente a la máquina de café—. Buenos días.

—Buenos días —respondió hacia las dos. Sonrió a Lucía—. ¿Te has instalado en el hotel?

—Sí, nos cambiamos de habitación —explicó Lucía mientras cogía una taza.

—¿Con Gael?

—Claro —respondió feliz. Se llenó la taza y luego cogió la leche—. Oye... —susurró acercándose más—, me ha dicho Gael que has quedado con una chica.

Neil se giró hacia Gael que estaba en la mesa sentado junto a Karan. Coincidió la mirada con él un segundo y, acto seguido, Gael sonrió y alzó su mano a modo de saludo sin saber a qué venía aquella mirada.

—Sí —acabó respondiendo.

—¿Y es la hija de los propietarios del hotel?

—Pues parece que sí.

—¿De un hotel que se llama *El hijo de Vulcano*? —preguntó fascinada.

Neil rio ante aquello.

—Sí, pero ayer me admitió que no le gustaba mucho el nombre —susurró.

—Ah, ¿sí? —preguntó tras parpadear varias veces.

En ese momento Neil giró su cabeza y tragó saliva cuando vio aparecer a Adriana por la puerta del comedor con unos piratas azul claro y una camiseta de tirantes blanca. Se quedó observándola fijamente.

—¿Es ella? —preguntó Lucía. Neil asintió mientras desviaba la mirada hacia la bollería y cogía una caña de chocolate—. Pobrecilla —susurró Lucía. Neil arqueó una ceja hacia ella—. Si supiese quién eres, le daría un pasmo por lo que dijo.

—Entonces, mejor que no lo sepa —bromeó Neil.

Ella afirmó efusivamente y se dirigió a la mesa junto a Elin.

Neil miró el resto del desayuno evaluando si coger algo más. Adriana se sentaba en ese momento en la mesa al inicio del comedor y miraba con atención la televisión.

Neil resopló. Aquella situación era un poco incómoda. Se giró hacia sus compañeros y se dio cuenta de que todos lo miraban con una sonrisa, totalmente embobados. Aquellas miradas divertidas le hicieron ser consciente de que todos esperaban para ver su reacción.

—A la mierda —susurró dándoles la espalda. Total, ya todos lo sabían. ¿Por qué no aprovechar entonces aquellos momentos junto a la chica que le tenía el corazón robado?

Caminó hasta ella que permanecía sentada, tomando el café y atenta a la televisión colgada de la pared.

—Buenos días —saludó.

Adriana volvió su cabeza, aunque hizo un gesto de dolor y se llevó la mano al cuello.

—Buenos días —respondió con una sonrisa.

—¿Puedo? —preguntó señalando la mesa.

Ella se quedó observándole y finalmente asintió con énfasis.

—Claro, siéntate —le ofreció.

Neil rodeó la mesa, depositó su taza de café y su caña de chocolate, y se sentó a su lado.

—¿Sigues con molestias?

Ella dio un sorbo a su café e hizo un gesto de fastidio.

—Un poco. No he pasado muy buena noche —admitió.

Neil aprovechó para mirar hacia el lado donde todos sus compañeros reían mientras lo miraban, incluso Gael levantó la mano con el dedo pulgar hacia arriba.

—La gente está loca —susurró ella con la mirada clavada al frente.

Él volvió su rostro hacia ella.

—¿Por?

Adriana señaló la televisión.

En la pantalla plana podía verse la imagen de una periodista hablando a cámara. El lugar donde se encontraba le sonaba. Se quedó mirando fijamente y luego abrió los ojos al máximo. ¿Aquello era la Biblioteca Oratoriana de Girolamini?

Estuvo a punto de atragantarse con el café mientras mantenía la vista clavada en la televisión. Giró su cabeza hacia sus amigos con los ojos muy abiertos y les hizo un gesto para que mirasen la televisión.

—Intentaron robar ayer unos manuscritos... —explicó Adriana molesta—. La gente tiene muy poco respeto por la cultura y por el patrimonio que es de todos.

Neil soltó la taza sobre la mesa, consciente de que sus amigos también miraban con interés la pantalla y comenzaban a cotillear.

—Sí —comentó.

—Por suerte los han podido recuperar —siguió explicando y volviéndose hacia él—. Hace unos años hubo un robo masivo de obras antiguas y hasta hace unos pocos meses la biblioteca se mantuvo cerrada.

—Ah —comentó como si no supiese nada.

Ella se quedó pensativa.

—¿Qué querrán al robar esos libros? ¿Venderlos en el mercado negro?

Neil se encogió de hombros mientras cogía la caña de chocolate.

—Al menos los devolvieron.

—No sé yo —dijo no muy segura—. La policía dice que pudo recuperar los dos libros, pero no hablan de ninguna detención. Es un poco extraño —susurró pensativa—. Lo mismo el ladrón era alguien importante y no quieren decirlo —concluyó.

—Es posible —le dio la razón mientras veía como Adriana se llevaba la mano a la nuca y la masajeaba—. ¿Has tomado la medicación?

—Sí, una por la mañana y otra por la noche. Aún tiene que hacerme efecto —respondió con una sonrisa inocente.

Neil chasqueó la lengua y, de repente, su mirada coincidió con la sonrisa de Elin. ¿Cómo no había caído antes?

—¿Y por qué no pruebas a ir a un fisioterapeuta?

—Amm... bueno, si sigo con dolor en un par de días ya miraré —comentó sin darle

importancia.

—¿Sabes? Elin, mi amiga... —señaló hacia delante con la cabeza. Adriana se giró para observar—, es doctora... fisioterapeuta.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Tiene muy buena fama. De hecho, a mí me ha quitado un par de contracturas en un par de minutos...

—Ah, vaya...

—Podría decirle que te hiciese un...

—No, no —interrumpió ella directamente—. No hace falta.

—¿Por qué no? Te aseguro que te aliviará —dijo poniéndose en pie.

—No, Neil... No... que está de vacaciones.

—Es un momento. Le bastarán solo un par de minutos...

—Que no —continuó Adriana avergonzada—. Deja que disfrute de sus vacaciones.

—Pero si ella se desvive por ayudar. Ya verás, estará encantada...

—Neil... no... —gimió mientras él ya se distanciaba de la mesa rumbo a la de sus amigos.

Todos centraron la mirada en Neil, aunque Elin lo observó intrigada al ver que la miraba a ella fijamente.

—Ey, ¿cómo va tu segunda cita? —preguntó Karan mientras daba un sorbo a su café. Luego susurró—: Menuda putada lo de las noticias.

—Nadie sabe lo que realmente ocurrió —dijo Gael.

—Ya, pero no me gusta —resopló Karan.

Neil volvió a centrarse en Elin.

—¿Puedes venir un momento?

Ella lo miró intrigada, aunque enseguida se levantó.

—Sí, claro. ¿Qué ocurre?

Todos miraron preocupados a Neil.

—En el terremoto Adriana se hizo daño en el cuello y está con molestias desde entonces. Debe de tener unas contracturas bestiales.

—Voy —dijo con rapidez rodeando la mesa para acercarse a Neil.

—Le he dicho que eres fisioterapeuta...

—De acuerdo —comentó con una sonrisa.

Ambos comenzaron a alejarse de la mesa de sus amigos atravesando el comedor, rumbo a una Adriana cada vez más colorada.

—No hagas lucecitas...

—Ya lo sé —susurró ella.

—Y disimula un poco.

Elin lo miró fastidiada.

—Ya sé cómo debo hacerlo. Recuerda que soy doctora.

Neil asintió y sonrió hacia Adriana que no dejaba de hacer gestos tímidos.

Se colocaron ante ella.

—Ella es Elin —la presentó.

Adriana sonrió y tendió su mano para estrecharla.

—Me llamo Adriana.

—Sí, ya lo sé —comentó Elin de forma amistosa—. Me ha dicho Neil que tienes un latigazo cervical.

—Sí, pero no es nada, de verdad. Te lo agradezco mucho, pero no hace falta —pronunció agradecida—. Estás de vacaciones...

—No es ninguna molestia —dijo colocándose a su espalda—. Esto en unos minutos te lo arreglo yo, ya verás —continuó Elin risueña.

Adriana no parecía muy segura, pero finalmente se quedó quieta mientras Elin se situaba tras ella. No parecía que Elin fuese a cambiar de opinión por sus palabras.

Puso una mano en su nuca y palpó poco a poco. Adriana hizo un gesto de dolor.

—Sí, vaya, menuda contractura tienes aquí —susurró Elin palpándola. Luego miró a Neil y le guiñó un ojo—. Ya verás, esto te quitará el dolor y la inflamación.

Adriana hizo al principio un gesto de dolor, pero luego sus facciones se fueron relajando poco a poco.

Neil se quedó observando a Elin, comprobando que sabía desenvolverse bien.

—¿Mejor? —preguntó Elin.

—Sí, la verdad es que sí —susurró Adriana fascinada—. Se me está pasando el dolor.

—Bueno, es cuestión de mover la contractura y romper los nudos —aclaró, aunque miró a Neil e hizo un gesto gracioso sin dejar de masajear.

—Pues sí que eres buena, sí. —Miró a Neil y sonrió—. Tenías razón.

Neil sonrió ante la afirmación de ella.

Elin permaneció un par de minutos más hasta que apartó las manos de su cuello y se inclinó hacia Adriana colocando una mano en su espalda.

—¿Mejor?

Adriana movió el cuello a ambos lados impresionada.

—Sí —dijo agradecida—. No me duele nada. —Elin sonrió—. Muchas gracias. Tienes unas manos mágicas.

—Eso dicen —rio—. Si te vuelve a doler, dímelo. —Se acercó a Neil y le susurró—. No le volverá a molestar más —comentó colocando una mano en su pecho—. Voy a acabar de desayunar.

—De acuerdo, Elin. Muchas gracias —pronunció agradecido Neil.

Se sentó de nuevo mientras Adriana miraba fascinada a Elin. Nunca había tenido problemas de espalda, nunca había ido a una fisioterapeuta, aunque, sin duda, aquella muchacha era increíble.

—Es impresionante —comentó Adriana maravillada—. No me duele nada.

—Ten cuidado a ver si te vas a contracturar otra vez —rio Neil colocando una mano sobre la suya y dando unas palmaditas.

Adriana miró a Neil agradecida.

—Muchas gracias.

—El mérito es de ella —hizo referencia a Elin.

Adriana aún movía su cuello de un lado a otro totalmente asombrada.

—Lo que hace el hecho de saber dónde tocar —susurró mientras giraba el cuello a la derecha y a la izquierda. Miró a Neil divertida—. Voy a tener que invitarla a cenar esta noche.

Neil la miró con más intensidad y se acercó a ella.

—Respecto a esta noche... —pronunció acercándose, sin apartar la mirada de ella. Adriana

fijó sus ojos en los de él—, ¿te parece bien si te escribo luego para decirte a la hora que estaré por aquí?

Ella asintió con una sonrisa.

—Claro.

De nuevo, no pudo evitar que su mirada descendiese hasta los labios curvados de ella en una tierna sonrisa y se sorprendió tragando saliva.

Estuvo a punto de estrellarse contra la mesa cuando Karan pasó a su lado y golpeó su espalda.

—Hay que irse —dijo sin dejar de caminar.

Neil resopló y miró a todos sus amigos dirigirse a la puerta. Hizo un gesto de fastidio y cuando se giró, Adriana seguía en la misma posición, bastante cercana a él.

—Tengo que irme.

Ella asintió divertida.

—Sí, tus amigos te esperan. —Señaló hacia delante.

Se puso en pie y se colocó correctamente los pantalones mientras ella también se levantaba.

—Te informo cuando sepa la hora a la que vamos a volver.

—Claro... divertíos mucho.

Neil se giró y caminó con paso acelerado hacia la puerta del comedor. Maldita fuese, se estaba enamorando perdidamente de aquella muchacha.

## Capítulo 12

AÑO 416 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Aunque la conquista de la meseta de Epípolas era clara y se encontraba dominada por el bando espartano, Atenas no dejaba de atacar queriendo reconquistarla de nuevo.

Arión se cubrió con el escudo al igual que el resto de su falange, soportando la embestida del ateniense que pretendía atravesarlo con su espada.

Lo empujó con el escudo y aprovechó que el ateniense perdía el equilibrio para atravesarlo.

Se agachó cubriéndose con el escudo, comprobando que sus hombres mantenían la posición que había ordenado y que los últimos atenienses enviados para reconquistar la meseta caían.

El sol se ponía en el horizonte y las nubes que comenzaban a cubrir el cielo traían consigo un viento helado y bastante humedad.

Se puso firme sujetando el escudo con una mano mientras en la otra portaba su lanza.

—Aseguraos de que no haya supervivientes —ordenó a sus hombres.

Las primeras líneas de su falange avanzaron entre todos los cuerpos que yacían sobre la meseta. No era la primera vez que los atenienses lo intentaban, y sabía que tampoco sería la última.

—Eudor —llamó a uno de sus hombres. Ni siquiera se giró para observar cómo se colocaba a su lado—. ¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Ninguna, señor —confirmó enseguida—. Unos cuantos golpes y cortes, pero sin ninguna importancia.

Arión asintió contemplando la cantidad de cadáveres que se extendían a lo largo de la meseta. Todos atenienses.

—Apartad los cuerpos de la meseta. Devolvedlos a los atenienses.

Eudor asintió y se alejó sin decir nada más.

Cuando se giró pudo ver a algunos de sus hombres cojear. Agachó su cabeza para observar su brazo donde un ateniense había logrado rozarlo con su afilada espada y un hilo de sangre resbalaba ya hasta su mano.

Sus hombres comenzaron a cargar los cadáveres aproximándolos al otro extremo de la meseta mientras él saltaba por encima de otros tantos.

—Que no cese la construcción del contramuro —indicó a uno de sus hombres.

De aquella forma, el acceso por la cara norte de la meseta sería mucho más difícil.

—Corban —llamó a otro de sus hombres que caminaba cerca—. ¿Todo bien?

—Sí —indicó—. Tu brazo...

—No es nada.

Cuando llegaron a la ciudad los hombres heridos fueron rápidamente atendidos. Eudor tenía razón. Ninguno de sus hombres había caído, pero eso no quitaba que en la batalla hubiese algún corte o torcedura de pie, incluso alguna rotura de un dedo de la mano.

Fue directo a su caseta mientras la mayoría de las mujeres de Siracusa ayudaban a los soldados malheridos.

Su general se dirigió a él con una leve sonrisa.

—Otra batalla ganada —pronunció colocándose a su lado.

—Más cerca de la victoria —respondió Arión soltando su escudo al lado de la caseta—. He ordenado que refuercen el contramuro por la zona que han atacado y que lo eleven un metro más.

Gilipo asintió con la vista clavada en la meseta.

—Buen trabajo —comentó orgulloso, luego descendió su mirada hacia su brazo, aunque no hizo referencia a la herida—. Los corintios han reforzado varias de las trirremes. Quiero que selecciones a unos cuantos hombres para entrenar la flota.

Arión asintió mientras soltaba su lanza.

—Primero tendremos que conseguir que los siracusanis hagan brazo para remar y moverlas —acabó con tono de ironía, a lo que su general asintió.

—Descansa esta noche —se despidió de él alejándose.

Arión miró a su alrededor, la mayoría de corintios se habían quedado en la playa para proteger el acceso a la ciudad, por si sus hombres fallaban en la meseta, algo que sabía que no iba a ocurrir.

Iba a entrar en su caseta cuando coincidió con la mirada de Dalia. La muchacha permanecía unos metros por delante de él, observándolo fijamente con cierta preocupación al ver su brazo sangrando.

Arión no dijo nada, simplemente la saludó con un movimiento de su cabeza y apartó la tela para acceder a la tienda. Cogió las dos armas de su cinturón y las soltó en la mesa.

Su caseta era pequeña: una mesa cuadrada en un lado donde había varias piezas de fruta, al otro lado una palangana cargada de agua con la que poder refrescarse y lavarse, y enfrente, tocando el final de la caseta, la cama formada por varias mantas que acolchaban la dureza de la arena compacta bajo su espalda.

Se quitó el casco corintio depositándolo sobre la mesa. Iba a quitarse su armadura linthorax, creada a base de lino y resina que la hacían aún más dura, cuando se giró y se quedó estático. Dalia se asomaba a la caseta con timidez y gesto preocupado.

Arión se quedó observándola.

Los últimos rayos de luz se reflejaron en sus cabellos castaños y en sus ojos ambarinos.

Dalia entró despacio, ante la mirada atenta de Arión que no se movía. Caminó hacia él desviando la mirada hacia su brazo herido y se colocó enfrente.

Arión no se movía, permanecía estático esperando la reacción de la muchacha.

Dalia buscó en un pequeño saco que llevaba colgado a su hombro y extrajo un trozo de tela limpio. Depositó el saco en el suelo y fue hacia la tinaja que había en el lateral de la caseta para mojar la tela. La humedeció, dejando que el agua la empapase bien, mientras Arión desviaba su mirada al exterior de la caseta.

Volvió la mirada hacia ella cuando la chica se colocó a su lado y elevó su mano con la tela empapada hasta la herida de su brazo, pero Arión sujetó su muñeca antes de que lo rozase.

—No hace falta.

Ella lo miró fijamente, sin sentirse intimidada por su gesto o su tono de voz.

—Es un corte profundo —indicó.

Durante unos segundos aguantaron las miradas, hasta que ella se soltó de su mano y, con un gesto delicado, colocó el trapo húmedo sobre la herida.

Arión miró hacia el exterior mientras ella limpiaba la herida, tanto de la sangre como de la

tierra que se adhería a la herida.

Guardó silencio girándose de vez en cuando para observarla. La muchacha trabajaba con delicadeza y, durante unos segundos, sintió deseos de pasar sus dedos sobre sus cabellos para acariciarlos.

Elevó su mirada cuando Creonte, general corintio, entró en su caseta junto a unos cuantos soldados más.

Lo primero que hicieron fue centrar la mirada en la muchacha que permanecía al lado de él curando su herida, sorprendidos por verla allí. Dalia los miró intimidada y apartó la tela del brazo del espartano dando un paso a un lado, en actitud atemorizada.

—Dime, Creonte —dijo Arión llamando la atención de los cuatro hombres.

Tanto el general como los soldados que lo acompañaban centraron la mirada en él.

—Gilipo nos ha informado de que mañana comenzarán a entrenar a la flota, que debes seleccionar a unos hombres.

—Así es. —Arión se giró levemente hacia Dalia que permanecía cohibida a su lado y le indicó con un gesto lento de su cabeza que abandonase la caseta.

Ella obedeció al momento. Cogió el saco que había depositado sobre el suelo, lo cargó al hombro y salió de la caseta.

Arión observó el perfil de todos aquellos hombres que habían seguido a la muchacha en todo el camino hasta la puerta.

—¿Cuántas trirremes tenéis preparadas? —preguntó haciendo que todos se volviesen hacia él. Creonte tardó un poco en reaccionar.

—Unas veinte.

Arión asintió. Se desabrochó la armadura por la parte superior y se la quitó depositándola sobre la mesa.

—¿Esos son los hombres corintios que puedes entregarme? —preguntó girándose de nuevo hacia ellos, observándolos uno a uno.

—Son los mejores. Podrán ayudarte a entrenar a los siracusanis.

Arión dio unos pasos hacia delante observando a los tres hombres que permanecían tras su general. Les iría bien la ayuda de ellos.

—De acuerdo, pero quiero más. Hay que formar a toda una ciudad. —Colocó las manos en su cintura y adoptó una postura desenfadada—. Mañana al amanecer quiero a tus veinte mejores marinos frente a mi caseta.

—¿Veinte?

—Sí, para comenzar. —Alargó el brazo y cogió una manzana que descansaba sobre la mesa—. Entre tus hombres y los míos comenzaremos mañana mismo.

Creonte asintió.

—Está bien.

Arión les indicó que se marchasen con un movimiento de cabeza y estos obedecieron de inmediato. Dio un bocado a la manzana y se dirigió a la palangana repleta de agua para asearse. Dejó la manzana al lado y hundió las manos en el agua formando un cuenco, luego pasó las manos mojadas por su cabello rubio echándolo hacia atrás, refrescándose tras la batalla.

Los días eran largos y el miedo por la amenaza ateniense constante. Con la llegada, hacía ya casi cuatro meses, del numeroso ejército espartano y corintio la ciudad había mejorado, si bien los recursos seguían siendo escasos.

El invierno había entrado con fuerza y ni siquiera podían moverse de la ciudad para ir a buscar leña.

Dalia echó la manta sobre sus hombros mientras caminaba por la calle rumbo a su hogar. Solo las pocas hogueras que mantenían los soldados en las calles centrales de la ciudad dotaban de algo de claridad las oscuras noches.

Un relámpago atravesó el cielo provocando un estallido de luz que le hizo cerrar los ojos. Segundos después sintió las gotas de lluvia caer sobre su cabello. Subió su manta y se tapó la cabeza.

Incrementó el paso hacia su hogar. No estaba lejos de la playa, aunque, en ese momento, con ese frío y comenzando a llover, el camino se le hacía eterno.

Cruzó unas miradas con unos soldados corintios que permanecían de guardia al inicio de la calle y hubo unos gestos que no le gustaron nada. Uno de los soldados daba con el codo al otro para llamar su atención y la señalaba con un movimiento de cabeza. Al instante, los dos soldados comenzaron a seguirla.

Dalia se giró para asegurarse de que la seguían y su corazón se disparó cuando pudo ver cómo sonreían en su dirección, manteniendo la mirada fija en ella, como si acechasen a una presa. Aquello no le gustó nada.

Buscó la llave de su casa en el bolsillo, se giró y tuvo que detenerse de inmediato, haciendo que la manta con que cubría su cabeza cayese hacia atrás.

Otros dos soldados se mantenían firmes ante ella cortándole el paso.

Notó como su corazón se aceleraba y se giró para ver que los otros dos soldados que la habían seguido desde el inicio de la calle se detenían a su espalda.

Tragó saliva nerviosa e hizo ademán de rodearlos, pero uno de los soldados se movió cortándole el paso.

—¿Adónde vas? —preguntó acercándose a ella.

Dalia retrocedió.

—A casa —susurró mirando el portal que se encontraba a escasos metros de ella.

El soldado señaló hacia donde ella miraba.

—¿Vives ahí?

Dalia asintió mientras se giraba asustada hacia el resto de soldados. Al ver la afirmación de la muchacha, el soldado corintio se apartó para dejarle paso.

Los músculos de Dalia se relajaron levemente, aunque aquello solo duró un par de segundos, pues en cuanto dio el primer paso, los cuatro soldados la siguieron.

Caminó despacio, con el cuerpo tembloroso mientras otro rayo cruzaba el cielo. Algo le decía que no la acompañaban solo para protegerla.

Llegó hasta la puerta de su hogar y se detuvo con la llave en la mano, sujetándola con fuerza.

Su mundo se detuvo cuando notó una mano en su espalda animándola a que introdujese la llave en la puerta.

—Vamos, abre bonita —susurró el soldado con un tono amenazante.

Se giró para observarlo, conteniendo el llanto. Sabía perfectamente lo que iban a intentar. Era

joven, inexperta... pero no tonta.

Esta vez la empujó con más fuerza.

—Abre —ordenó de nuevo el soldado.

Dalia aguantó la respiración e introdujo la llave en la cerradura. Se giró hacia atrás intentando buscar ayuda. Era noche cerrada y por el toque de queda nadie paseaba ya por las calles salvo los soldados que los protegían y, en ese momento, aquellos cuatro soldados la mantenían cercada privándole de pedir ayuda, con sonrisas en sus rostros que delataban sus intenciones.

Tragó saliva y soltó la llave.

—No —pronunció con contundencia.

Aquella respuesta no fue del agrado de los soldados, sobre todo del que tenía la mano en su espalda.

El que había al lado de ella se colocó ante la puerta con celeridad girando la llave y abrió. La reacción del que estaba a su espalda no se hizo esperar y la empujó al interior.

—Nooo —sollozó al perder el equilibrio, cayendo al suelo.

Se golpeó el hombro con fuerza y se giró de inmediato mirando a los cuatro soldados que entraban con rapidez por la puerta, sumergiéndose en la oscuridad de su hogar. Aquello no podía estar ocurriendo y lo peor de todo es que sabía que, aunque gritase, aunque llorase, nadie iría en su ayuda. Ellos eran sus salvadores, los que arriesgaban la vida por mantener aquella población a salvo de la amenaza ateniense... y nadie iba a condenar a los cuatro hombres que iban a hacerle daño. Para el resto de la población, ella era solo un divertimento que los propios soldados necesitaban para realizar mejor su trabajo. Algo que, además, ella debería comprender.

Se arrastró hacia atrás hasta que uno de ellos, el que la había empujado al interior, avanzó y la cogió del brazo.

—Nooooo —gritó con más fuerza—. ¡Basta!

La puso en pie y la arrojó contra la mesa golpeándose con fuerza en la barriga, echándose hacia delante, gesto que aprovechó el soldado para colocarse tras ella y levantar su vestido.

Dalia intentó girarse para golpearlo y alejarlo mientras el resto de los soldados reían por la actitud de la muchacha; que ella intentase defenderse no hacía más que acrecentar las risas y las ansias de los cuatro hombres.

El soldado la empujó hacia delante colocando su tronco sobre la mesa, estampando su cabeza contra la dura madera mientras con la otra mano subía del todo su vestido.

—¡No! ¡Por favor!

—Esto va a ser... —dejó la frase sin acabar.

Hubo un silencio generalizado.

Dalia permanecía echada sobre la mesa sin poder moverse, pues el soldado sujetaba su cabello entre sus dedos presionando su rostro contra la dura madera.

—¡Arión! —gritó uno de los soldados a modo de advertencia, aunque este salió despedido hacia el lado y Dalia pudo ver como se golpeaba contra la pared.

¿Arión? ¿Había dicho aquel nombre de verdad?

Dalia intentó librarse de las manos del hombre, pero el soldado la sujetaba con fuerza.

—Suéltala.

En ese momento sí reconoció su voz. No es que hubiese intercambiado muchas palabras con él, pero reconocería su voz grave y profunda en cualquier lugar del mundo.

El soldado la soltó con lentitud, tanto que incluso le pareció detectar que su mano temblaba.

En ese momento Dalia logró girarse, aún echada sobre la mesa.

Sí, Arión se encontraba allí, recorriendo con una mirada asesina a los cuatro soldados que permanecían en el interior de su hogar, espada en mano, aunque bastante relajado, como si no le amedrentase el hecho de tener que enfrentarse a los cuatro hombres él solo.

El soldado que se encontraba en el suelo cogió su casco y salió disparado por la puerta. No bastó más que otra mirada de Arión para que el segundo soldado imitase a su compañero.

Dio un paso al frente, con la mirada fija en el soldado que la había empujado sobre la mesa mientras el tercero salía del hogar a toda prisa.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó colocándose ante él, como si se tratase de un reto.

El corintio bajó la mirada avergonzado de inmediato.

—Solo intentábamos divertirnos un poco —susurró temeroso.

Arión miró directamente a Dalia que se ponía erguida y se alejaba del soldado colocando la mesa entre ambos, apartándose de él.

—¿Así es como os divertís? —pregunto Arión volviendo la mirada hacia él, sujetando la espada en su mano.

—Yo... —tragó saliva—. No... No quería...

—Largo —rugió.

En ese momento el soldado corintio suspiró, como si hubiese temido por su vida.

Rodeó a Arión y salió corriendo por la puerta tan rápido como le permitieron sus piernas.

Dalia permanecía al otro lado de la mesa, apoyándose sobre ella para aguantar el equilibrio. Aquella, sin duda, era una de las peores experiencias que había vivido nunca.

Arión miró la casa y la mesa sin centrar la mirada en ella, y guardó la espada con lentitud en su cinturón.

Finalmente se giró hacia ella para observarla.

—¿Estás bien?

Ni siquiera podía hablar, tal era el miedo y los nervios que sentía que no encontraba su voz, así que se limitó a asentir.

—¿Estás herida?

Ella negó mientras apretaba los labios.

Arión se giró para mirar la puerta abierta por donde segundos antes habían salido corriendo despavoridos los soldados. Un rayo atravesó el cielo provocando un estallido de luz, la lluvia caía con fuerza y se escuchaba el silbido del viento.

Volvió su atención hacia ella. Dalia permanecía totalmente estática, aunque pudo apreciar como temblaba de miedo.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó.

Ella tragó saliva e intentó centrarse para hablar.

—Es... es mi hogar —susurró al final.

—Sí, pero me dijiste que pasabas las noches con tu tío. —Señaló la casa de enfrente, donde ella le había informado que vivía su familiar. Dalia tragó saliva y miró hacia la calle, observando cómo comenzaba a convertirse en un barrizal por la intensa tormenta que azotaba la zona. ¿Cómo podía acordarse de eso? Arión se acercó ante la mirada intrigada de ella—. No deberías estar sola —dijo señalando la puerta—. Te acompaño a casa de tu tío. Es mejor que estés acompañada.

Aunque con delicadeza, la cogió del brazo, no solo para obligarla a caminar en dirección a la puerta, sino para ayudarla a mantenerse en pie, pues era consciente del temblor que invadía todo su cuerpo.

Dalia frenó de inmediato sus movimientos, colocando una mano sobre su brazo para que se detuviese, lo que hizo que Arión dejase de tirar de ella.

—No... —susurró.

Aquello le extrañó.

—¿No?

En ese momento la vergüenza y la timidez invadieron su rostro.

—No... No es cierto —le indicó con voz trémula. Arión la miró fijamente—. No vive ningún familiar ahí enfrente. —No pudo mirarlo mientras pronunciaba aquello. Sabía que se enfadaría por mentirle, más aún cuando acababa de dar la cara por ella. Esperó a que dijese algo, pero la respuesta no llegaba. Elevó la mirada poco a poco hasta toparse con sus ojos azules, aunque no encontró ninguna muestra de enfado en su rostro—. Lo dije solo para...

—Para sentirte más segura —acabó él la frase. Ella no asintió, solo lo miró fijamente confirmando su respuesta. Arión miró hacia el exterior un segundo—. Está bien. Vamos.

Obligó a caminar de nuevo a Dalia hacia la puerta.

—Espera, no... No vive ningún familiar ahí... —repitió.

—Vendrás conmigo.

Aquella afirmación hizo que se paralizase de nuevo bajo el marco de la puerta y a unos pasos de la salida de su hogar.

—¿Contigo? —susurró.

—No es seguro que estés sola. Creo que ya lo has comprobado. —Otro rayo inundó el cielo—. No apruebo lo que han hecho los soldados, pero puedo llegar a comprenderlos. No será la primera ni la última vez que lo intenten —comentó—. Lo mejor es evitar estas situaciones.

Arión echó la llave y la cogió de nuevo del brazo para caminar con ella sorteando los charcos que comenzaban a formarse en el suelo.

Dalia miró asustada hacia su hogar y luego en dirección a la playa, a donde la conducía.

—¿Al campamento espartano? —preguntó asombrada.

Arión la miró un segundo y volvió su vista al frente.

—A mi caseta. Te garantizo que es el lugar más seguro para ti.

Aquella muchacha había llamado su atención desde un principio, pero tras la delicadeza que había demostrado al intentar curarle la herida no había podido apartarla de su mente.

Los soldados eran grandes guerreros, pero también eran humanos y habituales eran las escaramuzas amorosas para despejar sus mentes y entretenerse. Sabía cómo intentaban divertirse, pero no estaba dispuesto a permitirlo con ella. No con Dalia.

Dalia ralentizó su paso cuando pisó la arena y observó el campamento.

Arión se detuvo al ver que ella frenaba su paso y se giró.

Dalia se mostraba indecisa, con cierto temor por encontrarse allí. Una cosa era ir a ayudar a los soldados durante el día y otra muy diferente era estar allí en plena noche, acompañada de uno de ellos. Se subió la manta hasta sus hombros y vaciló.

Arión se quedó observándola. La luz de la fogata que ardía a pocos metros iluminaba su rostro dándole unos matices bronceados. Sus cabellos empapados volaban hacia atrás por la brisa

marina.

Tendió la mano hacia ella, ofreciéndosela.

—Te prometo que estarás a salvo —susurró intentando mitigar el temor de la joven.

Ella tragó saliva y miró la mano que le ofrecía durante unos segundos.

Finalmente la elevó y la depositó sobre la de él con delicadeza.

## Capítulo 13

El paisaje del lago Ogliaastro era espectacular y, en efecto, bastante similar al del cuadro de la Laguna de Estigia de Patinir. Un enorme lago rodeado de praderas, pequeñas montañas y un frondoso bosque, aunque lo más llamativo era la torre a medio derrumbar en medio de este.

Pocos minutos antes de llegar, Elin había encontrado unos datos importantes. El lago se formó como reserva de agua y de riego mediante la construcción de la presa de arcilla en el río Gornalunga. Dicho proyecto se había llevado a cabo entre los años 1963 y 1972, lo cual implicaba que dicho lago no podía ser el mismo al que había acudido Perseo en busca del casco de Hades para matar a Medusa.

—Al menos el siguiente lago está cerca —indicó Gael.

Lucía, que seguía investigando con el móvil, levantó la mano para hablar como si pidiese permiso.

Neil la miró por el retrovisor.

—¿Para qué levantas la mano?

Ella la bajó.

—He estado mirando la historia del lago Pergusa.

Karan, que iba en el asiento del copiloto, se giró.

—¿Qué dice?

—Pues según la mitología, Hades raptó a Perséfone. —Luego miró a Karan sonriente—. Perséfone es hija de Zeus y de Deméter. Fue raptada por Hades y la obligó a casarse con él, convirtiéndose en la reina del inframundo. De hecho, su culto es muy antiguo —continuó ella—. Existe una tablilla que data del griego micénico, sobre el 1400 antes de Cristo donde ya encuentran su nombre, aunque ahí la identifican con la oceánide Persa, es decir, la hija de Océano.

—¿No era de Deméter? —preguntó Gael.

—Eso se modificó durante el Renacimiento.

—Sea como sea... —intervino Neil, y miró a Karan con una sonrisa de soslayo—. Era hija de Zeus, y Hades es su tío... por Dios, Perséfone era su sobrina.

Karan se encogió de hombros.

—¿Y por qué me miras a mí?

—Vuelvo a repetirlo, menuda familia la vuestra —acabó resoplando Neil.

—Por cierto —comentó Karan como quien no quiere la cosa—. Muy maja Adriana.

—Sí —intervino Elin—. Me ha caído muy bien. ¿Vas a quedar con ella luego?

Neil miró por el retrovisor, todos lo observaban ansiosos por saber la respuesta.

—Sí puedo, me gustaría. Sí.

—Claro que podrás. Ya nos apañaremos. —Elin indicó hacia delante—. Gira a la izquierda aquí —propuso mirando su móvil—. Es la vía Mercurio. Si sigues recto nos encontraremos con el circuito de carreras de Pergusa. El lago está en el centro.

Neil giró y redujo la velocidad ya que aquel camino estaba peor asfaltado.

—Total... —continuó Lucía—, que Perséfone era amiga de las ninfas y estaba plácidamente jugando con ellas en el lago...

Karan suspiró y echó la vista al frente.

—Chapoteando, ¿no?

Lucía se encogió de hombros.

—Hades la vio y se enamoró, así que la raptó y se casó con ella.

—Qué tierno es Hades, de verdad... —interrumpió Neil. Aquello hizo que todos lo mirasen con la frente arrugada—. Joder, era broma.

—¿Te recuerdo que quiere ayudar a escapar a Crono del Tártaro para derrocar a mi padre? —ironizó Karan.

—¡Que era broma! —exclamó Neil—. ¿En serio no notáis mi tono irónico?

—Ya, pues eso ni en broma... —intervino Gael

Neil suspiró.

—Qué sosos sois a veces —susurró.

—Pues cuando Hades la raptó, la madre de Perséfone, la diosa Deméter, fue en su busca sin saber su paradero. La diosa Deméter es la de las cosechas...

—Sí, estamos al corriente —indicó Gael.

—Y tan triste y preocupada estaba al no saber dónde se encontraba su hija que las cosechas no prosperaron. La humanidad comenzó a pasar hambre, así que Zeus llegó a un acuerdo con Hades. Perséfone pasaría medio año con su madre y medio con Hades, su marido. —Sonrió—. Así se originaron las estaciones: cuando Deméter está con su hija Perséfone, los vegetales crecen y fructifican, es decir, es primavera y verano; por el contrario, cuando Perséfone está con Hades, Deméter está tan triste que la tierra se vuelve estéril, es decir, otoño e invierno. —Se acercó a Gael—. ¿Sabes si tu tío Hades sigue casado con ella?

—Lo mismo se ha divorciado y por eso está de tan mal humor —bromeó Karan.

Gael chasqueó la lengua.

—Ni idea. Eso lo debe saber Hermi.

Neil los miró por el retrovisor.

—Por cierto, ¿dónde está? ¡Hermiiiiiiii! —gritó.

Hermi se materializó en el interior del vehículo sentado encima de Gael. En las plazas traseras iban Elin, Lucía y Gael, así que no había mucho más sitio donde hacer acto de presencia.

Gael resopló mientras Hermi miraba por la ventanilla.

—¿Ya habéis llegado?

—Sí, pero no sé adónde debo dirigirme —indicó Neil.

Hermi se acercó a los asientos delanteros mientras Gael se quejaba.

—Sigue recto y aparca el vehículo cerca del bosque. Iremos a dar una vuelta.

Karan se giró hacia él.

—¿Ya se puede pasear por aquí? Es un circuito de velocidad.

Hermi se encogió de hombros.

—¿Ves que haya mucha gente? —Miró por la ventanilla—. Antes sí lo usaban mucho, incluso durante treinta años albergó el Gran Premio del Mediterráneo en la Fórmula dos. También se usó en GT2 y GT3, pero desde el año 2004 el circuito redujo sus actividades y actualmente solo compite alguna categoría local de automovilismo.

—Está medio abandonado, ¿no? —preguntó Neil observando también.

—Sí.

Lo cierto era que por la zona no había absolutamente nadie. Todos miraron el gran lago Pergusa en medio del circuito, redondeado, con los descampados y pequeñas montañas de frondosos bosques que se encontraban alrededor.

—El pueblo de Pergusa se encuentra a un cuarto de hora a pie. Está relativamente cerca —indicó Hermi.

—Pues por aquí no hay nadie —insistió Neil.

—¿Y quién va a haber? Es un circuito y ya nadie compite aquí —continuó Karan y señaló hacia un pequeño descampado de tierra—. Aparca allí y echemos una ojeada. A ver si Gael se puede dar un baño.

Gael miró por la ventanilla y puso cara de desagrado al observar el lago.

—Tiene muchas algas —comentó mientras Neil detenía el vehículo—. Está mal cuidado.

Cuando bajaron todos chasquearon la lengua y miraron a Gael con gesto desagradable.

—Sí, la verdad es que no está muy bien conservado —dijo Neil, aunque puso una mano en la espalda de su amigo y dio un golpecito—. Suerte —continuó con una gran sonrisa.

Gael suspiró y miró alrededor. Tras ellos había un frondoso bosque.

—Es bonita la zona —comentó Elin colocándose al lado de Lucía que seguía buscando datos a través de su móvil—. ¿Qué buscas?

—Pinturas u obras de arte sobre el rapto de Perséfone. Mira —dijo mostrándole el móvil mientras todos se acercaban para observar—. Se trata de *El rapto de Perséfone* de Giovanni Battista Gaulli.

Todos miraron.

Hades, vestido con una capa roja y una corona dorada sobre una carroza, sujetaba a Perséfone entre sus brazos mientras esta mostraba un gesto de terror, como queriendo huir. Tras ellos, había un paisaje de montañas, campos y un lago. A los lados varias mujeres permanecían tumbadas sobre la hierba.

—Las ninfas —continuó Lucía—. Y mirad, en estos otros... —dijo mostrándoles otros cuadros donde se veía la misma escena: las ninfas emergiendo del agua para ayudar a Perséfone e intentar rescatarla de los brazos de Hades—. Es de Nicolas Mignard, un pintor francés. En casi todos los cuadros que relatan este episodio de la mitología se ve un lago y las ninfas saliendo de él.

Todos se volvieron para mirar el lago que había frente a ellos.

—Vale, pues creo que está claro que en el lago Pergusa, donde Hades raptó a Perséfone, había ninfas —indicó Karan mirando de un lado a otro en actitud nerviosa, lo cual hizo que Elin lo mirase enarcando una ceja.

—¿Qué te pasa? —Luego sonrió—. ¿Tienes miedo de que te rapten?

Karan la escudriñó con la mirada.

—Raptaban a los guapos. —Sonrió de una forma atractiva—. Dime, según tu opinión, ¿crees que soy susceptible de...?

Lucía interrumpió, sin prestar atención a la conversación entre ellos:

—La mitología dice que las ninfas lloraron tanto cuando Hades se llevó a su amiga Perséfone que se convirtieron en sirenas.

Gael enarcó una ceja.

—Pues está claro que si siguen guardando el casco aquí y son sirenas, estarán en el lago —

sonrió Karan señalando el lago verdoso.

Gael lo miró fijamente.

—Te divierte, ¿verdad? —Karan borró la sonrisa de su rostro—. Te divierte que tenga que meterme en un lago lleno de algas, ¿no?

Karan ladeó su rostro.

—Tampoco me emociona, pero sí, me hace gracia —apuntó con una sonrisa.

Hermi se metió en medio.

—Mejor damos una vuelta y hacemos un reconocimiento de la zona. —Miró a Lucía—. ¿Existe algún cuadro en el que se vea el casco de Hades o a las ninfas por alguna zona en concreto?

Lucía negó mientras comenzaban a caminar.

—La mayoría aparecen tumbadas por las praderas o el bosque y, algunas veces, en el interior del lago.

—De acuerdo —dijo Hermi situándose delante de todos—. Inspeccionaremos primero los alrededores y el bosque, luego, como última opción, te sumerges —dijo centrando la mirada en Gael.

Gael asintió conforme con la decisión que se había tomado.

Atravesaron el descampado y se internaron en el bosque. Los árboles eran bastante altos y, en el interior, los rayos del sol entraba a través de las ramas formando haces de luz.

Neil pasó por encima de un arbusto mirando de un lado a otro.

—¿Qué se supone que debemos buscar?

—Algo que nos pueda llevar hasta el casco de Hades —explicó Lucía—. Según la mitología en este lago había ninfas, las cuales eran las encargadas de guardar el casco.

Karan, que iba por delante de ella junto a Neil, se giró.

—Estaría bien encontrar un letrero que indicase el camino —bromeó

Neil miraba a todos lados. Aquello era una locura, pero merecía la pena intentarlo.

Karan se giró y miró a Elin enarcando una ceja.

—¿De qué te ríes? —preguntó molesto.

Elin lo miró confundida.

—Yo no me he reído.

—¿Cómo que no? —preguntó enfurruñado mientras se giraba y volvía a caminar.

Elin miró a Lucía que caminaba a su lado e hizo un gesto señalando a Karan, luego puso un dedo en la sien indicando que estaba loco.

Neil miró hacia atrás.

—Lucía —llamó su atención—, ¿hay algún símbolo que caracterice al casco?

—¿Un símbolo?

—Sí —explicó sin dejar de mirar los troncos y el suelo—. Como el de la Atlántida con los círculos concéntricos.

—Ah, pues... no —dijo cogiendo su móvil—. Del casco no. —Luego se quedó pensativa—. Pero hay ciertos objetos que se han vinculado a Hades: el Can Cerbero, los Cupressus sempervirens...

—¿Qué es eso? —preguntó Elin.

—Es una especie de ciprés originario de Italia —explicó Gael.

Lucía prosiguió.

—La granada, el narciso...

—¿Pero a ti qué te pasa? —interrumpió Karan girándose hacia Elin otra vez—. No le veo la gracia por ningún lado, así que para ya. Me estás poniendo de los nervios con esa risita.

Elin lo miró asombrada, sin dar crédito a lo que le decía.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó de mal humor—. Yo no he hecho nada.

—Deja de reírte de esa forma...

Gael dio un paso hacia él.

—Eh, Elin no se está riendo —comentó aturdido.

Karan arqueó una ceja y miró a su compañero no muy seguro, luego se volvió hacia Neil que también negó con su rostro.

En ese momento Gael, Neil, Karan y Hermi se giraron hacia delante.

—¿Lo oís? —preguntó Karan.

Elin se puso a su lado confundida, cruzándose de brazos.

—¿Oír qué? —preguntó mirando a todos los hombres con la vista clavada hacia delante.

—La risa —susurró Karan.

—Yo no oigo nada —dijo ella, y luego se giró hacia Lucía que miraba intrigada hacia ellos—.

¿Tú escuchas algo? —Lucía negó con rapidez.

Los cuatro permanecían con la vista clavada al frente.

—¿De verdad que no la oís? —les preguntó Neil.

Ambas negaron.

—¿Qué se supone que debemos escuchar? —preguntó Elin desesperada.

—Una mujer... riendo —aclaró Gael.

Aunque en ese momento Karan dio un respingo y cogió del brazo a Neil.

—Oh, mierda... Joder...

Lucía y Elin volvieron su vista hacia delante. Una mujer paseaba por el bosque en dirección a ellos. Su largo cabello caoba se movía hacia atrás por el viento. Llevaba un vestido veraniego color blanco y varias flores en la mano.

—No, no, no... —dijo Karan dando un paso atrás.

Elin lo miró confundida y señaló a la mujer.

—¿Qué te pasa a ti ahora? Solo es una chica buscando flores.

Karan sonrió visiblemente nervioso.

—¿La puedes ver? —Miró también a Lucía que asintió encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia.

—Pues claro que la podemos ver —comentó Elin extendiendo los brazos hacia él.

—Amm... Ahhhh... —comentó girándose hacia sus compañeros.

La mujer llegó hasta ellos con una sonrisa. Todos la observaron confundidos, incluso Neil miró de reojo a Karan que parecía asustado.

—Hola —los saludó la mujer colocándose frente a ellos.

—Hola —respondió Elin dando un paso hacia delante, aunque Karan la cogió del brazo para que se estuviese quieta, colocándola a su lado.

Aquel gesto llamó la atención de la mujer que, en ese momento, reparó en Karan.

Todos se sorprendieron al ver la cara de asombro de aquella mujer.

—¿Karan? —preguntó mirándolo fijamente.

Karan se pasó la mano por la nuca en actitud tímida, llamando la atención de todos.

—Eh, hola... —Tragó saliva—. Hola, Cloe.

—Es Clío —recordó ella molesta.

Todos miraron de reojo a Karan.

—Sí, sí... Disculpa —se excusó con rapidez—. ¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa tirante.

Clío se cruzó de brazos, sin apartar la mirada de él.

—Aún estoy esperando que me llames...

—Ya... —comentó avergonzado—, tenía intención de llamarte, pero he estado muy liado y... luego me daba vergüenza hacerlo —acabó excusándose.

Hermi se adelantó colocándose al lado de Karan.

—¿La conoces? —susurró.

—Es una ninfa —respondió Karan en el mismo tono.

Hermi abrió la boca asombrado y luego se giró hacia ella con una gran sonrisa.

—¿Eres una ninfa? —preguntó con gran alegría—. Pues resulta que estamos buscando... —comenzó a acercarse a ella, pero Karan lo cogió del brazo, reteniéndolo.

—Estate quieto —le reprendió Karan.

Hermi lo miró furioso intentando soltarse del brazo.

—Necesitamos que nos diga si sabe algo sobre el casco —le recordó.

—Cállate —le previno en un susurro. Luego miró a Clío con una falsa sonrisa—. Solo estamos dando una vuelta por aquí... qué casualidad, ¿eh? —ironizó—. Pero ya nos íbamos —dijo tirando de Hermi y Elin hacia atrás—. Así puedes seguir buscando flores.

Clío se cruzó de brazos, quedando claro por su actitud que estaba molesta.

—Me dejaste tirada... —le recordó.

Karan chasqueó la lengua sin dejar de retroceder, arrastrando a sus amigos.

—¿Serviría de algo que te dijese que lo siento? —le preguntó, aunque Clío no contestó y siguió mirándolo—. Me parece que no —se respondió él mismo.

Elin se soltó de su brazo.

—¿Puedes parar? —le recriminó a Karan que la miraba enfurecido—. Estoy segura de que puede ayudarnos. —La señaló a ella.

—Oh, por supuesto... —comentó Clío acercándose con una gran sonrisa.

—No, no... —Karan intentó coger a Elin de nuevo, pero ella apartó su brazo—. Eliiiiiin —susurró con voz grave, como si la previniese.

—Desde luego, Karan... —comentó Elin dando un paso hacia Clío—. Verás, tenemos un gran problema...

Clío aún miraba enfurecida a Karan el cual dio otro paso atrás mientras buscaba con la mirada a sus compañeros de forma desesperada.

—Claro, dime. Intentaré ayudaros —respondió Clío prestando atención a la muchacha.

—¡Genial! —intervino Neil acercándose—. Estamos buscando el...

—¿Por qué no nos vamos? —insistió Karan.

Lucía que permanecía al lado de él lo miró asombrada.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó mirando a Karan.

—Eh, Karan —contraatacó Clío centrando su mirada en él—, el hecho de que no fueses bueno conmigo no implica que no lo sea yo con tus amigos. —Luego miró al resto de hombres, Neil, Gael y Hermi—. Ellos parecen más agradables que tú.

Elin resopló y le dio la razón.

—En eso te damos todos la razón —respondió con rapidez poniéndose de parte de la ninfa—. Karan es un caso aparte. Ni caso, Clío —dijo centrándose en ella—. Tenemos un gran problema que... —Se quedó callada cuando Clío comenzó a cantar mientras miraba con una sonrisa a todos los hombres—. Eh, ¿qué haces? —preguntó Elin.

La mujer susurraba una canción en un tono meloso, tierno, con una voz extremadamente delicada en un idioma que no conocían. El sonido salía por su boca, pero se expandía por todo el bosque llevado por el viento.

—¿Por qué cantas ahora? —insistió Elin sorprendida y se giró hacia Lucía que también miraba desconcertada a la ninfa—. No entiendo nada —susurró Elin hacia Lucía que le respondió con un gesto que daba a entender que ella tampoco.

Las dos centraron su atención en Karan cuando dio un paso en dirección a la ninfa.

—No sabes cuánto siento lo que te hice —susurró Karan con cariño hacia Clío.

—¿Eing? —comentó Elin observando pasmada a Karan, el cual no apartaba la mirada de Clío. ¿Y a este qué le pasaba ahora? ¿Y ese brote de sinceridad y ternura? —No me explico aún cómo pude abandonarte... —susurró avanzando hacia ella—. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

Neil, sin previo aviso, lo detuvo colocando la mano en el pecho de su compañero y se giró hacia Clío.

—Ella es mía —susurró con tono meloso y la mirada fija en la ninfa.

Elin y Lucía estuvieron a punto de caerse hacia atrás al escuchar aquello.

Hermi dio unos pasos adelante también, sin apartar la mirada de Clío.

—Hazme tuyo, mi pequeña Clío.

Elin volvió a mirar a Lucía, las dos se quedaron totalmente asombradas. ¿Pero qué les pasaba ahora?

Gael dio un paso hacia delante extendiendo la mano hacia la ninfa.

—Clío... eres la mujer más...

—¡Eh! —Le golpeó Lucía en el hombro haciendo que Gael perdiese el equilibrio, aunque ni siquiera la miró, pues estaba totalmente hipnotizado por aquella mujer, por aquella voz.

—Llévame contigo —dijo Neil acercándose con desesperación.

—No, Clío. Llévame a mí —suplicó Hermi apartando a Neil de un empujón, el cual cayó al suelo a la vez que Karan tropezó con él, pero este se levantó con la mirada fija en la ninfa y un brazo estirado hacia ella.

—Mi amor... —susurró Karan

En ese momento, Clío comenzó a dar pasos hacia atrás, lo que implicó que los cuatro hombres comenzasen a internarse en el bosque.

—¿Los ha hipnotizado? —preguntó Lucía a Elin con tono acusador.

Elin miró a la ninfa con odio mientras esta no dejaba de entonar la canción.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —le gritó—. ¡Cállate!

Karan pasó al lado de Elin y la empujó para acercarse a Clío.

—Oh, mi Clío... Jamás volveré a separarme de ti. —Extendió la mano hacia ella mientras la ninfa seguía retrocediendo, conduciéndolos hacia el interior del bosque.

—¡Ehh! —gritó Elin cogiendo de la mano a Karan y tirando hacia atrás, aunque este tenía más fuerza que ella y comenzó a arrastrarla en dirección a Clío, formando un surco la tierra—. ¡Cállate! —gritó Elin intentando sujetar a Karan—. ¡Que te calles de una maldita veeeez!

La ninfa no hacía caso y seguía entonando mediante susurros armoniosos la canción.

—¡Que se los lleva! —gritó Lucía intentando detener también a Gael.

—Como la trucha al trucho... así es como te quiero —dijo Hermi sin dejar de avanzar.

Elin tiró con fuerza de Karan. Maldita fuese aquella mujer.

—Hombres... —gritó Elin desquiciada mientras Karan la arrastraba.

—Llévame a mí primero. —Se adelantó Neil superando a Karan con una de sus manos en el corazón y otra hacia ella.

—*Amore... amore... Sei bella. ¡Non lasciarmi!* —gritó Gael que también intentaba acercarse, aunque Lucía trataba de contenerlo.

—Neil, ¡quieto! —ordenó Lucía cuando le adelantó golpeando a Gael para situarse el primero.

Elin rugió al no poder con la fuerza de Karan y lanzó una mirada asesina a la ninfa. Las ignoraba completamente.

—¡Maldita zorra! ¡Es una ninfómana de verdad! —gritó Elin que soltó a Karan y fue directa a por ella. La ninfa no se movió, pues permanecía también en una especie de trance mientras cantaba—. ¡Que te calles de una vez! —gritó antes de arrear un puñetazo a Clío y mandarla al suelo.

—Ahh... —gritó la ninfa que ni siquiera pudo levantarse.

Elin se colocó a horcajadas sobre ella y la cogió de los tirantes del vestido con fuerza.

—¡¿Qué pretendes?! —gritó desquiciada mientras la ninfa no dejaba de gritar—. ¿Que qué es lo que pretendes? —repitió.

En ese momento todos recobraron la cordura y se quedaron impresionados al ver a Elin sobre la ninfa. No parecían conscientes de lo que había ocurrido y miraban sobresaltados a su compañera.

—¡Elin! —gritó Hermi corriendo hacia ella.

—¡Dale fuerte, Elin! —gritó Karan por detrás que, obviamente, aunque no recordaba nada, sabía de lo sucedido.

La ninfa no dejaba de gritar queriendo quitársela de encima.

Elin rugió hecha una fiera, lo que hizo que Hermi que había llegado hasta ella, se asustase y no se atreviese ni a tocarla, dando unos pasos hacia atrás con lentitud.

—Menudo carácter —susurró Hermi.

—¡Tú! —gritó Elin sin soltarla de los tirantes del vestido, intimidándola y acercándola a ella—. ¡Atrévete a hacer algo así otra vez y verás!

Gael y Neil miraban de un lado a otro desubicados, sin comprender nada.

—Vas a ayudarnos tanto si te gusta como si no —volvió a pronunciar Elin amenazante, sin soltarla—. ¿Sabes dónde está el casco de Hades?

En ese momento la ninfa dejó de gritar y la miró con seriedad.

—¿El casco de Hades? —preguntó pasmada.

—¡Sí! ¡El casco de Hades! —La acercó más, intimidándola, lo que hizo que la ninfa gimiese

atemorizada—. ¿Qué sabes de él? —rugió.

—Yo... no... no sé...

—¡Y tanto que sabes algo! —gritó Elin mientras sus compañeros se miraban de reojo con sonrisas nerviosas—. ¡Eres una ninfa! Las ninfas tienen esa misión, así que... ¡o me dices ahora mismo todo lo que sepas sobre el casco o te juro que te rapo al cero! ¡Despídete de tu preciosa melena caoba!

—Ahh... —gritó la ninfa pataleando, totalmente atemorizada por la joven.

Todos se acercaron a ella, intentando aún entender lo que había ocurrido.

Lucía los miró preocupada.

—¿Estáis bien?

Neil se pasó la mano por los ojos.

—Sí, pero ¿por qué está Elin encima de ella? —La señaló.

Lucía suspiró.

—Es una larga historia.

—Zúrrale, Elin —volvió a animarla Karan elevando un puño.

Elin la cogió del cabello, tirando de él.

—¡Habla! —ordenó a la ninfa—. No me agotes la paciencia. Conmigo no sirven tus canturreos.

—¡El oráculo de Hades! —gritó la ninfa.

Todos pusieron su espalda erguida.

—¿El oráculo de Hades? —preguntó Elin—. ¿A qué te refieres con eso?

En ese momento todos se giraron cuando escucharon unas pisadas por detrás.

La reacción de todos fue automática.

Gael cogió a Lucía colocándola a su espalda y Neil y Karan se situaron ante Elin que aún mantenía sujeta a la ninfa en el suelo.

Neil sonrió hacia los hombres que se acercaban.

—¡Ey! Hola Bronte, ¿qué tal? —preguntó Neil con ironía—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Bronte dio unos pasos hacia delante. Los había estado siguiendo desde su llegada a Sicilia, sabía que ellos lo llevarían hasta el casco o, al menos, hasta la persona que pudiese decirles dónde encontrarlo. Ahí estaba, aquella ninfa tenía una información muy valiosa y no iba a permitir que se quedasen con ella.

—Creo que ya lo sabes —contestó Bronte.

Neil y Karan miraron a su alrededor. No iba solo, muchos semidioses y dioses menores lo acompañaban.

—Veo que vas acompañado... —continuó Neil—. ¿Y tu hermano? —Luego hizo un gesto como si lo hubiese olvidado—. Ah, vaya... perdona, no lo recordaba. Me lo cargué hace unos meses. —Chasqueó la lengua—. A veces se me olvidan las cosas.

Aquellas palabras hicieron que Bronte apretase con fuerza la mandíbula. Se giró para observar a todos los que lo acompañaban con los dientes apretados por la rabia.

—¡Acabad con ellos y coged a la ninfa! —ordenó.

## Capítulo 14

Neil dio un paso adelante mirando fijamente a Bronte, mientras la facción enemiga de semidioses avanzaba hacia ellos.

Se giró hacia Karan y miró hacia atrás, Elin seguía cogiendo a la ninfa del cuello.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó desesperada.

Sin esperar, Bronte hizo un movimiento increíblemente rápido en dirección a Neil, pero Karan se adelantó y lo cogió al vuelo por el cuello, dejando impresionados a todos, incluso a Elin que se giró para observar.

Estaba claro que Bronte, al ser hijo Hades, era rápido, pero Karan no tenía nada que envidiarle en velocidad.

Karan lo elevó en el aire con un solo brazo.

—No me enfades —pronunció con la voz muy grave—. Te lo advierto. Tú serás hijo de Hades, pero recuerda quién es mi padre.

Dicho esto, lo echó al suelo con un fuerte golpe, estampándolo.

La reacción de Bronte no se hizo esperar. Se giró hacia todos.

—¡Atacad!

Los gritos inundaron el bosque mientras corrían en su dirección.

Karan se giró y observó a Lucía que se encontraba detrás de Gael bastante asustada, Elin seguía gritando sobre la ninfa, ajena a todo lo demás, totalmente encolerizada. Miró a Neil.

—¿Os apañáis vosotros solos? —preguntó a Gael y a Neil. Ambos asintieron sabiendo lo que iba a hacer.

Nada más asentir, Karan se movió con rapidez hacia Lucía y la cogió por la cintura.

—Ahh... ¡Karan! ¿Qué haces? —gritó ella.

Fue directamente hacia Elin, agachándose para cogerla de la cintura también, aunque a ella le costó más levantarla.

—¡Dime algo zorra o te juro que acabo contigo! —gritó Elin aún sujeta al vestido de la ninfa.

—¡Elin! —gritó Karan mientras la rodeaba con fuerza por la cintura y tiraba de ella. Por Dios, aquella mujer parecía una lapa sujetándose al vestido de la ninfa.

—¡Suéltame, Karan! —gritó mientras comenzaba a levantarla—. ¡A esta le saco yo la información aunque sea a golpes! ¡Karaaaaaan!

—Menuda fiera estás hecha —susurró absorto cuando finalmente la colocó a su lado. Miró a la ninfa que se arrastraba por el suelo asustada apartándose de ellos—. ¡Corre! —le advirtió—. ¡Vienen a por ti!

Clío miró hacia delante donde Neil y Gael esperaban la embestida de todos los semidioses. De repente desapareció y solo quedó en su lugar un pequeño charco de agua.

—¿¡Por qué dejas que se vaya!?! —gritó Elin golpeando su pecho, intentando soltarse.

Karan puso los ojos en blanco, miró a sus compañeros y sin decir nada más desapareció.

Gael respiró tranquilo cuando Karan se llevó a Lucía y a Elin de allí.

—¿Hermi? —preguntó Neil mientras se colocaba en posición para soportar una embestida.

El plan estaba claro desde un principio, todos lo sabían. Ellos podían ser transportados por

Hermi sin problemas, pero Lucía era otra cosa, necesitaba que la alejasen de allí y ganar tiempo para conseguirlo.

—Creo que Karan estará lo suficientemente lejos ya —susurró Gael mientras se ponía también en posición de ataque para recibir la investida.

Hermi apareció entre ellos y colocó una mano en el hombro de cada uno, observando con una sonrisa al resto de semidioses que corrían en su dirección.

—Pues entonces nos vamos —pronunció antes de que llegasen hasta ellos.

Desaparecieron justo cuando iban a alcanzarlos.

Algunos cayeron sobre la tierra tropezando, otros siguieron corriendo hacia delante intentando frenar la carrera, golpeándose contra un árbol.

Bronte se puso en pie con lentitud y miró a sus compañeros. Ya se imaginaba que podía pasar aquello. Aquel grupo que estaba en su contra contaba con la ayuda de Hermi.

Fue directo hacia el charco de agua de la ninfa y miró a todos lados.

—Maldita sea —susurró. Había estado tan cerca de cogerla... Al menos, había escuchado sus últimas palabras: «El oráculo de Hades». Sabía perfectamente lo que debía hacer.

Neil miró a su alrededor. Habían abandonado el bosque y se encontraban en un descampado cerca de un poblado.

Karan se había detenido junto a Lucía y Elin y, cómo no, Elin le estaba echando una reprimenda que Karan aguantaba estoicamente.

—Casi la tenía... —Karan suspiró y miró a Hermi que se había materializado frente a ellos, junto a Gael y Neil.

—¿Estás bien? —Gael fue directo a por Lucía.

—Sí, sí... Lo que marea un poco —explicó ella señalando a Karan—. Va muy rápido.

—Si me hubieses dejado allí, le habría sonsacado la información —continuaba Elin desesperada.

—Ya, claro —respondió Karan cruzándose de brazos—. También te hubiesen cogido.

—¡Y yo te digo que no! —contraatacó ella.

Neil observó un poblado a pocos metros de ellos. Parecía muy rústico, con casas de piedra, algunas de ellas seguramente construidas varios siglos atrás.

—¿Dónde estamos? —preguntó Neil.

Karan se volvió hacia él, ignorando a Elin.

—En la carretera pone que el pueblo se llama Valguarnera Caropepe. Estamos a unos veinte kilómetros del lago.

Neil miró a su alrededor y se centró totalmente en Hermi.

—¿Qué vamos a hacer? Ya me imaginaba que Bronte y los suyos estarían buscando el casco, pero no pensaba que nos siguiesen la pista tan de cerca.

—Seguro que nos han estado observando —indicó Karan. Arqueó una ceja hacia Hermi—. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Te habías dado cuenta tú? —preguntó con ironía—. Ya os lo advertí en la biblioteca —murmuró desesperado.

Neil suspiró.

—De acuerdo —dijo colocando las manos en los bolsillos, adoptando una postura informal—. Pues tenemos dos problemas: primero —indicó con un dedo de la mano—, sabemos que Bronte y todo su equipo está aquí, así que debemos ir con cuidado con nuestros movimientos; y segundo —indico con otro dedo—, hemos dejado el coche allí.

—No hay problema —dijo Hermi—, iré a buscarlo.

—Iré contigo —se ofreció Karan.

—No —intervino Gael—. Iré yo con él. Prefiero que tú te quedes con Lucía, puedes transportarla más rápido si hace falta. Hermi no puede.

Karan asintió.

—Bien —continuó Hermi acercándose a Gael—, iremos a buscarlo y nos vemos en el hotel. ¿Cómo vais a ir?

Neil extrajo su móvil.

—En taxi —comentó, aunque se quedó pasmado mirando la pantalla de su móvil. Tenía un mensaje de Adriana.

—¿Qué pasa? —preguntó Hermi.

—Nada nada... —dijo abriendo el mensaje. Era de hacía una hora.

**Adriana:**

Hola Neil.

Dile a tu amiga Elin que tiene unas manos mágicas.

Me encuentro perfecta.

Dale las gracias.

No pudo evitar sonreír ante la mirada suspicaz de todos, pues se había quedado embobado.

La tos intencionada de Hermi hizo que reaccionase.

—Voy a llamar a un taxi —dijo mientras buscaba en internet y se alejaba un poco.

No se había dado cuenta de que el móvil le había vibrado.

—Buscad a la ninfa... —gritó Elin hacia Gael y Hermi.

—¿Estás loca? —preguntó Gael—. Bastante hemos tenido ya. —Luego miró a Karan que estaba al lado de Lucía—. Por cierto, tú la conocías. ¿Uno de tus amoríos?

Karan se encogió de hombros.

—Ya quisiera ella. La muy cabrona me estuvo cantando cerca de un mes. Logré escaquearme de ella solo porque tuve una otitis de caballo. Cuando se dio cuenta intentó retenerme. Entonces simplemente le dije que la llamaría y me escapé por la ventana —se sinceró.

—Menuda pieza. Eso te pasa por guapo, ¿no? —ironizó Gael.

Karan se encogió de hombros.

—Zorra —susurró Elin enfadada, atrayendo la mirada de todos.

Neil se acercó de nuevo, aún con el móvil en la mano y miró de soslayo a Elin por su última palabra.

—Ya está —dijo Neil—. Dice que nos recoge en diez minutos en el pueblo.

—Perfecto —comentó Hermi—. Cualquiera cosa llamadme. Nos vemos en el hotel.

Dicho y hecho. Hermi y Gael desaparecieron dejándolos solos. Todos se giraron para observar las casas más próximas.

—Vamos —indicó Neil iniciando el paso—. Me ha dicho la calle donde nos espera. La he puesto en el GPS, está aquí al lado. —Luego sonrió hacia Elin mientras Karan y Lucía los seguían justo unos pasos por detrás—. Adriana me ha pedido que te dé las gracias por el masaje. Dice que está perfecta.

—¿Por eso estabas antes pasmado como un bobo mirando el móvil? —preguntó Karan desde atrás.

Elin se acercó a Neil y lo cogió del brazo con complicidad.

—¿Te ha escrito un mensaje?

—Sí —contestó ignorando el comentario de su compañero.

—¿Y le has respondido? —Neil negó—. Pues hazlo. No vaya a pensar que no te interesa —bromeó—. Y dile de mi parte que de nada.

Aquel comentario hizo gracia a Neil que miró su móvil.

—Hay que seguir recto por esta calle —informó. Luego abrió la aplicación de mensajes y volvió al privado de Adriana.

**Neil:**

Elin dice que fue un placer ayudarte.  
Por cierto, vamos ahora para el hotel.  
¿Te apetece tomar algo?

Salió de la aplicación y volvió al GPS.

—Es la siguiente a la derecha —volvió a indicar. Guardó el móvil en el bolsillo y se giró hacia Lucía—. ¿Has escuchado las últimas palabras de la ninfa?

Lucía asintió.

—El oráculo de Hades.

—¿A qué se refiere? —preguntó Karan—. Yo conozco el Oráculo de Delfos, en el templo de Apolo situado en el monte Parnaso, en Grecia, pero ya no hay nadie allí que yo sepa. Está en ruinas.

Lucía rugió e hizo un gesto como si fuese a arrojar el móvil al suelo, desesperada.

—¡Necesito cobertura! Esto... —dijo mostrándoles el móvil—. ¡No funciona!

Todos la miraron asombrados por aquella reacción explosiva.

—Tranquila, me parece que estás bajo mucha presión. —Sonrió nervioso Neil mirando de reojo a sus compañeros—. La cobertura no es muy buena por aquí.

—Arrgg... —volvió a rugir ella—. ¡Pues la necesito!

Neil señaló un edificio cercano.

—Es aquí. El taxi no tardará en llegar.

Los cuatro se apoyaron contra la pared de un edificio y Neil aprovechó para mirar de nuevo el móvil, aunque se sintió nervioso en cuanto leyó la respuesta de Adriana.

**Adriana:**

Ahora no puedo.  
Tengo que salir por una urgencia.  
Supongo que para las ocho estaré de vuelta.

**Neil:**  
¿Ocurre algo?

—El taxi ya está aquí —advirtió Elin.

Karan se subió de copiloto y Neil se sentó en la parte trasera junto a Elin y Lucía.

—A Siracusa —informó Karan al taxista—. Al hotel *El hijo de Vulcano*. —Se giró y sonrió de una forma graciosa a Neil, pero en ese momento él no estaba para bromas.

La respuesta de Adriana no se hizo esperar.

**Adriana:**  
Un problema en el trabajo.  
Nos vemos luego.

Notó cierto nerviosismo. Sabía que Adriana tenía concedida la baja laboral por el problema del accidente de coche. Algo importante debía haber ocurrido para que ella se decidiese a ir.

Se limitó a mirar por la ventanilla mientras el taxi atravesaba el poblado y Lucía y Elin no dejaban de buscar información a través del móvil, protestando por la falta de cobertura en repetidas ocasiones.

## Capítulo 15

Adriana conducía acelerada. Volvió a marcar el icono del manos libres en el teléfono y llamó al inspector De Luca. Aquello no podía estar ocurriendo otra vez.

Cuando llegó al séptimo tono colgó y dio un golpe en el volante.

—Maldito sea —susurró mientras aceleraba más.

Intuía que algo iba mal. Había llamado hacía una hora y media al centro, y había pedido hablar con Amna. Quería saber cómo le había ido la entrevista de trabajo.

Amna le había explicado que tenía una entrevista de trabajo el día anterior, el problema era que no había vuelto al centro, ni siquiera había informado de que no iba a pasar la noche allí.

El recuerdo de Adama, aquella muchacha joven asesinada, había vuelto a su mente. No podía permitir que aquello se repitiese una vez más.

Sabía que el protocolo exigía esperar tres días desde la desaparición de un inmigrante para ceder su puesto e informar a las autoridades. Era muy común que los inmigrantes, al encontrar un puesto de trabajo, abandonasen el centro, pero Amna no era así. Se lo había advertido decenas de veces: que fuese con cuidado, que comunicase a sus tutores sus progresos, incluso si no iba a pasar la noche allí. Ella misma le había dicho que llamaría para informarse y hablar con ella y, sin embargo, Amna no había aparecido, ni siquiera tenían noticias de ella.

Giró a la derecha y llegó al recinto.

Sabía que el director del centro no se encontraba allí a esas horas. De hecho, todo hubiese sido mucho más fácil si alguien le hubiese dado los datos del lugar donde Amna tenía la entrevista de trabajo.

Aparcó, apagó el motor y fue hacia el edificio. Atravesó el pasillo y fue directa al despacho del director. Intentó abrir la puerta, pero resopló al ver que estaba cerrada.

—Mierda —susurró.

—Eh, Adriana —dijo a su espalda uno de los tutores.

—Roberto —exclamó ella dando un paso hacia él.

—¿Qué haces aquí? ¿No estás de baja por lo del accidente?

Ella asintió acelerada, colocándose frente a él.

—Sí, pero mañana pediré ya el alta. Me encuentro mucho mejor.

—¿No te la dieron ayer? —preguntó confundido.

Ella desechó la pregunta con un movimiento de su mano. No disponía de tiempo para hablar sobre ello.

—He llamado antes para preguntar por Amna... —Roberto negó sin saber a quién se refería—. Una chica de mi grupo. Ayer tenía una entrevista de trabajo, pero no ha vuelto al centro.

—Ah, sí... algo he oído.

—¿Han dicho algo más? —preguntó acelerada. Roberto negó. Adriana miró a ambos lados desesperada—. Necesito saber dónde tenía la entrevista, mirar el expediente...

—¿Por? —preguntó Roberto.

Ella chasqueó la lengua.

—Me da miedo que le haya ocurrido algo malo... —susurró—. No sé si te enteraste, pero el

otro día encontraron el cuerpo de...

—Sí, lo sé —respondió preocupado. Luego miró la puerta del director—. Los expedientes están ahí dentro. —Señaló el despacho del profesor.

—Lo sé. Subiré a la planta de arriba a alguno de los ordenadores —comentó rodeándolo—. ¿Sabes quién llevó mi grupo ayer? —preguntó mientras subía los primeros escalones para dirigirse a la planta superior.

—Creo que Sofia, pero no estoy muy seguro —aclaró.

—De acuerdo, gracias —dijo mientras subía con rapidez.

La mayoría de los expedientes se encontraban en papel en los grandes archivadores del despacho del director del centro, al menos, de las personas que en ese momento se encontraban residiendo allí. Además, guardaban en bases informáticas todos los expedientes de los últimos cinco años como medida de seguridad y control.

Atravesó el pasillo y fue directa hacia la sala de ordenadores.

Miró su reloj. Las seis y media de la tarde y no había nadie allí, la mayoría de sus compañeros estarían trabajando con algún grupo en concreto.

Fue hasta un ordenador y lo encendió. Los segundos hasta que se puso en marcha se le hicieron eternos.

Entró en el programa informático y buscó en las últimas actualizaciones entrando en la carpeta de su compañera. Introdujo el nombre y cruzó los dedos porque fuese ella la que se hubiese hecho cargo de su grupo el día anterior.

—Vamos, vamos... —Casi dio un brinco cuando el nombre de Amna se marcó como una de las últimas actualizaciones. Ahora solo hacía falta que hubiese apuntado el nombre del local donde debía hacer la entrevista.

Pasó su expediente hasta el final y leyó atenta:

*Entrevista por la tarde en La Reina delle Bevande – camarera.*

*Preguntar siguiente sesión por formación, contrato y salario.*

—Sí... —gritó Adriana mientras cogía un papel de la impresora y apuntaba el nombre del local. Luego se fijó en la fotografía al inicio del expediente. Se la veía tan joven e inocente... No se lo pensó y mandó imprimir la fotografía.

Mientras, entró en el buscador de internet y puso el nombre del bar. Tras unos segundos se abrió una página web con información del local.

*La reina de Copas* era un bar situado en la zona portuaria de Catania. Lo cierto es que no había fotos del interior, solo del exterior y, sobre la puerta, colgaba un letrero de neón en color azul y rosa fluorescente con una copa dibujada y una carta de la reina de copas con un corazón en el centro. No se informaba de horarios de apertura o cierre y tenía pocas valoraciones en internet.

Cogió su móvil e introdujo la dirección en el GPS. Se encontraba a cincuenta minutos de allí. Tomó la fotografía de Amna, la dobló y la guardó en el bolso. Apagó el ordenador y se dirigió a la planta baja.

Roberto aún seguía por allí.

—¿Lo has encontrado?

—Sí —dijo pasando acelerada por su lado—. Es un bar que se llama *La reina de Copas* en

Catania, ¿has estado?

Roberto negó.

—No soy muy de bares —comentó gesticulando con una mano.

Ella le sonrió.

—Lo imaginaba.

—¿Vas a ir?

—Por supuesto —dijo mirando al frente, bajando los escalones del edificio.

Roberto se apresuró y la cogió del brazo haciendo que se detuviese.

—Eh, Adriana... ¿Crees que es buena idea?

—¿Y por qué no? —preguntó divertida—. Solo voy a tomarme una copa —le informó soltándose con delicadeza.

Roberto suspiró y asintió.

—De acuerdo, pero ten cuidado. Cualquier cosa, avísame.

—Claro —pronunció agradecida.

Salió del edificio y fue hacia su vehículo. Se puso su cinturón y arrancó rumbo a Catania.

Desde luego, aquel bar o club no estaba situado en uno de los mejores lugares de la isla. Catania tenía fama de ser la ciudad más peligrosa de la isla, allí donde la tasa de paro y drogadicción era más elevada. Por todo ello, era la ciudad con más robos con fuerza de la isla. Aquella no era buena zona para trabajar, pero sabía que los inmigrantes no tenían otro remedio que aceptar aquello si querían poder enviar algo de dinero a su país o conseguir de forma mucho más sencilla su visado.

Si la entrevista la había realizado el día anterior sobre las siete de la tarde, en ese mismo momento se cumplían veinticuatro horas desde su desaparición.

Resopló y marcó un número en la pantalla de su móvil, activando el manos libres del mismo.

—¿Adriana? —Reconoció la voz del inspector al otro lado de la línea.

—¿Alessandro? ¿Inspector? —preguntó ella.

—Sí, soy yo, ¿ocurre algo?

Adriana torció en el desvío a la derecha para coger la carretera SS417 en dirección a Catania.

—Quería comentarte una cosa... No sé si te cojo en buen momento...

—Sí, claro, dime. ¿Es sobre la muerte de la chica del...?

—No —le interrumpió—, pero estoy asustada. Puede que sea una tontería, pero prefiero ponerte al tanto por si...

—Claro. Dime, dime —la apremió.

Adriana tragó saliva y apretó los labios unos segundos.

—Una de las mujeres de mi cupo me informó ayer de que tenía una entrevista de trabajo por la tarde, sobre las siete, en un bar. —Tomó aire—. No ha vuelto al centro. Desde ayer mis compañeros no tienen noticias de ella.

Alessandro se quedó unos segundos callado, como si evaluase la situación.

—Está bien, ¿cómo se llama la mujer?

—Amna.

—¿Amna qué más?

—No sé los apellidos —respondió con rapidez—. Es una chica joven. Tiene veinte años. Cabello largo negro, delgada, piel morena. Habla francés.

—Por casualidad, ¿sabes dónde tenía la entrevista?

—En un bar que se llama *La reina de Copas*, en Catania.

Supuso que el inspector tomaba notas porque durante unos segundos se mantuvo en silencio.

—Está bien, me pasaré y preguntaré por ella.

Adriana asintió.

—¿Ahora?

—Esta misma noche. En cuanto acabe unos asuntos iré para allí.

Prefirió no decir que ella se dirigía hacia el local, sabía que el inspector no lo aprobaría y más tras la muerte de una inmigrante hacía pocos días.

—De acuerdo, muchas gracias. Te lo agradezco.

—No hay de qué. —Alessandro dudó unos segundos y finalmente se apoyó contra el respaldo de su asiento—. Llámame si consigues más información.

—Muchas gracias y, si no te importa —susurró—, ¿me informarás cuando sepas algo?

—Claro, por supuesto.

—Muchas gracias —repitió.

—No tienes por qué darlas, para eso estamos. Hablamos más tarde. Hasta luego.

—Hasta luego —se despidió Adriana colgando el teléfono.

Media hora después aparcaba su vehículo. La zona estaba bastante oscura y apartada. El lugar no era de su agrado, pero se sentía en la obligación de indagar sobre lo ocurrido a Amna.

Cerró el vehículo y caminó por la calle en dirección al bar.

Tal y como había visto por internet se trataba de un bar de copas. A esa hora el cartel de neón ya estaba encendido y parpadeaba, invitando a entrar a todos los que paseasen por aquella calle.

No le gustaba el ambiente.

El sol comenzaba a esconderse en el horizonte y no había muchas personas paseando por aquella zona.

Fue hasta la puerta y lo primero que le sorprendió fue el vigilante de seguridad ante ella, aunque, cuando se adelantó para entrar, este se apartó para darle paso. Si algo bueno tenían aquellos lugares era que no había problema para que las chicas jóvenes entrasen.

Abrió la puerta y le sorprendió ver el ambiente que había en el interior, pues desde fuera no podía verse nada. Aquello más que un bar parecía una discoteca.

Miró a ambos lados.

El local disponía de muchas luces de neón de color azul y rosa que iluminaban toda la estancia. Era enorme. A la derecha había una zona de mesas y sofás donde varios grupos tomaban una consumición. A su izquierda pudo contemplar mesas altas con taburetes. Después se llegaba a la enorme barra, bastante original: tenía forma cuadrada y desde el interior varios camareros despachaban las bebidas.

Una vez se pasaba aquella barra había una enorme pista de baile a la que se accedía bajando unos escalones y, tras la pista, otra enorme estancia repleta de mesas bajas con amplias butacas. A cada lado, en los laterales, había una barra donde atendían cuatro camareros, dos por cada barra.

Estaba bastante lleno, aunque solo las zonas para sentarse, porque la pista de baile estaba vacía.

Paseó mirando a los camareros y dio un rodeo a la barra.

Se fijó en que al final de la sala había dos vigilantes más de seguridad.

Se notó fuera de lugar al estar allí sola sin saber adónde dirigirse y fue directa a la barra. Una camarera se colocó ante ella. Llevaba un gran escote que realizaba sus encantos y una minifalda que bien podría servir de cinturón.

—¿Qué te sirvo?

Adriana se sentó en el taburete y miró a ambos lados buscando a Amna.

—Una coca cola —pronunció mientras abría su bolso buscando la fotografía.

—¿Sola?

Adriana asintió con efusividad.

La camarera se dirigió a las neveras. Adriana aprovechó para sacar del bolso la fotografía que había imprimido de Amna.

Elevó la mirada cuando la camarera colocó el vaso de tubo con dos hielos frente a ella y comenzó a verter el líquido en su interior.

—Cinco euros, por favor —pronunció.

—Claro —reaccionó ella abriendo el monedero y extrayendo un billete. Se lo tendió y aprovechó para acercarse a la barra—. Disculpa —dijo mientras se lo entregaba—, pero estoy buscando a una amiga. —La camarera cogió el billete y abrió la caja registradora que tenía al lado para introducirlo—. Me dijo que tenía una entrevista de trabajo ayer.

—¿Aquí? —preguntó la camarera.

Ella asintió.

—Se llama Amna —informó.

—Que yo sepa no hay ninguna chica nueva trabajando —explicó la camarera con amabilidad, aunque se distanció hacia el lado donde unos chicos se acercaban para pedir más consumiciones.

Adriana suspiró y miró de un lado a otro de nuevo.

¿No había ninguna chica nueva? Aquello la descolocó y notó como su nerviosismo iba en aumento por momentos.

Esperó a que la camarera acabase de atender los nuevos pedidos y la llamó de nuevo para que se acercase.

—Disculpa —repitió.

—¿Deseas algo más?

Ella negó y directamente le enseñó la fotografía.

—Se llama Amna. Me dijo que tenía una entrevista aquí, en este bar, ayer por la tarde, para trabajar de camarera.

La muchacha se quedó mirando la fotografía durante un buen rato, algo que le sorprendió bastante, incluso le pareció intuir que tragaba saliva, aunque miró sonriente a Adriana y negó con su rostro.

—No la conozco.

Hizo ademán de alejarse, pero Adriana la cogió de la mano con delicadeza. Era buena captando a la gente, interpretando sus gestos. Se dedicaba justamente a ello y por eso mismo intuía que acababa de poner a la muchacha en un compromiso.

—¿De verdad? —preguntó acercándose a ella por encima de la barra—. Por favor —suplicó—, es muy importante que la encuentre. —Miró fijamente a la chica implorando que confiase en ella—. Puede estar en peligro. Puede que necesite ayuda.

La muchacha la miró fijamente de nuevo y volvió a negar.

—Lo siento de veras, pero no la conozco.

Se quedó observándola un segundo.

—¿Hicieron entrevistas ayer?

La camarera suspiró agobiada.

—Oye, perdona... pero yo no sé nada de eso y tengo trabajo. —Se soltó de su mano y se fue hacia el otro extremo de la barra para atender a más clientes.

Aquello le estaba poniendo la piel de gallina, notó como el corazón había aumentado sus latidos ante la reacción y respuestas de aquella camarera.

Se notó la boca seca. Dio un par de sorbos a su refresco y miró de un lado a otro, fijándose no solo en los camareros que atendían, sino también en los que iban por las mesas recogiendo vasos vacíos.

Cogió el vaso de tubo, se puso el bolso en el hombro y se dirigió a un joven que recogía los vasos de las mesas vacías. Fue hasta su lado, sonriente.

—Hola —lo saludó.

El chico se giró mientras colocaba vasos sobre la bandeja.

—Hola —respondió este.

—Estoy buscando a una amiga —dijo mostrándole la fotografía de Amna—. Ayer hizo una entrevista aquí.

El muchacho negó con su rostro y volvió a su cometido.

—Esa chica no trabaja aquí.

—Sé que vino a hacer una entrevista ayer —insistió—. ¿Sabes si buscan a gente para trabajar? —preguntó como si estuviese interesada.

El muchacho se encogió de hombros, ya ni siquiera la miraba.

—Solo soy el que recoge los vasos —explicó colocando un par más en la bandeja—. Si estás interesada en trabajar aquí debes hablar con el departamento de recursos humanos.

—Ah, y... ¿dónde puedo encontrarlo?

—Debes traer tu currículum, nos lo dejas y se pondrán en contacto contigo.

Adriana asintió mientras miraba a su alrededor.

—¿Y respecto a ayer? ¿Sabes si hicieron alguna selección de personal?

Se quedó paralizada cuando vio como la camarera hablaba con el hombre de seguridad y, con disimulo, señalaba en su dirección.

Aquello la puso en alerta. Algo no iba bien. Guardó la fotografía de Amna en el bolso y miró hacia la puerta, donde otro guardia de seguridad vigilaba.

—Gracias —dijo hacia el chico sin siquiera girarse, dirigiéndose hacia la salida.

Acabó de ponerse totalmente en tensión cuando el vigilante de seguridad que hablaba con la camarera avanzó con rapidez hacia ella.

—Mierda —gimió.

Aceleró el paso notando que su pulso se descontrolaba. Se detuvo en seco cuando aquel vigilante de seguridad le cortó el paso.

—Disculpe, señorita. —Adriana lo miró con cierto nerviosismo—. ¿Podría acompañarme?

Ella miró directamente hacia la puerta, situada varios metros por detrás de él.

—¿Por qué? —preguntó cruzándose de brazos, intentando disimular el temblor de sus manos—. Ya me iba.

El hombre colocó una mano en su hombro, se situó a su lado y comenzó a empujarla hacia un lateral donde había una puerta de emergencias.

—Será solo un momento —le informó abriendo la puerta.

La hizo pasar y cerró tras él.

Había un pasillo muy largo, todo de color blanco y muy luminoso. El guardia de seguridad le indicó que caminase hacia delante.

Quizás no hubiese sido tan buena idea ir hasta allí.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin dejar de caminar, sujeta con fuerza a su bolso.

El hombre no respondió y se limitó a empujar levemente a Adriana que se quejó.

—Ehh... —soltó molesta.

La hizo detenerse ante una puerta y llamó tres veces.

—¿Por qué me trae aquí? —preguntó atemorizada.

Una voz masculina llegó desde el otro lado de la puerta.

—Adelante.

Nada más abrir la puerta la empujaron al interior. Adriana se giró para observar como el vigilante de seguridad entraba tras ella y cerraba la puerta.

Se giró observando la gran estancia. Se trataba de una oficina llena de archivadores, varias mesas y estanterías. Era lujosa, sin duda, con muebles que llegaban hasta el techo y una tenue luz cálida.

Observó al hombre que permanecía sentado a la mesa mirándola fijamente. Debía de rondar los cincuenta años, cabello blanco y brillante, con una perilla que rodeaba unos gruesos labios. Llevaba unas gafas de pasta que ocultaban sus ojos color marrón oscuro. Vestía con elegancia: un traje negro, immaculado, junto a una camisa del mismo color. Era bastante corpulento.

No estaba solo, a su lado, otro hombre, aunque bastante más delgado, mantenía unos documentos en su mano. No tenía un solo pelo en su cabeza. Llevaba unas finas gafas a través de las cuales podía observar unos pequeños ojos azules. Vestía también de forma elegante, aunque este no llevaba corbata a diferencia del primero.

—Siéntese —le ofreció el primero de los hombres.

Podía intuir que debía ser el propietario del local.

Adriana hizo caso y se sentó con movimientos muy tensos.

—Escuche, no sé la razón por la que me ha hecho venir... —Se quedó callada cuando el hombre señaló a su vigilante de seguridad y este le quitó el bolso—. Ehh... —se quejó de nuevo.

Comenzó a rebuscar hasta que extrajo su cartera y se la entregó a aquel hombre.

Adriana juntó sus manos sobre las piernas mientras se le aceleraba la respiración y observaba a aquel hombre investigar su cartera.

—Señorita Adriana Mancini —dijo dejando su carné identificativo sobre la mesa. Esta se puso erguida y lo miró fijamente mientras él se apoyaba sobre la mesa de madera—. Me han dicho que ha estado molestando a una de mis camareras.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Molestando?

El hombre se tiró hacia atrás, apoyándose contra el respaldo de su butaca, relajado.

—Haciendo preguntas —le informó.

—Yo... Yo solo... —comentó mientras veía como el guardia de seguridad seguía buscando en

su bolso. Extrajo un documento doblado y se lo pasó al propietario del local. Supo de lo que se trataba. La fotografía de Amna—. Tengo una amiga que me dijo que iba a trabajar aquí y... bueno, venía a verla —susurró.

El hombre desdobló el documento y observó la fotografía con detenimiento. La soltó sobre la mesa y volvió a fijar la mirada en Adriana.

—¿Y suele ir acompañada de la fotografía de su amiga?

Ella apretó los labios mientras el hombre de seguridad le devolvía el bolso.

—Ayer... no... no volvió y...

—¿No volvió adónde? —preguntó más intrigado. Supo por su tono de voz que estaba siendo sarcástico. Señaló la fotografía y ladeó la cabeza hacia ella—. Esa chica es una inmigrante, ¿no? —Adriana asintió. En ese momento fue consciente de que realmente sabía algo e hizo que se quedase sin respiración. Aquello se estaba complicando más de lo que esperaba—. Pero usted no lo es.

—Trabajo en el centro de inmigrantes de Mineo, donde ella tiene plaza asignada —explicó con rapidez—. Ayer por la noche no volvió y...

—¿Ha salido a buscarla? —preguntó divertido.

Adriana apartó la mirada de él mientras asentía. Estaba claro que algo le estaba ocultando. Una inmigrante llegada de un país lejano, sin familia que la buscase, necesitada dinero... era un blanco fácil, igual que lo había sido Adama. Aquello no tenía buena pinta.

Tragó saliva y se armó de valor.

—La policía sabe que estoy aquí —pronunció temblorosa.

Aquel comentario hizo que el hombre diese una palmada y comenzase a reír con fuerza, negando con su cabeza, como si no diese crédito a aquellas palabras.

Se quedó observándola unos segundos hasta que finalmente se relajó.

—No sé si sabe con quién está hablando —susurró. Ella lo miró fijamente y negó—. Mi nombre es Giovanni Russo.

Se quedó totalmente petrificada en la silla. Conocía ese nombre, sabía de quién se trataba: uno de los mayores mafiosos y narcotraficantes de Sicilia y, seguramente, de toda Italia. En ese momento fue consciente de la magnitud de lo que estaba ocurriendo, de que Amna estaba realmente en peligro, igual que ella.

Se le atribuían delitos como blanqueo de dinero, trata de mujeres, prostitución, tráfico de drogas y de armas y, ahora, se encontraba en su local, en una habitación sentada frente a él y, además, custodiada por dos hombres más. Aquello no podía salir bien.

—Creo por su gesto que sí sabe quién soy —acabó diciendo Giovanni. Se acercó a la mesa y cruzó sus manos—. Como le he dicho, usted está molestando e incomodando a mi personal...

—Yo solo estoy buscando a...

—¡Y además! —gritó furioso haciendo que ella callase de inmediato—. ¡¿Dice que ha llamado a la policía y que sabe que usted está aquí?!

Estaba asustada, el hecho de que Amna hubiese entrado en contacto con él y ahora estuviese desaparecida, solo podía significar una cosa.

—¿Dónde está Amna? —preguntó sin tapujos.

Giovanni volvió a observarla y se apoyó contra el respaldo.

—¿Quieres ir con ella? —preguntó como si aquello fuese un reto.

Adriana tragó saliva. Entendía lo que podían significar aquellas palabras. Si Amna estaba muerta aquella era una clara amenaza.

—Así que sí la conoce...

—Por supuesto —dijo como si se sintiese orgulloso de ello—. Muy buena chica. Me hará ganar una gran suma de dinero —pronunció aquello de una forma siniestra.

Se le hizo un nudo en el estómago y sintió arcadas en ese momento. Entendía perfectamente a lo que se refería.

—Usted, señorita Mancini, no debería estar aquí —explicó con calma—. Si por mí fuese la dejaría marchar sin problema, pero claro... —continuó tendiéndose sobre el respaldo del butacón—, existe un problema. Usted ha dicho que la policía sabe que está aquí, pero no veo ningún policía con usted. —Ella tragó saliva—. El verdadero problema, señorita Mancini —dijo echándose hacia delante de nuevo, en una postura intimidatoria—, es que si dejo que se vaya, acudirá corriendo a la policía y eso, como usted comprenderá, no puedo permitirlo. —Adriana miró de reojo hacia atrás, donde se encontraba el vigilante de seguridad, y luego desvió toda su atención a la puerta de salida—. Así que, le repito una vez más, usted no debería estar aquí, ¿entiende?

Adriana no respondió. Se levantó y dio unos pasos rápidos hacia la puerta para tratar de escapar, pero el guardia de seguridad la interceptó y la estrelló contra la pared.

Tanto Giovanni Russo como su compañero se pusieron en pie, hecho que aprovechó para alisarse el traje y colocarse correctamente la corbata.

—Tengo una breve reunión con un distribuidor —informó a Adriana que permanecía arrinconada contra la pared por el vigilante de seguridad—, pero si es tan amable de esperar en la sala de al lado, cuando finalice, iremos a dar un paseo usted y yo.

El vigilante le arrebató el bolso de las manos, abrió la puerta cogiéndola del brazo y la sacó de la habitación conduciéndola a la de al lado.

—No, por favor... —suplicó al hombre que la arrastraba sin compasión—. Por favor, ayúdeme —imploró.

Aquel hombre era un muro de piedra. No hubo ningún gesto que delatase preocupación o arrepentimiento por lo que estaba haciendo, simplemente abrió la siguiente puerta y la arrojó al interior sin contemplaciones.

## Capítulo 16

Neil volvió a mirar su móvil. Eran las nueve y media de la noche.

Había llamado a Adriana varias veces, pero ni siquiera cogía el teléfono y, peor aún, no aparecía en línea en el programa de mensajería desde hacía horas.

El último mensaje lo había dejado preocupado, pero más preocupado estaba por el hecho de que Bronte y sus secuaces se encontrasen en la isla.

¿Y si habían dado con ella? No lo veía muy probable, aunque en ese momento debía confesar que era su punto débil.

Hacía más de una hora y media que había quedado con ella y ni una noticia suya. Ni una llamada, ni un mensaje. Y no creía que fuese de ese tipo de chicas que no se excusaban si iba a llegar tarde.

Sus compañeros seguían investigando sin descanso, aunque de vez en cuando alguno se tomaba un respiro. Neil había esperado hasta que su paciencia se había agotado y la preocupación no le dejaba pensar con claridad.

Bajó a la planta baja donde el padre de Adriana revisaba los libros de cuentas.

—Buenas noches —le saludó apoyándose contra el mostrador.

El padre le obsequió con una sonrisa al reconocerlo y se puso en pie.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Verá... —Miró durante un segundo hacia las escaleras que conducían a la planta superior —, habíamos quedado todos con Adriana para ir a cenar —aquel dato cogió desprevenido a Marco—, y no se encuentra en su habitación. De hecho, la he llamado varias veces al móvil y ni siquiera contesta.

El padre de Adriana le mostró un gesto preocupado.

—Sí, se ha ido al inicio de la tarde. Estaba nerviosa.

—¿Por?

—Algo en el trabajo. —Miró su móvil de nuevo—. La he llamado varias veces, pero tampoco lo coge.

Neil asintió. Con aquello le bastaba. Era normal que quizás a él no le informase, pero ¿a sus padres tampoco?

—De acuerdo, gracias —se despidió dirigiéndose a las escaleras.

—Espera... Neil, ¿verdad? —preguntó el padre. Él asintió—. ¿Habíais quedado todos con mi hija? —Luego ladeó la cabeza, confundido—. Adriana me había dicho que había quedado solo contigo para cenar.

A Neil le brotó una sonrisa de circunstancias y un leve tic en el párpado inferior del ojo. ¿De verdad Adriana le había dicho que iba a cenar a solas con él por segunda vez?

—Sí, bueno... amm... nos íbamos a unir todos —susurró mientras el padre se sentaba en la silla asintiendo, como si le convenciese aquella explicación. Se giró y tragó saliva—. Joder —susurró mientras subía acelerado los escalones.

Fue directo a su habitación y cerró la puerta. Inspiró con fuerza intentando calmar sus emociones. Debía centrarse en encontrarla y asegurarse de que estaba bien.

—¡Hermi! —gritó dirigiéndose a la mesa para coger la cartera, introduciéndola en uno de sus bolsillos. Se palpó el derecho asegurándose de que llevaba el móvil y se giró para esperar a su amigo—. ¡Hermi! —volvió a gritar con urgencia.

Su amigo se materializó en aquel preciso instante.

—¿Qué ocurre?

Neil fue directo hacia él y colocó una mano en su hombro.

—Llévame al centro de refugiados de Mineo.

Aquello lo cogió por sorpresa.

—¿Al centro de refugiados de Mineo?

—Sí.

—¿Para qué? —Neil resopló y apretó su hombro haciendo que Hermi se quejase—. Ay...

—Tú llévame y ya está —ordenó, aunque Hermi lo miró enarcando una ceja. Neil puso los ojos en blanco—. Adriana ha desaparecido. Había quedado con ella esta tarde, me ha dicho que tenía que salir por un asunto urgente al trabajo y desde entonces no tengo noticias tuyas ni tampoco sus padres. Quiero asegurarme de que está bien. —Hermi tragó saliva y apretó los labios—. No me fío de nadie sabiendo que Bronte está aquí.

Esta vez Hermi no dijo nada, simplemente asintió y, en un segundo, se encontraban en un descampado. Neil miró hacia los lados. Era plena noche, las estrellas y la luna resplandecían con fuerza en el cielo. A pocos metros de él se encontraba el refugio.

—Quédate conmigo —pidió Neil mientras avanzaba hacia la puerta de entrada alumbrada únicamente por unos focos.

—¿Crees que Bronte puede haber hecho algo? —preguntó Hermi con temor.

Neil suspiró mientras aumentaba sus pasos.

—No lo creo —se sinceró—. Adriana me ha especificado esta tarde que tenía que salir por un asunto de emergencia en el trabajo. Había quedado a las ocho conmigo.

—Son las nueve y media.

—Sí, y no me ha dicho nada... y a sus padres tampoco.

—Quizás tenga trabajo —sugirió Hermi.

—Está de baja laboral por lo del latigazo cervical.

Aquello hizo comprender la situación a Hermi que asintió de inmediato.

Se detuvo mirando hacia la puerta. El centro para refugiados estaba alejado de cualquier población y la única luz por aquella zona era la que emergía del centro vallado y de la puerta de acceso.

—Hazme un favor —pronunció Neil—, ¿puedes mirar si está en el interior del recinto?

—Claro. Enseguida vuelvo.

Cuando Neil se quedó solo volvió a coger su móvil y observó. Nada, ni una llamada, ni un mensaje... Aquello lo tenía mosqueado, sobre todo cuando recordaba lo que le había explicado acerca de su trabajo. Adriana tenía un oficio arriesgado intentando evitar que muchas de las jóvenes inmigrantes cayesen en las mafias y en la prostitución. Aquel no dejaba de ser un trabajo duro y, en cierto modo, conllevaba un peligro inherente al hecho de verse envuelto en ese tipo de mundo.

Marcó el teléfono de Adriana y llevó el móvil a su oído. Cuando sonó el octavo tono sin recibir respuesta colgó. Cada segundo que pasaba hacía que su nerviosismo creciese.

Hermi apareció a su lado y negó directamente.

—No está.

Neil resopló y se dirigió a la puerta de entrada mientras guardaba el móvil.

—Mierda —susurró mientras notaba sus músculos cada vez más en tensión. Fijó la mirada en los dos militares que estaban en la puerta. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo su cartera. De algo le serviría pertenecer al ejército y, concretamente, al equipo de rescates de emergencia.

—Hola, buenas noches —saludó al primero de los militares.

—Buenas noches —respondió acercándose con una metralleta colgada al cuello.

Neil abrió su cartera y extrajo su carné identificativo del cuerpo militar de Irlanda.

—Disculpad las molestias —pronunció en un perfecto italiano—. Soy compañero. —El militar cogió la identificación para estudiarla bien mientras el segundo también se acercaba—. Trabajo para el equipo de salvamento del ejército de Irlanda —explicó.

El militar le medio sonrió con complicidad y le devolvió su carné.

—¿Ocurre algo? —preguntó solícito—. ¿Necesitas ayuda?

Hermi se colocó a su lado con las manos en los bolsillos.

—Una amiga mía trabaja aquí. Adriana, una chica rubia, ojos marrones...

—La conocemos.

—La hija de los propietarios del hotel *El hijo del Vulcano* —continuó aportando datos para asegurarse de que sabían a quién se refería. En ese momento Hermi carraspeó, lo que hizo que Neil lo mirase de reojo ante la insinuación—. ¿Ha estado aquí antes?

El segundo militar asintió.

—Sí, ha estado. Pero se fue hace bastante rato, como un par de horas.

Neil se removió inquieto.

—Había quedado con ella a las ocho de la tarde —continuó explicando mientras extraía el móvil de su bolsillo—. Sobre las cinco me ha dicho que tenía que venir por un problema urgente en el trabajo, pero que para las ocho estaría. No tengo noticias de ella y sus padres tampoco. Estamos preocupados. No contesta a las llamadas. ¿Sabéis dónde puede estar?

Los militares se miraron preocupados y negaron, aunque el primero de ellos dio un paso hacia Neil.

—Creo que ha estado hablando con Roberto —recordó—. Espera —le indicó a Neil. Cogió un *walkie-talkie* que llevaba colgado del cinturón y lo llevó hasta sus labios—. Eh, Lucas, ¿estás por ahí?

Las interferencias sonaron a través del *walkie*, pero tras unos segundos se oyó una voz al otro lado.

—Sí, dime.

El primer militar volvió a hablar.

—Roberto está en el módulo tres, ¿no?

—Sí.

—¿Está contigo? —preguntó directamente.

El militar que recibía las preguntas miró de un lado a otro, buscándolo.

—Sí, está aquí, ¿por?

—¿Puedes pasármelo, por favor? —preguntó.

Neil suspiró y miró con una sonrisa agradecida al militar.

—Gracias.

—No hay de qué. Adriana es buena chica, es raro que no haya dicho nada —confirmó el militar—. ¿La has llamado muchas veces? —preguntó a la espera de que Roberto contestase al otro lado.

—Sí. Varias. La última hace un minuto. —Observó el móvil—. Ni siquiera aparece en línea desde hace horas.

—¿Sí? —interrumpió la voz de Roberto.

El militar volvió a llevarse el *walkie* a los labios.

—Hola Roberto. Soy Flavio, estoy en puertas. Tengo aquí a un amigo de Adriana, la están buscando, pero no saben nada de ella.

—¿En serio? —preguntó asustado.

—Sí —respondió el militar que miró directamente a Neil—. Te paso con él.

Neil cogió el *walkie* y pulsó el botón para hablar.

—Hola Roberto, soy Neil, amigo de Adriana. Había quedado con ella esta tarde a las ocho, pero no tengo noticias de ella y no me coge el teléfono. Esta tarde, sobre las cinco, me ha enviado un mensaje diciendo que tenía que venir al trabajo por una urgencia.

—Sí —interrumpió nervioso, lo que puso alerta en alerta a Neil—. ¿Estás en la puerta de entrada?

—Sí —contestó.

—Estoy ahí en un par de minutos. Espérame.

Neil notó cómo el pulso se le aceleraba.

—Aquí estaré —respondió y devolvió el *walkie* al militar.

Si hasta el momento había sospechado que algo podía ocurrir, ahora estaba realmente seguro de ello. Había notado el miedo en la voz de Roberto.

—Pasa, adelante —le invitó el militar a que pasase la barrera para entrar al recinto.

Desde el interior pudo observar un poco más. Había decenas de módulos, algunos con luz en su interior, otros la tenían apagada, donde intuía que debían descansar los refugiados.

Roberto apareció caminando a toda prisa en dirección a la puerta.

—¿Eres el amigo de Adriana? —preguntó directamente hacia Neil.

—Sí —dijo extendiendo la mano hacia él mientras Hermi se colocaba a su lado—. Los dos somos amigos de ella. Me llamo Neil Brennan. Él es Hermi. —Roberto asintió mientras estrechaba su mano—. ¿Sabes dónde puede estar Adriana?

—Ha venido esta tarde. Verás... —Miró a los militares de soslayo mientras se acercaba un poco más—. No sé si ella te habrá informado sobre que hace unos días apareció una chica muerta. —Neil enarcó una ceja y miró de reojo a Hermi—. Una inmigrante de nuestro grupo. Muchas de esas mujeres acaban metidas en redes de prostitución. Intentamos evitarlo, pero no todas las veces lo conseguimos. —Tomó aire mientras notaba como la boca se le secaba—. Una chica del grupo de Adriana ha desaparecido. Se llama Amna. —Neil se removió incómodo notando como los músculos se le ponían en tensión—. Ayer informó que tenía una entrevista de trabajo en un bar como camarera y no ha vuelto. —Tomó aire—. Adriana ha ido a buscarla.

Neil aguantó la respiración comprendiendo el peligro al que se exponía Adriana.

—¿Te ha dicho dónde era la entrevista?

—Sí. En un bar llamado *La reina de copas*, en Catania.

—¿Cuánto hace de esto? —preguntó con urgencia.

Roberto miró su reloj.

—Ha venido sobre las cinco y media de la tarde.

Neil asintió y colocó una mano en el hombro de Hermi.

—Vamos. Muchas gracias —indicó a todos.

Roberto se llevó la mano al móvil.

—Avisaré a la policía —indicó.

Neil no respondió a aquello, simplemente empujó a Hermi hacia fuera, con urgencia.

Eran prácticamente las diez de la noche. Sabía que en coche se tardaba poco menos de hora y media en llegar, así que llevaba demasiado tiempo en aquel lugar y, lo peor de todo, sin dar señales de vida.

Cogió a Hermi por la camiseta, arrastrándolo.

—Ah, Neil —se quejó—. Que ya te sigo el paso —gimió.

Neil se internó en el descampado hacia la zona oscura y, cuando creyó que ya no podían verlo, lo soltó. Hermi se puso bien la camiseta y miró con una ceja enarcada.

—Al bar de copas, ¿no?

—Sí —gritó de los nervios.

—Vale, vale... pero cálmate. Ya sabemos lo que puede ocurrir si te enfadas demasiado y no creo que sea conveniente que...

Neil lo cogió de la camiseta acercándolo, con gesto sombrío.

—¡Ya! —gritó de los nervios.

—Vale, vale... —pronunció mientras colocaba una mano en su hombro—, pero respira profundo —le indicó con voz sosegada.

—Hermiiiiiiii... —rugió.

Al instante, aparecieron justo en la esquina de una calle con poca iluminación.

Hermi se soltó de Neil.

—Menudo genio tenéis todos —se quejó Hermi.

Neil miró de un lado a otro e intentó ubicarse.

—Y eso que eres amigo nuestro, ¿eh? —bromeó Neil. Se giró de nuevo hacia él—. ¿Dónde está el bar?

Hermi señaló la esquina.

—Es este edificio. Estamos en la parte de atrás —explicó.

Neil se giró hacia la pared y miró con atención. No había ventanas por ningún lado, así que era imposible buscarla.

Hermi se quedó observando a su amigo. Conocía a Neil desde que era pequeño, era uno de sus mejores amigos y jamás lo había visto tan desesperado como aquella vez. Estaba claro que aquella chica le gustaba.

—Espera aquí, voy a ver si está dentro —se ofreció Hermi.

Neil lo miró agradecido y asintió antes de verlo desaparecer.

Se movió con rapidez hacia la esquina y observó el local. La zona era especialmente sucia y oscura, incluso denigrante. Pudo ver a varias mujeres ligeras de ropa adentrarse en una de las calles contiguas junto a unos jóvenes, otros de los que por allí paseaban habían consumido algo más que alcohol.

Miró con detenimiento el edificio. Aquel bar debía de disponer de una puerta trasera como medida de seguridad, estaban obligados por ley.

Caminó hacia el otro lado y observó una puerta. Se dirigió hacia allí e intentó abrirla. Estaba cerrada.

Notó el corazón palpar a una velocidad que no había conocido hasta ahora y sintió cómo todo su cuerpo comenzaba a arder. Hermi ya se lo había dicho, debía calmarse no solo por su bien, sino por el de todas las personas que estaban allí. Por suerte, había controlado sus dones desde pequeño y no le costaba dominarlos, pero aquella era la primera vez que los sentimientos se anteponian al dominio de su poder.

Si le había ocurrido algo, si le habían hecho daño, dudaba mucho que pudiese contenerse.

—Eh, Neil —susurró Hermi a su espalda.

Neil se giró alarmado hacia atrás. No lo había escuchado llegar.

—¿Está Adriana aquí?

—Uff... —pronunció su amigo preocupado.

—¡¿Qué?! —gritó de los nervios.

—Eh, eh... primero asegúrame que vas a controlarte.

Neil lo cogió del brazo de nuevo y apretó su mandíbula.

—¿Está o no? —preguntó con ansiedad.

Hermi asintió levemente mientras tragaba saliva, con la mirada fija en Neil.

—La tienen encerrada en una habitación.

Neil puso su espalda recta y, en ese momento, Hermi pudo detectar aquel brillo tan característico del dios Vulcano en el iris de sus ojos, cómo su color gris se iba transformando en un tono rojizo, similar al de una llama.

—Hay mucha gente en la discoteca —informó con rapidez a su amigo para que se controlase.

—¿Sabes quién la tiene ahí?

—Está al lado de otra habitación donde hay dos hombres. Me ha parecido escuchar algo de negocios y que debían transportar la mercancía.

—¿Y algo sobre ella? —lo cortó.

Hermi tragó saliva y lo miró fijamente.

—Se la van a llevar a dar una vuelta —susurró con temor.

—¿Dónde está esa habitación?

—Aquí. En la planta baja.

Neil miró directamente la puerta y fue de nuevo hacia ella.

—¡Ábrela! —gritó.

Hermi se puso a su lado y asintió.

—Pero prométeme que no cometerás ninguna locura.

—Te prometo que como no la abras en este mismo momento pienso cometerla... —se acercó a él, a escasos centímetros de su rostro—, contigo.

—Je, je... voy. Pero nada de prender fuego, ¿eh?

—¡Ábrela! —gritó agotando su paciencia.

Hermi colocó la mano en la puerta y esta cedió abriéndose sin más. Neil no esperó y entró por el pasillo caminando de forma acelerada. Era un pasillo largo, blanco, iluminado por fluorescentes.

—¿Cuál de las puertas es? —preguntó a Hermi sin mirar atrás.

—Creo que es esa —respondió Hermi que caminaba a su espalda.

Se detuvieron cuando escucharon unas voces y la segunda puerta se abrió.

—No, no... —gimió Hermi—. Contrólate, ¿eh? —le advirtió su amigo.

Neil permanecía con la vista clavada en esa puerta.

—Pero si yo tengo mucho autocontrol, ya lo sabes —ironizó.

—¡Que te controles! —le ordenó con un grito desesperado.

Justo en ese momento un hombre trajeado abrió la puerta y salió.

—Coge a la muchacha y métela en el coche —ordenó una voz desde dentro.

Aquello le enfureció. Sabía a quién se refería.

Aquel hombre giró su cabeza hacia delante y se encontró con Neil a pocos metros de él, a su espalda estaba Hermi resoplando.

—Joder... —susurró Hermi.

—¡Eh! —gritó el hombre llevando la mano al cinturón para coger el arma.

Neil solo tuvo que levantar su mano para que el arma se pudiese al rojo vivo provocando que el vigilante de seguridad gritase y se viese obligado a soltarla.

—¿Qué haces? —gritaron desde el interior de la habitación sin ser conscientes de que otra persona se encontraba en el pasillo.

Neil dio unos pasos hacia delante con la mirada fija en el hombre que se observaba la quemadura de la mano.

—Neil, Neil, Neil... —dijo Hermi detrás de él, intentando calmar a su amigo.

—¿A quién dices que te vas a llevar? —preguntó este situándose frente al hombre.

—¿Y tú quién eres? —gritó uno de los hombres desde el interior de la habitación.

Neil se giró hacia él con toda la calma que pudo reunir, mientras el guardia de seguridad aún gritaba observándose la mano.

Dos hombres permanecían en el interior de un despacho. Resultaba muy obvio quién era el mandamás de todo aquello. Sobre la mesa había muchos documentos y carpetas.

—¡Haz algo! —gritó Giovanni a su hombre.

El hombre sollozó de nuevo, pero se puso erguido y fue directo hacia Neil elevando su brazo con rabia para golpearle. Neil, sin siquiera girarse ni perder de vista a Giovanni, elevó su brazo y golpeó el rostro del vigilante de seguridad que salió disparado hacia atrás volando varios metros por encima del suelo.

Aquello dejó sin habla a los dos hombres que se encontraban en la habitación.

Neil entró en el despacho de Giovanni Russo con toda la calma del mundo.

—Vengo a buscar a una amiga —explicó con seriedad—. Se llama Adriana. Creo que está aquí con ustedes.

Giovanni dio la vuelta al escritorio y abrió el cajón para coger un arma que tenía escondida.

Neil sabía lo que pretendía hacer.

De repente, el escritorio ardió creando una hoguera en medio del despacho.

El segundo hombre, que se había mantenido al margen, gritó huyendo hacia el otro lado de la habitación.

Giovanni profirió un grito de dolor extremo cuando la manga del traje ardió al contacto con el fuego e intentó mitigar las llamas con golpes, si bien le fue imposible. Se retorció de dolor

mientras se desabrochaba el botón de la chaqueta y se la sacaba ante la atenta mirada de Neil.

Consiguió arrancarla de su cuerpo y se observó el brazo quemado donde ya comenzaban a formarse ampollas en la piel. Elevó su mirada cuando Neil se acercó más a él, y en este caso su prepotencia se había sustituido por una mirada de terror.

Neil miró el escritorio y, de repente, las llamas desaparecieron. Aquello hizo que Giovanni se echase hacia atrás apoyándose contra una estantería.

—¿Quién eres? —logró articular entre jadeos.

Neil avanzó hasta una estantería donde había muchos documentos.

—Eso no te importa —pronunció cogiendo una de las carpetas donde había decenas de documentos—. La cuestión es... —dijo abriéndola y girándose hacia él—, ¿quién eres tú? —preguntó mientras avanzaba en su dirección haciendo que las piernas de Giovanni temblasen hasta tal punto que no podían soportar su peso. Neil se colocó frente a él mientras este caía al suelo gritando por el dolor, sin siquiera poder tocarse el brazo—. Giovanni Russo —comentó agachándose ante él, leyendo uno de los papeles—. ¿A qué te dedicas, Giovanni? —preguntó amenazante, observando los documentos. Se percató de la gran cantidad de nombres de mujeres que aparecía en ellos—. ¿Eres un proxeneta? —preguntó con tal furia que Giovanni no solo no contestó, sino que se limitó a tragar saliva—. Hace unos días encontraron a una inmigrante muerta y, ahora, otra ha desaparecido. Y fijate qué casualidad que cuando mi amiga Adriana viene en su busca, me entero de que la mantienes aquí retenida. —Se giró para observar a Hermi que se encontraba bajo el marco de la puerta—. ¿A ti te suena bien eso? —preguntó a su amigo con ironía.

—Nada bien —contestó Hermi encogiéndose de hombros, aunque se asomó para ver que el vigilante de seguridad al que Neil había golpeado se levantaba del suelo pese al dolor—. Eh, este se está levantando.

—Dile... —gritó Neil para que aquel hombre lo escuchase—, que como se atreva a moverse lo convertiré en cenizas —amenazó.

El guardia de seguridad se quedó totalmente quieto, señal de que había prestado atención.

Neil volvió su mirada hacia Giovanni, el cual estaba totalmente pálido y sudoroso, ya no solo por el dolor, sino de puro miedo.

—Vas a explicármelo todo, ¿verdad? —preguntó amenazante—. ¿O quieres que monte otra barbacoa? —Giovanni tragó saliva y negó—. Bien, estas mujeres... —señaló el documento—, ¿trabajan para ti? —Giovanni asintió levemente—. ¿Son prostitutas? —Esta vez no respondió, sino que miró directamente a su contable que se encontraba al otro lado de la habitación, agachado tras la mesa, intentando permanecer escondido—. ¡Eh! —Golpeó su mejilla para que le prestase atención—. ¿Son prostitutas? —Giovanni volvió a tragar saliva—. Más te vale contestar porque me enciendo muy pronto si no recibo respuesta.

—No, no lo son —susurró.

Neil se quedó observándolo, aquel hombre estaba totalmente aterrado, no solo por lo que acababa de ver, sino por la respuesta a aquella pregunta.

—¿Traficas con mujeres? —preguntó tan encolerizado que hizo que Giovanni cerrase los ojos. La falta de respuesta confirmó sus sospechas—. ¡¿Dónde están?! —gritó.

El hombre apretó los labios con furia, abrió los ojos y lo miró fijamente.

—Maldito hijo de puta —le espetó—. ¡No sabes con quién estás tratando! —lo amenazó

Giovanni.

—No —rugió Neil a escasos centímetros de su rostro—. Tú eres el que no sabe con quién está tratando —susurró. Colocó la mano en su pierna y ejerció un poco de presión. Giovanni gritó cuando notó como aquella mano comenzaba a arder—. Vas a decirme dónde están esas mujeres ahora o te aseguro que acabarás convertido en cenizas.

Giovanni gritó y abrió los ojos al máximo, respirando con dificultad.

—En el barco —sollozó el hombre. Neil se detuvo y apartó la mano. En ese momento Giovanni vio como la tela donde Neil había puesto la mano estaba chamuscada. Seguramente tendría otra quemadura en su pierna.

—¿En qué barco? —gritó Neil.

—En el Santa Verónica —le devolvió el grito el hombre—, en el puerto de Catania.

Neil se giró para observar a Hermi, el cual esperaba atento.

—Avísalos —comentó—. Ve con ellos al puerto.

Hermi lo comprendió al instante.

Gael y Karan podían sacar a todas las mujeres del barco sin problema.

Asintió y desapareció en una fracción de segundo.

Giovanni se llevó la mano a los ojos sin dar crédito a lo que había visto.

—Eres un demonio —susurró atemorizado.

—No precisamente —contestó Neil poniéndose en pie—. Dime, ¿cómo arreglamos esto? ¿Prefieres entregarte a la policía? ¿O hago que arda todo el local contigo y los tuyos aquí dentro? —preguntó girándose hacia el hombre escondido tras la mesa.

El hombre escupió con rabia en su dirección.

—Acabaré contigo, hijo del demonio...

—Me lo estás poniendo muy fácil —ironizó Neil que fijó la vista en él. En ese momento, su iris se tornó anaranjado e hizo que Giovanni gritase. Intentó controlarse tal y como le había prometido a Hermi, aunque le era muy difícil—. Tarde o temprano volveré, mientras tanto, espero que te pudras en prisión. Ten esto en cuenta —dijo dando un paso hacia él para darle más énfasis a sus palabras—, cuando menos te lo esperes, cuando estés totalmente relajado y apenas me recuerdes, apareceré y haré que ardas hasta consumirte. —Giovanni tragó saliva, mirándolo atemorizado—. Vuelve a acercarte a Adriana o a hacer algo así en tu vida y te aseguro que yo mismo acabaré contigo.

Dicho esto, se giró y salió de la habitación. Uno de los guardias de seguridad estaba de rodillas al final del pasillo.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Neil mirando las puertas, aunque el vigilante de seguridad aún parecía estar noqueado por el golpe—. ¿Adriana? —gritó llamándola, aunque esta no respondió.

Aquello lo alteró más aún y volvió a mirar al vigilante.

—¡Eh! —gritó tan fuerte que hasta las paredes temblaron—. ¿Dónde está Adriana?

El hombre señaló hacia la segunda puerta.

Neil fue hasta allí e intentó abrir, pero estaba cerrada.

—La llave —rugió—. ¡Ábrela! —gritó.

El guardia de seguridad se movía muy lento, así que Neil fue hacia él con gesto furioso y lo levantó cogiéndolo por el cuello de la chaqueta.

—Intenta algo que no sea sacar la llave del bolsillo y eres hombre muerto —lo amenazó.

## Capítulo 17

Había escuchado golpes y gritos en la habitación contigua. Sabía que algo ocurría, pero no entendía correctamente lo que hablaban. Se había arrinconado en la habitación sin poder siquiera concentrarse en las palabras ni entender el significado de lo que escuchaba.

El corazón se le heló cuando escuchó, al fin, unas palabras que comprendía.

—¿Dónde está la muchacha? —escuchó una voz masculina, realmente grave y encolerizada—. ¿Adriana?

Ese fue el momento en que se quedó petrificada, sin saber cómo reaccionar, totalmente paralizada por el miedo.

—¡Eh! ¿Dónde está Adriana?

¿Venían a por ella? Pero ¿quién y para qué? Lo que tenía claro era que aquella no era la voz del inspector.

—La llave —rugió aquel hombre—. ¡Ábrela! —gritó.

Adriana miró la puerta, temblando, sin poder pronunciar palabra alguna, pues el miedo había paralizado sus cuerdas vocales.

—Intenta algo que no sea sacar la llave del bolsillo y eres hombre muerto —comentó amenazante la voz masculina.

Se puso en pie, notando sus piernas temblar y obligándola a apoyarse contra la pared. Buscó con rapidez en la habitación algo con qué defenderse, pero ahí no había nada, absolutamente nada. Solo una pequeña mesa cuadrada vacía. Nada más.

Miró la puerta aguantando la respiración y abrazándose a sí misma, escuchando como introducían la llave y daban una vuelta a la cerradura.

Recordó a su madre, a su padre y a sus amigas de Nápoles. Nadie sabría lo que le había ocurrido, nadie sabría cuál había sido la causa por la que había ido allí. Adama estaba muerta, Giovanni la habría asesinado y seguramente habría hecho lo mismo con Anna y, ahora, ella sería la siguiente.

Neil abrió la puerta y empujó al vigilante de seguridad alejándolo de allí. Entró con premura y recorrió toda la habitación hasta que se encontró con la mirada asustada de Adriana. Permanecía apoyada contra la pared en la esquina más alejada de la puerta. Ella lo observaba sin comprender nada, incluso le costó reconocerlo, pues era la última persona que esperaba ver allí.

Neil fue directo hacia ella, pues Adriana permanecía en shock.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado mientras colocaba sus manos en sus hombros.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿Neil? —preguntó confundida.

Él asintió y la abrazó, pero ella aún no reaccionaba. Se quedó totalmente aturdida entre sus brazos, aunque, tras unos segundos, comprendió que nada malo le ocurriría y que justamente él estaba allí para ayudarla. Echó sus brazos temblorosos hasta los de él y se abrazó con fuerza mientras rompía a llorar.

—Ya está —susurró acariciando su cabello.

Ella se separó levemente, observándolo incrédula.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó con temor.

Él la miró con cara de no comprender su pregunta.

—He venido a buscarte —respondió como si fuese lo más obvio.

—¿A... a buscarme?

—Me dejaste preocupado con el mensaje y tus padres no sabían nada de ti —dijo rodeando su cintura para ayudarla a caminar, dirigiéndose hacia la puerta—. Pregunté en el centro de refugiados donde trabajas y Roberto me explicó lo que habías hecho.

Adriana lo miró impresionada.

—¿Has... has ido a buscarme al...? —Se quedó callada al salir por la puerta y observar al vigilante de seguridad tendido en el suelo sin sentido. Miró a Neil boquiabierto, sin dar crédito—. ¿Has sido tú?

Él se encogió de hombros.

—Te dije que soy militar, ¿no? —comentó con una leve sonrisa, pero ella ni siquiera parpadeaba—. Vamos —continuó iniciando la marcha.

Adriana se detuvo de nuevo cuando pasaron frente a la habitación donde Giovanni permanecía en el suelo sollozando.

—Mi bolso —susurró.

Neil la dejó apoyada contra la pared de enfrente y entró en la habitación. Ella lo seguía con la mirada. Le sorprendió que el escritorio donde había visto a Giovanni tenía un color oscuro, como si se hubiese quemado, de hecho, aún había humo en la habitación y un fuerte olor a quemado. Aquello no fue lo que más le sorprendió, sino ver que Giovanni estaba tirado sobre el suelo, sollozando, quejándose del brazo y de la pierna y que, cuando entró Neil en la habitación, el mafioso lo miraba con terror.

—Quietecito, ¿eh? —le previno Neil pasando por su lado.

Adriana observó su espalda sin dar crédito, mirando de un lado a otro.

—Ah, aquí, ¿es de color azul? —preguntó desapareciendo de su vista.

Tuvo que tragar para poder responder, pues tenía la boca totalmente seca.

—Sí —balbuceó.

Neil lo cogió y cuando se giró para volver a la puerta mantuvo su mirada clavada en Giovanni.

—Recuerda todo lo que hemos hablado —lo amenazó. Fijó la mirada en una carpeta de color azul y sonrió hacia él—. Pondré esto bien a la vista, seguro que a la policía le interesa —ironizó.

Pudo ver que Giovanni se echaba a temblar antes de que Neil llegase hasta Adriana, la rodease por la cintura y caminasen hacia el final del pasillo.

Al menos había llegado a tiempo de que no se la llevasen. Aquel hombre era el cabecilla de una mafia, de una red de tráfico de mujeres, como mínimo. No quería ni imaginar lo que podría haber hecho con ella. Aquello lo enfureció y notó que la cólera amenazaba con despertar y descontrolarlo, pero se frenó al notar la mirada de ella posada en su rostro.

Adriana lo miraba con incredulidad.

Salió por la puerta y la cerró. En ese momento notó el aire fresco. Ahora que la tenía con él, sana y salva, estaba tranquilo.

—¿Has venido tú solo? —preguntó ella todavía asombrada.

—Sí. —Y en ese momento chasqueó la lengua. No tenía vehículo ahí, Hermi lo había llevado hasta aquella zona—. Has venido con coche, ¿verdad? —Ella asintió—. Vamos —dijo

tendiéndole la mano que tenía libre—, yo conduzco.

—Emm... tú... ¿cómo has venido?

—En taxi —dijo cediéndole el bolso que llevaba bajo el brazo. Ella lo cogió entre sus manos temblorosas e intentó abrirlo, pero tal era el descontrol de sus movimientos que le costaba atinar—. Eh... —dijo cogiéndole el bolso con delicadeza—, tranquila. Ya está.

Aún no comprendía cómo él podía estar allí, pero sintió un alivio enorme.

—Gracias... —balbuceó—, por venir a buscarme.

Neil extrajo las llaves del coche y la observó con una tímida y leve sonrisa.

—No es nada.

—Pero... no entiendo cómo has podido entrar ahí y... ¿te has enfrentado tú solo a Giovanni? —Él se encogió de hombros mientras colocaba el bolso de ella bajo su brazo, pues Adriana aún temblaba demasiado como para sujetarlo por ella misma—. Por Dios, es... es un mafioso, está involucrado en tráfico de armas, de blancas, de droga...

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido mientras la rodeaba por la cintura para que caminase de nuevo—. ¿Dónde tienes el coche?

Le indicó con la mano el camino.

—Sí —continuó sobresaltada—. El de seguridad que estaba inconsciente en el suelo fue el que me llevó a aquella habitación...

—¿Fue él? —preguntó molesto—. Debería haberle dado más fuerte —susurró más para él que para ella.

—¡E iba armado! —continuó esta vez con más energía—. Vi que llevaba un arma en su cinturón cuando me llevó hasta allí. ¿Cómo es posible que...?

—Nos enseñan a defendernos —la interrumpió.

Ella parpadeó varias veces. En efecto, recordaba los gritos, los golpes y la pelea que se había montado en la habitación de al lado, así que suponía que Neil debía de ser un buen luchador puesto que había salido victorioso, pero aún había cosas que no comprendía.

—¿Y qué ha ocurrido en esa habitación? El escritorio estaba quemado.

—Ah, ya... —continuó Neil mirándola de reojo—, cuando he peleado con Giovanni se ha caído la vela que tenía en el escritorio —se excusó.

—¿Qué vela? No vi ninguna cuando estuve ahí.

—Pues no sé. La encendería cuando te fuiste. Una de esas velas de olores.

—¿Una vela? —continuó nerviosa, intentando entender lo sucedido—. Él estaba quemado también...

—Ya, es un poco patoso. No sabe luchar muy bien y se cayó encima del escritorio cuando los documentos ardían.

—¿Y en la pierna también? —continuó pensativa. Había algo que se le escapaba—. ¿Llevas algún arma? —preguntó directamente.

—No, no llevo nada. Aunque podría —contestó acelerando el paso hacia donde ella iba indicando. Desde luego, estaba saliendo de su estado de shock porque no dejaba de preguntar. Lo mejor sería zanjar la conversación—. Debo reconocer que tuve suerte con la vela...

—Y con el guardia de seguridad —comentó más alterada—. ¿Podría haberte disparado!

—Ya... —Chasqueó la lengua—. Y a ti, ¿cómo se te ocurre venir hasta aquí?

Ella apretó los labios.

—Estaba... estaba buscando a Amna. Es una chica del refugio que...

—Sí, sé quién es. Me lo ha explicado Roberto.

Adriana se detuvo ante un vehículo.

—Es este —indicó.

Neil abrió la puerta y la ayudó a sentarse, luego fue directamente hacia el asiento del conductor. El coche era bastante viejo.

—¿Por qué no avisaste a nadie? Podrías habérselo dicho a tus padres —continuó él mientras se ponía el cinturón de seguridad imitándola a ella.

Adriana se pasó la mano por la frente.

—Si lo explicaba sabía que no me dejarían venir —susurró—. Llamé a Alessandro De Luca varias veces. —Neil enarcó una ceja mientras se incorporaba a la carretera y cambiaba de marcha—. Es el inspector que lleva los casos de asesinato.

—¿Se lo explicaste? —preguntó.

—No me cogía el teléfono y para cuando lo hizo, ya estaba llegando al bar. Me... —tragó saliva e intentó calmarse—, me dijo que cuando acabase unos asuntos se pasaría por aquí para investigar el caso de Amna, pero... ya sabes cómo funcionan estas cosas —acabó dándole un tono irónico a su voz—. Después de la muerte de Adama y de ver de lo que es capaz Giovanni, me temo lo peor. —En ese momento su voz tembló y su labio amenazó con hacer un puchero.

Neil llevó su mano hasta la de ella y se la cogió.

—Podrías habérmelo dicho a mí al menos —continuó con voz más tranquila—. Sabes que soy militar, que podría...

—Sinceramente, en quien menos pensaba en ese momento era en ti —le interrumpió con timidez—. Lo único que quería era saber de Amna. Y... —continuó observando la mano de él sobre la suya—, cuando te he visto entrar por la puerta...

—Parecías sorprendida —acabó con una leve sonrisa.

En aquel momento ella medio sonrió.

—Todavía no comprendo cómo has podido dar conmigo y entrar ahí.

—He hecho cosas peores. Estoy en el equipo de salvamento. Esto no es nada.

Finalmente situó su otra mano sobre la de él.

—Gracias, no sé cómo voy a poder agradecerte esto.

Neil amplió su sonrisa y la miró durante unos segundos.

—¿Otra cena? —bromeó mientras frenaba en un semáforo.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos. Jamás se había sentido tan agradecida con una persona. En ese momento le debía todo. Si él no se hubiese preocupado por ella, si no se hubiese movido tanto, probablemente en pocas horas habría muerto a manos de ese despreciable de Giovanni.

Se quedó observando su perfil perfecto. Sus ojos grises destacaban con su tez morena y su cabello rubio oscuro.

Se puso lentamente de rodillas en el asiento ante la mirada titubeante de Neil y se abrazó a él.

Neil se quedó parado al ver su gesto, pero con rapidez apoyó su frente contra el cabello de ella cerrando los ojos, disfrutando de aquel momento de ternura.

Adriana suspiró y elevó sus labios hasta su mejilla, besándolo con delicadeza.

—No hay suficientes cenas para pagarte lo que has hecho —susurró contra él.

En ese momento, Neil se giró para observarla, aquel tierno beso le había llegado a lo más

profundo de su corazón. Se quedó contemplándola y acercó sus labios a los suyos, fundiéndose en un delicado beso. La extremada ternura que ella había demostrado al besar su mejilla también la expresó en los labios de él.

Neil le había atraído desde que lo había visto aparecer tras la ventanilla de su coche. Le había parecido encantador en la cena y ahora, literalmente, le debía la vida. Ya no era solo cariño o agradecimiento lo que profesaba hacia él. Se había enamorado de Neil.

Un pitido hizo que ambos se separasen y Neil miró por el retrovisor.

—Está en verde —comentó ella con timidez mientras volvía a su asiento.

—Sí —dijo acelerando cuando el coche de atrás volvió a accionar el claxon—. Ansioso... qué gente... —susurró mirando de nuevo por el retrovisor.

Miró de reojo a Adriana que permanecía vergonzosa, mordiéndose el labio inferior mientras miraba hacia delante. Neil volvió a coger su mano, acariciándola con dulzura.

—¿Puedo pedirte un favor? —susurró ella.

Neil la miró de reojo.

—Claro.

—No digas nada de lo sucedido delante de mis padres.

La observó unos segundos valorando la opción, aunque realmente aquello era lo mejor, así él no tendría que dar explicaciones sobre lo que había hecho.

—De acuerdo —aceptó él—, pero necesito que me hagas tú un favor a mí también. —La miró de nuevo—. Yo también preferiría que no explicases a nadie lo ocurrido. Soy militar y no quiero líos.

—Por supuesto. —Suspiró y se apoyó contra el respaldo intentando relajarse—. De todas formas, De Luca lo detendrá en cuanto aparezca por allí y es posible que si llevaron a Amna al local, puedan seguirle la pista con grabaciones...

—¡Mierda! —gritó al darse cuenta de su error—. Joder —continuó exaltado mientras sacaba el teléfono de su bolsillo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella nerviosa.

Neil marcó de inmediato el teléfono de Karan. Sabía que estaría con Hermi en ese momento.

—Tengo que hablar con Karan —susurró molesto.

—¿Karan? —preguntó ella—. ¿Es uno de los amigos que se alojan en el hotel?

Él la miró de reojo.

—No... —Aunque luego rectificó, puede que acabase conociéndolos puesto que pasaba mucho rato con ellos—. Sí, perdona, Karan se aloja con nosotros.

La voz de Karan llegó desde el otro lado de la línea.

—Eh, Neil, menuda se ha liado, ¿no?

—Escucha —dijo mirándola de reojo—, ¿está Hermi por ahí?

—Sí, claro, está aquí —comentó con rapidez al escuchar su tono de voz—. ¿Va todo bien? ¿Te lo paso?

—Espera, espera... escucha —pronunció acelerado—. He encontrado a Adriana...

—Sí, ya me ha explicado Hermi. Menudo cabronazo. Hemos localizado el barco que...

—Está bien... —lo interrumpió simulando que tenía una conversación con él—. La tengo sentada aquí al lado, vamos en su coche...

—De acuerdo. Comprendo. —Se calló para escuchar.

—Pues al final estaba donde me había dicho Roberto...

—Ajá... te sigo —continuó Karan.

—Pero como tú eres electricista...

—Bueno, vale, admito electricista como válido —bromeó.

—Me preguntaba si una discoteca como esa tendrá cámaras de grabación... quizás... tú... puedas saberlo... o quizás hayas instalado alguna en lugares parecidos.

Karan rio al comprender lo que le insinuaba.

—No te preocupes. Ahora voy. ¡Hermi! —gritó haciendo que Neil tuviese que apartarse el teléfono del oído—. Hay que irse.

—¿Adónde? —Escuchó la voz de Hermi.

—Es Neil. Hay que ir a la discoteca.

—¿Qué ha hecho ya? —gritó Hermi asustado—. ¿Ha provocado un incendio?

Neil suspiró.

—De acuerdo, Karan. Gracias por la información —continuó.

—No —contestó Karan a Hermi—. Ahora te cuento. —Luego volvió a hablar con Neil—. Pero ¿vas a cambiar el nombre del grupo de WhatsApp o no?

Neil resopló.

—Sí, claro —respondió con una sonrisa forzada—. Gracias. —Y colgó directamente.

Volvió a guardar el móvil en su bolsillo y respiró más tranquilo. No había caído en eso. Siempre era muy meticuloso, pero debía reconocer que en aquel momento había perdido los papeles. Debía tener en cuenta que Adriana había llamado a la policía e informado del local. Irían para allí, seguro.

Ella lo miró extrañada, aunque no dijo nada al respecto, lo único que necesitaba en esos momentos era relajarse.

## Capítulo 18

Salió del coche y fue en su busca.

Al menos, ahora ella ya aguantaba el equilibrio.

La cogió de la cintura y se dirigieron al hotel. Adriana giró su cabeza para mirarlo mientras llegaban a la puerta. Solo de pensar que él había ido a buscarla le embargaba una sensación que jamás había sentido con otro hombre.

Nada más entrar a la recepción del hotel su padre salió a su encuentro.

—Adriana, ¿dónde te habías metido? —preguntó llevándose la mano al corazón.

—Perdona, papá —se disculpó dándole un abrazo. Miró de reojo a Neil que permanecía detrás de ellos—. He tenido un montón de cosas que hacer en el trabajo y ni siquiera he mirado el móvil.

—Ya lo he imaginado —contestó—, pero la próxima vez dinos algo. Estaba a punto de llamar a la policía. —Ella sonrió avergonzada—. ¿Ya está todo arreglado? —Adriana asintió dirigiéndose a la escalera, seguida de cerca por Neil que se mantenía en silencio—. De acuerdo, descansa. Ahora le digo a tu madre que ya estás aquí.

—Buenas noches —dijo llegando al primer rellano.

Su padre no contestó, pues ya marcaba el número de teléfono de la habitación de su mujer para informarla de que su hija había regresado.

Adriana se iba detener ante la puerta de Neil, pero él le indicó que siguiese hacia arriba, acompañándola a su habitación. En cuanto se detuvo frente a la puerta buscó la llave en su bolso y se giró hacia él mientras la abría.

—Muchas gracias —susurró—. Prefiero que no sepan lo ocurrido.

Él asintió.

Durante unos segundos se dio cuenta de que Neil miraba el interior de la habitación con aire dubitativo.

Estaba profundamente enamorado de aquella mujer y, tras haber probado sus labios, necesitaba mucho más. Lo único que le apetecía era acompañarla al interior de aquella habitación, pero tenía que hablar con Hermi y asegurarse de que todo había salido bien.

—Descansa —dijo dando un paso hacia atrás.

Adriana se quedó parada ante aquellas palabras, pues durante unos segundos se había planteado invitarle a pasar a su habitación.

Asintió levemente y entró en su cuarto.

—Descansa tú también. Buenas noches. —Le sonrió—. Y gracias —concluyó.

Neil asintió mientras ella cerraba la puerta. Nada más quedarse solo en el rellano se giró y resopló. Por Dios, aquello era lo más difícil que había hecho. Se obligó a bajar los escalones, aunque su cuerpo y su mente le ordenaban que llamase de nuevo a su puerta.

Miró su reloj de muñeca antes de sacar la llave de su bolsillo. Eran las doce y media de la noche.

Cerró la puerta tras de sí y encendió la luz. Se quedó sorprendido cuando no encontró a nadie allí.

Sacó la cartera de su bolsillo y depositó el móvil en la mesa.

—Hermi —lo llamó con calma.

No tardó más que unos segundos en presentarse en la habitación.

—Ya estás aquí —comentó—. ¿Cómo ha ido?

—Bien, ya está sana y salva en su habitación.

—Ajá —comentó con una sonrisa.

—Muchas gracias por lo que has hecho. Te lo agradezco mucho.

—Nada, para eso están los amigos —respondió risueño—. Hemos ido a la discoteca cuando nos has avisado. Karan ha eliminado gran parte de las grabaciones de la noche. No hay peligro. Justo nos hemos ido cuando llegaba la policía.

—Menos mal. ¿Y el barco? ¿Lo habéis encontrado?

Hermi hizo un gesto alterado.

—Por supuesto. ¿Sabes? Luego me he arrepentido de decirte que te controlases —aquella afirmación hizo que Neil arquease una ceja—. Tenían como a veinte mujeres retenidas en el interior.

—¿Veinte?

—Sí, por lo que hemos entendido, el barco salía en pocas horas rumbo a África. —Miró a Neil con intensidad—. Creo que pretendían meter a Adriana en ese barco.

Aquello hizo que Neil apretase los labios intentando contenerse. Se giró y fue al aseo. Abrió el grifó y formó un cuenco con las manos para refrescarse la cara.

—¿Las habéis liberado?

—Ha sido una operación rápida. La policía portuaria se está ocupando de ellas.

Neil asintió y finalmente sonrió mientras se secaba con la toalla.

—Me alegro de que haya salido bien. —Soltó la toalla sobre el mármol y colocó las manos en su cintura—. Por cierto, ¿y el resto?

—Estamos reunidos en la habitación de Karan investigando sobre los oráculos.

—¿Alguna novedad?

Hermi negó.

—No. Acabamos de llegar hace diez minutos. —Luego miró con una sonrisa pillada a su amigo—. La verdad, me sorprende que estés en la habitación.

Aquel comentario hizo que Neil arquease una ceja hacia él.

—¿A qué te refieres? —Lo miró fijamente.

Hermi dio un paso atrás y elevó sus brazos hacia él.

—No, no... Es que... como estabas con ella... No sabía si venir a esperarte aquí o... —Neil suspiró y puso los ojos en blanco—. ¿Vienes a la habitación de Karan?

—No, iré en un rato. Voy a cenar algo. No he comido nada desde este mediodía.

—De acuerdo. Pues cualquier cosa avísame o ven directo a la habitación.

Neil asintió antes de que Hermi desapareciese.

Todo se había solucionado. Adriana estaba a salvo, aquel mafioso seguramente pasaría muchos años en prisión y las mujeres que pretendía vender como mercancía estaban libres. Todo había salido bien, aun así, sentía cierto nerviosismo. Adriana había corrido un riesgo innecesario por ayudar a otra persona. No sabía si sentirse enfadado por ello u orgulloso.

Cerró los ojos unos segundos y se calmó con el recuerdo de aquel suave beso. Ella era lo más

tierno que jamás había conocido, su sonrisa, su forma de expresarse...

—A la mierda —susurró dirigiéndose a la puerta.

No lo pensó más. Cogió la llave, salió de la habitación y fue directo a las escaleras. Se detuvo de inmediato cuando escuchó la voz de Adriana.

—Buenas noches, mamá.

Su madre debía haber ido a informarse de lo ocurrido. Esperó hasta escuchar la puerta de la habitación de Adriana y la de su madre cerrarse y subió los escalones de dos en dos directo a la puerta de Adriana. Se colocó ante ella y llamó un par de veces. Debía estar loco, pero era lo que más quería y necesitaba en ese momento.

Adriana abrió despacio, aunque una sonrisa de incredulidad se formó en su rostro.

—Neil —susurró asombrada—, ¿ocurre al...?

Neil la rodeó por la cintura y la besó mientras la hacía entrar en la habitación y cerraba la puerta tras de sí. Puede que la hubiese cogido por sorpresa, pero la reacción de Adriana fue inmediata. Rodeó sus hombros abrazándolo mientras Neil la besaba.

Chocaron con el escritorio y ella arqueó su espalda, hecho que Neil aprovechó para abandonar sus labios y comenzar a descender por su cuello.

Sí, aquello era una locura, la locura más grande que jamás había cometido. Sabía que no podía permitirse enamorarse en un momento como aquel, donde mantenían una guerra secreta entre los dioses, y el mundo dependía de ellos, pero era algo que no podía evitar. Adriana había entrado como un soplo de aire fresco en su vida y, justamente ella, era uno de los motivos por los que merecía la pena luchar con tanta intensidad.

Paseó sus labios con delicadeza sobre la piel de su cuello mientras ella se sujetaba con un brazo a sus hombros y con la otra mano internaba sus dedos entre el cabello rubio oscuro de Neil.

Volvió a sus labios con un beso más posesivo, aumentando su intensidad, lo que hizo que el gemido de Adriana resonase en la habitación. La cogió por la cintura y la subió al escritorio internándose entre sus piernas, colocando las manos en sus caderas.

Adriana se apretó contra él. El beso en el coche no había sido nada comparado con aquello. Ya había intuido todo lo que Neil podía ofrecerle, pero aquello superaba con creces todo lo imaginable. Sus manos estaban calientes y sus movimientos eran ágiles, seguros de sí mismo, sin atisbo de duda.

Se separó un segundo de ella para recuperar el aliento.

Metió las manos debajo de la camiseta de Adriana, notando su suave piel y, sin pensarlo más, se la levantó pasándola por los brazos que ella alzaba para ayudarle en su cometido. Lanzó la camiseta al suelo y fue hacia su clavícula besándola mientras llevaba sus manos a su espalda para desabrochar el sujetador. En un segundo le bajaba los tirantes sin dejar de besar su cuello.

Adriana pasó también las manos por debajo de la camiseta de él. Neil tenía la piel caliente en comparación con ella y podía notar sus músculos tensarse con sus caricias.

La reacción de él no se hizo esperar, se separó y se quitó la camiseta arrojándola al suelo. Se lanzó sobre ella rodeándola con los brazos, notando su pecho contra el suyo. Aquella sensación los hizo gemir a ambos. La suavidad de la piel femenina le hizo estremecer, besándola con una pasión desatada, sin embargo, a ella no le intimidaba aquel arrebató, al contrario, la contagiaba, pues su necesidad era igual que la de él.

Adriana echó la cabeza hacia atrás mientras un suspiro de placer brotaba de sus labios.

Neil presionó hacia delante con su cuerpo haciendo que ella se reclinase contra la pared y rodeó su cintura con un brazo para sujetarla. Besó su pecho mientras notaba como las manos de ella se sujetaban con fuerza a sus hombros, reprimiendo otro gemido.

Paseó los labios sobre su piel, arrastrando su lengua, sintiendo como Adriana llevaba una de sus manos hasta su cabello y apretaba. Aquella sensación casi le hizo enloquecer. Las manos de ella se movían libres por su pecho y su espalda, pero hubo un gesto que le hizo perder el poco control que tenía. Adriana se alzó levemente y besó su hombro.

Aquello lo descontroló, volvió de nuevo hasta sus labios y se fundió en un beso mientras se echaba sobre ella.

Adriana se abrazó a él mientras el beso se volvía cada vez más pasional.

Neil bajo sus manos hasta los pantalones de ella y desabrochó el primer botón. Ella se detuvo un segundo y fue consciente de lo que ocurría, de lo que iba a pasar. Coincidió la mirada con él un segundo. Neil tenía una mirada firme, segura. Se quedó un segundo observándola hasta que volvió a besarla y la levantó con un brazo para bajarle los pantalones.

Durante unos segundos dudó si ella quería, pero la forma en que Adriana movía las piernas para ayudarle a quitarse el pantalón le hicieron saber que estaba igual de deseosa que él.

Los arrojó al suelo y se puso entre sus piernas acercándola por las caderas.

Se llevó la mano a los pantalones y comenzó a bajárselos.

Adriana le ayudó con sus pies hasta que los empujó al otro lado de la habitación.

Se abrazaron y volvió a llevar sus labios por su clavícula mientras paseaba sus manos por sus piernas. Su piel era extremadamente suave. Subió una mano por su cintura, acarició su pecho y fue hasta su nuca.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco.

Se reclinó sobre ella para rodearla con los dos brazos y se separó del escritorio cargándola.

El escritorio estaba bien, pero nada podía superar el confort de una cama.

Se sentó en el borde del colchón con ella encima, acariciándola. Si ya de por sí tenía una temperatura elevada por su genética, en esos momentos se notaba ardiendo, aunque, por suerte para Adriana, era un calor interno.

Neil paseó sus dedos por su cabello largo y rubio, acariciándolo, y se quedó contemplando sus ojos marrón verdosos. Podría quedarse toda la vida allí con ella, en esa habitación.

Se giró sujetándola por la cintura y la tumbó sobre el colchón situándose a su lado, sin apartarse de sus labios.

Neil llevó su mano hasta la cadera de ella y comenzó a bajar su ropa interior, despacio.

Adriana se limitó a ayudarlo moviendo las piernas y a acariciarlo mientras la desnudaba.

Neil se colocó sobre ella mientras se quitaba su propia ropa interior.

Sus ojos se encontraron.

Adriana lo miraba con timidez.

—¿Tienes un preservativo? —susurró.

Aquello descolocó totalmente a Neil.

—Umm... No, aquí no. —Luego arqueó una ceja—. ¿Tú sí?

Adriana no contestó. Simplemente se estiró hacia el lado abriendo el cajón de su mesilla. Rebuscó entre las libretas hasta que colocó ante la nariz de Neil un envoltorio plateado.

Neil sonrió socarrón y le cogió el preservativo. Bueno, al menos era una chica preparada, lo

cual le parecía estupendo en aquella situación. El deseo lo tenía tan abstraído que no había pensado en las consecuencias de sus actos.

Lo abrió mientras Adriana volvía a colocarse bajo él.

Neil era rápido, así que en pocos segundos volvía a tenderse sobre ella besándola, aunque se apartó para sonreírle.

Entró despacio en ella mientras un gemido brotaba de sus labios y cerraba los ojos.

Neil se incorporó correctamente y colocó un brazo bajo su cabeza mientras la besaba. Aquella era la sensación más placentera que jamás había sentido.

Comenzó a moverse mientras ella colocaba sus manos en su espalda y lo acompañaba en sus movimientos lentos y acompasados.

Neil mantenía un ritmo lento y constante, pero sacó el brazo de debajo de su cabeza y se colocó sobre ella sujetándose sobre los dos brazos, aumentando la velocidad.

Un sollozo se escapó de la garganta de Adriana y Neil bajó con rapidez hacia sus labios para acallarla, aunque no descendió su ritmo y notó como ella apretaba con más fuerza sus hombros.

Si por él fuese sería mucho más brusco. La necesidad que sentía sobrepasaba todo lo que había conocido hasta ahora, pero ella se merecía una atención y, aunque sabía que podía descontrolarse e ir más rápido, no lo haría.

Volvió a descender hasta ella apoyándose en su brazo y con el otro le hizo inclinar la rodilla cogiéndola con su mano, en ese momento descendió un poco el ritmo permitiendo que ella recuperase el aliento.

Adriana había mantenido los ojos cerrados en todo momento, pero cuando los abrió se dio cuenta de que Neil la observaba atento. Tenía los ojos de un color peculiar, de un gris ceniza que jamás había visto. Eran hipnóticos.

Neil bajó su frente hasta la suya y se apoyó en ella un segundo, intentando recuperar el aliento, aunque no dejaba de moverse.

Era todo lo que deseaba en una mujer y no estaba dispuesto a perderla ni a distanciarse de ella. Sujetó con más fuerza su pierna contra su pecho y aumentó el ritmo perdiéndose los dos en un mundo de placer al que únicamente podían acceder juntos.

Eran las siete de la mañana cuando Adriana despertó. El sol entraba por la ventana filtrándose a través de la cortina translúcida. Se pasó la mano por los ojos y se giró hacia su mesilla para mirar el reloj. Gimió y se echó la sábana por encima. En ese momento cayó en la cuenta. ¿Neil? Abrió los ojos y miró su cama. Estaba vacía. Pasó la mano por encima de la sábana notando que aún estaba caliente.

Un ruido llegó desde el interior del aseo. La puerta se abrió mientras Neil se ponía la camiseta. Llevaba el pelo mojado y unas gotas de agua resbalaban por su frente.

Sus miradas coincidieron y Neil sonrió.

—Buenos días —dijo mientras se echaba sobre ella para besarla.

—Buenos días —contestó recibiendo el beso de buen grado—. Te has duchado —afirmó.

—Sí, no te importa, ¿verdad?

—No, no, claro que no —respondió tapándose con la sábana, siendo consciente de su

desnudez en ese momento.

—Supongo que saldré con mis amigos. ¿Te apetece si cenamos juntos esta noche?

Adriana se mordió el labio y asintió.

—Claro.

Se acercó de nuevo a ella y la besó.

—Voy a buscarlos. Es posible que ya estén en pie...

—¿Tan pronto? —preguntó sorprendida—. Menudas vacaciones.

—Nos gusta desayunar tranquilos. A ver qué me pone tu madre hoy para desayunar. —Sonrió mostrándole los dientes.

Ella puso los ojos en blanco.

—Siempre es lo mismo —bromeó.

—Tengo mucha hambre.

—Es bufé libre. No tendrás problema. —Rio

Se quedó observando como ella se ponía en pie y cogía una camiseta para ponérsela.

—¿Bajarás a desayunar?

—Sí, pero me daré una ducha primero —dijo poniéndose en pie.

—De acuerdo, pues... —comentó ladeando su cuello—, si no nos vemos dime algo luego. —

Ella asintió y miró hacia arriba. Así, sin tacones, Neil era más alto de lo que había pensado en un principio. Aquella mirada sorprendida le hizo sonreír—. Me tenías engañado —bromeó—, ¿cuánto mides?

Ella golpeó su hombro mientras él reía.

—Tengo una estatura media para una mujer.

—No sé yo... —continuó riendo. La cogió por la cintura y la besó de nuevo—. Nos vemos luego.

Neil la vio entrar en el aseo. Si por él fuese se metería en la ducha con ella, pero ya había tenido suficiente diversión por ahora. En aquel momento tocaba volver a la realidad. Salió de la habitación y bajó hasta la suya situando su mirada en las puertas de sus compañeros. No se oía nada. Abrió su puerta y entró.

Cerró los ojos mientras se apoyaba en ella y una sonrisa brotaba a sus labios. ¿Quién iba a decirle que no podía encontrar el amor en medio de una guerra?

Cuando abrió los ojos se topó directamente con la mirada y la ceja enarcada de Hermi. Borró la sonrisa de sus labios y se puso erguido. Dichoso Hermi, los tenía controladísimos.

—Ejem, ejem... —comentó su amigo.

Neil suspiró y fue hacia el armario.

—¿Qué pasa? —preguntó con inocencia, abriendo el armario y mirando las camisetas limpias. Se quitó la que llevaba puesta dejándola sobre la silla y miró cuál ponerse.

—¿Qué tal la noche? —preguntó con tono socarrón.

Neil se giró y sonrió mostrando una sonrisa perfecta.

—Muy bien. Gracias por preguntar —contestó sin darle más importancia. Cogió una camiseta negra de manga corta y se la puso.

—Lo imaginaba. Ayer me sorprendió bastante cuando no viniste después de cenar —indicó con un tono de voz irónico. Neil, que aún le daba la espalda, puso los ojos en blanco—. De hecho, al principio nos preocupamos por si podía haberte ocurrido algo. Luego comprendimos que... —

Neil se giró enarcando una ceja, mirándolo fijamente—, que solo estabas divirtiéndote.

Neil se llevó las manos a los bolsillos ignorando los comentarios de Hermi.

—¿Sabéis algo nuevo? —preguntó zanjando la conversación.

—Por supuesto que sí.

Neil esperó.

—¿Y?

—Mejor que te lo explique Lucía.

Neil resopló.

—¿Están durmiendo?

—No, están desayunando todos abajo.

Neil comprobó que llevaba la cartera y el móvil.

—Vale, pues voy para abajo. Yo también tengo que desayunar, ¿sabes?

—Nos vemos luego, fiera. —Y desapareció.

—¿Luego? ¿Cuándo? —preguntó alzando los brazos hacia arriba.

Resopló y salió de la habitación.

No pudo evitar echar una mirada a la planta superior mientras bajaba las escaleras.

El padre de Adriana lo saludó con una gran sonrisa cuando lo vio bajar los escalones.

—Buenos días, Neil.

Neil se detuvo un segundo y lo saludó con un movimiento de cabeza. ¿Sabía su nombre? Notó cierta timidez cuando pasó frente a él. Si él supiese...

Entró en el comedor contrariado y buscó con la mirada a sus amigos.

Elin, Lucía, Gael y Karan se encontraban sentados en una de las mesas al otro lado del comedor. Gael elevó la mano para que lo viese y Neil se dirigió hacia allí.

Iba sorteando las mesas cuando notó un ligero temblor. Se quedó estático en medio del comedor mientras la gente elevaba las cabezas de sus platos y se miraban entre ellos. El temblor comenzó a aumentar y las mesas se tambalearon sobre el suelo.

Neil buscó con la mirada a sus compañeros. Gael se puso de rodillas disimuladamente colocando una mano en el suelo para mitigar el temblor.

El padre de Adriana había salido del mostrador y gritaba hacia la escalera.

—¡Adriana! ¡Emilia!

Justo en ese momento el temblor cesó poco a poco. Neil miró a sus compañeros preocupado.

Marco, el padre de Adriana, entró con rapidez al comedor para asegurarse de que todos los huéspedes estaban bien.

—¿Estáis bien?

—Sí, sí... —respondieron todos.

No había sido mucho, nada alarmante ni semejante al primer seísmo. Podía estar tranquilo. Adriana estaría bien. Miró a sus compañeros y fue hacia la mesa enarcando una ceja hacia Gael.

—¿A qué viene tanto terremoto?

—Será una réplica del terremoto del otro día —informó Lucía—. Ha sido muy débil.

—¿Has sido tú? —volvió a preguntar Neil hacia Gael—. ¿Estás nervioso por algo?

Gael lo miró poniendo los ojos en blanco.

—Por supuesto que no he sido yo —respondió molesto.

—¿No habrás sido tú, Neil? —preguntó Karan con una sonrisa de soslayo—. Ayer noté cierto

temblor en la planta superior, sobre el techo de mi habitación —bromeó, lo que hizo que Neil pusiese cara de póker—. Dime, ¿ahora Vulcano también puede provocar temblores?

Neil resopló y se sentó a su lado.

—No es Vulcano, es Belenus, ¿cuántas veces tengo que repetirlo? —preguntó abochornado mientras cogía una tostada que había en un plato en medio de la mesa.

—¡Anda ya! Si lo pone hasta en la portada del libro: *VULCANO* —bromeó Karan—. Venga, confíésalo...

—No he sido yo. —Sonrió burlón—. Al menos no el de ahora. —Le enseñó una sonrisa perfecta.

Aquella respuesta hizo que Karan colocase una mano en su hombro y diese una palmada, como si le felicitase, ante la mirada asqueada de Elin.

—Menudo par —susurró ella.

—Por cierto... —comentó Neil a Karan recordándolo en ese momento—, muchas gracias por lo de las cámaras.

—No hay de qué —dijo girándose hacia él—, pero recuerda el trato.

—¿Qué trato? —preguntó Neil.

—El grupo de WhatsApp —le recordó—. No me gusta el nombre que tiene: «Familia feliz... ¿y Karan?» —repitió—. ¿Por qué?

Elin lo miró divertida.

—¿Te traumatiza? —ironizó.

Karan se giró hacia ella.

—No me traumatiza —la reprendió—. Es solo que no me gusta. —Se giró de nuevo hacia Neil—. Cámbialo. —Lo señaló.

—Sí, sí... lo cambiaré.

En ese momento Gael indicó a Karan que mirase hacia atrás. Karan se giró y sonrió a Neil.

—Mira... Adriana, ¿no? —preguntó a Neil.

Adriana entraba en el comedor. Se había dado una ducha rápida porque tenía el cabello mojado. Suponía que tras el temblor había salido rápido del aseo. Sus miradas coincidieron, lo saludó con un movimiento de cabeza y fue directa a la cafetera.

—Eh —dijo Karan llamando la atención de Neil—, ¿Adriana se encuentra bien? —preguntó un poco preocupado.

Neil lo miró sin comprender.

—Sí, claro, ¿por qué?

—No sé. La noto un poco... acalorada.

Neil resopló y lo miró con furia.

—Karan, compórtate —intervino Elin.

—¿Yo? —ironizó girándose hacia Elin ante la mirada asesina de Neil—. La culpa es de Neil. —Lo señaló—. Está claro que la chica no soporta el calor. Neil no debería acercarse tanto.

Neil resopló y miró a Lucía, ignorando a su compañero.

—Hermi me ha dicho que encontrasteis algo.

Gael fue quien intervino ya que Lucía estaba tomando café.

—Sí, hay que ir a Nápoles.

—¿A Nápoles? ¿Otra vez? —preguntó Neil.

Lucía soltó la taza y se apoyó en la mesa.

—En Baia se encuentra el oráculo de la muerte. Creemos que puede ser ese.

—Después te explicamos de camino hacia allí. Hemos quedado con Hermi en quince minutos en el todoterreno —informó Gael.

Neil asintió y se giró para observar a Adriana poner un par de trozos de pan en la tostadora. Se fijó en su espalda, en su pequeña cintura. Era tan hermosa.

Se echó hacia delante cuando Karan golpeó su espalda sin previo aviso.

—Si la sigues mirando así la vas a derretir.

Neil resopló y se puso en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Gael.

—Café —fue lo único que respondió mientras se dirigía a la mesa donde se servía el bufé. Fue hasta Adriana que esperaba en la tostadora mientras se tomaba el café que se había servido. Se colocó a su lado sonriente mientras cogía un plato—. Hola, ¿estás bien? —preguntó.

Ella lo miró con una sonrisa tímida.

—Sí.

—¿Has notado el temblor?

—Un poco. Me ha dado la sensación, pero estaba en la ducha y casi no me he dado cuenta —explicó mientras sacaba con el tenedor el trozo de pan de la tostadora—. Ha sido flojo. Supongo que dirán algo por la tele.

—Sí, supongo —dijo Neil mientras cogía una taza para servirse el café.

Ella se giró para observar el grupo con el que estaba Neil.

—¿Os marcháis ahora? —preguntó con una medio sonrisa.

—Sí, vamos a ir a visitar... algo.

Aquel comentario hizo que Adriana riese.

—Te dejas llevar, ¿no?

—Exacto. —Sonrió también volcando el café ardiente en la taza, aunque de nuevo perdió el equilibrio cuando lo golpearon en la espalda y el café salió disparado hacia su mano.

—Sírreme una taza, por favor —comentó Karan situándose a su lado.

—Ah —se quejó Neil que dejó la cafetera en su sitio y cogió una servilleta para secar su mano.

—Por Dios... —susurró Adriana cogiendo su mano directamente, observándola con detenimiento—, ¿te has quemado?

Tanto Karan como Neil la miraron fijamente, conscientes de que ninguna quemadura aparecería en su piel. Neil tragó saliva mientras Karan volvía a sonreír de aquella forma traviesa.

—No te preocupes —dijo Karan mientras Neil lo miraba de reojo—. A Neil le gustan las cosas... calientes. —Adriana permanecía atenta a la mano de él mientras Neil fusilaba con la mirada a su amigo—. Por cierto —comentó ofreciéndole la mano—, soy Karan.

Ella aún miraba la mano de Neil cuando observó la de su amigo. La estrechó con rapidez y le sonrió. Aquel era el amigo con el que Neil había hablado la noche anterior en el coche tras rescatarla de la discoteca.

—Adriana, encantada. —Volvió a coger de nuevo la mano de Neil—. ¿No te has quemado? —preguntó sorprendida al ver que ni siquiera la tenía roja.

Neil apartó la mano de ella con suavidad.

—No me ha rozado casi.

—Si he visto que te ha caído en el centro de la mano —continuó preocupada.

Neil se encogió de hombros.

—No, no es nada. He tenido suerte. —Sonrió, aunque se volvió dándole la espalda y miró a su amigo—. Largo —susurró a Karan amenazante.

—Puedo pedirle a mi madre una pomada para las quemaduras —seguía comentando Adriana preocupada.

—Ahora —rugió en un susurró Neil a Karan.

—Solo voy a servirme un café —le recordó Karan con inocencia.

Neil resopló y se giró de nuevo hacia Adriana.

—No hace falta, de verdad. No me molesta.

Pudo apreciar la preocupación en sus ojos.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí, sí... Tranquila.

Ella acabó sonriéndole y se giró para observar a su padre tras el mostrador. Cogió el plato con las tostadas, la taza de café y señaló hacia fuera del comedor.

—Voy a desayunar con mi padre.

—De acuerdo —dijo Neil con una leve sonrisa mientras cogía la cafetera, aunque pudo observar como Adriana volvía a mirar su mano. Dichoso Karan.

Le sonrió y se alejó de él. No pudo evitar suspirar mientras la seguía con la mirada. Tenía la sonrisa más dulce que había visto nunca.

—¿Te compro un babero? —susurró Karan a su espalda.

La sonrisa se esfumó del rostro de Neil que se giró para encararse a su compañero.

Karan señaló hacia la muchacha.

—Me cae bien —admitió—. Es buena chica.

Neil hizo un gesto gracioso con su rostro, como si no supiese qué responder a aquellas palabras, pues Karan parecía hablar con sinceridad en aquel momento.

—Lo es.

—Muy bien, chaval —lo felicitó dando otro golpe en la espalda de Neil, el cual derramó de nuevo un poco de café sobre el mantel blanco de la mesa.

Karan volvió a la mesa sin decir nada más, con una sonrisa en su rostro, derrochando felicidad allá por donde pasaba.

Neil lo siguió y se sentó a la mesa.

Elin cogió una de las rebanadas de pan que aún quedaba sobre la mesa y se la pasó a Neil.

—¿Puedes tostármela? —preguntó—. La tostadora es muy lenta.

Neil la cogió, la puso sobre su plato y colocó la palma de su mano sobre la rebanada de pan. Un segundo después le entregaba la tostada a Elin.

—Gracias —respondió con una sonrisa.

Karan lo miró divertido.

—Cómo mola —exclamó mientras extendía la mantequilla sobre su tostada—. Con razón Adriana tiene esos coloretos esta mañana. Normal si ayer pusiste la palma de tu mano en...

—Karaaaaaan —le advirtió Neil cogiendo su taza de café.

—Vale, vale... —intervino con rapidez—. Ya paro.

# Capítulo 19

AÑO 416 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Gilipo, general espartano, señaló un punto en el mapa que tenía extendido sobre la mesa. Se habían reunido hacía escasamente una hora en su caseta, en la playa de Siracusa. Arión, Eudor y Corban, sus mejores hombres, dirigirían la ofensiva contra Atenas. Había sido un invierno duro, pero habían aprovechado para reforzar todos los barcos siracusanis y entrenar a los lugareños en la batalla.

Con la llegada de Esparta y sus primeras batallas ganadas, los atenienses habían solicitado a Atenas que enviase refuerzos.

Tras la retirada de su general Alfidades, la moral de los atenienses había caído en picado, pero Nicias, el segundo general ateniense, había tomado el mando. Aunque en un principio no estaba de acuerdo con el asedio a Siracusa, se había visto obligado a dirigir el ejército y no iba a permitir que Atenas cayese fulminada ante un grupo de espartanos y corintios.

Demóstenes había sido el encargado por la asamblea de Atenas de dirigir los refuerzos a Siracusa para luchar contra esta y sus aliados.

Tras el invierno, Gilipo había decidido que Siracusa y su ejército ya estaban preparados para hacer frente a Atenas en el mar.

Gilipo miró a Hermócrates, general de Siracusa que los acompañaba.

—Los atenienses son buenos en la mar.

—Mucho mejores que nosotros —confirmó Arión—. Tienen los mejores maniobradores de remo y conocen las mejores tácticas en el ataque marítimo. —Aquello hizo que el general siracusani tragase saliva. Arión señaló un punto en el mapa—. Plemmyrium. —Aquella zona estaba situada al otro lado del golfo de Great Harbor, justo frente a la ciudad de Siracusa, y era el actual campamento de Atenas donde residía la mayor parte de los soldados y la flota marítima. De aquella forma, Atenas los mantenía rodeados por Catania y también por Plemmyrium, que consistía en la entrada principal al puerto marítimo de Siracusa—. Hay que destruirlo.

—Pero para llegar hasta allí hay que usar nuestra flota —comentó Hermócrates abatido—, y por mucho que hayamos reforzado nuestras trirremes y no hayamos dejado de entrenar, no conseguiríamos derrotar a la flota ateniense.

Arión miró directamente a su general, Gilipo, esperando que explicase el plan que habían trazado.

Gilipo miró con astucia a Hermócrates.

—Será un ataque combinado por tierra y mar —explicó. Trazó con su dedo la ruta que se iniciaba en la ciudad de Siracusa—. Mis dos enomotarcas, Eudor y Corban, dirigirán a sus hombres en el ataque, tanto por tierra como por mar —indicó siguiendo la costa marina—. Lo haremos por la noche y, para cuando amanezca, mis hombres ya estarán allí preparados para lanzar un ataque contra el campamento.

Arión intervino:

—Los despistaremos —sentenció señalando también la ciudad de Siracusa en el mapa—. Las trirremes siracusanis saldrán a la mar cruzando el golfo en dirección a Plemmyrium. Saldrán de la

bahía pequeña y de la principal. Los cogemos por sorpresa y, aunque puedan hacernos frente en el mar, dado que estarán vigilando, no esperarán que se ataque también por tierra. Jugaremos al despiste con ellos.

—Nos apropiaremos del golfo de Great Harbor —continuó Gilipo—. De esta forma los atenienses no tendrán un lugar donde dejar sus naves, al menos, aquí cerca.

Hermócrates parecía nervioso, obviamente no estaba tan acostumbrado a la batalla como ellos.

—¿Y si sacan su flota y logran sobrepasar la nuestra? Alcanzarían Siracusa —pronunció con terror.

—No lo harán —pronunció Gilipo.

—Yo mismo me encargaré de la protección de la ciudad. Permaneceré aquí junto a mi *locho* —intervino de nuevo Arión—. Mañana Plemmyrium será nuestro y la ciudad de Siracusa estará a salvo de los atenienses.

Hermócrates los miró asombrado.

—¿Mañana?

—Sí, mañana —confirmó Gilipo—. Corban, te encargarás de la flota de Siracusa. Eudor, llevarás a nuestros hombres hasta Plemmyrium y tú —señaló a Arión—, te encargarás de proteger la ciudad de Siracusa a toda costa. —Los miró con convencimiento—. Que los hombres descansen esta noche y se alimenten bien mañana, al anochecer partirán hacia la batalla.

Los tres asintieron y Gilipo centró su atención en Hermócrates que, aunque era el general de la ciudad, permanecía en segundo plano. La defensa la había asumido totalmente Esparta, incluso Corinto y su general, Creonte, estaban bajo el mando de Gilipo y acataban sus órdenes.

Fue hasta él y colocó una mano en su hombro.

—Habla con el general corintio y que sus hombres se preparen para la flota naval. Tú los guiarás.

Hermócrates lo miró asombrado.

—¿Yo?

—No hay hombre más fiero que el que defiende su ciudad y a las personas a las que ama. — Luego sonrió y miró hacia uno de sus hombres—. Y Corban te acompañará. — Aunque el general de Siracusa no estaba tan entusiasmado con ir a la batalla como ellos, notó que se relajaba y asentía—. Descansad —ordenó Gilipo.

Todos salieron de la tienda de su general y se dirigieron a la suya propia. Ya era noche cerrada y hacía más de una hora que el sol había desaparecido tras el horizonte.

Arión caminó sobre la arena rumbo a su caseta, esquivando a varios de sus hombres que permanecían en la arena sentados, comiendo u observando entretenidos la lucha que mantenían dos de sus soldados sobre la arena.

Entró en su caseta y centró la mirada en la espalda de Dalia. Durante el día no acostumbraba a verla, pues cada uno tenía sus quehaceres, pero desde la noche en que habían intentado hacerle daño, Dalia siempre pasaba las noches en su caseta. Se sentía mucho más tranquilo así. Sus hombres y él no habían ido allí para divertirse de aquella forma, y mucho menos para abusar de una mujer a la que se suponía que debían proteger.

Dalia se giró y observó el rostro de Arión.

—¿Va todo bien?

Él asintió y fue a un lateral de la caseta donde dejaba todas sus armas. Se desabrochó los enganches de la armadura que se sostenía por los hombros y la dejó sobre la mesa.

Dalia se giró de inmediato al ver que se desnudaba, alejándose levemente de él.

Arión se giró para observarla mientras se quitaba una de las botas. Aquella muchacha era muy tímida, aunque se descubrió recorriendo de nuevo su espalda y su cintura.

Retiró de sus pies las dos botas y cogió la túnica color azul poniéndosela por los brazos.

—¿Has cenado? —preguntó Arión abrochándose el cinturón mientras se acercaba. Se colocó a su lado y ella negó.

Cogió una manzana y la mordió con ganas, luego le señaló con un movimiento de cabeza que se sentase y comiese lo que quisiese.

Cogió otro taburete y lo puso cerca del de ella, sentándose a su lado.

La noche siguiente no dormiría, debería coordinar las embarcaciones con Corban y posteriormente la defensa de la ciudad por si la flota ateniense lograba vencer a la de Siracusa. Sabía que aquello era posible, si por algo se caracterizaban los atenienses era por su destreza marítima, pero en la batalla cuerpo a cuerpo las tornas cambiaban. Allí ellos eran más diestros y sabía que, aunque lograsen derrotar y hundir la flota compuesta por embarcaciones de Siracusa, Corinto y Esparta, una vez los atenienses tocasen tierra, acabarían con ellos, igual que pasaría con Plemmyrium.

Observó a Dalia. Su cabello castaño caía sobre sus hombros formando rizos, sus largas pestañas hacían que sus ojos color miel destacasen. Se quedó observando su perfil hasta que ella lo miró de reojo.

—Mañana por la noche partiremos —explicó.

Aquella frase hizo que ella lo mirase fijamente.

—¿Os marcháis? —preguntó asustada.

Arión negó y sonrió de forma tranquilizadora.

—Iniciaremos una ofensiva contra Atenas. —Dalia se mordió el labio—. Será por tierra y mar. —Inspiró y se apoyó contra la mesa adoptando una postura desenfadada—. Mañana por la noche parte de los hombres se dirigirá a Plemmyrium para atacarlo al amanecer. Otros atacarán por mar con la flota y otros defenderemos la ciudad de Siracusa. —Ella tragó saliva, parecía afectada por la información. Alzó su mirada hacia él, preocupada—. Mañana no podrás dormir aquí —pronunció con más suavidad.

Ella asintió nerviosa, comprendiendo la gravedad de la situación.

—¿Y tú dónde estarás?

Él la miró con ternura y se acercó un poco más a ella. Durante aquellos meses había sido cauto, la había respetado y se había dedicado únicamente a darle su protección, pero debía admitir que sus sentimientos hacia aquella joven habían cambiado y se habían transformado en algo más.

No pudo evitar desplazar la mano hasta la suya y acariciarla.

Dalia observó como las yemas de sus dedos pasaban por encima de su mano y la apartó tímidamente, aun así, no se distanció, simplemente parecía intimidada por aquel gesto.

—Mi *locho* y yo estaremos defendiendo la ciudad.

Lo miró sin comprender.

—¿*Locho*?

—Es una de nuestras formaciones militares. Un *locho*, lo que yo dirijo, suele estar formado por cuatro pentekostyes y dieciséis enomotías de treinta y dos espartanos cada una... En total seremos unos dos mil quinientos sesenta hoplitas.

—¿Y todos esos hombres se quedarán aquí en la ciudad?

—La mayoría de mis enomotías se quedarán aquí para defender la ciudad, sí.

Ella tragó saliva y lo miró con cierto temor.

—Mañana...

—Mañana por la noche partirá un grupo hacia Plemmyrium. Calculamos que llegarán al amanecer. Será cuando nos lancemos también a la mar y sincronicemos el ataque con ellos.

—Parece peligroso —susurró asustada y se llevó la mano al cabello colocándolo tras su oreja con timidez. En ese momento ella llevó la mano hasta la de él y se la cogió, consciente de que iban a luchar por protegerles.

Arión aceptó su mano de buen grado y la cogió de inmediato acariciándola con suavidad.

—No tienes que preocuparte por nada. Todo irá bien —susurró.

Ella lo observó unos segundos. Desde que se había instalado con él, Arión se había portado de forma ejemplar con ella: jamás se había propasado, la había mantenido protegida y le había procurado alimento. Notó cómo el corazón se le partía al saber la dura batalla a la que debería enfrentarse para protegerlos, arriesgando su vida.

Colocó su otra mano sobre la de él mientras se enternecía su mirada. Tenía los ojos más azules que jamás había visto, su cabello rubio oscuro destacaba con su piel dorada por el sol. Sabía que se trataba de un guerrero, uno de los mayores conocidos, sin embargo, con ella jamás había demostrado conducta agresiva alguna, pese a la crudeza que rodeaba la vida de un espartano y que tantas veces había oído explicar.

Arión se acercó un poco más y llevó su mano hasta la mejilla de ella, acariciándola, sin apartar la mirada de la suya.

Dalia acarició su mano mientras él se acercaba más a sus labios, pero, en ese momento, Arión se detuvo y cerró los ojos. Un largo suspiro salió de lo más profundo de su ser mientras apartaba la mano de su mejilla con una caricia.

Primero escuchó unos pasos acelerados hacia su cabaña y luego gritaron su nombre.

—Arión. —La voz sonaba fuerte para que le escuchasen en el interior de la caseta.

Se distanció un poco de ella con cara de pocos amigos. Estaba claro que no quería que le interrumpiesen en aquel momento.

Ni siquiera se giró cuando Corban entró por la puerta.

—Arión, mi señor, vamos a ir a hablar con los corintios para coordinarlo todo. —En ese momento miró a la muchacha y la saludó con un movimiento de su cabeza. Ella le medio sonrió y se levantó del taburete ante la atenta mirada de Arión—. Gilipo quiere que lo dejemos todo preparado por la noche para que mañana no puedan vernos los espías atenienses.

Dalia fue hasta el otro lado de la caseta, donde dormía sobre unas mantas, aunque desde allí pudo escuchar cuando Arión resopló, molesto por la interrupción. Había estado tan cerca de besarla...

Se levantó observándola y finalmente se giró hacia Corban.

—De acuerdo —comentó dirigiéndose a la mesa. Cogió una espada y la colocó en su cinturón.

Cuando se dirigió a la puerta no pudo evitar mirar hacia atrás para comprobar que Dalia se

sentaba sobre las mantas. Coincidió la mirada de nuevo con ella antes de salir.

Adriana miró extrañada al inspector.

Alessandro De Luca la había llamado sobre las nueve de la mañana solicitándole que acudiese a comisaría de forma urgente. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era que habían encontrado el cuerpo de Amna, aunque luego se dio cuenta de que no era precisamente por eso.

—Amm... —Se quedó callada y notó que el labio le temblaba—. Solo fui a echar un vistazo.

Aquello le había sorprendido. Existían decenas de fotografías de ella en el local, tanto en la zona de la barra como en la pista de baile.

—Ya —comentó cruzándose de brazos y apoyándose contra el respaldo—. ¿Enseñando una fotografía de Amna? —preguntó como si se tratase de una locura—. Por Dios, ¿te das cuenta del lío en el que te podrías haber metido?

—Sí... —respondió sorprendida mientras observaba las fotografías. En una de ellas se veía claramente cómo le mostraba la fotografía de Amna al chico que recogía los vasos.

Sus nervios se incrementaron al ser consciente de que si tenían fotografías de ella también tendrían de Neil sacándola de allí.

—¿Por qué lo hiciste? Te dije que iba a ir más tarde —le regañó.

Adriana suspiró y se removió incómoda.

—Lo siento... —Acabó sollozando más por los nervios que porque de verdad lo sintiese. Aquello modificó la mirada seria de De Luca—. Yo solo quería asegurarme de que ella estaba bien y...

—Vale, vale... Tranquila —intentó calmarla—. Al menos tuviste suerte y no estabas allí cuando se lio todo.

—Humm... —¿Aquello era una pequeña trampa? No tenía ni idea de si las cámaras también habían captado el momento en que el vigilante de seguridad la cogía y la llevaba al pasillo donde se encontraba el despacho de Giovanni.

—¿Cuánto rato estuviste ahí? ¿A qué hora te fuiste?

Aquella pregunta la desconcertó. ¿No salía en la grabación el momento en que ella intentaba salir por la puerta y el guardia de seguridad no se lo permitía?

—La verdad, no lo recuerdo —susurró confundida.

El inspector suspiró y se pasó la mano por los ojos.

—¿Viste algo extraño? —Aquellas preguntas la mantenían en una alerta constante, sin saber qué responder ante aquello—. Lo digo porque nos iría muy bien que nos informases. —Esta vez adoptó un tono indignado—. Las cámaras dejaron de grabar antes de que salieses del local, justo cuando ibas hacia la puerta de salida. —Aquello hizo que Adriana pusiese la espalda recta. ¿Habían dejado de grabar? ¿Justo cuando la cogían? Se quedó en shock unos segundos. En ese momento recordó que Neil había llamado a su amigo Karan, al que había conocido aquella mañana, para informarse sobre las cámaras de seguridad. ¿Aquello era un rollo militar para que no lo vieses allí? Neil le había pedido que no dijese nada o podía tener problemas—. Así que nos ayudaría mucho si recordases algún nombre o saber si viste a alguna persona —pronunció De Luca haciendo que ella despertase de sus pensamientos—. No sé si lo sabes, pero se lio una bien

gorda por la noche.

Ella negó pensativa. Sin poder evitarlo rememoró la conversación de la noche anterior en el vehículo. Neil se había puesto excesivamente nervioso al caer en la cuenta de la existencia de las cámaras de grabación y, acto seguido, había llamado a Karan.

No había sido consciente de aquella conversación hasta ese momento.

*«Como tú eres electricista, me preguntaba si una discoteca como esa tendrá cámaras de grabación... quizás... tú... puedas saberlo... o quizás hayas instalado alguna en lugares parecidos».*

Miró directamente a De Luca, que se mantenía callado esperando a que ella recordase algo.

—¿Y dices que las cámaras de grabación se han detenido cuando yo estaba hablando con este chico? —Señaló la fotografía.

—Sí —respondió con rapidez y cogió su ordenador moviendo el ratón. Luego giró la pantalla para que ella observase, mostrándole esos últimos segundos de grabación y cómo luego la imagen se cortaba, apareciendo solo rayas blancas subiendo a través de la pantalla—. Tuvo que haber alguna subida de tensión o tal vez se fue la luz...

—No se fue —susurró absorta. Aquello era demasiada casualidad, ¿verdad? De Luca miró intrigado a Adriana que parecía realmente sorprendida—. ¿Qué ocurrió horas más tarde? Has... has comentado que se lio —continuó sin salir de su asombro.

En ese momento De Luca sonrió.

—Hemos detenido a Giovanni Russo —dijo con una gran sonrisa, pues hacía pocos días ella misma se lo había pedido—. Cuando llegué había bastante ajeteo. Supongo que hubo alguna pelea de bandas porque fueron a por Giovanni. —Ella tragó saliva con los ojos muy abiertos. De Luca suspiró y se apoyó contra el respaldo de su butaca—. Tuvo que ser un equipo muy preparado —susurró para sí mismo pensativo. Ella simplemente se mantenía callada, con el corazón a mil por hora y la boca seca. El inspector la miró sonriente y se apoyó contra la mesa—. Es uno de los mafiosos más importantes, y no te hablo en el ámbito nacional, sino a nivel mundial: tráfico de armas, de drogas, trata de mujeres... Raro es el delito que no se le pueda imputar. —Le mostró una fotografía de un hombre al que reconoció, era justo el vigilante que la había llevado por el pasillo hasta el despacho de Giovanni y luego la había encerrado en la habitación—. Este hombre —le indicó—, se trata de Enrico Giordano, uno de los mejores sicarios de Italia. Trabajaba para él, pero antes estuvo en el ejército durante quince años. Era francotirador y había recibido varias Medallas de Honor. —Se cruzó de brazos—. No estamos hablando de que lo protegiese un cualquiera. Estamos hablando de un hombre que sabe defenderse en el cuerpo a cuerpo y que, además, iba armado. —Extendió los brazos hacia ella también sorprendido—. Ni siquiera llegó a disparar una bala. —Ella tragó saliva al ser consciente de lo que aquello implicaba—. Y el tema del incendio. La discoteca cumplía con todos los requisitos de seguridad y el fuego no alertó a la central de alarmas. Un incendio así habría sido detectado por la alarma contra incendios —remarcó—. Parece que estaba todo muy bien planificado.

Adriana lo miró fijamente y se encogió de hombros, como si no comprendiese nada de lo que le explicaba. Estaba claro que, de una forma u otra, Neil había metido mano, pero ¿cuándo? El único momento en que lo había perdido de vista había sido al llegar al hotel, y no más de diez minutos, minutos que había aprovechado para hablar con su madre. Luego él había pasado la

noche en su habitación. ¿Su amigo Karan? Se preguntó a sí misma. ¿Por qué estaban ocultando esas pruebas?

—¿De verdad no viste a nadie sospechoso en la discoteca? —insistió—. Necesitamos saber qué ocurrió.

—No... —Durante unos segundos dudó sobre si decir o no la verdad, aunque por otro lado le había prometido a Neil que no explicaría nada. Además, alguien se había encargado de borrar muy bien las grabaciones, por lo que ni la misma policía podía recuperarlas.

Ahí había algo que se le escapaba.

Se quedó abatida en el asiento, intentando encontrar una explicación razonable.

Sí, Neil sería un fantástico luchador, pero se había enfrentado a uno de los mayores sicarios, armado, y había acabado también con Giovanni Russo, y todo eso sin un solo rasguño. Puede que fuese muy buen luchador, pero ¿y la grabación? ¿Y esa conversación justamente sobre eso con su amigo en el coche?

Adriana se removió inquieta. ¿En qué estaba metido Neil? ¿Había hecho él todo eso?

—Además de todo esto, tengo buenas noticias para ti... —Adriana parpadeó varias veces saliendo de su ensoñamiento—. Hemos encontrado a Amna.

Le costó bastante reaccionar.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Nos avisó la policía portuaria de Catania. Encontraron a veintiuna mujeres en un barco. — Se acercó a la mesa y colocó sus brazos encima, cruzándolos—. Una de ellas es Amna.

—Amna... —sollozó— estaba...

—Giovanni también dirige una red de prostitución y de tráfico de mujeres. Justamente hemos encontrado el libro de registro de todas y cada una de las mujeres con las que ha traficado. Estaba encima de su mesa —dijo divertido—. Alguien tuvo que dejarlo ahí —volvió a susurrar confundido.

La imagen de Neil depositando la carpeta sobre la mesa volvió a su mente, así como su frase.

*«Pondré esto bien a la vista, seguro que a la policía le interesa».*

Una sonrisa de incredulidad brotó en los labios de ella. ¿Neil había hecho todo eso?

—¿Cómo dieron con ellas? —preguntó mientras se secaba una lágrima.

De Luca elevó sus manos al cielo sin dar crédito.

—Pudieron escapar del barco. La policía portuaria dio con ellas corriendo por el puerto.

Adriana se llevó la mano al corazón y cerró los ojos mientras lloraba ya sin controlarse.

—¿Puedo... puedo verla? ¿Dónde está?

De Luca sonrió con ternura.

—Me temo que no va a poder ser. Hasta que no se celebre el juicio las mantendremos a todas como testigos protegidos.

—Entiendo... —susurró mientras apretaba los labios

De Luca se quedó observándola y esta vez la miró con ternura.

—Quería decírtelo en persona —acabó confesando—. Sabía que te alegrarías. No solo por la detención de Giovanni, sino porque hemos encontrado a Amna.

En aquel momento una sonrisa asomó a sus labios.

—Muchas gracias por decírmelo —balbuceó intentando controlar el llanto.

Alessandro se levantó y fue hacia su silla mientras sonreía.

—Tienes mi número —acabó diciendo—. Así que descansa, relájate y, si recuerdas algo o a alguien sospechoso de aquella noche, dímelo.

—De acuerdo —contestó poniéndose en pie.

Cogió su bolso y lo colocó en su hombro. Notó como el corazón le iba disparado.

—¿Hasta cuándo te quedas aquí en Sicilia? —preguntó colocándose frente a ella.

—Vuelvo a Nápoles en tres días —contestó más tranquila.

—Está bien, pues estamos en contacto.

Se miraron unos segundos y, finalmente, el inspector puso una mano en su espalda y la acompañó por el pasillo hasta la puerta de salida de comisaría.

El sol lucía con fuerza y tras derramar unas lágrimas le molestaban más los ojos.

—Muchas gracias por todo —dijo Adriana cogiendo su mano en confianza.

—No hay de qué —respondió con una sonrisa—. Pero no hagas más locuras, por favor.

Ella sonrió arrepentida. Bajó los escalones de la comisaría y fue hacia su vehículo.

Miró el reloj de su muñeca: las once de la mañana.

Seguramente tardaría bastante en celebrarse el juicio al que debería asistir, pero se sentía tranquila sabiendo que Giovanni Russo se encontraba en prisión y que parte de la red que él dirigía estaba desarticulada.

Fue hasta su coche y se sentó en el interior, aunque no arrancó. Sacó el móvil de su bolso y abrió la aplicación de WhatsApp. Fue directa al privado con Neil.

No sabía lo que ocurría allí, pero tenía claro que de alguna forma él había influido en todo. Podían darse casualidades, pero aquello ya era demasiado. Tecleó con energía:

**Adriana:**  
Hola, ¿cómo estás?  
¿Estás ya en el hotel?

Neil se puso en línea enseguida.

**Neil:**  
Muy bien, de excursión.  
Estamos en el Etna.

Se quedó dubitativa unos segundos. Prefería hablar con él en persona.

**Adriana:**  
Muy bien.  
Avísame cuando llegues al hotel  
y hablemos.

Neil tardó un poco en responder.

**Neil:**  
Claro, en cuanto llegue te aviso

Y añadió varios iconos de besos y abrazos que la dejaron desconcertada.

—Qué efusivo —susurró antes de arrancar.

## Capítulo 20

Neil miró a ambos lados.

Hermi los había llevado hasta Baia, una ciudad costera a poco más de veinte kilómetros del centro de Nápoles. No se encontraban en medio de la ciudad, sino en unas ruinas. A ambos lados había muros de piedra y construcciones derrumbadas por el transcurso del tiempo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Neil mirando directamente a Gael.

—Al menos no hay mucha gente de visita —comentó Hermi observando que a esa hora de la mañana la zona aún no estaba muy concurrida.

Neil se giró hacia él.

—¿Por qué nos cueles? Podríamos pagar la entrada y así no deberíamos ir escondiéndonos —le recriminó.

—Es más rápido así —respondió Hermi saltando por encima de un arbusto.

—Lucía disfrutaría con esto —comentó Gael—. Lástima que se haya tenido que quedar en el hotel. —Chasqueó la lengua mientras se acercaba a sus amigos. Miró a Neil—. Se trata del Parque Arqueológico de las Termas de Baia.

Elin intervino colocándose entre Neil y Karan que miraba también de un lado a otro.

—Ayer por la noche estuvimos mirando todos los oráculos que existían en la antigüedad. Según Herodoto existían dieciocho oráculos.

—¿Dieciocho? —preguntó Neil sorprendido.

—Sí, a los antiguos griegos les gustaba mucho el espiritismo y la adivinación. De hecho, no se involucraban en ninguna guerra ni los reyes tomaban decisión alguna sin consultarlo antes con un oráculo.

—Sí, eso ya lo sé —dijo Neil sonriente, y miró a Karan que caminaba al lado de Elin—. Eráis muy supersticiosos.

—Dudamos entre unos cuantos —continuó Elin—. En un principio pensamos que podía tratarse del oráculo del Monte Parnaso.

—¿Eso está en Grecia?

Esta vez Karan sí intervino.

—Fue el primer oráculo que existió, incluso anterior al de Delfos. De hecho, estaba situado a unos doce kilómetros del monte de Delfos. Lo llamaban la ciudad de los lobos. —Sonrió—. ¿Adivinas por qué?

—¿Porque había lobos?

—Exacto. —Lo señaló—. Nos gustaba la adivinación y además éramos unos cachondos buscando nombres originales para las ciudades —bromeó—. El oráculo se llamaba Nape, lo que significa el centro de la tierra.

Elin sonrió de forma irónica y miró a Neil parpadeando un par de veces.

—Eran un poquito egocéntricos. Se creían que ese era el centro del mundo. —Luego se encogió de hombros—. Tampoco ha cambiado mucho la cosa ahora —bromeó. Karan enarcó una ceja e iba a intervenir, pero Elin lo ignoró dejándolo con la palabra en la boca—. Descubrieron ese oráculo porque a un pastor se le murió una cabra...

—¿Qué? —preguntó Neil sin comprender mientras Karan ponía los ojos en blanco ante el comentario de Elin.

—Sí. En esa zona había unas grietas por donde salían gases y la cabra se murió, así que decidieron que en ese lugar montarían un oráculo. Ya sabes —comentó más divertida—, por lo de poder drogar a la sibila para que hiciese sus profecías y entrase en trance.

Karan suspiró como si no le gustasen aquellos comentarios.

—No eran más que teatros —continuó Gael que iba junto a Hermi indicando el camino—. Había tres sibilas vírgenes, las profetizas, que llevaban un colocón bestial de inhalar esos gases y decían tonterías que luego la gente intentaba interpretar con mayor o menor acierto. Además, si les llevabas miel te decían la verdad, si no decían mentiras. Por otro lado, a los suplicantes, los que acudían a ellas para adivinar su futuro o contactar con sus seres queridos fallecidos, se les daban bebidas hechas con plantas que producían alucinaciones. Lo llamaban la copa del olvido. Luego te daban otra que llamaban la copa de la memoria, con la que se suponía que ibas a recordar la visión, pero vamos, que solo te metían más belladona u opio o cualquier otra planta de esas tan divertidas. —Rio y miró a Karan—. Tus ancestros se lo pasaban muy bien.

Hermi señaló una de las ruinas que se mantenían más o menos en pie.

—La terma de Mercurio —informó.

—Hades —susurró Neil para sí mismo.

—Esa fue una de las cosas que nos hizo decantarnos por este lugar —volvió a explicar Elin—. Además de que una de las termas lleva su nombre, es decir, un templo consagrado al mismísimo Hades, el primer oráculo al que nos referimos, el de Napes, data de unos dos mil años antes de Cristo aproximadamente.

—Eso no encaja con la fecha en la que se tuvo constancia del casco en Sicilia —dijo Neil.

—Exacto —reaccionó ella rápidamente—. Antes de que los romanos invadiesen esta zona los griegos colonizaron Baia y crearon este lugar. Era como su Montecarlo, su zona de juegos, de relax. No existe una datación real de cuándo se construyó, pero sí de que estuvo en funcionamiento en esa época. De hecho, fue destruido en el año sesenta y tres antes de Cristo por un terremoto, en tiempos de Nerón.

Karan volvió a intervenir.

—En algunas dataciones de carbono realizadas a algunos bloques, estos datan del año quinientos cincuenta antes de Cristo, así que si se destruyó en el año sesenta y tres antes de Cristo, queda claro que el lugar estuvo vigente a la vez que el hundimiento del barco donde se encontraron los cascos corintios, donde se suponía que estaba el casco de Hades hundido.

—Entiendo... por cronología, ¿no? —preguntó Neil mientras observaba a su alrededor.

—Es por aquí —indicó Hermi.

—Además —volvió a explicar Elin—, Lucía encontró algo muy importante. ¿Te suena el poeta Virgilio?

—Me suena. ¿No es el de *La Divina Comedia*?

—Sí —dijo ella emocionada—. Virgilio fue un poeta romano. Escribió la *Eneida*, las *Bucólicas* y las *Geórgicas*. Además, como bien dices, en *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, es justamente Virgilio el que aparece como su guía a través del Purgatorio y del Infierno. —Se acercó más a él—. Resulta que Virgilio era muy amigo del emperador Augusto y venía mucho con él a las Termas de Mercurio, es decir, de Hades.

—Le gustaba relajarse después de escribir tanta poesía —ironizó Karan.

Elin golpeó levemente el brazo de este por la interrupción.

—Pues en una de las novelas de Virgilio, la *Eneida*, describió una visita al mundo subterráneo del infierno de su héroe. —Giraron por un camino y se alejaron de la zona más visitada—. Eneas, según el poema épico, fue quien fundó Roma tras la caída de Troya. A la muerte de su padre, Eneas fue a Cuma a ver a una sibila, un oráculo.

—¿En Cuma? Esto está aquí cerca.

—Espera, espera... —le interrumpió Karan—, que ahora se anima la cosa.

—Eneas pidió a la sibila de Cuma ir al Hades, es decir, al infierno, para ver a su padre.

—¿Y adónde lo llevó la sibila? —preguntó Gael con una medio sonrisa.

Neil arqueó una ceja hacia sus compañeros y en especial hacia Elin que era quien le explicaba todo.

—¿Aquí?

—Claro, a la terma de Mercurio para que se relajase —bromeó Karan.

Elin se giró y resopló.

—Lo traje aquí, pero no a la terma —indicó—. Lo traje al oráculo de Baia.

Gael parpadeó varias veces y se detuvo un segundo.

—¿Había un oráculo también aquí? ¿Una sibila?

—Vaya si lo había. —Rio Elin—. De hecho, este mismo oráculo ya es descrito en otras epopeyas. Fue visitado por Odiseo, Orfeo, Hércules, Teseo, Aníbal... y muchos más.

—¿Era buena profetizando? —preguntó intrigado.

Gael chasqueó la lengua y lo miró divertido.

—Más bien era todo un espectáculo —explicó su amigo mientras se detenían.

Elin volvió a la carga.

—La sibila de Cuma, según Virgilio, trajo a Eneas hasta aquí en barca. De hecho, en aquella época solo se podía acceder de Cuma a Baia por mar, no se podía acceder por tierra pues había densos bosques. En todas las epopeyas que leímos ayer se hablaba del frondoso bosque que precedía al descenso a los infiernos.

Karan intervino.

—Luego llegaron los romanos —miró a Gael con una sonrisa—, y los talaron.

—Hicieron más que eso —respondió Gael mirando a Karan—. Bloquearon parte de las construcciones para que no se aprovecharan más de la gente.

—Era porque tenían miedo... —informó Karan—. Los romanos se cagaron vivos cuando llegaron aquí —continuó mientras Gael ponía los ojos en blanco—. Imagínate que una sibila te trae hasta aquí y lo primero que ves es un bosque de robles caídos, en una zona de alta actividad volcánica por la presencia del Vesubio, por lo que había mucha niebla y humo sulfúrico. Parecía el infierno de verdad.

—Ya hemos llegado —informó Hermi.

Neil miró alrededor.

—¿Adónde? —Hermi le señaló una grieta ancha en la tierra—. ¿Y eso?

Karan sonrió de forma maliciosa.

—Bienvenido al oráculo de los muertos. El Hades de la antigua Grecia —pronunció con voz siniestra.

Neil arqueó una ceja y miró la enorme grieta.

—¿Hay que bajar por ahí?

—Aunque no te lo parezca —informó Elin mirando la grieta, y se aseguró de que no había gente cerca—, bajo la tierra los griegos excavaron una red de túneles que desciende cientos de metros y culmina en una laguna artificial.

—¿La laguna de Estigia? —preguntó Neil sorprendido.

—Exacto —volvió a decir Karan—. La entrada al mismísimo infierno. Para cagarse de miedo. —Miró a Gael que lo observaba con los ojos entornados.

—Hay una red de túneles, como un laberinto que se adentra hacia el interior y, tras pasar la laguna de Estigia...

—¿De verdad construyeron una laguna bajo tierra? —preguntó Neil sorprendido.

—Espectacular, ¿eh? —continuó Karan como si se sintiese orgulloso.

—¿Es de locos! —apuntó Neil mientras Karan enarcaba una ceja.

—Pues la laguna no es precisamente pequeña —siguió Gael—. En mil novecientos sesenta un buzo de la marina de Estados Unidos, David Louis, la recorrió buceándola. Tiene cuarenta y cinco metros de largo y en mitad de esa laguna se amplía a nueve por doce, formando lo que en la mitología llamaban el lago de la memoria. Es decir, después de recorrer aquel laberinto oscuro, drogado, pensando que estabas descendiendo al infierno, te encontrabas con la presunta laguna Estigia y un simpático barquero...

—¿En serio? ¿Caronte? —Se comenzó a reír.

—Sí, sí —continuó Gael alucinado—. Te subías con él en la barca y te llevaba hasta el otro extremo y, mientras tanto, escuchabas los lamentos de todas las almas que permanecían en el infierno y los ladridos del Cancerbero.

—¿Jooo-der! —comentó Neil asombrado—. Cómo se lo curraban...

—Y lo mejor de todo es que, después —continuó Elin—, llegabas al otro lado, donde la sibila te esperaba para darte la profecía.

—Eh, pues me mola bastante —dijo Neil frotándose las manos—. ¿Vamos a bajar?

—¿Y a qué te crees que hemos venido? —preguntó Hermi mientras se acercaba a la grieta y se aseguraba de que no había nadie cerca.

Neil lo miró mosqueado.

—¿Está prohibido bajar? —le preguntó directamente al ver que vigilaba.

—Pues claro, ¿qué te pensabas? —le confirmó Hermi—. La zona es peligrosa, hay muchos vapores nocivos de las erupciones volcánicas. Solo bajan arqueólogos y suelen ir con medidores de gases tóxicos.

—A mí los gases tóxicos no me molestan —informó Neil encogiéndose de hombros—. Entonces —dijo girándose hacia Elin—, ¿creéis que el casco de Hades puede estar aquí?

—La ninfa nos habló del Oráculo de Hades y este es el oráculo que lleva su nombre; además, según la mitología desciende a los infiernos. —Miró con más intensidad a Neil, como si ella también disfrutase de todo aquello—. Los romanos cuando llegaron a este lugar quedaron tan asustados que tapiaron pasadizos y bloquearon otros... De hecho, poco han investigado del oráculo de la muerte. Hay muchas zonas que no son accesibles y otras que ni siquiera se han descubierto aún. Sin ir más lejos, hace poco descubrieron unos nuevos pasillos.

—Caray... —dijo con una gran sonrisa. Luego miró a Hermi—. ¿Vamos?

Hermi lo miró confundido.

—¿Cómo que vamos? —Señaló la grieta—. Tenéis que bajar vosotros por vuestro propio pie. El sitio es demasiado estrecho como para transportaros a los cuatro.

—Vale, vale, pues...

—Baja tú primero —ordenó Hermi—, e infórmanos de si hay gases perjudiciales.

—Claro —dijo entusiasmado.

Se acercó a la grieta y miró hacia abajo. Era muy estrecha, demasiado, casi se podía bajar apoyándose con un pie en cada lado de la pared. Saltó aterrizando en el suelo de rodillas.

Todos sus compañeros miraron hacia atrás asegurándose de que nadie los viera.

—¿Y cómo bajaban los griegos? —preguntó desde dentro de la grieta apartando las hierbas que nacían en el interior y que obstaculizaban el paso.

—Con cuerdas —informó Hermi asomándose a la grieta—. ¿Cómo está el ambiente?

Neil caminó de lado por la grieta hasta que esta comenzó a adentrarse en la montaña. Desde luego, los griegos habían hecho una obra de ingeniería espectacular. ¿Cómo podían haber excavado aquello en el interior de la montaña?

—Está un poco cargado. Huele a azufre, pero nada que no se pueda soportar —informó mirando hacia el interior donde solo había oscuridad.

Cuando se giró, Gael estaba de rodillas sobre la tierra y se ponía firme tras él. Karan permanecía aún arriba, junto a Elin.

—¿Te quedas aquí? —le preguntó Karan.

—¿Estás loco? ¡Bajo! —pronunció molesta.

—Vale, vale... —dijo colocando las manos ante ella como si se sintiese atacado, luego la observó enarcando una ceja—. ¿Necesitas ayuda?

Elin suspiró, puso los ojos en blanco y se lanzó por la grieta aterrizando en el suelo al igual que sus compañeros. Elevó su mirada hacia arriba y sonrió a Karan.

—¿Necesitas ayuda tú?

Karan le sonrió y se lanzó colocándose tras ella con una sonrisa de autosuficiencia.

Hermi echó una última mirada atrás, asegurándose de no ser visto, y apareció tras Karan.

—¿Estamos todos? —preguntó Neil.

Hermi respondió desde atrás.

—Sí.

—Vamos —dijo entrando en el interior, donde reinaba la oscuridad a los pocos metros.

Todos le siguieron en fila india. La zona era realmente angosta, incluso debían caminar de lado para atravesar los primeros metros de la entrada, pues era muy estrecha. Más adelante el pasillo se dilatava lo suficiente como para poder caminar de frente.

—Los griegos ponían lámparas de queroseno en los nichos para alumbrar —explicó Hermi al final de la fila.

—No te preocupes. Yo llevo una lámpara incorporada —comentó Neil alzando una mano de donde comenzó a salir una pequeña llama que alumbró el camino.

—Tío —dijo Karan desde atrás—, calientas tostadas, llevas luz incorporada, siempre estás calentito... —bromeó—. Adriana estará encantada contigo.

Neil rio ante aquel comentario mientras seguía avanzando despacio, atento a lo que tenía por delante.

—¿Cuánto es de largo? —preguntó Gael tras él—. ¿Ves el final?

—No. No se ve nada, pero sigue bajando poco a poco.

—¡Mierda! —gritó Karan moviendo las manos de un lado otro.

Elin se giró lo poco que le permitieron las paredes.

—¿Qué pasa?

—Mosquitos...

En ese momento Gael también movió sus manos y aplastó uno contra la pared.

—Y tienen hambre... —continuó Karan haciendo aspavientos.

Elin también movió sus manos apartando unos cuantos que zumbaban cerca de sus orejas.

—Déjalos. Si te pican, luego ya te los curaré —sugirió ella sin dejar de caminar, aunque cuando se giró vio por el rabillo del ojo un destello de luz. Se volvió de nuevo hacia Karan que tenía la mano extendida hacia arriba y la iba cerrando y abriendo a medida que unos destellos de luz blanquecina aparecían en su mano—. ¿Qué haces? —preguntó agitada—. ¿Los estás electrocutando?

Karan la miró.

—A ver si pillan la indirecta y me dejan —rugió.

—Qué bruto eres.

Elin suspiró y siguió caminando mientras movía sus manos alejando así a los insectos.

Las paredes estaban bien limadas, aunque el paso del tiempo había dejado huella en ellas y había agujeros. Miró al frente y centró su mirada en un punto negro que descendía desde el techo a gran velocidad. Su mirada se centró en aquella araña con ocho patas que se descolgaba ante sus ojos.

—Ahh... —gritó dando un salto hacia atrás, chocando contra el pecho de Karan que la sujetó de inmediato.

Todos sus compañeros se giraron lo poco que podían, asustados por su repentino grito.

Karan pasó su mano por encima del hombro de ella y chamuscó la araña. Luego miró a Elin con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Neil preocupado desde delante.

—Tranquilos, la rubia ya está a salvo del ataque de *Spider-man* —contestó Karan.

Ella apretó los labios, resopló, se puso erguida y siguió caminando.

Neil alumbró hacia delante. Lo cierto era que sí daba la sensación de estar descendiendo hacia los infiernos, pues notaba como la inclinación hacia el interior aumentaba a cada paso que daban.

Llegó hasta el final del pasillo y algo llamó su atención. Puso una mano sobre la pared de la izquierda. Era diferente al resto de las paredes de aquel túnel, ya que esta era de cemento.

—Eh, mirad esto —dijo a sus compañeros.

—No se ve nada desde aquí —dijo Karan desde atrás.

Gael se acercó más para observar.

—Debe ser la división de las sendas.

—¿El qué?

—Los romanos obstaculizaron muchos pasillos de este laberinto prohibiendo su entrada. Aquí se bifurcaba el camino hacia la derecha o hacia la izquierda.

—¿Y por qué lo tapiaron? ¿Por miedo? —se burló.

—Es posible —dijo Gael desde atrás, luego miró a Neil que aún observaba el muro—. Los

sacerdotes del oráculo se movían por este laberinto como Pedro por su casa. Mientras, los clientes caminaban por los pasillos centrales, los sacerdotes, gracias a estas puertas ocultas y pasillos escondidos, podían moverse con más agilidad y hacer ruidos tras las paredes o aparecer en otros lados como si fuesen espíritus...

—Menudo espectáculo —comentó Neil.

—Ingenioso, ¿eh? —dijo Karan desde atrás.

Tanto Neil como Gael se miraron divertidos, estaba claro que Karan, como buen griego, defendía su cultura.

—Lucía leyó un estudio de un arqueólogo de la zona. Si sigues por ahí, a medio camino, encontrarás una chimenea hecha con toba volcánica. Hay que subir por ahí...

—¿Subir para qué?

Él se encogió de hombros.

—Lucía cree que si el casco de Hades está aquí, estará oculto en la habitación principal del oráculo.

Neil se quedó pensativo.

—Tiene lógica.

—Pues para llegar a esa habitación tenemos que subir por esa chimenea, y creo que es bastante empinada por lo que dijo —informó Gael.

Neil continuó hacia delante elevando un poco más su mano para iluminar el camino.

Gael tocó la espalda de Neil y le señaló hacia delante.

—Ahí está. —Señaló un agujero en la pared.

Neil fue hasta ella y observó el interior, luego miró contrariado a Gael.

—¿En serio? —preguntó observando el pasadizo. Era muy empinado y bastante más estrecho que por el que iban, incluso debería inclinar su espalda para caminar por allí. Dio un primer paso hacia delante y resopló—. Resbala mucho. Cuidado.

Avanzó despacio pues el acceso en un determinado punto hacía que tuviese que ponerse de rodillas.

—Joder —comentó mientras se agachaba para pasar por debajo de un saliente de la roca—. ¿Vais todos bien? —preguntó.

—Sí —respondieron casi a la vez.

Continuó así hasta que el estrecho túnel se amplió al dar con una habitación. Salió y se puso erguido. Había una especie de sala y luego seguía el camino volviéndose más estrecho, aunque no tanto como la primera parte.

Caminó hacia la pared del lateral mientras el resto de sus compañeros salían del pequeño túnel.

—Hay tres puertas... —dijo Neil—. Tapiadas —comentó de mal humor—. Qué bien...

Todos miraron hacia delante para ver por dónde seguía el túnel.

Karan se cruzó de brazos.

—Habrà que seguir —dijo señalándolo.

Neil volvió a entrar el primero. Por suerte, había intuido bien y aquel túnel no era tan estrecho como el anterior y le permitía caminar recto, aunque en algunos momentos debía ponerse de lado para pasar entre las paredes. El sitio era realmente claustrofóbico.

Continuaron caminando durante sesenta metros, siguiendo el túnel que parecía inclinarse hacia

un lado, dando la impresión de que estaban rodeando la habitación sagrada.

—¡Mierda! —gritó Neil cuando chocó con el muro.

—¿Qué? —gritó Karan desde atrás.

—Este túnel también está bloqueado, no hay forma de acceder a la habitación principal.

—¿En serio? —gritó Elin desde atrás.

—Dichosos romanos —rugió Neil mientras se giraba, aunque se encontró con la ceja enarcada de Gael—. ¡No tú! —gritó al ver su expresión—. Los de la otra época.

Gael resopló y se giró al igual que sus compañeros, deshaciendo el camino que habían hecho hasta llegar al túnel principal a través de la abertura de la chimenea. Al menos aquel pasillo, comparado con el que acababan de recorrer, era más amplio.

—¿Y cómo vamos a acceder a esa cámara? —preguntó Gael desesperado.

Elin intervino.

—Quizás podríamos tirar por el túnel que va a la laguna de Estigia. Los suplicantes entraban por ahí. Nos mojaremos, pero es lo que toca.

Neil miró a Gael, el cual asintió.

—Por probar...

—De acuerdo —dijo Neil dirigiéndose al camino que descendía a la zona inundada. Llamó su atención que otro túnel salía de allí—. ¿Cuántos túneles hay aquí abajo?

—Es un laberinto. Vete a saber. Esto ha permanecido oculto durante más de dos mil años. Hace poco que se descubrió y muy pocos han accedido a él —respondió Gael mientras Neil se situaba frente a la nueva abertura.

—Esperadme aquí. Ya voy yo. Este camino es bastante estrecho.

—¿Y nos quedamos sin luz? —preguntó Elin.

—Tranquila —comentó Karan colocándose a su lado y mostrándole la mano. Hizo una pequeña chispa que desapareció al momento. Luego hizo otra que duró otro segundo y volvió a desaparecer. Luego otra...

—¿En serio? ¿No puedes mantenerla?

—Humm... este sitio es muy estrecho. Prefiero no correr el riesgo de electrocutaros —dijo mientras se hacía de nuevo la oscuridad, aunque un segundo después la mano de Karan volvía a iluminarse.

Elin se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos.

—Estupendo, si ponemos música parecerá una discoteca.

Neil caminó por el pasillo agachado. Cada vez comprendía menos cómo habían podido excavar aquel túnel, debían de haber tardado décadas en construirlo.

Dio un par de pasos más hasta que se quedó parado. ¿En serio? Colocó la palma de la mano sobre el muro que habían construido los romanos evitando que pudiese seguir hacia delante.

Resopló molesto y cuando se estaba girando le llamó la atención un cambio de color en la piedra. Colocó su mano al lado para ver mejor. ¿Aquello era una pintura? Tenía un color más fuerte, colorado.

—Una inscripción —susurró. Miró hacia el inicio del túnel—. ¡Eh! Aquí hay algo.

Todos se giraron hacia donde estaba Neil al escuchar sus palabras.

—¿Qué es? —preguntó Gael.

Neil observó atento.

—Parece una inscripción. Unas letras o símbolos —explicó mientras se llevaba la mano al bolsillo—. Pero no entiendo el idioma. Parece una A, una R y una N, aunque no puedo asegurarlo. —Extrajo el móvil y lo colocó ante la pared—. Voy a hacer una fotografía y se la paso a Lucía para que la investigue.

—Así se entretendrá —comentó Gael desde el inicio del túnel—. Bastante mosqueada estaba ya por tener que quedarse en el hotel.

Neil tomó un par de fotografías de la pintura y las subió al grupo. Ahí abajo no había cobertura, pero en cuanto cogiese se enviarían.

Gael, que se encontraba al inicio del túnel esperándolo, se apartó cuando llegó.

—¿No hay nada más?

—Los romanos lo cerraron también.

—¡Eh! —interrumpió Karan—. Aquí hay más túneles —dijo mientras encendía y apagaba su mano con pequeñas chispas.

—¿Qué haces con la mano? —preguntó Neil—. Para de hacer destellos o lograrás que nos dé un ataque epiléptico a todos —se quejó mientras aumentaba el brillo de la llama en su mano para iluminar mejor—. ¿Cuántos túneles has visto?

—Dos —informó Karan.

—Vale, tú por uno y yo por otro.

—¿Y la luz? —se volvió a quejar Elin.

—No tardamos nada —comentó Neil.

—No me gusta nada estar aquí abajo sin luz —se quejó ella—. Esto es el infierno griego.

Neil la miró sonriente cuando se acercó para acceder al túnel.

—Sabes que era mentira, ¿no? —bromeó.

—Puede que no fuese el infierno de verdad, pero seguro que Hades se paseó por esta cueva alguna vez. Seguro que los griegos lo llamaban así por eso.

—A mí me gustaría que estuviese —dijo Karan con contundencia—. Así aclararíamos un par de cosas con él.

—Ya, bueno... —comentó Elin a sus compañeros—. No tardéis.

Dicho y hecho, no tardaron más que unos pocos minutos.

—¿Has visto algo? —preguntó Neil a Karan que salía en aquel momento de la cavidad.

—Es muy estrecho, el más estrecho de los que hemos cruzado. He podido llegar hasta el final arrastrándome —dijo sacudiéndose la ropa de tierra—. Aparte de los huesos de una liebre muerta, no he visto nada más. Está bloqueado al final, aunque me ha dado la impresión de que hay otro pasadizo al lado.

—Sí, en el que estaba yo, y parece que no está bloqueado —informó Neil.

—¡Perfecto! —dijo Elin emocionada.

—Se abre una cámara por delante, bastante grande. —Se giró y comenzó a avanzar por ese pasillo.

Tal y como Neil les había informado aquel pasillo daba a uno mucho más largo y ancho. A los lados había decenas de nichos que, en otro tiempo, habían albergado decenas de lámparas de queroseno alumbrando la zona.

Realmente debía ser espectacular verlo con tanta luz, parecería el mismísimo infierno.

Karan volvió a zarandear los brazos ante él.

—¡Putos mosquitos! —gritó de los nervios.

*Itos, itos, itos, itos...*

Todos se giraron hacia Karan mientras su voz rebotaba en las paredes formando un eco.

—Hay eco —dijo Neil impresionado.

*Eco, eco, eco, eco...*

—¿En serio? —bromeó Elin—. No me había dado cuenta...

*Enta, enta, enta, enta...*

Hermi se giró y los miró mosqueado.

—Un poco de seriedad... —susurró bajito—, por favor.

Neil lo miró divertido.

—Habla más fuerte, ¡que no te escucho! —gritó a propósito.

*Ucho, ucho, ucho, ucho...*

—Qué paciencia —pronunció Hermi sin dejar de caminar, poniendo los ojos en blanco.

*Encia, encia, encia, encia...*

Había una buena bajada y luego apareció ante ellos la laguna de Estigia.

—Huele muy mal —se quejó Elin tapándose la nariz.

—El agua lleva mucho tiempo estancada aquí —explicó Neil.

No hizo falta que dijese nada.

Gael elevó su mano y el agua se echó hacia un lado dejando ver el fondo de aquel pequeño lago. Dio primero unos pasos y les indicó a todos que le siguiesen.

—Vamos.

—Genial —dijo Elin que ya se había hecho a la idea de que acabaría mojada.

Así era mucho más cómodo atravesarlo. Gael mantenía sin ningún problema toda el agua de la laguna artificial en un lateral, casi tocando el techo, removiéndose y formando pequeños remolinos.

Tras un minuto atravesaron toda la laguna y llegaron a unos escalones. Neil se puso delante alumbrando y comenzó a subirlos seguido por sus compañeros, mientras Gael dejaba que el agua, que había retenido contra la pared, inundase de nuevo de forma sosegada el lago artificial.

Subieron las escaleras hasta el marco de una puerta.

—Creo que es la habitación sagrada —dijo Gael entrando en su interior. Miró a ambos lados mientras sus compañeros accedían también a la pequeña estancia. Era bastante reducida, como mucho para que la sibila se sentase en medio de la habitación y hubiese un par de hombres vigilando, así como un escriba que apuntaría todas sus predicciones.

—¿Puedes alumbrar más? —preguntó Elin situándose al lado de Neil que aumentó el fulgor de la llama. Había piedras por la habitación que habían caído tanto de las paredes como del techo—. Parece que hubo derrumbes.

—Bastante bien se ha conservado.

—Aquí no hay nada —dijo Karan. Se apoyó contra la pared y golpeó varias veces escuchando—. No suena a hueco —continuó mientras repetía los golpes en las paredes.

Neil suspiró.

—Al menos tenemos la inscripción.

—¿Se la has enviado a Lucía? —preguntó Gael mientras imitaba a Karan, aunque realizando golpes en el suelo para comprobar si había alguna superficie hueca.

—No hay cobertura. Cuando salgamos se enviará —informó.

Hermi seguía mirando de un lado a otro, bastante molesto.

—Maldita ninfa —gruñó—. Podría haber sido más precisa.

Neil retiró unas cuantas piedras que habían caído y se estiró en el suelo dando unos golpes también.

—Este debe de ser el lugar donde se sentaba la ninfa —explicó mientras golpeaba la losa del suelo, aunque los miró asombrado y se puso de rodillas—. Eh, aquí creo que hay algo. Suena a hueco —dijo intentando extraer la losa.

Karan se arrodilló frente a él y fue sacando la tierra que rodeaba la losa con cuidado. Aquello era un trabajo de chinos. Aquella losa cuadrada estaba rodeada de tierra y, para poder levantarla, hacía falta despegarla del suelo, algo hartamente complicado después de milenios.

—Aparta —dijo Neil empujando un poco a Karan.

—Te estoy ayudando —se quejó su compañero.

Neil elevó su puño y lo estrelló contra la baldosa partiéndola en decenas de pedazos que cayeron hacia abajo.

—¡Pero qué bruto eres! —gritó Hermi desesperado—. ¿No era mejor quitar la losa?

Neil resopló mientras observaba el agujero que había debajo de ella.

—Tengo prisa —comentó introduciendo el brazo. Todos lo observaron con atención—. Hay algo —dijo asombrado.

—¿El casco? —preguntó Elin expectante.

—No, mejor aún... —Elevó su brazo para mostrarle el objeto—. Una piedra.

Todos resoplaron mientras Neil quitaba el polvo de la piedra y la dejaba en el suelo.

La piedra tenía una inscripción en su superficie.

—¿Griego? —preguntó Neil.

Karan le arrebató la piedra observándola con atención mientras Neil le iluminaba.

—Es griego clásico —susurró fascinado.

—¿Lo entiendes? —preguntó Neil con entusiasmo.

Karan lo miró y enarcó una ceja.

—Claro que lo entiendo —contestó molesto por la pregunta—. El que no domino es el arcaico.

—¿Qué dice? —preguntó Elin agachándose a su lado.

Karan observó la piedra rectangular con la inscripción.

—Tiempos ha —comenzó a traducir—, el tesoro de Hades fue arrebatado por un aguerrido pueblo. Ahora, el portador, hijo de Tisámeno, nacido entre dos imperios y considerado uno de los más valientes hombres, se encuentra en tierras del gran gigante dormido. Aquí liderará con bravura la expansión del gran imperio.

Todos se miraron fascinados.

—¿El gran tesoro de Hades? —preguntó Elin de nuevo.

Karan la miró y asintió.

—Eso dice.

—Debe referirse al casco —continuó ella fascinada—. ¿Tú qué crees, Hermi?

—Bueno, ya sabemos que las sibilas se ponían ciegas con los gases tóxicos que respiraban —interrumpió Karan.

—Que yo sepa Hades solo tiene ese tesoro, así que debe referirse a su casco —contestó Hermi—. Además, la ninfa nos dijo que viniésemos hasta aquí.

Neil se puso en pie y miró a ambos lados.

—Será mejor que nos vayamos. ¿Qué hacemos con la piedra? —preguntó a Hermi.

Hermi fue hasta Karan y la observó.

—Es pequeña. ¿Podéis guardarla en el bolsillo?

Neil se la quitó de la mano a Karan y la guardó, aunque le costó un poco.

—Pues vamos, volvemos a Siracusa —pronunció antes de que Hermi se pusiese en medio de todos ellos y colocasen la mano en su hombro.

Aparecieron todos en el vehículo que habían dejado aparcado cerca de la ciudad. Gael se encontraba en el asiento del conductor, Karan de copiloto y Neil y Elin detrás junto a Hermi.

Neil extrajo el móvil y vio cómo se enviaba la fotografía por el grupo para que Lucía la estudiase. En ese momento le llegó un mensaje de Adriana.

**Adriana:**  
Hola, ¿cómo estás?  
¿Estás ya en el hotel?

Neil sonrió al ver su mensaje.

**Neil:**  
No, aún no.  
Estamos en el Etna.

—¿Voy para el hotel? —preguntó Gael—. Así hablamos con Lucía e investigamos.

—De acuerdo —comentó Hermi.

**Adriana:**  
Muy bien.  
Avísame cuando llegues al hotel y hablamos.

Aquello lo dejó intrigado. ¿Quería hablar? ¿Sobre lo de aquella noche?

**Neil:**  
Claro, en cuanto llegue te aviso.

Y añadió varios iconos de besos y abrazos.

Se quedó pensativo y echó su cuerpo hacia delante.

—Adriana quiere hablar...

—Ya, ya... —bromeó Karan—. Hablar.

Neil miró de reojo a Karan, aunque prefirió no decir nada.

Jamás se había sentido tan atraído por una mujer. Sabía que no había problema por el tema de la distancia. El verdadero problema era quién era él.

—Estoy pensando... —comentó Karan.

—No, mejor no pienses —le interrumpió Neil mientras se llevaba una mirada amenazadora de Karan y él le ofrecía una divertida—. Venga, habla.

—Déjame la piedra —comenzó alzando su brazo hacia él. Neil se la ofreció y Karan volvió a

observarla con atención.

—El tesoro de Hades fue arrebatado por un aguerrido pueblo —susurró Karan, intentando encontrarle sentido—. Arrebatado por un aguerrido pueblo —volvió a susurrar. Luego miró a Hermi—. Los cascos que se encontraron eran corintios, ¿no? —preguntó. Hermi asintió—. Que yo recuerde, Corinto solo visitó una vez esta isla.

Neil intervino.

—En la expedición a Sicilia. Cuando Atenas intentó invadir Siracusa y la sitió. —Luego miró a Karan enarcando una ceja—. Esparta y Corinto ayudaron a Sicilia a defenderse de Atenas.

Karan asintió.

—Esparta, sin duda, era la mejor milicia militar de tierra. Era una ciudad-estado militar cuya cultura se basaba en la lucha. Ellos también estuvieron ahí.

—Eh —intervino Neil sacando el móvil del bolsillo. Buscó la fotografía y la observó, luego se la mostró a Karan mientras Gael lo observaba a través del retrovisor y Elin se acercaba para mirar la fotografía al lado de Karan—. La primera letra, pensaba que era una A, pero ¿ese no era el símbolo espartano?

Karan asintió.

—Parece la letra Lambda, además está pintada en rojo. —Volvió a mirar la piedra interesado—. Voy a pasarle también una fotografía de la piedra a Lucía.

Neil volvió a sentarse correctamente y observó el móvil con cierta emoción. Adriana quería hablar y, aunque se sentía en parte nervioso por lo que pudiese decirle, estaba realmente ilusionado.

Ninguno de ellos fue consciente de que una furgoneta les seguía desde que habían iniciado la marcha varios coches por detrás de ellos.

# Capítulo 21

AÑO 416 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Arión clavó su espada en el ateniense y se retiró un paso atrás para cubrirse de nuevo con el escudo.

—¡Replegaos! —gritó a todos sus hombres.

El ataque a la zona de Plemmyrium se había iniciado con la salida del sol. Eudor, uno de sus enomotarcas, había salido a media noche atravesando toda la meseta de Epípolas, rodeándola en la oscuridad y atravesando todo el golfo de Great Harbor hasta el campamento de los atenienses, junto al general Gilipo.

Corban, otro de sus hombres, dirigía la flota desde Siracusa, consistente en treinta y cinco trirremes desde la bahía principal y cuarenta y cinco desde la pequeña. Confiaban en que aquello distraería a los atenienses y facilitaría la conquista de su campamento en Plemmyrium.

Se habían equivocado.

Los atenienses tenían vigilada totalmente la costa y, en cuanto habían visto aparecer sus trirremes, se habían lanzado a la mar intentando defender el golfo. Si algo tenía claro era que, al menos, Gilipo y Eudor seguramente conseguirían hacerse con el campamento.

Sin embargo, los atenienses los superaban en maniobrabilidad y velocidad, y habían ganado la batalla en el mar alcanzando la costa de Siracusa. En ese momento, las trirremes atenienses tocaban tierra y decenas de soldados saltaban de ellas espada en mano para conquistar aquella tierra.

Puede que Atenas los superase en el mar, pero no lo iban a hacer en tierra firme.

Se agachó frente a su escudo, liderando la formación espartana, formando una hilera que atravesaba la calle principal de la ciudad de Siracusa, evitando así su acceso al centro.

—¡Aguantad! —gritó a sus hombres mientras los atenienses corrían en su dirección, manteniéndose paralizados esperando su llegada—. ¡Quietos! —ordenó.

Esperaron en su sitio, preparados para la batalla. Sabía que otros atenienses habrían ido por las calles colindantes, pero el grueso de su ejército se dirigía por la central.

Hicieron fuerza con sus piernas y aguantaron la embestida de Atenas, cubriéndose con el escudo. Empujaron adelante y con sus largas lanzas comenzaron a herirlos, a algunos de muerte, a otros lo suficiente como para que se viesan obligados a abandonar la batalla.

—¡Avanzad! —gritó Arión mientras elevaba su brazo, tomaba carrerilla y arrojaba su lanza contra uno de los atenienses que intentaba levantarse.

Debía de haber cientos de sus adversarios entre la calle y la playa, pero no pasarían de allí. Ellos lo impedirían.

Arión extrajo la espada que llevaba en su cinturón y, cubriéndose con el escudo, se adelantó a sus hombres derribando a unos cuantos atenienses.

Se giró y observó que varios de los atenienses entraban en las casas colindantes atacando a la población de Siracusa.

Su mirada voló hacia la puerta donde se encontraba la vivienda de Dalia. Los atenienses comenzaban a acercarse, algo que no le gustaba nada.

Tuvo que apartar su atención hacia el otro lado cuando escuchó el grito de varios hombres. Se sorprendió cuando los vio volar por el cielo y estrellarse contra las paredes de las casas. Aquella visión lo dejó petrificado.

Uno de aquellos atenienses había logrado derribar a cuatro de sus hombres con un solo golpe de puño. Se quedó observándolo. Vestía como cualquier ateniense: una corta túnica que formaba unos pliegues; y en su pecho y espalda una coraza metálica sujeta por correas sobre los hombros y que se ajustaba perfectamente al cuerpo. Las canilleras doradas con las que protegían la parte inferior de las piernas y el casco. Aquello fue lo que llamó su atención.

Aquel hombre portaba un casco diferente al resto.

Jamás había visto algo así, pues resplandecía sobre el resto.

De un color dorado muy intenso, reflejaba los rayos del sol deslumbrando a muchos de los hombres que se le acercaban.

El casco rodeaba toda la cabeza dejando al descubierto dos agujeros con forma de almendra, la nariz y el centro de los labios. El resto estaba totalmente cubierto.

Se quedó paralizado mientras aquel ateniense cogía a uno de sus hombres por el cuello y lo lanzaba varios metros hacia atrás, derribando a unos cuantos espartanos y corintios cercanos a él.

Jamás había visto una fuerza como aquella.

Tuvo que agacharse cuando el soldado del casco brillante cogió una de las tinajas repletas de agua con una sola mano y la hizo volar en su dirección.

Se echó a un lado y cayó al suelo sin apartar la vista de él, mientras el resto de los hombres combatían. Había levantado la tinaja como si se tratase de una pluma.

Se puso en pie de inmediato y detuvo la espada de un ateniense que se había acercado hasta él intentando acabar con su vida. Neutralizó el golpe con su espada y lo empujó con una patada alejándolo de él lo suficiente para colocar la espada entre los dos cuerpos y atravesarlo.

El grito de aquel soldado se mitigó con el de tantos otros que caían.

En ese momento vio como los atenienses llegaban hasta la puerta de la vivienda de Dalia e intentaban derribarla. Sin duda iban a saquear todo lo que pudiesen y acabar con tantas vidas como les fuese posible. No iba a permitirlo por nada del mundo.

Avanzó entre los atenienses, seguido por varios de sus hombres que lo acompañaban en el camino, cuando unas mesas y sillas pasaron frente a él a gran velocidad estrellándose contra la pared que pertenecía a la vivienda de Dalia.

Los atenienses seguían intentando derribar la puerta, y sabía que lo conseguirían si no los detenía, pero de nuevo se vio forzado mientras se protegía con el escudo a mirar en dirección al lugar de donde había salido despedido aquel mobiliario.

No le sorprendió ver que el ateniense del casco dorado salía de aquella vivienda, arrancaba la puerta y la zarandeaba en el aire arrasando con todos los espartanos y corintios que dificultaban su camino.

Justo giró su cabeza para observar que derribaban la puerta de la vivienda de Dalia y entraban en su interior.

—No —susurró mientras volvía a abrirse camino entre todos los atenienses, acabando con la vida de todos aquellos que se interpusiesen en su camino.

Se agachó para esquivar la espada de uno de ellos mientras con la suya propia cortaba el muslo de su contrincante y este caía al suelo. Cogió carrerilla y golpeó con el escudo al siguiente

que tenía en su camino. No dudó en empujarlo con fuerza y echarlo al suelo. Dio un paso adelante y clavó su espada en su pecho atravesando la armadura.

No hubo un momento de respiro.

Cuando extrajo la espada del cuerpo moribundo tuvo que apartarse a un lado para esquivar a otro ateniense, aunque de este se hizo cargo su compañero clavando una lanza en su pecho antes de que Arión se moviese.

Dio unos pasos más hacia delante, sin detenerse, hacia aquella puerta abierta, cuando observó como dos atenienses sacaban a Dalia a rastras de la vivienda, sujetándola cada uno por un brazo.

Corrió hacia allí observando como ella intentaba soltarse de los que la mantenían presa, gritando y golpeándoles con las manos y los pies.

Se agachó de nuevo esquivando la hoja afilada de una espada, aunque ni siquiera se detuvo para acabar con aquel ateniense. Apartó a otros a golpes, sin recrearse en la batalla, ya que su único objetivo era llegar hasta ella y ponerla a salvo.

El corazón se le paralizó cuando uno de los soldados atenienses golpeó con fuerza su rostro, arrojándola al suelo y haciendo que se golpease la cabeza.

Arión pudo ver que Dalia quedaba inconsciente, tendida sobre el suelo.

Esquivó otras espadas y llegó hasta el primer ateniense justo cuando este se agachaba para cogerla del brazo y arrastrarla.

Lo sujetó por la espalda levantando su cuello y clavó su espada en la espalda del ateniense, atravesándolo. Aquella imagen dejó petrificado al compañero de este, que en ese momento se agachaba para coger a la muchacha.

Miró asustado a Arión, mientras se levantaba y extraía la espada de su cinturón, pero no tuvo tiempo. Arión dio unos pasos hacia delante y, antes incluso de que el ateniense pudiese extraer la espada, alzó la suya y cortó la carne de su brazo.

A su alrededor todo era lucha, olor a sangre, gritos, cuerpos sobre la tierra luchando por respirar, pero a él lo único que le importaba en aquel momento era proteger a Dalia.

Se agachó a su lado visiblemente nervioso.

—¡Dalia! —gritó mientras la giraba para observar su rostro. Tenía una brecha en la frente. Palpó su mejilla y la golpeó suavemente mientras repetía su nombre—. ¡Dalia!

Apretó los labios con furia y llevó sus dedos hasta el cuello de la joven. Solo consiguió calmarse cuando notó los latidos de su corazón en el cuello. Estaba viva, era lo único que le importaba en aquel momento. La sacaría de allí fuese como fuese.

Unos gritos cercanos le hicieron elevar la vista al frente y tuvo que agacharse y cubrir el cuerpo de la joven con el suyo cuando varios de sus hombres volaron sobre él cayendo al suelo. Se giró para observar como sus compañeros acababan rodando por el suelo y miró de nuevo hacia delante, hacia la causa de aquel alboroto.

A pocos metros de él, el soldado ateniense con el casco dorado lo miraba fijamente, como si hubiese escogido ya a su próxima víctima. La mirada de aquel soldado descendió hacia la joven y Arión se alteró. Se puso en pie lentamente mientras cubría su cuerpo con el escudo y con la otra mano empuñaba la espada en actitud defensiva. No iba a permitir que se acercase a ella. Sabía lo que haría en cuanto estuviese a su lado. Acabaría con la vida de Dalia sin pensarlo dos veces, igual que había hecho con las decenas de personas inocentes que se habían cruzado en su camino.

Avanzó unos pasos hacia delante, alejándose de ella para poner distancia, con la vista clavada

en aquel hombre. Sabía de su fortaleza, pero no esperaba que también tuviese aquella rapidez.

Estiró su brazo con la espada que empuñaba queriendo atravesarlo, pero el ateniense lo esquivó sin problema echándose a un lado. Aquel hombre era muy fuerte, pero Arión también lo era. Había sido entrenado desde los ocho años como un guerrero espartano, despuntado entre todos sus compatriotas, creándose una buena fama de guerrillero. Por eso mismo era un lochago.

El ateniense no portaba ningún arma, ni espada, ni lanza, ni siquiera escudo, pero, mientras esquivaba a Arión, puso su mano en el escudo de este y lo empujó alejándolo.

Arión retrocedió varios metros por el impulso, frenando con las piernas y colocando su escudo por delante para defenderse de un eventual ataque. Tomó carrerilla y volvió a la carga.

Jamás había perdido un combate y este no sería el primero.

El ateniense esquivó de nuevo su espada, mas Arión se agachó cubriendo su cabeza con el escudo y cortó la carne de la pierna del soldado haciendo que este gritase.

El ateniense se lanzó hacia él, esquivó una vez más su espada y Arión lo golpeó con todas sus fuerzas con el escudo, pero aquel hombre ni siquiera se movió, por el contrario, embistió a Arión haciendo que retrocediese.

¿Cómo era posible que aquel ateniense tuviese tanta fuerza?

Arión colocó el escudo ante él y contuvo el golpe, hundiéndose hacia abajo y haciendo que casi perdiese el equilibrio. Se agachó intentando herir a su oponente, pero este lo esquivó, aunque una cosa llamó su atención: había cortado su pierna hacía pocos segundos, un corte profundo, pero sin embargo, ninguna herida aparecía en su pierna. ¿Qué estaba ocurriendo ahí?

Elevó su mirada hacia él fascinado, justo cuando el ateniense lo empujó haciéndole perder el equilibrio y llegando hasta donde se encontraba Dalia en el suelo, sin ser consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor.

La mayoría de sus compañeros luchaban contra los atenienses y estaban logrando contenerlos, pero aquel hombre era diferente a todos los demás.

Se giró un segundo hacia Dalia para observarla justo cuando el ateniense llegó hasta él y golpeó el escudo con una patada forzando a Arión a colocar una mano sobre la tierra para sujetarse y no caer y, de esa forma, cubrir también parte del cuerpo de ella.

—¡Arión! —gritó uno de sus hombres acercándose al verlo en apuros.

El ateniense se giró para enfrentarse al siguiente espartano, aunque le bastó un simple golpe en su escudo para que saliese volando hacia atrás, alejándolo de ellos. Al menos le ofreció los segundos necesarios para que Arión recobrase el equilibrio, elevase su brazo y clavase la espada en su costado. Notó como la carne del ateniense se desagarraba, incluso le pareció notar que chocaba con alguna costilla, pero lejos de lo que imaginaba, el ateniense cogió su mano con fuerza, mirándolo fijamente mientras Arión apretaba su mandíbula intentando alargar más el corte.

El soldado extrajo la espada de Arión y lo empujó hacia atrás con una patada haciéndole perder el equilibrio, aunque logró recobrarlo antes de caer sobre Dalia.

Se quedó petrificado cuando observó ante sus ojos, que aquella herida cicatrizaba y se cerraba en cuestión de segundos. Aquello solo podía ser magia, no había duda.

Durante unos segundos la luz que se reflejaba en el casco dorado lo cegó, hecho que aprovechó el ateniense, totalmente recuperado, para avanzar hacia él, coger una espada del suelo de un compañero caído y empujarlo.

Si ya tenía fuerza antes de la herida, ahora parecía que estaba totalmente encolerizado.

Arión cayó sobre el cuerpo de Dalia y tuvo el tiempo justo para cubrirse con el escudo antes de que la espada pudiese atravesarlo. Aun así, la embestida y la fuerza con la que el enemigo manejaba la espada le hicieron apretar los dientes para poder aguantar el golpe.

De nuevo el ateniense volvió a golpear con su espada y esta chocó con el escudo de Arión que evitaba que pudiese atravesar el cuerpo de Dalia o el suyo propio.

Lo que no esperaba Arión era que el ateniense, desquiciado, cogiese su escudo entre gritos de ira y se lo arrebatase, dejándolo totalmente al descubierto.

Arión iba a lanzarse sobre él antes de que pudiese volver a emplear la espada cuando notó como el ateniense clavaba su pie en su estómago haciéndole volar por los aires, alejándolo de Dalia.

Cuando aterrizó sobre la tierra con un golpe seco se quedó sin respiración unos segundos. Era imposible acabar con él. Ni en sus peores pesadillas hubiese imaginado encontrarse con un soldado de tal fuerza y resistencia.

Se incorporó con rapidez en el suelo, girándose hacia donde se encontraba el ateniense, esperando poder evitar la siguiente embestida, cuando observó que no iba en su dirección. El ateniense se había situado frente al cuerpo de Dalia y elevaba sus dos brazos con la espada para tomar impulso y clavarla en ella.

—No, no, no... —susurró Arión mientras cogía la espada que había caído a su lado y se ponía en pie.

Corrió los metros que le separaban de ella. Aquellos segundos se le figuraron una eternidad. Le daba la sensación de que sus piernas se movían más lentas que la afilada espada descendiendo a gran velocidad hacia el cuerpo de Dalia.

Llegó justo a tiempo para bloquear la espada del soldado. Se colocó sobre Dalia con una pierna a cada lado de su cuerpo y detuvo la estocada elevando su espada, paralizando la del ateniense, aunque la fuerza de este último era superior y arrastró a Arión sobre el cuerpo de Dalia con fuerza.

Cayó sobre ella y se le escapó la espada, justo cuando notó que aquel fuerte golpe había hecho recuperar la consciencia a Dalia que se movía bajo su espalda nerviosa.

—Dalia, Dalia... tranquila —gritó Arión intentando calmarla mientras el ateniense se ponía sobre él empuñando la espada—. ¡No te muevas! —le ordenó.

Arión se concentró en la espada del ateniense. No tenía ningún arma con la que defenderse, ni siquiera su escudo.

El ateniense tomó impulso elevando su espada y descendiéndola velozmente hacia Arión, pero este la detuvo con un golpe de la muñequera de bronce que llevaba desviándola hacia un lado.

Dalia no dejaba de removerse bajo el cuerpo de Arión, de espaldas a él, sin poder observar lo que ocurría, solo sintiendo un gran peso sobre su cuerpo que le impedía moverse y le dificultaba respirar con normalidad.

—¡Dalia! —gritó de nuevo Arión al notar cómo se removía bajo él intentando salir—. ¡Mantente quieta! —ordenó.

Dalia giró su cuello lo justo para identificar a Arión sobre ella y, peor aún, a un hombre que elevaba su espada otra vez para acabar con sus vidas. En ese momento lo comprendió, Arión la estaba protegiendo. Ella había perdido la consciencia durante unos minutos y, en aquel periodo de tiempo, no sabía lo que podía haber ocurrido, lo único de lo que era consciente en aquel instante

era del cuerpo de Arión sobre ella y de que él era la única razón que evitaba que aquel ateniense acabase con su vida.

Gritó cuando notó que el afilado acero de la espada cortaba su hombro.

Arión había vuelto a golpear la espada de su contrincante desviándola de sus cuerpos. Golpeó con fuerza la espada arrebatándosela de las manos y, con la otra mano, golpeó con el puño estrellándolo en la mejilla del soldado que desvió la cabeza hacia un lado por el impacto.

Dalia no dejaba de removerse, consciente de lo que estaba ocurriendo. Echó la vista a la derecha y vio un cuchillo. No era muy grande, pero al menos le serviría para defenderse. Estiró su brazo para cogerlo, pero solo consiguió rozarlo con las yemas de los dedos. Se estiró un poco más, intentando moverse bajo el cuerpo de Arión que a la vez luchaba contra el ateniense. Gruñó con todas sus fuerzas tratando de alcanzar el cuchillo.

El ateniense volvió a fijar su vista en Arión y se lanzó sobre él rodeando su cuello con sus manos, presionándolo para cortarle la respiración. Aquel espartano se lo estaba poniendo demasiado difícil.

Arión notó que se le cortaba la respiración y que sus pulmones no conseguían llenarse de aire. Golpeó con fuerza la mejilla de su contrincante pudiendo recuperar el aliento unos segundos, pero con rapidez este volvió a rodearlo con fuerza.

De reojo pudo ver como Dalia, justo en ese momento, lograba alcanzar un cuchillo con sus dedos y lo atraía hasta su mano para cogerlo.

La reacción de Arión no se hizo esperar, soltó sus manos de los brazos de él y echó su brazo hacia abajo para que ella le entregase el cuchillo.

Dalia, sin que los gruñidos por la fuerza empleada en llegar hasta el cuchillo cesasen, no tardó ni un segundo en entregárselo.

El movimiento de Arión fue preciso. Lo cogió entre sus dedos justo cuando un pitido comenzaba a inundar su cabeza por la falta de aire y con fuerza clavó la hoja de metal en la garganta del Ateniense que lo soltó de inmediato mientras se ponía en pie gritando. Arión tardó unos segundos en recuperar el aliento, observando pasmado como el ateniense llevaba la mano hasta el cuchillo que atravesaba su garganta y comenzaba a extraerlo.

No esperó más. De un salto se bajó del cuerpo de Dalia y cogió la espada mientras ella echaba la vista atrás y se arrastraba por el suelo alejándose del agresor.

Arión empuñó la espada, se puso en pie y, justo cuando el ateniense se extraía el cuchillo de la garganta y podía observar como comenzaba a cerrarse el corte, elevó su mano y atravesó su cuello de un extremo a otro con la afilada hoja de metal, decapitándolo.

Escuchó el grito de Dalia a su espalda por la impresión de ver aquello, pero lo único que hizo fue agacharse a su lado y echar su mano hacia atrás para colocarla sobre su cadera para calmarla. Ni siquiera se giró a observarla. No había tiempo que perder. Miró a sus hombres que aún luchaban por detrás de su posición.

—¡Avanzad! ¡Hacia el mar! —gritó—. ¡Sacadlos de la ciudad!

La reacción de sus hombres fue instantánea, de simplemente estar protegiendo la calle a avanzar a través de ella dejando la tierra teñida de sangre y repleta de cadáveres.

Dalia se quedó observándolos. Aquella imagen era aterradora, incluso cuando sabía que aquellos soldados estaban allí para defenderles.

Gritó cuando notó que la cogían por el brazo y la elevaban.

Se quedó contemplando los ojos azules de Arión que permanecía frente a ella con un semblante cargado de ira, aunque sabía que no iba dirigido a ella.

Arión acarició su hombro con suavidad, intentando calmarla.

Aquella muestra de ternura en medio de tan cruel batalla la cogió desprevenida. Se quedó unos segundos observándolo hasta que Arión le indicó con un movimiento de cabeza que volviese hacia su hogar.

—Corre —dijo a modo de orden, aunque en un tono suave—. Cuando todo se calme, vuelve a mi tienda. No te quedes aquí. No es seguro.

La soltó y se giró a tiempo para observar que sus hombres iban ya varios metros por delante obligando a los atenienses a retroceder.

Pudo ver de reojo como Dalia entraba en su hogar con paso tembloroso. Iba a avanzar para unirse a sus compañeros cuando un reflejo lo deslumbró.

Su mirada voló hacia esa cabeza decapitada y ese casco dorado tan llamativo.

Dio unos pasos hacia él y se agachó a su lado, observándolo. Parecía de oro. Pasó una mano por encima del casco notando su temperatura caliente.

De nuevo, el reflejo del sol en el casco lo deslumbró. Jamás había visto algo semejante. No sabía si aquel hombre era un brujo o el mismísimo diablo, pero algo le decía que aquel casco tan reluciente y caliente al tacto tenía algo que ver.

Lo sacó de su cabeza y lo colocó entre sus manos observándolo mientras se ponía en pie.

Todo había salido bien.

Plemmyrium había sido conquistada por Esparta y, por tanto, se encontraba libre del imperialismo ateniense. Ese hecho representaba una gran ventaja estratégica, un puesto de vigilancia privilegiado y la facilidad de poder abastecerse por mar. Con aquella conquista, Atenas no solo perdía su almacén de provisiones, sino también el depósito naval donde tenían las velas, garfías, cuerdas y piezas de repuesto para los barcos. Además, a partir de ese momento, les faltaba el espacio necesario para poder secar las trirremes en la playa. Los barcos de guerra griegos eran sacados regularmente del mar para secarse y garantizar su correcto mantenimiento. Si ello no era posible, los barcos atenienses se deterioraban rápidamente.

Aquello había sido un duro revés a Atenas.

El general espartano Gilipo, con ayuda de Eudor, habían derrotado el campamento ateniense sin mayores problemas. Así, los atenienses eran ahora los que estaban sitiados.

Comenzaba a anochecer cuando habían logrado despejar las calles de todos los atenienses fallecidos en combate.

Arión se apoyó contra el edificio mientras depositaba su copa de vino en la repisa de una ventana. Si algo tenía claro era que los siracusanis estaban felices por haber ganado la batalla y, para celebrarlo, lo mejor era el vino. Los soldados que habían combatido y sobrevivido para contarlos se encontraban allí elevando sus copas hacia Hermócrates, general siracusani que se encontraba sobre un pozo tapiado.

Arión elevó su copa y señaló a Gilipo, su aliado espartano.

—¡Por nuestro general Gilipo, por Esparta y por Corinto! —gritó haciendo que todos los allí

presente brindasen al cielo y tragasen el vino de un solo sorbo.

Arión suspiró y miró a su alrededor. La mayoría de sus hombres se encontraba allí celebrando la victoria, otros, simplemente, se habían escabullido con alguna siracusani para celebrarlo más en la intimidad.

Caminó abriéndose paso entre todos los hombres y mujeres que rodeaban a Hermócrates, y avanzó en dirección a la playa.

Pese a que seguía llegando hasta aquella zona el sonido de los gritos y cantos de victoria, la playa estaba mucho más tranquila. Sin embargo, no podían despistarse, de forma que habían montado varios turnos de guardia para tener la playa vigilada, así como los alrededores de Siracusa.

Pasó al lado de unos cuantos de sus hombres que se encontraban recostados sobre la arena con una botella de vino, riendo alrededor de una hoguera.

El campamento había sido reconstruido con premura. Entre limpiar las calles de cadáveres y levantar de nuevo las casetas, no había tenido un momento de descanso.

Llegó hasta la suya y corrió la cortina para entrar en su interior. La imagen que observó lo dejó petrificado unos segundos.

Dalia permanecía de rodillas en un lateral de la caseta tapada con una manta.

Sus miradas coincidieron mientras él entraba.

La mirada sorprendida de Arión hizo que ella se levantase con timidez.

—Perdona —comentó cubriéndose con la manta—, antes me has dicho que viniese aquí cuando...

—Sí, sí, está bien —se apresuró a decir mientras se dirigía a la mesa y depositaba sus armas. Colocó su pie en un taburete y se sacó la primera canillera de color bronce con la que había protegido la parte baja de la pierna—. ¿Estás bien?

Ella asintió mientras se acercaba unos pasos a él.

—Gracias —susurró tímidamente.

Arión le sonrió antes de elevar el otro pie y sacarse la otra canillera.

—No hay de qué. —Las depositó sobre la mesa y se fijó en el bulto que había sobre ella. Había llevado allí aquel casco tan extraño y brillante, y lo había cubierto con unas gasas. Arión giró su cabeza para observarla, tenía un corte en el hombro—. Estás herida.

—No es nada. Ni siquiera me duele —explicó.

Arión llevó sus manos a las correas para desabrochar su armadura, pero chasqueó la lengua con dolor cuando consiguió desabrocharla.

—Espera —comentó ella mientras con sus manos le ayudaba a quitarse la correa.

Las suaves manos de ella en contacto con la piel de Arión hicieron que él dirigiese la mirada hacia sus ojos, observándola fijamente. Ella no pudo más que apartar la mirada y rodearlo por la espalda para ir hasta el otro hombro y desabrochar la otra correa.

Arión sujetó la parte delantera de la armadura y la retiró mientras ella sujetaba la parte trasera.

En ese momento Dalia se dio cuenta de que él también tenía un corte en el hombro. Era poca cosa, pero a la misma altura que el de ella. Recordó cuando el ateniense los había dañado.

Arión se giró y la contempló. Era tan pequeña y delicada a su lado que sintió deseos de estrecharla entre sus brazos.

—Tú también estás herido —susurró ella observando su herida.

Arión cogió la armadura que ella sujetaba y se la retiró depositándola sobre la mesa.

—No es nada.

Dalia fue consciente de la casi desnudez de él. Lo único que llevaba era aquella falda ajustada a su cadera. Se quedó observándolo unos segundos hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y comenzó a girarse.

Arión imponía mucho más medio desnudo que con aquellas ropas de guerra, pues así podía apreciarse realmente la definición de todos sus músculos.

Arión la detuvo cogiéndola de la mano de inmediato. Aquella muchacha había rondado en su cabeza desde la primera vez que la había visto al llegar a Siracusa y, desde entonces, no había podido apartarla de su mente. Dio un paso más y rodeó con su brazo la cintura de ella, acercándola. Se quedó observándola hasta que descendió sus labios hasta los de ella, sintiendo como temblaba levemente entre sus brazos.

Cuando su rey había decidido acudir en ayuda de Siracusa jamás había llegado a imaginar que fuese a encontrar allí a una mujer de la que pudiese enamorarse.

La besó con suavidad mientras acariciaba su cabello.

Dalia se separó un segundo para mirarlo a los ojos.

Arión volvió a besarla esta vez con un poco más de intensidad mientras descendía sus manos por su cintura, sobre la suave tela blanca de la túnica de ella.

Dalia, aunque bastante intimidada, colocó sus manos en los hombros del espartano, acariciándolos.

Aunque no lo abrazó, Arión interpretó aquel gesto como un consentimiento y llevó sus manos hasta la espalda de ella, desabrochándole la túnica y besando su cuello.

Sabía que cuando acabase la guerra con Atenas, cuando lograsen liberar a Sicilia, debería volver a su hogar. Lo que iba a hacer era peligroso, aquel no era su hogar, sin embargo, ella estaba allí. Él se debía a Esparta, a su gente, pero entre sus brazos tenía a la mujer por la que no dudaría un segundo en dar su vida.

Bajó con lentitud los tirantes de ella, dejando que la túnica cayese por su propio peso y la abrazó. Su piel era mucho más suave de lo que había intuido en un principio.

Esta vez Dalia sí se abrazó a él notando el contacto de su piel con la suya, sintiendo cómo se erizaba y cómo un temblor recorría toda su espalda.

Arión volvió a sus labios y los besó con pasión desmedida, una pasión que había reprimido durante meses y que, tras la batalla y posterior victoria, se veía incrementada.

Se tumbaron sobre las pieles que usaba como cama, abrazados, sin dejar de profesarse el amor y las caricias que tanto necesitaban el uno del otro.

Dalia acarició su cabello rubio y durante unos segundos se quedó observando sus hermosos ojos azules. No entendía cómo un hombre al que había visto luchar con tanta bravura pocas horas antes, lograba estremecerla ahora con sus caricias y sus besos.

Entró dentro de ella con delicadeza, sin perder el contacto visual, para descender a continuación hasta sus labios y comenzó a moverse con lentitud, permitiéndole a ella que se acostumbrase a su cuerpo.

Era extraña aquella sensación. Se encontraba tan lejos de su gente, de su ciudad y, en ese momento, fue cuando por primera vez se sintió realmente en su hogar.

Habían pasado varias horas y Dalia aún dormía entre sus brazos. Se quedó observándola mientras apartaba el cabello de su mejilla. Notó cómo el corazón se le aceleraba. Sería un problema marcharse de allí y alejarse de ella.

Besó su frente y se levantó con cuidado depositándola sobre las mantas. La arropó y se puso la túnica. Fue hacia la mesa y descubrió el casco que había arrebatado a aquel ateniense. No podía olvidar las imágenes de aquel hombre regenerándose de sus heridas y de la fuerza bruta que había demostrado en combate.

Cogió el casco entre sus manos observándolo con atención. Su color dorado hacía pensar que era de oro puro. Era compacto y ligero a la vez. No pesaba casi nada. Se giró hacia Dalia cuando la escuchó moverse. La vio girarse dándole la espalda, totalmente relajada. Una sonrisa tierna apareció en su rostro mientras la observaba, aún con el casco entre sus manos.

Suspiró y se centró de nuevo en aquel objeto.

No estaba frío, sino todo lo contrario, era más bien templado al tacto. Lo giró y encontró en la parte trasera una inscripción.

—Forjado en el Tártaro —susurró leyendo la inscripción.

Notó como sus músculos se contraían, y soltó el casco asustado sobre la mesa de inmediato. Lo contempló con fascinación mientras se le erizaba el vello.

—El casco de Hades —susurró conmocionado.

Conocía la historia y ahora entendía por qué aquel ateniense había hecho gala de tanto poder.

Durante la guerra de la Titanomaquia los cíclopes forjaron tres objetos en el Tártaro que entregaron a los dioses. El tridente fue regalado a Poseidón, el rayo a Zeus y el casco a Hades. De aquella forma, con el poder conjunto que otorgaban aquellos objetos, lograron vencer al titán Crono y encerrarlo en el Tártaro, ganando una guerra que había durado diez años.

¿Acaso era aquel el casco entregado a Hades para vencer al titán que había intentado destruir a los dioses? Desde luego, aquel objeto otorgaba un poder especial.

Tragó saliva y colocó con cuidado la palma de su mano sobre el oro, notando su calor. Si aquello era cierto, tal y como bien sabía, aquel casco otorgaba invisibilidad a los dioses, pero, además, por lo que había podido comprobar de primera mano, brindaba a un simple humano una fuerza sobrehumana y capacidad de hacer que las heridas curasen con pasmosa facilidad.

Sabía que los dioses eran inmortales y quizás, con aquel casco, pudiese heredar un poco de aquel poder.

Lo cogió con manos temblorosas y se sentó en la silla situándolo sobre sus piernas, observando aquella inscripción grabada sobre el oro.

## Capítulo 22

Lo primero que hizo Neil al entrar al hotel fue encontrarse con una mirada suspicaz por parte de Adriana. En ese momento supo que algo no iba bien.

—A los ordenadores —ordenó Hermi entrando tras Gael y esquivando a Neil.

—Hola —dijo Neil frente a Adriana.

—Hola —respondió ella con una leve sonrisa. Miró a sus amigos, aunque ninguno pareció prestarles atención—. ¿Les ocurre algo? ¿Podemos hablar un momento?

—Quieren programar la próxima excursión para esta tarde. Nada importante.

—Ah...

Karan fue el último en pasar a su lado y el único que se dignó a mirarlos, y saludar a Adriana con un movimiento de cabeza.

—Ahora voy —le informó Neil. Karan no respondió, simplemente asintió y siguió al equipo. Neil volvió su atención hacia Adriana—. Dime, ¿pasa algo? ¿De qué querías hablar?

Adriana lo miró tímida. No podía negar que estaba profundamente enamorada de él. No obstante, si bien le había salvado la vida el día anterior, por no hablar de que había compartido un momento íntimo muy especial con él y pese a que sabía que era buena persona, había algo que no encajaba en todo aquello. Tras la conversación con el inspector De Luca tenía muchas dudas. ¿Cómo era posible que hubiese desaparecido parte de la grabación?

—Humm... —comenzó Adriana—. No te lo tomes a mal, pero tengo unas preguntas sobre lo de ayer... —susurró muy bajito—, y estaría mucho más tranquila si lo hablásemos.

—¿Sobre lo de ayer? —Le sonrió con ternura y se pasó la mano por la nuca mientras fijaba la mirada en ella, como si tomase una determinación—. Me gustas mucho, Adriana —confesó haciendo que ella lo mirase fijamente—, y había pensado que cuando acaben las vacaciones, si te parece bien, podríamos seguir viéndonos. Tengo mucha disponibilidad con mi trabajo.

Adriana se quedó sin habla. Pero ¿qué le estaba diciendo Neil? ¿Pensaba que quería hablar sobre lo que había ocurrido entre ellos dos la noche anterior?

Aquellas palabras la dejaron totalmente desubicada. ¿La había malinterpretado?

—Ah... ah...

—Sé que es muy pronto —continuó Neil—, pero podríamos intentarlo...

—Estoooo...

—Si quieres. —Cogió su mano con delicadeza.

Adriana se quedó mirándolo pasmada, sin saber cómo reaccionar. En ese momento estaba totalmente bloqueada.

—¿Adriana? —preguntó Neil con curiosidad al ver que ella ni siquiera pestañeaba.

—Sí, sí... —dijo al final, como si despertase de un trance. ¿Seguir quedando con él? Estaría loca si no quisiese intentar mantener una relación con él. Lo observó fijamente y luego sonrió con timidez—. Claro. Me encantaría. Podríamos quedar los fines de semana.

—Libro muchas semanas —reaccionó él con rapidez—, y también podrías venir tú a Irlanda.

Ella asintió con una gran sonrisa.

—Siempre he querido ir a Irlanda —admitió. Notó como el corazón se le aceleraba por

momentos, incluso su respiración se tornaba más rápida. Intentó calmarse y aparentar serenidad y, sobre todo, centrarse en lo que debía preguntarle. No había nada que desease más en ese momento que mantener una relación con él, pero primero debía asegurarse de que era totalmente de fiar para despejar las dudas que tenía sobre él.

—De acuerdo —respondió él cogiendo con más fuerza su mano, acariciándola con el pulgar.

Por Dios, si seguía mirándola y acariciándola así no iba a ser capaz de centrarse.

—Neil —dijo intentando soltarse de su mano, aunque él no se lo permitió—. Ha... ha ocurrido una cosa. —Él la miró fijamente—. El inspector Alessandro De Luca me ha llamado esta mañana. —Neil se puso en alerta—. He tenido que ir a comisaría. —En aquel momento su mente se activó. Las cámaras de grabación. ¿Cómo si no iban a saber que ella había estado ahí? Karan le había dicho que había borrado las grabaciones—. ¿Recuerdas cuando viniste a buscarme a la discoteca y volvíamos en coche, que comentaste lo de las cámaras? —En ese momento Neil soltó su mano y se puso en tensión, luego miró hacia la puerta donde se encontraban sus compañeros. Karan habría hecho bien su trabajo, ¿no?

—Sí, claro —comentó intentando aparentar serenidad.

—Es que... —continuó ella confundida—, ha ocurrido algo que me tiene intrigada. —Luego lo señaló—. Recuerdo que llamaste a tu amigo, a Karan, ¿no? —Señaló después hacia la puerta donde había visto que se dirigía su grupo de amigos. Neil asintió mientras apretaba los labios, nervioso, sin saber cómo encajar todo aquello—. Humm... pues resulta que había cámaras, y...

—Ahhhh, vaya —dijo con una sonrisa tirante.

—Verás, es que da la casualidad de que la grabación se corta cuando a mí me capturan... —Se acercó un poco más. Tragó saliva y lo miró intrigada—. En la grabación se me ve a mí en la discoteca y justo cuando intenté escapar, se corta la grabación. La policía ni siquiera sabe que me retuvieron. Me parece sospechoso, ¿sabes?

—¿Sospechoso? —preguntó sin darle importancia.

—Sí... —Luego lo señaló—. En el coche te pusiste nervioso por lo de las cámaras de seguridad, llamaste a tu amigo el electricista y luego, curiosamente, el momento en que me retuvieron no quedó reflejado en las grabaciones de las cámaras de seguridad. No se puede ver nada.

—Ah, y... ¿le has explicado al inspector lo ocurrido? —preguntó más nervioso.

—No, por supuesto que no. Primero porque te prometí que no lo haría y segundo, porque... —susurró—, si tú o tu amigo al que llamaste habéis manipulado las cámaras, no quiero que os metáis en un lío —indicó—. La policía parece que no puede recuperar esas imágenes, pero claro... me sorprende bastante. —Ambos se escrutaron con la mirada—. ¿Tuvisteis tú o tu amigo algo que ver en todo esto?

Cuando cogiese a Karan por banda iba a matarlo. Menudo chapuzas.

—No, por supuesto que no —reaccionó con rapidez, incluso asustado—. ¿Cómo iba a hacer yo eso? Estuve contigo todo el rato.

—¿Y tu amigo? —preguntó con la mirada fija en él, estudiándolo.

—¿Quién? ¿Karan? —Ella asintió—. No, no, imposible. No es tan bueno, ¿sabes?

—¿Seguro? —insistió mirándolo fijamente. Aquella mujer podía observarlo sin pestañear lo más mínimo.

—Por supuesto —disimuló—. ¿Cómo se te ocurre eso? Lo más lógico es que la borrase el

propio Giovanni o alguno de sus secuaces. —Esa respuesta la sorprendió, pues no lo había pensado—. Piensa que si en la grabación se podía ver que te raptaban, también se les podría acusar de secuestro. Tiene lógica que lo borrasen.

Aquella afirmación la hizo pestañar varias veces.

—Ya... —dijo cruzándose de brazos—. Tienes razón —susurró. Luego lo miró de nuevo—. ¿Y la carpeta que encontraron? —Neil la miró fijamente. Sabía a lo que se refería, la carpeta que había encontrado en el despacho y que incluía el nombre de las mujeres con las que traficaba—. Dijiste textualmente que lo dejabas ahí porque seguro que a la policía le interesaba.

Neil tragó saliva y sonrió intentando aparentar tranquilidad. Por Dios, jamás le habían sometido a un tercer grado como aquel.

—Bueno, lo normal es que fuese la policía.

—Ya, y lo de: «*Recuerda lo que hemos hablado, nos volveremos a ver...*» —imitó su voz.

Neil chasqueó la lengua al recordar lo que le había dicho a Giovanni antes de salir de la oficina. Ladeó su cabeza con una ligera sonrisa.

—Son simples amenazas. —Se encogió hombros.

Ella lo miró reticente, analizando cada gesto de su rostro.

—El hombre al que dejaste sin sentido —continuó sin esperar un segundo—, estuvo en el ejército más de quince años como francotirador... y llevaba un arma.

Neil extendió los brazos hacia ella.

—Yo también estoy en el ejército. Soy militar, y además de operaciones de riesgo y salvamento. Sé cómo debo moverme en situaciones así... —Ella se quedó pensativa—. No sé... —intentó disimular—, yo solo intentaba protegerte.

Ella alzó su mirada hacia él, con ternura.

—Eso ya lo sé —contestó con más suavidad, aunque luego dio un paso hacia atrás cruzándose nuevamente de brazos—, pero hay algo que no me cuadra. ¿Sabes la chica que te expliqué que había desaparecido?

—¿La que habías ido a buscar a la discoteca? —recordó él.

—Sí —dijo abriendo los ojos como platos—. La han encontrado. Pudieron liberar a todas las mujeres gracias a la información hallada en aquella carpeta y... —de nuevo se internó en sus pensamientos—, pudieron escapar del barco donde las retenían. —Colocó las manos en su cintura y lo miró pensativa—. ¿No te parece extraño?

Neil se removió como si barajase la idea.

—Sí, un poco sí. Normalmente ese tipo de lugares tienen mucha vigilancia. Parece un milagro que pudiesen escapar.

Ella asintió mientras se mordía nerviosa una uña.

—Eso mismo pensaba yo —susurró. Lo miró de nuevo, como si otra idea la asaltase—. Y no tenías ni un rasguño... —acabó diciendo fascinada—. Un experto tirador con un arma, un mafioso, un incendio... y tú ni un triste rasguñito. ¿Cómo puede ser?

Neil se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Soy bueno en mi trabajo. Es más... —comentó esta vez en un tono más bromista, cogiendo su mano con delicadeza—. ¿Sabes que un hombre puede mostrar una fuerza bruta de la que ni es consciente cuando ve que la mujer de la que está enamorado corre peli...?

Se quedó callado cuando una voz masculina lo interrumpió.

—Hombre, Neil. Tú por aquí, qué casualidad, ¿verdad?

No hizo falta que se girase hacia la entrada, sabía perfectamente de quién se trataba. Miró de nuevo a Adriana, esta vez francamente preocupado, y se giró para afrontar a Bronte que se encontraba en la puerta del hotel, colocando a Adriana a su espalda.

—Ay, Neil... ¿qué haces? —preguntó ella sorprendida por su actitud.

Neil ignoró su comentario y susurró en su dirección.

—Quieta —ordenó. Luego se volvió hacia Bronte que en ese momento entraba por la puerta del hotel—. ¿Qué haces aquí?

Bronte se encogió de hombros.

—Creo que ya lo sabes. —Bronte miró de un lado a otro observando que allí solo se encontraban ellos dos, aunque al final de la estancia había un hombre en el mostrador, seguramente el propietario del hotel. Sonrió en su dirección y luego miró a la joven que Neil había escondido a su espalda—. Creo que tienes algo que me puede interesar.

Supo a lo que se refería. La piedra con la inscripción que habían encontrado en el oráculo de Baia y que contenía aquella enigmática frase que podía llevarlos hasta el casco de Hades. No cabía duda de que los seguían y vigilaban todos sus pasos.

Neil miró a su alrededor. El padre de Adriana se encontraba bastante alejado y, aunque no intervenía en la conversación, iba elevando su mirada hacia delante para observarlos.

—Neil, suéltame —insistió Adriana intentando deshacerse de su mano.

—Eso Neil, suéltala —ironizó Bronte, lo que hizo que Neil se pusiese en tensión ante la clara amenaza que había detectado en su voz.

Neil la empujó hacia las escaleras y se giró para observarla. Ella lo miraba asombrada.

—Vete de aquí —comentó señalando las escaleras.

Ella apretó los labios.

—¿Que me vaya de aquí? —preguntó contrariada. No entendía a qué venía aquel cambio de actitud—. Este es el hotel de mis padres —apuntó bastante enfadada tanto por la orden como por el tono de voz que empleaba—. ¿Adónde voy a ir?

Neil resopló y puso los ojos en blanco mientras se giraba otra vez hacia Bronte. En ese momento tres personas más entraron por la puerta del hotel colocándose al lado de este. Los reconoció al instante, sabía que, como él, eran semidioses, aunque no conocía más que el nombre de dos de ellos: uno era el hijo de Ares, dios de la guerra y el otro se llamaba Rubén, hijo de Dionisio, con el que ya se encaró en Doñana.

Neil resopló.

—Herminio —susurró bajito. Solo esperaba que lo escuchase.

Bronte dio unos pasos hacia él.

—¿Dónde está el resto? —preguntó acercándose más, mirando de un lado a otro.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Adriana desde atrás, intrigada.

Neil gruñó y se giró de nuevo hacia ella.

—Adriana, vete. ¡Ahora! —lo dijo con tanta intensidad que ella se quedó petrificada y llamó la atención de Marco, su padre, que se encontraba al final en el mostrador.

—Eh... —interrumpió Marco poniéndose en pie tras el mostrador—, ¿qué ocurre aquí?

Bronte sonrió hacia Neil y luego miró a la muchacha.

—Es muy mona —confirmó en tono picajoso.

Neil apretó la mandíbula.

—¿Quieres acabar como tu hermano? —preguntó ensombreciendo la mirada.

Aquellas palabras hicieron que Bronte también modificase la expresión de su rostro a algo más oscuro.

—¡No quiero peleas aquí! —gritó Marco desde el mostrador—. ¡Así que cualquier cosa la arregláis fuera del hotel!

Neil miró hacia el lateral justo cuando Hermi aparecía por la puerta caminando tranquilamente, aunque con semblante agobiado.

El grito de sorpresa y el salto que dio hacia atrás dejó a todos impresionados.

—¡Ahh! —gritó al ver a Bronte—. ¡Joder!

Neil miró fijamente a su amigo.

—¿Qué tal si avisas a los otros? —preguntó con los dientes apretados.

—Sí, claro... Avisalos. Podemos reunirnos todos aquí —ironizó Bronte y luego miró a Adriana que seguía pasmada en los primeros escalones de la escalera.

Aquello acabó de desquiciar a Neil. Sabía que Bronte intentaría provocarlo. Una cosa era mantener una lucha sin nadie cerca, otra muy diferente era hacerlo en medio de un hotel y a la vista de civiles, y más con Adriana allí.

Bronte se acercó hasta colocarse frente a él.

—¿Lo hacemos por las buenas? ¿O prefieres por las malas? —Volvió a mirar a Adriana. Estaba claro que Bronte había captado que Neil estaba interesado en ella.

Miró de reojo a Hermi que permanecía paralizado.

—Hermi, avísalos. —Luego, sin que ninguno de los allí presentes lo esperase, llevó su mano hasta el cuello de Bronte y lo elevó del suelo. No iba a exponerse a que él realizase el primer movimiento. Escuchó el grito de Adriana tras él—. ¿Qué tal si lo hacemos a mi manera? —preguntó retándolo.

Bronte se sujetó con las dos manos al brazo de él.

—¡Deteneos! —gritó Bronte hacia los tres semidioses que se dirigían corriendo para ayudarle.

—Sí, es lo mejor. —Luego lo acercó a su rostro—. No me provoques. —Y lo soltó en el suelo—. Sabes de lo que soy capaz. —Señaló hacia la puerta—. Largo de aquí ahora mismo —ordenó.

—¡Si no os marcháis llamaré a la policía! —gritó Marco desde detrás del mostrador.

Si se hubiesen dado otras circunstancias, habría luchado sin dudar, pero en aquel momento no podía exponerse.

Bronte se colocó bien el cuello de la camisa y la alisó. Luego se pasó la mano por el cuello.

—Entiendo que no quieres por las buenas... —le retó de nuevo Bronte, y condujo su mirada hacia Adriana—. Pues será por las malas. —Sonrió a Neil que se ponía firme ante él obstaculizándole el paso—. Veremos qué haces —susurró como si fuese un reto.

—Haré lo que tenga que hacer. Y no me temblará el pulso —contestó directamente, sin un ápice de duda en la voz.

En ese momento Hermi apareció por la puerta junto a Gael, Karan y Elin. Las miradas volaron entre ellos.

—No os preocupéis —comentó Neil a sus amigos—. Bronte y sus amigos ya se van.

Bronte sonrió.

—No, te equivocas. No nos vamos de aquí. —Neil ensombreció más la mirada—. Al menos, hasta que tengamos lo que hemos venido a buscar.

Dicho esto, se movió a una velocidad vertiginosa hacia el primer peldaño del escalón donde permanecía Adriana que gritó al ver aquel movimiento.

Marco, que se encontraba aún tras el mostrador, dio un salto hacia atrás por la impresión.

Bronte cogió del brazo a Adriana, pero Neil llegó hasta él y de una patada lo lanzó contra la pared. Tal fue la fuerza del golpe que esta se resquebrajó.

Adriana se quedó totalmente paralizada. Desde luego, por mucho que supiese luchar y fuese un gran militar, aquella fuerza y velocidad no eran normales.

—¡Vuelve a intentar algo así y acabo contigo! —gritó Neil hecho una furia, colocándose ante él.

—¿Qué es todo esto? —gritó Adriana tras ellos.

Bronte lo miró con odio, pero sus ojos reflejaban la clara determinación de conseguir aquella pieza. Sabía que, al encontrarse en medio de una ciudad, entre civiles, Neil controlaría su poder. Miró a sus compañeros.

—¡Conseguid la pieza! —gritó.

La reacción de Neil fue instantánea, al igual que la de Gael. Ambos se movieron hacia los tres acompañantes de Bronte. Lograron interceptar a dos de ellos, pero el tercero se dirigió con rapidez hacia la puerta del comedor donde se encontraban Karan y Elin.

—Atrás —dijo Karan empujando a Elin con la mirada clavada en el tercer semidiós.

—Ehh... que sé defenderme —se quejó esta.

Karan ni siquiera se giró para rebatirle, dio un paso adelante y miró con furia a su contrincante.

—No te conviene. —Este seguía avanzando hacia él, como si nada pudiese detenerlo, con una mirada decidida—. Soy Karan, por si no me has reconocido.

Aquel chico se quedó quieto de inmediato.

Elin miró de reojo a Karan y puso los ojos en blanco, aunque se sorprendió cuando el joven comenzó a dar pasos hacia atrás.

Karan dio un paso hacia delante con un rugido forzado y el muchacho salió gritando por la puerta, con los brazos en alto.

La sonrisa en su rostro se incrementó cuando Elin se puso a su lado y lo miró extrañada.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

Él se encogió de hombros mientras la joven ponía los ojos en blanco. Ambos miraron hacia delante, a los otros dos semidioses que acompañaban a Bronte y que en ese momento mantenían una lucha contra Gael y Neil.

Neil se agachó para esquivar el puño de Rubén y colocó el suyo en su estómago empujándolo hacia atrás, aunque este se colocó de rodillas y con su mano en el suelo frenó la embestida, mas no pudo evitar chocar con una estantería y arrojar todas las figuras de cerámica que acabaron hechas añicos por todo el suelo. No obstante, Rubén no tardó más que unos segundos en reponerse y volver a la carga.

—¡Quietos! —gritó Marco.

Gael esquivó un par de golpes y cogió a su contrincante por el cuello estrellándolo contra el suelo.

Karan miró a Bronte, quien se ponía en pie con lentitud. Sabía que en la lucha no era tan bueno como ellos, pero tenía un poder especial: podía matar sin tener que mover un solo músculo absorbiendo el alma de las personas.

Bronte se giró y miró a Adriana que coincidió la mirada con él, asustada. En ese momento supo que algo terrible iba a ocurrir, aquel hombre tenía los ojos encendidos, brillantes. Adriana se giró y comenzó a subir las escaleras de dos en dos, pues no podía huir hacia otro lado.

Karan avanzó.

—¡Neil! —gritó acercándose a su amigo que en ese momento golpeaba con una patada a su contrincante—. Ya me ocupo yo de este. —Luego señaló hacia la escalera—. Bronte va a por Adriana.

Neil se giró para observar las escaleras. Bronte giraba la esquina a gran velocidad. La atraparía en pocos segundos.

—¿Quién va a por mi hija? —gritó Marco corriendo hacia las escaleras, aunque Elin lo interceptó de inmediato.

Neil salió corriendo a gran velocidad, sin importarle ya que alguien pudiese detectar su velocidad extrema.

En ese momento Karan miró al que había luchado contra Neil.

—Hola, soy Karan —comentó.

—¿Y a mí qué coño me importa quién seas? —le respondió Rubén.

—Ya... Humm... —comentó consternado por la respuesta.

Gael volvió a golpear la mejilla del semidiós contra el que luchaba y que había dejado inconsciente, y miró a Karan con una ceja enarcada.

—¿Así es como luchas? —le recriminó.

—El otro ha salido corriendo con solo decir mi nombre —se quejó él. Luego resopló y miró mosqueado a su adversario—. ¿En serio? —La única respuesta que recibió fue una mirada llena de odio y una clara disposición a luchar—. ¿Y si te digo el destructor? —preguntó con cierta ansiedad.

En ese momento tanto Gael como Elin detectaron como Rubén, hijo del dios del vino, ponía la espalda recta y tragaba saliva.

—Sí, ahora creo que sí —bromeó Gael pasmado por la reacción del joven.

—Jojojo... —Rio socarrón Karan dando un paso hacia el muchacho que a su vez retrocedió. Volvió a rugir e hizo como que tomaba carrerilla justo cuando Rubén gritó con todas sus fuerzas y salió también corriendo del hotel—. Ale, arreglado —dijo sonriente.

—¡De arreglado nada! —gritó Marco que aún era retenido por Elin—. ¡Me habéis roto la pared!

—Tranquilo, pagaré los... —comenzó a decir Karan.

—¡Largo de mi hotel! ¡Ahora! —gritó Marco interrumpiéndolo, haciendo que Hermi diese un salto hacia atrás—. ¡Aquí no quiero líos!

Adriana consiguió llegar a la primera planta y giró para comenzar a subir a la segunda, hacia su habitación. Necesitaba encerrarse allí. Aquello no era normal. Una persona normal y corriente no podía moverse tan rápido, ni siquiera un atleta, y menos aún estrellar a una persona con tal fuerza como para casi derribar una pared.

En ese momento cayó en la cuenta de la grabación que había desaparecido de Neil. Tras ver

aquellos movimientos estaba segura de que algo le ocultaba, de que no era totalmente sincero con ella. A su mente volvió el recuerdo de aquel escritorio quemado en la discoteca, del café hirviendo cuando cayó sobre su mano sin producirle quemadura alguna.

—¡Ah! —gritó cuando la empujaron y cayó sobre el escalón.

Bronte la había cogido por la cintura y arrojado sobre el suelo, aunque resbaló varios escalones hacia abajo golpeándose las costillas, quedándose sin respiración.

No tuvo tiempo de moverse, ni siquiera de ser consciente de lo que ocurría. Bronte la giró sujetándola contra los escalones y reclinándose sobre ella.

Adriana comenzó a golpearle con todas sus fuerzas, intentando sacárselo de encima, pero Bronte agarró sus dos manos con una suya y colocó una mano en su pecho.

—¡No! —gritó sin comprender lo que hacía, lo único que sabía era que aquel hombre era escalofriante.

Se fijó en sus ojos claros y en como poco a poco iban cambiando de color, con una tonalidad plateada. En ese momento se quedó totalmente quieta, hipnotizada por ese cambio de color.

Bronte abrió su boca y aspiró con fuerza.

Adriana notó un cosquilleo por todo el cuerpo, como si las fuerzas comenzasen a abandonarle. Ni siquiera podía gritar o moverse, era como si estuviese absorbiendo parte de ella, de su esencia. Vio como de su boca emanaba una luz anaranjada.

Sin previo aviso, Bronte se giró hacia atrás, aunque no tuvo tiempo suficiente para esquivar el golpe y salir despedido contra la pared.

Neil se agachó al lado de Adriana y palpó su mejilla. Estaba muy fría. Sabía lo que era aquella sensación. Ya la había experimentado una vez a manos de uno de los hijos de Hades, solo que con ellos tenían que absorber mucha más energía que con un humano normal. La energía que acumulaba un cuerpo humano era muy inferior a la acumulada por el cuerpo de un semidiós.

—Eh, eh... —susurró dando unos golpecitos en su mejilla para que Adriana reaccionase. Solo pudo respirar tranquilo cuando ella recuperó el aliento y parpadeó varias veces—. Tranquila...

—¿Qué? —preguntó con las pocas fuerzas que tenía.

—No te muevas —la previno Neil—. ¡Elin! —gritó hacia abajo—. Te pondrás bien —le indicó mientras se ponía en pie a la vez que Bronte, mirándose los dos con odio.

—Maldito seas —gruñó Neil fuera de sus casillas.

Iba a avanzar hacia él decidido a acabar con su vida cuando un grito lo alertó.

—¡Neil! ¡La tienen! ¡Se la llevan! —Neil desvió la mirada hacia las escaleras, había reconocido la voz de Hermi desde abajo.

Elin subió con premura y no necesitó que le explicasen lo que ocurría. Se situó al lado de Adriana que intentaba incorporarse, aunque no tenía prácticamente fuerzas para ello.

—Eh, eh... No te levantes —intentó calmarla. Luego miró a Neil—. ¡La han cogido! La piedra del oráculo —continuó situando su mano en el pecho de Adriana.

Neil se volvió directamente hacia Bronte que, en ese momento, sonrió. Ahí lo comprendió todo: aquello solo había sido una medida de distracción, una forma de entretenerlos.

Bronte reaccionó de inmediato y corrió hacia la puerta de una de las habitaciones, derribándola. Los gritos de las personas que se hospedaban en el interior no frenaron a Bronte a entrar. Atravesó la estancia a toda prisa y corrió hacia la ventana. Saltó hacia ella y atravesó los cristales precipitándose hacia la calle.

Neil respiró hondo y corrió hacia la habitación.

—¡Quédate con ella! —gritó antes de atravesar también la habitación para saltar por la ventana siguiendo a Bronte.

## Capítulo 23

Lucía dio unos pasos hacia atrás y gritó cuando vio que un joven atravesaba la pared y se materializaba en la habitación de los ordenadores donde se encontraba. El muchacho, de unos fascinantes ojos claros y cabello rubio, observó de un lado a otro hasta que posó su mirada en Lucía.

Gael, Hermi, Karan y Elin habían salido corriendo hacia la entrada del hotel cuando Hermi les había informado de que Bronte estaba allí.

—No te muevas de aquí —gritó Gael mientras todos salían por la puerta.

Un minuto después, aquel joven de aspecto fantasmagórico atravesaba la pared ante la incredulidad de ella y se materializaba totalmente al otro lado.

El muchacho centró la mirada en la piedra que había sobre la mesa, la que habían encontrado en el oráculo. Avanzó hacia allí, pero Lucía se interpuso en su camino situándose delante de la mesa donde estaba la piedra tallada.

—No te conviene interponerte en mi camino.

—No vas a llevártela —rugió ella.

Él sonrió.

—No quiero hacerte daño —explicó con paciencia—, pero me la voy a llevar tanto si quieres como si no. —Se acercó situándose a escasos centímetros de su rostro—. Aún no ha llegado tu hora. No la adelantes —continuó mientras se echaba sobre ella forzando a Lucía a chocar con la mesa. Luego estiró el brazo y cogió la piedra.

—La recuperarán —bramó Lucía con rabia.

—Lo dudo mucho —dijo el chico rubio sonriente mientras la metía en su bolsillo.

Se separó de ella mientras Lucía lo observaba en tensión y, de nuevo, su cuerpo se volvió translúcido y atravesó la pared.

No dudó un segundo en correr hacia la puerta y gritar hacia la entrada del hotel donde, por lo que veía, se libraba una encarnizada lucha.

Aquel chico corría por el comedor en dirección a otra pared.

—¡Hermi! —gritó Lucía en su dirección. Hermi se giró de inmediato asustado—. ¡Se lleva la piedra! —gritó señalando al joven justo cuando este atravesaba la pared.

A Hermi se le desencajó la mandíbula y miró a sus compañeros.

—Je, je... —Rio Karan dando un paso hacia el muchacho que a la vez retrocedió. Volvió a rugir e hizo como que tomaba carrerilla justo cuando el chico gritó con todas sus fuerzas y salió también corriendo del hotel—. Ale, arreglado —dijo sonriente.

—¡De arreglado nada! —gritó Marco que aún era retenido por Elin—. ¡Me habéis roto la pared!

—Tranquilo, pagaré los... —comenzó a decir Karan.

—¡Largo de mi hotel! ¡Ahora! —gritó Marco interrumpiéndolo, haciendo que Hermi diese un salto hacia atrás.

—Caray... —susurró Karan asombrado por el genio de ese hombre, aunque todos giraron su cabeza cuando vieron que Hermi salía disparado por la puerta del hotel—. Pues sí que se lo toma

en serio —susurró.

—¡Se la lleva! ¡Se lleva la piedra! ¡El muy hijo de...! —Escucharon que gritaba Hermi.

—¿Qué se lleva? —preguntó Karan.

—¡La piedra! —volvió a gritar Hermi de los nervios mientras atravesaba la calle.

La voz de Neil les llegó desde arriba.

—¡Elin!

Gael corrió hacia la puerta del comedor y se fijó en que Lucía corría hacia ellos.

—¡Se la ha llevado! ¡Un chico ha atravesado la pared!

Gael miró a Karan que se había girado para ver a Elin subir las escaleras a toda prisa.

—¡Mierda! —gritó Gael mientras corría hacia la puerta para seguir a Hermi—. ¡Karan! ¡Connmigo! —ordenó Gael, tras lo cual Karan corrió hacia él y ambos salieron del hotel.

Se detuvieron y miraron de un lado a otro hasta que encontraron a Hermi corriendo al final de la calle, estirando sus piernas lo máximo posible y los brazos como si hiciese una brazada de nado y se impulsase.

—Menudo estilo tiene el colega —bromeó Karan que comenzó a correr.

En ese momento escucharon una rotura de cristales. Bronte aterrizaba en la calle, de rodillas. La gente gritó a su alrededor y huyó del lugar.

Bronte echó a correr a gran velocidad y sin miramiento alguno, tirando al suelo a varias personas que se cruzaban en su camino.

—Ve a por la piedra —ordenó Gael mientras iba hacia Bronte.

Karan corrió en dirección a Hermi. Su velocidad era muy superior a la de ellos.

Un segundo después apareció Neil que había seguido los pasos de Bronte, situándose al lado de Gael.

—Se han llevado la piedra —le informó Gael.

—Lo sé —respondió Neil ampliando su zancada e intentando no chocar con la gente que venía en su dirección, aunque algunos se apartaban asustados.

—¿No puedes freírlo desde aquí? —gruñó Gael.

—Es peligroso. Hay demasiada gente —dijo mientras se echaba a un lado para rodear a una pareja.

Observaron que giraba en una esquina por delante y aumentaron el ritmo de carrera.

—¿Y Karan? —gritó de los nervios.

—Ha ido con Hermi a buscar al que se ha llevado la piedra —explicó Gael—. Debe de ser un hijo de Tánato, si no, no entiendo cómo ha entrado en la habitación.

Ambos tomaron la calle por donde habían visto avanzar a Bronte, la cual no estaba muy concurrida, de manera que podían ver muchos metros por delante sin obstáculos.

Avanzaron mirando a todos lados.

—¿Dónde está? —preguntó Neil ofuscado.

En ningún momento dejaron de correr hacia delante, observando en todas direcciones.

—No lo veo —dijo Gael.

Apartaron a unas cuantas personas más y volvieron a correr hacia el final de la calle. Era muy larga y muchas otras calles desembocaban en ella, así que era posible que hubiese tomado cualquier desvío.

Neil rugió sin dejar de correr. Necesitaba acabar con él. Si no hubiese llegado a tiempo,

seguramente le habría quitado el alma a Adriana. Aquella imagen lo alteró y notó que le costaba contener su poder a la vez que sus ojos comenzaban a tornarse rojizos.

—¡Ahí! —gritó Gael señalando la azotea de un edificio.

Neil alzó su cabeza sin bajar el ritmo. Gael tenía razón, lo identificó enseguida. Sobre las tejas de la azotea de un edificio Bronte corría a gran velocidad.

—Se nos va a escapar —gruñó Neil.

—De eso nada, prepárate —dijo Gael que se detuvo y puso la mano en la pared del edificio sobre el que Bronte proseguía su huida.

Neil no frenó, aunque pudo ver la onda que emanaba de la mano de Gael hacia todo el edificio, haciéndolo temblar.

—Bien, bien —susurró Neil mientras ganaba más velocidad. Alzó su vista y vio justamente como aquella onda llegaba hasta las tejas y estas temblaban provocando que Bronte perdiese el equilibrio y cayese sobre ellas, por lo que comenzó a resbalar hacia abajo, gritando de pura impotencia.

Neil tomó carrerilla y saltó hacia una tubería aferrándose a ella. Colocó los pies en la pared haciendo presión y trepó por ella hasta el balcón de la primera planta. Saltó al interior mientras escuchaba los gritos sorprendidos de la gente al ver lo que hacía.

—¡Qué pasada! —gritó un niño señalando a Neil—. ¿Ves, mamá? Eso es *parkour*.

—Pues menudo peligro —susurró la mujer asustada, observando como Neil se subía a la barandilla y de un salto se sujetaba al segundo balcón para seguir trepando.

Gael no dejó de generar ondas hasta que vio que Bronte resbalaba por las tejas. Este último estuvo a punto de caer por el tejado, pero logró sujetarse dejando medio cuerpo colgando al vacío.

Neil accedió al segundo balcón sin apenas esfuerzo y se encaramó a la barandilla para llegar al tercero.

Bronte se sujetó con fuerza a las tejas y rugió para subir la pierna al tejado. Se ayudó con los brazos y logró arrodillarse sobre ellas. Se puso en pie y miró hacia abajo. Justo en ese momento coincidió la mirada con Neil que acababa de subir al tercer balcón y ya se encaramaba a la barandilla para acceder al tejado.

Sus miradas coincidieron un segundo.

—¡Pienso acabar contigo, bastardo! —gritó Neil mientras extendía su mano hacia él.

Bronte esquivó instintivamente una bola incandescente de fuego que a buen seguro hubiese chamuscado sus ropas. No esperó más y se giró. Sabía que Neil tenía un poder increíble y que no dudaría en acabar con él. Ya lo hizo con su hermano, pero él era más rápido que Neil, y aunque le costase admitirlo, que su propio hermano. No le sería difícil dejarlo atrás, siempre y cuando Gael dejase de mover los edificios como si fuesen un flan.

Tuvo que aguantar el equilibrio mientras otra onda atravesaba el edificio. Miró al frente. Varios metros por delante el edificio se acababa. Aumentó su velocidad y, cuando llegó al final, saltó precipitándose al vacío, sobrevolando los metros que había entre un edificio y otro.

—Mierda —susurró Neil cuando lo vio saltar.

Él no era tan rápido y mucho menos podría saltar aquella distancia.

Se sorprendió cuando vio como Bronte perdía el equilibrio justo al llegar al otro edificio. Sin duda, el poder sísmico de Gael había llegado hasta allí y este se apresuraba a lanzar otra de sus

ondas a través de las paredes.

—¡Hermi! —gritó Neil al llegar al final del edificio, mirando hacia abajo. Había mucha altitud—. ¡Hermi! ¡Aquí! ¡Ahora!

Hermi apareció a su lado y se asustó dando un salto atrás al encontrarse sobre un tejado. Justo en ese momento observó como Bronte acababa de perder el equilibrio y caía hacia abajo, golpeándose con uno de los balcones.

No tardó más que unos segundos en ponerse en pie y engancharse de un salto al tejado.

Neil miró al frente y señaló hacia él.

—¿Y Karan?

—Siguiendo a Theron.

—¿Theron? ¿Es un descendiente de Tánato? —preguntó colocando la mano sobre el hombro de su amigo. Hermi asintió mientras centraba la mirada en Bronte que corría por el siguiente tejado—. Llévame donde está Bronte —ordenó.

—Allá vamos —contestó Hermi.

Neil no tuvo tiempo ni de parpadear. Apareció en el siguiente tejado justo ante Bronte, aunque parecía que este estaba preparado y había visto a Hermi mientras intentaba no caer al vacío, y subir al siguiente tejado. Estiró su brazo hacia el rostro de Neil sin esperar un segundo.

—¡Cuidado! —gritó Neil dando un empujón a Hermi que cayó hacia un lateral.

—Ahh... —gritó también Hermi.

Neil se agachó lo suficiente para esquivar el puño de Bronte y clavó el suyo propio en el estómago de este que salió despedido también hacia un lado. Varias tejas se soltaron y cayeron hacia la calle.

Bronte logró mantener el equilibrio mientras frenaba y miró a Neil con odio.

—Te estás equivocando —gruñó este—. Yo no tengo la piedra.

—No me estoy equivocando. Tú eres uno de los causantes de todo y has estado a punto de acabar con la vida de Adriana. —Apretó la mandíbula—. Sé lo que hago —dicho esto, se lanzó hacia él, aunque Bronte lo superaba en velocidad y esta vez sí pudo esquivarlo sin problemas. Lo que no esperaba es que Neil echase su mano hacia él y una bola de fuego saliese de su palma en su dirección.

La esquivó a duras penas, notando el calor abrasador del fuego en su piel.

Neil comenzó a correr en su dirección mientras estiraba otra vez el brazo formando otra bola de fuego. Bronte no esperó, directamente le dio la espalda y comenzó a correr huyendo de él. Tomó velocidad, se impulsó con las piernas y saltó por el aire la distancia hasta el siguiente edificio.

Neil resopló mientras corría lo máximo que le permitían las piernas. Cualquiera de ellos era más rápido que cualquier humano, pero debía confesar que Bronte había heredado la velocidad de su padre.

—¡Hermi! —gritó Neil acercándose al final del edificio. No se lo pensó y saltó directamente.

Hermes apareció a su lado mientras sobrevolaba la calle y ambos desaparecieron juntos.

Bronte frenó en seco haciendo que más tejas se precipitasen a la calle cuando Neil apareció varios metros por delante. Hermes derrapó y giró comenzando a correr en dirección contraria a Bronte, distanciándose de él mientras Neil estiraba el brazo hacia su enemigo.

Bronte cambió de dirección justo cuando Neil disparaba otra de sus bolas de fuego que fue a

parar a varias chimeneas que saltaron por los aires.

—¡Neil! —gritó Hermi echándole la bronca por lo que acababa de hacer.

Neil apretó la mandíbula y comenzó a correr tras Bronte cuando pudo ver a Karan correr a gran velocidad por otros edificios a su derecha. Desde luego era mucho más rápido que él.

Karan derrapó en un edificio y por arte de magia desapareció de la visión de este.

Bronte corría varios metros por delante de él, girándose para controlar que Neil no le lanzase más bolas de fuego.

Tenía que cogerlo como fuese. Por lo que le había dicho Gael, Karan perseguía al que llevaba la piedra. Respecto a Bronte, era el causante de todos los males que estaban ocurriendo y el recuerdo de Adriana tendida sobre la escalera le hizo incrementar el ritmo, y echar sus dos brazos hacia delante. Dos bolas de fuego salieron de sus manos. Pudo ver como Bronte se giraba, aunque, en este caso, no hubo miedo en su mirada, sino una sonrisa burlona.

—Hasta otra, Neil. Gracias por la piedra —pronunció.

Bronte tomó carrerilla, subió de un salto a la repisa y atravesó la calle sobrevolándola a varios metros de altitud, aunque, cuando tocó las tejas del siguiente tejado, desapareció.

—¡Hermi! —gritó Neil con la mirada clavada en el edificio donde había visto caer a Bronte—  
¡Hermi por lo que más quieras! —gritó antes de saltar al vacío.

Hermi volvió a aparecer suspendido en el aire a medio camino del siguiente edificio y lo transportó en milésimas de segundo hasta el tejado.

Cuando cayó sobre las tejas Neil miró de un lado a otro.

—¿Dónde está? —preguntó desquiciado mientras caminaba hacia la repisa y se asomaba. La gente paseaba sin ser consciente de lo que había ocurrido sobre sus cabezas.

Hermi también miraba de un lado a otro.

—No lo sé.

Se giró hacia él de mal humor.

—¿Cómo que no lo sabes? —gritó hecho una furia.

—Eh... —se quejó Hermi de mal humor—. No es tan fácil encontrar a una persona.

—¡Pues búscala! —gritó desquiciado.

Hermi puso los ojos en blanco.

—El día que me agradezcáis algo...

—Deja de murmurar y ve —lo interrumpió en el mismo tono.

Hermi se dio por vencido y desapareció. Ya conocía la actitud de aquellos semidioses.

Neil volvió a asomarse a la repisa y encontró a Gael en la acera mirando de un lado a otro hasta que elevó su mirada.

—¿Dónde está? —preguntó Gael extendiendo los brazos a los lados.

—Ni idea. Hermi ha ido a buscarlo. —Suspiró y miró también a los siguientes tejados. Nada, no había huella de él, aunque tampoco de Karan—. Espérame ahí. Ahora bajo.

Bajó las escaleras a toda prisa y cuando salió por el portal Gael lo estaba esperando.

—¿Nada? —preguntó Neil desquiciado. Gael negó—. El muy cabrón es demasiado rápido. Más que su hermano —gruñó. Miró al final de la calle—. ¿Y Karan?

—Tampoco, ni idea. —Neil resopló—. Vamos al hotel. Lucía está allí con Elin. —Comenzaron a caminar con pasos largos—. ¿Adriana está bien?

—Bronte le estaba absorbiendo el alma, aunque visto lo visto —comentó girando una esquina

a paso apresurado—, creo que solo era una medida de distracción para que entrasen a coger la piedra.

—Por suerte le hiciste una fotografía y la pasaste por el móvil —recordó Gael.

Sí, al menos podían seguir trabajando con el mensaje, pero lo que había sucedido era un verdadero quebradero de cabeza. Hasta el momento habían llevado cierta ventaja sobre Bronte, aunque estaba claro que los había tenido vigilados en todo momento. Ahora, él también disponía de aquel mensaje encriptado y, por lo tanto, de las mismas posibilidades de encontrar el casco que ellos.

Gael lo miró de reojo.

—¿Qué le vas a explicar a Adriana?

Neil suspiró y tragó saliva. Aquella pregunta lo puso más nervioso de lo que ya estaba.

—No lo sé. Además, sabes que existe una orden expresa sobre que no podemos explicar quiénes somos.

—Lucía lo sabe.

—Lucía no tuvo otro remedio —le recordó.

—¿Y Adriana sí? —Gael puso una mano en el hombro de su amigo, comprendiendo la situación—. Yo tuve las mismas dudas que tú, pero no te voy a negar que sentí alivio cuando ella lo supo.

Neil lo miró fijamente, sin dejar de avanzar.

—No lo sé. Hace poco que la conozco, Gael.

Giraron la calle tomando la que los llevaría directos hacia el hotel. A sus espaldas escucharon la voz de Karan.

—Eh... —gritó.

Ambos se giraron y vieron a Karan correr hacia ellos.

—¿Lo has pillado? —preguntó Neil nervioso.

Karan negó.

—El muy capullo iba por dentro de las casas y pisos, atravesando paredes —se quejó. Neil resopló y se pasó la mano por la nuca, angustiado—. No podía entrar en aquellos edificios destrozándolo todo. La gente se hubiese asustado un poco, ¿no crees?

Gael chasqueó la lengua.

—Es hijo de Tánato, el dios de la muerte.

—Lo conozco —admitió Karan—. Se llama Theron.

Neil arqueó una ceja.

—Conoces a mucha gente, ¿no? La ninfa, el hijo del dios de la muerte...

Karan se encogió de hombros mientras comenzaba a avanzar.

—¿Qué quieres que te diga? Pasé por una fase oscura en mi juventud —ironizó—. Luego me reformé.

Neil lo miraba con incredulidad.

—Ya.

Karan se giró hacia Gael y puso una mano en su hombro.

—¿Lucía está bien? —Gael asintió—. ¿Y Adriana? —preguntó a Neil.

—Elin supongo que la habrá curado —explicó Neil.

Karan sonrió con malicia.

—Elin y sus manitas mágicas...

Neil lo miró con cara de circunstancia.

—¿Qué te pasa a ti con Elin? —preguntó absorto.

Karan pestañeó varias veces.

—A mí no me pasa nada. Solo estaba de broma.

Neil resopló y se adelantó.

—De verdad, no hay quien te entienda, Karan.

Karan suspiró y se adelantó unos pasos.

—¿Y Hermi? —preguntó mirando con atención al final de la calle donde se encontraba el hotel.

—Ha ido en busca de Bronte —explicó Neil a Karan—. Lo he perdido.

—Al final ese estúpido se la va a ganar —susurró Karan—. Me da igual que sea nuestro primo, como siga tocando los hue...

—Si lo veo, lo mato —sentenció Neil con voz firme.

Aquello hizo que Gael y Karan se detuviesen y mirasen fijamente a Neil, jamás lo habían visto así.

—Eh, vamos a intentar llevar esto lo mejor que podamos. Cuantas menos muertes haya, mejor... —comentó Gael.

—Me gusta tu actitud —lo interrumpió Karan con la mirada fija en Neil—. Se acabaron las tonterías. Los muy cabrones quieren invocar a Crono y acabar con mi padre —rugió—. Me he estado conteniendo, pero se están pasando de listos. Vamos a por ellos y que sea lo que tenga que ser.

—No vuelvas al lado oscuro, Karan —comentó Gael.

Neil miró fijamente a Karan.

—Esto ya no trata sobre buenos o malos, se trata de la supervivencia no solo de nosotros, sino de la humanidad entera.

Karan asintió.

—Se acabó el ser recatados —sentenció—. Ellos no lo van a ser con nosotros ni con la humanidad.

Gael suspiró y se encogió de hombros.

—De acuerdo. Supongo que ellos se lo han buscado.

Caminaron hacia el hotel y se sorprendieron al ver a Elin sacar unas cuantas maletas para llevarlas hacia el coche. Fueron rápidamente hacia ella.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Neil.

Elin los miró y suspiró aliviada.

—Gracias a Dios —dijo dejando las maletas al lado del todoterreno—. Marco, el propietario, quiere que nos vayamos de inmediato del hotel. Dice que no quiere problemas —explicó acelerada—. Le he dicho que no hemos hecho nada, que nos han atacado y nos hemos defendido, pero nada, dice que nos larguemos ahora mismo.

En ese momento Lucía también salió por la puerta con cara de fastidio. Gael fue hasta ella y cogió las maletas que arrastraba.

—Nos echan —explicó molesta.

—Ya, ya nos lo ha explicado Elin.

Elin abrió la puerta del todoterreno y lanzó las maletas de mala gana a la parte posterior del vehículo. Neil se acercó a ella.

—¿Adriana está bien?

Elin lo miró de reojo y suspiró. Luego se giró hacia él confundida.

—Sí, está bien —explicó con delicadeza—, aunque bastante asustada.

—Iré a hablar con ella —dijo Neil dirigiéndose a la puerta.

Elin se adelantó y lo cogió del brazo, deteniéndolo.

—Mejor que no.

Aquello preocupó a Neil.

—¿No? ¿Por qué?

Elin tragó saliva.

—Parecía asustada... —susurró solo para él—, y no paraba de repetir que me alejase de ella. No creo que esté muy receptiva en este momento. Además, dudo que su padre te deje entrar en el hotel. A nosotras casi nos echa a patadas —se quejó.

Neil tragó saliva y cerró los ojos un momento intentando calmarse. Los abrió y miró a Gael y a Karan que estaban subiendo las maletas al todoterreno junto a Lucía.

¿Y ya está? ¿Así iba a acabar todo con Adriana?

No, se negaba a aceptar aquello. Se había enamorado perdidamente de ella. Aquellos sentimientos eran reales.

Neil se soltó con suavidad de la mano de Elin y dio un paso hacia atrás.

—Tengo que intentarlo —pronunció—. Hermi.

Hermi apareció en el interior del vehículo y salió de este visiblemente alterado.

—Si no dejáis de llamarme, no puedo encontrar a Bronte —se quejó.

—Nos echan del hotel —explicó. Aquello hizo que Hermi se detuviese sorprendido.

—¿A nosotros? ¡Pero si somos los buenos!

Neil chasqueó la lengua.

—Marco, el propietario, no lo ve así.

Hermi resopló.

—Pues qué fastidio —se quejó. Miró atrás mientras Gael cerraba el maletero—. Está bien, iremos al aeropuerto y nos alojaremos en el jet privado hasta que encuentre otro sitio o sepamos qué es lo que debemos hacer.

—De acuerdo —dijo acercándose a él—, pero primero necesito un favor.

—¿Otro? —ironizó.

—¿Puedes llevarme a la segunda planta del hotel? No quiero entrar por la puerta. —Hermi lo miró asombrado—. Quiero hablar con Adriana.

Hermi pareció comprender a su amigo, aunque luego le obsequió con una mirada algo triste.

—¿Y qué vas a decirle, Neil? Sabes que no puedes revelar nuestro secreto.

—Lo sé.

—¿Y por qué no? —preguntó Gael. Luego señaló a Lucía—. Ella lo sabe.

—Y no me he vuelto loca —bromeó ella—. Lo he asimilado.

Hermi suspiró y miró a Neil.

—No se trata de eso.

—Eh... eh... lo comprendo —dijo Neil—. Además, hace poco que la conozco. Solo quiero

despedirme de ella, Hermi.

Hermi contempló a su amigo y finalmente asintió.

—De acuerdo. Sube al coche y te acerco.

Tras cerrar la puerta del vehículo con un portazo apareció directamente en la segunda planta del hotel. A lo lejos podían escucharse los gritos de Marco y de la madre de ella.

Neil tragó saliva y miró angustiada a su amigo unos segundos.

—Luego nos vemos —susurró Hermi.

—No, espera —dijo cogiéndolo del brazo—. Un segundo —suplicó. Inspiró con fuerza armándose de valor ante la mirada confundida de Hermi y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —Escuchó la voz temblorosa de Adriana.

—Soy yo, Neil.

Adriana había sacado del armario varias camisetas depositándolas sobre la cama y comenzó a introducirlas en la maleta cuando la sorprendieron con unos golpes en la puerta. Brincó mientras notaba que casi no podía articular palabra.

—Márchate —suplicó.

Aquella palabra desquició a Neil que se mordió el labio.

—Adriana, por favor, déjame que te lo explique.

—No hay nada que explicar. Vete. —Y esta vez Neil pudo detectar cierto sollozo en su voz. Debía de estar muy asustada.

—Ábrela —le susurró a Hermi.

—¿La puerta? —preguntó confundido.

—Pues claro que la puerta —explotó desquiciado.

—No sé yo...

Neil lo cogió del brazo situándolo frente a ella.

—Venga, por favor... —dijo esta vez con tono de súplica.

Neil miró de reojo a su amigo, jamás lo había visto tan preocupado.

—Está bien. Pero la abro y me voy —reaccionó con rapidez.

Hermi giró el pomo de la puerta y la empujó como si nada, tras lo cual Neil se adelantó, entró y cerró la puerta tras de sí.

Adriana lo observaba con ojos como platos, sin creer que hubiese podido hacer eso.

—¿Cómo... cómo has podido abrir la puerta? —gritó desquiciada, señalándola.

—Shhh... shhhh... —dijo Neil acercándose con los brazos hacia delante intentando calmarla.

—No te acerques —gritó rodeando la cama—. ¡Ni se te ocurra acercarte!

Neil se detuvo y bajó los brazos poco a poco, mientras ambos se miraban fijamente. Los ojos de él miraron hacia el colchón sobre el cual había una maleta abierta.

—¿Te marchas?

Ella lo miró apretando los labios.

—Pues claro que me marchó —pronunció amenazante—. Hoy mismo vuelvo a mi casa.

—Pero ¿no te ibas dentro de tres días?

—He comprado un billete para hoy —remarcó.

Neil inspiró e intentó relajarse. ¿Huía? ¿Adriana huía de aquel lugar?

—No tienes por qué irte, tu padre nos ha...

—Ya lo sé. Os ha echado. —Apretó los labios, sin moverse de donde se encontraba. Tragó

saliva intentando mantener la compostura. Neil permanecía ante ella, expectante—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Me lo vas a explicar?

Neil agachó un segundo la cabeza mientras cerraba los ojos.

—Hay cosas que no puedo...

—¿Qué?! —espetó—. ¿Que no puedes decírmelas? —acabó con un tono mosqueado. Luego lo señaló—. Confiaba en ti —acabó con un ligero temblor de voz—, incluso le oculté a la policía que tú habías estado allí, en la discoteca. Intenté creerte pese a que había visto la cinta de grabación con la niebla. Vi cómo te deshacías de aquellos matones, el olor a quemado y luego te pones a luchar contra un grupo que, encima, tiene una extraña habilidad. Por no hablar de cuando se te caen cosas hirviendo encima y no te quemas o cuando abres las puertas como si nada.

Neil se quedó observándola y se removió inquieto.

—Solo quiero que sepas que por nada del mundo quería que esto ocurriera —susurró Neil—. Que jamás te haría daño...

Ella dio un paso hacia atrás.

—Ya sé que no me harías daño. —Tragó saliva y miró hacia los lados—. La pregunta que tengo es: ¿de qué forma haces daño? Lo que he visto no es ni medio normal.

—Lo sé, lo sé...

—Tú no eres normal —sentenció ella. Neil la miró fijamente—. Y eso me asusta —admitió—. Y luego está tu amiga Elin... —dejó la frase sin acabar. Neil chasqueó la lengua mientras colocaba las manos en su cintura y cerraba los ojos de nuevo, intentando calmarse. Aquello no iba bien y, lo peor de todo, es que no podía explicarle lo que ocurría en realidad—. ¿Quién eres? —preguntó en un susurro.

Aquella pregunta lo desquició y se pasó la mano por los ojos, frotándoselos.

—Yo... —Se quedó callado. No había nada que deseara más que contarle la verdad, que decirle quién era y cuál era su misión, pero sabía que no podía. Estaba totalmente prohibido y solo muy pocos eran los elegidos a los que se les revelaba el secreto—. Es difícil de explicar.

—¿Difícil de explicar? —Se cruzó de brazos—. ¿Y por qué no lo intentas? Creo que tengo derecho a saberlo después de lo que ha ocurrido.

Neil resopló y la miró fijamente.

—El fuego no me hace daño —susurró.

Ella se quedó mirándolo extrañada.

—¿Por qué?

—Nací con esa cualidad.

Ella lo miró extrañada mientras se frotaba las manos nerviosa. Aunque le sorprendía escuchar aquello sabía que era cierto, lo había visto con sus propios ojos.

—¿Y por qué eres así? —preguntó con temor.

Pudo detectar como Neil se ponía en tensión, como, de nuevo, apretaba los labios al no poder darle una respuesta. Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose hasta que Adriana fue directa hacia la cama, metió el resto de camisetas en la maleta y la cerró.

—Sé que eres buena persona... —lo miró con cierta pena—, pero lo que ha ocurrido hoy me asusta y tú no me ayudas a calmarme.

Neil suspiró y dio un paso hacia ella, pero Adriana retrocedió haciendo que Neil se detuviese en seco.

—Creo... creo que lo mejor será que te marches —susurró ella sin poder mirarlo.

A Neil se le partió el corazón en aquel momento. Se negaba a irse de aquella forma, viendo como Adriana soportaba a duras penas el llanto.

La observó durante unos segundos, su labio inferior temblaba.

—¿Vuelves a Nápoles? —Ella asintió sin decir nada más—. Me gustas muchísimo, Adriana —admitió.

Ella cerró los ojos como si le costase más aún aguantar la compostura. Tomó aire y finalmente reunió el valor para mirarlo a la cara.

—Y tú a mí, pero... —dijo al borde del llanto—, también me asustas. No sé ni quién eres, ni siquiera comprendo lo que ha ocurrido y, la verdad, no sé si quiero saberlo.

Neil asintió sin apartar la mirada de ella. Aquello lo destrozaba, pero tenía que dejarla marchar, ella necesitaba calmarse, distanciarse de allí inmediatamente. Más tarde la llamaría y le pediría a Hermi que lo llevase a Nápoles. Jamás se había sentido así con una mujer y no pensaba rendirse tan fácilmente.

—Está bien... —susurró Neil que fue a acercarse a Adriana, pero ella alzó su mano para que se detuviese. Neil no lo hizo. Se acercó y la abrazó. Adriana permanecía inmóvil entre sus brazos, con todos los músculos en tensión. Solo cuando se separó notó que ella se relajaba levemente. Se perdió unos segundos en sus ojos, que habían tomado un tono más verdoso al estar vidriosos—. Lo siento mucho, pero debes saber que jamás te haría daño.

En ese momento descendió sus labios hasta los de ella y los besó suavemente. Fue un beso rápido pero tierno. Se separó de ella y, sin decir nada más, fue hacia la puerta. Abrió, salió y cerró tras de él sin mirar atrás.

Jamás se había sentido así, incluso tuvo que llevarse las manos a los ojos para intentar contener las lágrimas.

—Hermi —dijo inspirando con fuerza. Su amigo apareció a su lado. No preguntó nada, pues el gesto del rostro de Neil ya lo explicaba todo. Puso una mano en el hombro de su amigo y respiró hondo de nuevo—. Vámonos.

Desaparecieron mientras Adriana se dirigía a la puerta notando como las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Hacía poco que lo conocía, pero le había salvado la vida en aquella discoteca, y algo le decía que hacía pocos minutos lo había vuelto a hacer. Sin embargo, lo que había experimentado la superaba y sabía que él era parte de aquello, de alguna forma.

Abrió la puerta al escuchar unas voces y se quedó sorprendida al ver que Neil ya no estaba allí, de hecho, no había nadie en el pasillo. Fue hacia la escalera y miró hacia abajo. Neil no bajaba los escalones.

Se pasó la mano por la nuca angustiada y volvió a su habitación con el corazón compungido. Sentía temor hacia lo que Neil había demostrado. Sin duda no eran las típicas características de un simple humano, aunque, por otro lado, en ese momento experimentó el vacío más intenso que jamás había sentido.

Miró hacia la maleta mientras una lágrima resbalaba por su mejilla y caminó hacia la cama a la vez que el llanto se hacía más intenso.

# Capítulo 24

AÑO 413 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Arión miró a Dalia con cariño mientras le apartaba con suavidad el cabello de su rostro.

—Podrías venir conmigo.

Ella se apartó un poco mientras tragaba saliva.

—¿A Esparta? —preguntó como si no comprendiese la pregunta.

—Allí no te faltaría de nada, y es mi hogar —propuso con una sonrisa, aunque la hizo desaparecer de su rostro al ver que ella no parecía estar convencida de ello.

—Pero ese es tu hogar... No el mío y... —susurró—, es tan diferente.

—Te tratarían bien.

Ella volvió a negar con su cabeza. Aunque supiese que estaría bien, que él cuidaría de ella, era conocedora de sus leyes, de lo que les ocurría a los niños cuando alcanzaban los ocho años. Ella no quería eso.

Arión ladeó su cabeza. Sabía que era un cambio brusco en la vida de cualquier persona, pero él no podía abandonar Esparta, era un soldado, un militar de alto rango. Vivía por y para su ciudad, defenderla era su prioridad y no se le permitiría abandonar Esparta bajo ningún concepto. No entraba en los planes de ningún espartano algo así.

La convencería. Conseguiría que ella viajase con él a Esparta y la convertiría en su esposa, en una mujer espartana.

Arión iba a volver a hablar cuando Eudor entró en su caseta.

—Pretenden huir, señor —bramó.

Arión inspiró con fuerza, apretó los labios y no pudo evitar volver a acariciar el rostro de Dalia.

—Piénsalo —suplicó antes de ir hacia la mesa, coger el casco de oro y salir a toda prisa de la caseta.

Tal y como Eudor le informaba, las trirremes atenienses habían tomado rumbo a alta mar, huyendo de ellos, pero aquello les iba a ser muy difícil por no decir imposible.

—¡Preparad las barcas! —gritó Arión dirigiéndose a una de ellas—. Los rodearemos para que no puedan volver a tierra —gritó.

Tras ganar la batalla de Plemmyrium, hacía ya algo más de dos años, donde habían logrado sitiar a los atenienses, Demóstenes, general ateniense, había viajado a Atenas para pedir refuerzos. No habían dudado en concedérselos. Demóstenes había aparecido con refuerzos griegos y, por la noche, los había sorprendido reconquistando el contramuro. Pocos días después Demóstenes había dirigido a sus hombres a Euryelus. El fuerte siracusani había sido rápidamente reconquistado, aunque, por suerte, parte de la guardia logró escapar y dio la voz de alarma en Siracusa. Sin embargo, Demóstenes quería ser rápido, demasiado, y no había frenado el avance de sus tropas, sino que siguió avanzando sin parar, lo que ocasionó que Atenas, al avanzar con tanta rapidez, perdiese la formación. La confusión se había apoderado de las tropas atenienses en plena noche, tropezando en la oscuridad y atacándose entre ellos por error.

Gilipo no había querido atacar aquella noche, pues las propias tropas atenienses ya se estaban

fragmentando por sí solas. El plan había sido rápido y sencillo. Los atenienses, en la oscuridad de la noche, tenían palabras claves para no atacarse los unos a los otros, el problema es que gritaban demasiado. Aquello había sido fácil y sencillo, tras escuchar aquellas palabras había sido fácil para los siracusanis infiltrarse entre las tropas atenienses.

Aquella maniobra táctica le había costado a Atenas más de dos mil quinientos hombres, el 25% de la infantería pesada de la expedición, pero, ante todo, había hecho mella en la esperanza de todos aquellos atenienses que habían viajado hasta allí para conquistar el territorio.

Una vez Demóstenes hubo convocado un consejo de guerra, este decidió efectuar una evacuación total e inmediata, pero Nicias, el otro general ateniense, se negó en redondo. El 27 de agosto del año 413 a.C. hubo un eclipse de luna y, tal y como había dicho el oráculo: «tras el eclipse de luna deberían esperar a huir tres períodos de nueve días».

La mayoría de los griegos eran hombres con una devota fe en sus oráculos, así que decidieron hacer caso a su sibila y esperar un desenlace mucho mejor que el que ahora aparecía ante ellos.

Solicitaron a Catania que les abasteciese, pero aquello era una ardua tarea. Era imposible llegar por mar hasta ellos, pues habían perdido el golfo de Great Harbor. Los alimentos no llegaron y aquello ocasionó que muchos de los soldados enfermasen. Hartos de esperar a que llegaran los alimentos o algún refuerzo más, los atenienses habían decidido arriesgarse por mar e intentar huir. Esparta ya lo suponía, sobre todo cuando había visto que los de Atenas montaban barricadas cerca del mar.

Habían sido tres años de incansables batallas. Tres años donde Siracusa había aprendido a defenderse gracias a las directrices de Esparta. Tres años en los que Atenas había intentado esclavizarlos. No, aquello no iba a quedar así: Atenas debía comprender que Siracusa, al igual que cualquier ciudad que fuese a ser conquistada, iba a defenderse hasta sus últimas consecuencias. No les vendría mal una lección de humildad.

Siracusa había bloqueado la boca de la bahía con una flota de barcos encadenados los unos a los otros, evitando así que los atenienses pudiesen salir. Además, tenían unas cuantas flotas más rodeando la zona por si los atenienses decidían aventurarse.

Al final había llegado el momento.

Atenas se había cansado de esperar y se dirigían con muchos de sus barcos a gran velocidad, contra las trirremes siracusanis que cortaban el paso al mar.

Arión saltó sobre una de las trirremes mientras el resto de sus hombres descendía a la parte baja para colocarse a los remos.

Todo acabaría allí.

Miró hacia la costa contraria, de donde los atenienses partían a toda prisa rumbo a aquellos barcos encadenados con la intención de hacerlos pedazos. Eran muchas barcas atenienses, pero, por lo que veía, aún quedaban unas sesenta más en la playa. Seguramente las que ahora remaban hacia la columna siracusani serían una simple avanzadilla.

Por otro lado, sabía que las trirremes atenienses llevaban dos años en el mar sin un lugar donde poder sacarlas del agua y secarlas. No creía que soportasen las embestidas de sus barcas mucho tiempo.

Arión fue hasta el inicio de la trirreme con el casco bajo el brazo.

—¡Directos a por ellos! —gritó.

Los remos se hundieron en la mar y la barca comenzó a avanzar lenta al principio, aunque a

medida que ganaban impulso la velocidad aumentaba.

Se giró para observar a todos los hombres provistos de espadas, arcos y flechas, preparados para el ataque. A muchos de ellos los había visto en la playa haciéndoles compañía, otros simplemente habían asumido la mayoría de edad durante el asedio y se dirigían a la batalla por primera vez.

Eudor se colocó a su lado.

—¿Preparamos a los arqueros?

Arión miró al frente.

—Paciencia —comentó—. Es mejor que no nos vean las intenciones.

Eudor asintió y finalmente Arión se giró, y fue hacia sus hombres. Habían hecho dos filas, una a la derecha y otra a la izquierda. Tras su barcaza, muchas más les seguían.

Avanzó supervisando a los hombres y se quedó paralizado observando las barcazas atenienses que tenían por delante.

Con aquellos cascos tan húmedos los atenienses no lograrían atravesar la línea, pues ellos ni siquiera sabían que los barcos estaban encadenados. Acabarían incrustados en el muro que habían formado uniendo las trirremes.

—¡Preparaos! —gritó hacia sus hombres. Observó el casco dorado que aún portaba. Por lo que había experimentado en anteriores batallas, bastaba con que se pusiese el casco para que este lo dotase de una fuerza impresionante y sus heridas sanasen con celeridad, pero no había podido experimentar aquello más de diez minutos, pues el casco ardía en su cabeza—. ¡Atravesadlos con las flechas! —gritó distanciándose a toda prisa a un lateral—. ¡Girad a estribor! —ordenó a los remadores—. ¡Los rodearemos! ¡No tendrán escapatoria! —rugió mientras cogía su espada preparado para el combate.

Las flechas sobrevolaban el cielo en dirección a las barcas de los atenienses mientras estas chocaban con la fila de barcos siracusanis, atados entre sí por cadenas, evitando que pudiesen avanzar más y escapar. Algunos de los barcos atenienses se partieron por la mitad formando una maraña de madera, cuerdas y cuerpos.

—¡Preparaos para el impacto! —avisó Arión a sus hombres que se agacharon de inmediato sujetándose a las cuerdas.

El impacto fue tan violento que hizo que la trirreme se elevase por la proa. Arión se sujetó a la cuerda mientras la barcaza descendía salpicando con fuerza las barcas de sus compañeros, colisionando con la de los atenienses.

—¡Vamos! —gritó poniéndose en pie, sacando la espada de su cinturón—. Que no quede un solo ateniense vivo —rugió antes de tomar carrerilla y saltar a la barcaza enemiga.

Todos los espartanos, siracusanis y corintios que lo acompañaban en aquella barca saltaron a la de los atenienses. Observó de reojo como sus compañeros de otras trirremes los imitaban.

Los atenienses estaban totalmente rodeados, había sido imposible que quebrasen la línea formada por los barcos de Siracusa encadenados, encallando contra ellos.

Fue directo hacia los atenienses que se ponían en pie tras la embestida.

Se agachó y cortó los músculos de la pierna del primer enemigo que cayó sobre la madera de

cubierta. No se detuvo, sabía que todos los que venían por detrás lo rematarían. Debía seguir hacia delante.

Escuchó como la lucha cuerpo a cuerpo comenzaba: los gritos, el sonido de las espadas al chocar unas contra otras... Apenas habían comenzado la batalla y ya olía el característico olor de la sangre.

Bajó con rapidez unas escaleras y esquivó una espada ateniense. Tuvo que rodar en el suelo cuando sintió que, por detrás, también pretendían atacarlo. Se levantó y esquivó la fina hoja de metal. Chocó la espada contra la de su contrincante con fuerza, desplazándolo, y aprovechó que este perdía el equilibrio. No pudo quedarse quieto, se giró justo cuando una espada estaba a punto de atravesarlo. Su adversario se había acercado por la espalda hasta él. Consiguió esquivar el metal que pretendía cortar su costado. Atrapó aquella espada y el brazo entre el suyo y las costillas, cogiéndolo totalmente desprevenido. No dudó en clavar la espada en su estómago y luego alejarlo con una patada, dejando la espada libre de nuevo.

Los atenienses no tenían escapatoria posible.

Observó a su lado que Eudor se agachaba para rematar al último al que había lanzado al suelo. —¡Que no se detengan! —ordenó.

Eudor asintió y miró hacia atrás controlando a los hombres que se acercaban. Miró de nuevo a Arión y señaló hacia un lado.

—Yo iré por la derecha —dijo.

Arión asintió y miró al frente. Las barcas se habían acumulado de tal forma que formaban prácticamente una plataforma sobre el mar, aunque no creía que tardase mucho en hundirse.

En cuanto Eudor marchó con sus hombres por la derecha, Arión miró al frente, donde más de cincuenta atenienses corrían hacia ellos mientras todos sus hombres se colocaban a su lado creando una formación.

Arión se agachó soltando su espada y cogió en su mano el casco que había llevado todo el tiempo bajo el brazo. Con diez minutos le bastaría para limpiar toda aquella zona.

Se lo puso y al momento notó aquel calor en su cabeza. Al principio era soportable, pero sabía que poco a poco aquel calor iría incrementando hasta llegar a quemarle.

Fue ponérselo y notó que sus músculos se contraían, y el calor se expandía por todo el cuerpo. Con el casco puesto uno tenía la sensación de ser invencible.

Acabó de ponerse en pie, lentamente, sujetando su espada mientras los atenienses parecían moverse a cámara lenta hacia él. Todo cobraba un mayor brillo, los movimientos de cada uno de los hombres eran más perceptibles.

—Que ninguna espada espartana se quede sin conocer a un ateniense —rugió a sus hombres.

Arión lanzó su escudo sobre la cubierta, sujetó con sus dos manos la espada y avanzó hacia ellos. Se agachó a gran velocidad esquivando la espada de su contrincante y cuando se puso erguido, se giró tras él para atravesarlo. Se giró de nuevo y, esta vez, con un movimiento increíblemente rápido acabó con tres atenienses que se colocaban frente a él simplemente moviendo el brazo de izquierda a derecha.

Comenzó a correr por cubierta mientras giraba su cuello vigilando la barca contigua, donde Eudor conducía a una gran facción de espartanos limpiando aquella zona.

Se agachó esquivando más metal y se apoyó con el brazo para darse impulso hacia el siguiente enemigo que derribó de una patada, avanzó agachado hacia él y acabó con su vida ensartándolo.

Empujó a otro que se le abalanzaba y salió disparado contra la cubierta de madera de la barcaza. A otro más lo cogió por el cuello y lo impulsó lejos de él, viendo cómo caía por la proa del barco sobrevolando el resto de la cubierta.

Cogió con fuerza la espada con las dos manos y fue moviéndola de derecha a izquierda acabando con la vida de todos aquellos que pretendían esclavizar a Siracusa, aquella ciudad donde residía la mujer que amaba. Él, junto a su ejército, los protegerían a todos.

Tomó carrerilla hacia la proa del barco y saltó la distancia sobre el mar hasta la siguiente trirreme, avanzándose a todos sus compañeros.

Nada más tocar la siguiente cubierta rodó sobre la madera hasta ponerse en pie. Detuvo el golpe de espada de uno de los atenienses y lo empujó con una patada mientras giraba para hacer frente a los enemigos que ya se abalanzaban hacia él.

Notó en la cabeza que el casco comenzaba a incrementar su temperatura. Apretó los dientes y se movió a gran velocidad por la cubierta arrasando con todos los enemigos. Para cuando el resto de sus hombres había llegado a la mitad de esa trirreme él ya se encontraba en la proa de esta, observando con atención al hombre protegido por cinco atenienses. Estaba casi seguro de que aquel era uno de los generales griegos encargado de aquella batalla, de lo contrario, ¿por qué iba a estar rodeado de tanto hombre?

Varios espartanos se situaron al lado de Arión dispuestos a enfrentarse junto a él.

La mirada de Arión coincidió con la del general ateniense que lo observaba con terror. Uno de los espartanos hizo amago de avanzar para enfrentarse a ellos, pero Arión lo detuvo.

—Quieto. El general es mío —comentó.

El espartano asintió mientras retrocedía un paso.

Arión fijó su mirada en la del general y avanzó hacia él.

Los cinco atenienses se interpusieron en su camino alzando sus brazos con las espadas y protegiéndose con los escudos, pero los golpes de Arión eran tan violentos que los dos primeros salieron despedidos hacia atrás donde dos de sus compañeros acabaron inmediatamente con sus vidas. No tuvo más que agacharse y cortar la carne de la pierna de uno para que este cayese al suelo gritando; al que venía por su izquierda lo atravesó con la espada y al tercero que se acercaba lo cogió del cuello, sin darle oportunidad a defenderse, estrellándolo contra la madera del suelo. Alzó su brazo y atravesó su estómago con la espada mientras aún lo mantenía sujeto del cuello.

Cuando elevó la mirada, el general ateniense lo miraba con pavor, aunque pudo detectar como sus ojos observaban con recelo el casco que portaba.

Arión se puso con lentitud en pie, mientras sus compañeros se colocaban a su espalda. Avanzó hasta el general ateniense que ni siquiera hizo intento alguno por defenderse, pues ya sabía cuál era su destino. Arión golpeó con el codo su rostro haciendo que cayese y comenzase a escupir sangre.

Se colocó a su lado espada en mano, aunque le sorprendió que el ateniense comenzase a reír.

—¿Te divierte saber que vas a morir? —preguntó Arión mientras cogía con fuerza la empuñadura de su espada.

El ateniense elevó su cabeza hacia él y observó su casco.

—El casco de Hades... —logró articular mientras la sangre brotaba de sus labios—. Tú acabaste con mi hombre... —afirmó.

Arión puso su espalda firme y miró con odio al general ateniense.

—Mis hombres y yo no solo acabamos con él, sino con todo tu glorioso ejército. Atenas ha perdido la guerra a manos de Esparta. Tú solo serás recordado como uno de los generales que intentó conquistar Siracusa y nada pudo hacer frente a Esparta.

Dicho esto, ni siquiera dio opción a réplica. Bajó su espada hasta su estómago y lo atravesó. Arión se agachó a su lado y le susurró al oído.

—Tras esto, jamás volveréis a ser el imperio que erais —sentenció. Extrajo la espada de su estómago mientras escuchaba la dificultosa respiración del general.

No le daría una muerte rápida, no la merecía. Él y todo su ejército eran la causa del sufrimiento de todo un pueblo. Muchos de sus hombres habían muerto intentando defender a una población indefensa. Esparta no permitiría que Atenas siguiese conquistando territorios y dominando a todos los habitantes de aquellas zonas.

Arión se giró para observar que las barcas contiguas estaban también casi limpias de enemigos. Suspiró y se quitó el casco colocándolo bajo su brazo. El calor en su cabeza era casi insoportable, pero sabía que tras varios minutos su cuerpo volvería a recuperar la temperatura corporal normal.

Fue hacia babor observando el mar en calma. En la costa podía ver aún decenas de trirremes atenienses en la orilla. Estaba seguro de que volverían a intentarlo.

Se giró para observar el resto de trirremes a su estribor cuando notó un intenso dolor en el costado.

—¡Mi señor! —gritó uno de los espartanos que permanecía cerca.

Arión descendió su mirada observando que una lanza lo había atravesado. Tragó saliva notando que se le cortaba la respiración. En la trirreme contigua vio a Eudor acabar con la vida del ateniense que había arrojado la lanza en su dirección.

El impacto fue duro. Dio un paso hacia atrás y, justo en ese momento, notó un gran vacío a su espalda.

Cayó de la trirreme sumergiéndose en el mar mientras su pesada armadura lo conducía hacia el fondo marino, recreando en su mente la tierna sonrisa de Dalia y el suave tacto de su piel.

Mientras se sumergía, sus ojos miraron hacia arriba. Pudo ver a varios de sus hombres observar la profundidad del mar mientras gritaban su nombre y el casco de Hades que perdía su brillo, sumergiéndose ambos en la oscuridad del mar Mediterráneo.

## Capítulo 25

Habían llegado una hora y media más tarde al jet privado que el señor Morris les había prestado. Desde entonces, no habían dejado de darle vueltas al asunto. Por suerte, Neil había hecho una fotografía de la piedra que les había conseguido arrebatarse Bronte.

Hermi se había marchado a buscar información por su cuenta y, a la vez, a buscar refuerzos. Necesitaban toda la ayuda posible de más aliados.

Neil se había limitado a sentarse en uno de los asientos del jet, observando a sus compañeros moverse de un lado a otro y discutir entre ellos. Había pasado varias horas sin decir nada, mirando por la ventana y prestando a ratos algo de atención mientras las horas pasaban y el día se iba apagando.

La última conversación con Adriana lo había dejado tocado y hundido. No había nada que deseara más en el mundo que estar junto a ella. Sentía cierta envidia por Gael y Lucía. Ella lo sabía todo y lo había aceptado, incluso les ayudaba. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con Adriana? Comprendía que Lucía era la nieta de uno de los mejores arqueólogos del mundo, el mismo que les había ayudado a preservar el secreto de la Atlántida, que la necesitaban en su equipo como se necesita respirar para vivir, pero aquello no dejaba de ser injusto para él.

—Sin duda —dijo Lucía dando un golpe en la mesa—. Es el símbolo espartano —dijo señalando la fotografía de la pintura que habían encontrado en el oráculo de la muerte dedicado a Hades, en Baia—. Lo tengo —comentó llamando la atención de todos sus compañeros que la rodearon de inmediato, excepto Neil que permanecía frente a ellos sin moverse, sentado en uno de los asientos acolchados que rodeaban la mesa donde Lucía seguía investigando sin parar en el ordenador.

—¿Qué tienes? —preguntó Gael a su lado.

Ella señaló la pantalla del ordenador con la mirada asombrada. Gael había conseguido algo de conexión a internet usando los teléfonos móviles como punto de acceso.

—Tucídides —comentó ella.

Elin se cruzó de brazos mientras se sentaba al lado de Neil.

—¿Ese no era un historiador griego? —preguntó Elin.

—Exacto —reaccionó con rapidez Lucía—. Además de historiador fue un militar ateniense. Su obra *Historia de la Guerra del Peloponeso* narra la guerra del siglo cinco antes de Cristo entre Esparta y Atenas. Él estuvo ahí.

Elin se puso firme y se apoyó en la mesa.

—¿Coincide con el período histórico de la expedición a Sicilia? —preguntó Karan al lado de Gael.

—Así es —confirmó Lucía—. Tucídides ha sido considerado siempre como el padre de la «historiografía científica», dado que no explicaba novelas, no inventaba nada, simplemente explicaba los conflictos bélicos y la política del país. Era algo así como un periodista. No daba puntos de vista, solo narraba con pelos y señales los hechos acontecidos. —Lucía los miró con una sonrisa—. En su obra *Historia de la Guerra del Peloponeso* fijaos lo que dice:

«Y vi, a menos de treinta pies de mí, a uno de mis aguerridos enemigos portando el

*reluciente objeto que aseguraba victorias en el campo de batalla, dotándolo de una fuerza, un coraje y una decisión sobrehumanas. Arión era su nombre. Pese a todo, ni tan vasta ayuda divina lo protegió de la lanza ateniense que sesgó su vida, hallando descanso eterno en las profundas aguas del mar».*

Karan dio un paso hacia ella.

—¿Se refiere al casco de Hades? —preguntó pasmado.

—Eso parece, pero fijaos bien. La pintura que encontró Neil en los pasadizos del Oráculo de Baia es un símbolo espartano: una A, una R y una N. Es como el nombre de Arión. Tucídides — señaló la pantalla del ordenador—, explicó que vio a un espartano con ese casco.

Gael chasqueó la lengua.

—¿No tenía el casco un ateniense? —preguntó Karan mosqueado, como si aquello afectase a su orgullo.

Lucía negó con su cabeza hacia Karan y reveló una sonrisa divertida dirigida solo a él.

—También dice que lo mataron y cayó al mar —continuó Gael que se cruzó de brazos—. He rebuscado por todo el fondo marino y el casco no está, os lo aseguro.

Karan se quedó pensativo y buscó la fotografía de la piedra en su móvil.

—Ya, pero fijaos... —Señaló la pantalla—. En la inscripción de la piedra dice: *«Tiempos ha, el tesoro de Hades fue arrebatado por un aguerrido pueblo»*. —Miró a sus compañeros—. En esto parece que tanto Tucídides como la sibila del oráculo de Baia se pusieron de acuerdo.

—Incluso se refieren de igual forma al pueblo espartano —comentó Elin asombrada—: aguerrido.

—De acuerdo —continuó Karan—, pero luego dice: *«Ahora, el portador, hijo de Tisámeo, nacido entre dos imperios y considerado uno de los más valientes hombres, se encuentra en tierras del gran gigante dormido»*. —Extendió los brazos hacia sus compañeros y señaló a Gael—. Si ese general espartano...

—Arión —recordó Lucía.

—Sí, eso mismo. Si ese general murió no puede ser el mismo portador al que la sibila se refiere en esta inscripción.

Lucía se puso en pie colocándose al lado de Karan.

—Ahí tienes razón. Léeme la frase otra vez —le pidió.

—*«Ahora, el portador, hijo de Tisámeo, nacido entre dos imperios y considerado uno de los más valientes hombres, se encuentra en tierras del gran gigante dormido. Aquí liderará con bravura la expansión del gran imperio»*.

Lucía se quedó pensativa y comenzó a caminar por el pasillo repitiendo la frase.

—Nacido entre dos imperios... —susurró.

Gael observó a su novia y luego se giró hacia Neil, este se había mantenido concienzudamente callado desde que habían salido del hotel. Sabía cuál era la causa y por ello había querido darle un poco de espacio, pero ahora necesitaba que todos estuviesen al cien por cien.

—Eh, Neil... —Este permanecía de brazos cruzados mirando por la ventana del jet privado—, unas vistas muy bonitas, ¿verdad? —ironizó Gael.

Neil volvió su mirada hacia él.

—No —respondió echando una ojeada al hangar donde se encontraban.

—¿Qué tal si te unes a nosotros y nos ayudas con esto? —le animó.

Neil lo miró con cara de resignación.

—¿Para qué? Al final se saldrán con la suya y conseguirán el casco igual que consiguieron el tridente. —Se encogió de hombros—. Ya da lo mismo. Vamos a morir todos tarde o temprano. La cuestión es cómo.

—De verdad, macho —se quejó Gael enarcando una ceja en su dirección—. Menudos ánimos. Karan fue hasta él y le dio una colleja.

—Venga, mueve el culo...

—¿Qué? —se quejó él.

—Deja de llorar como una nenaza —le recriminó—. Lo de Adriana tiene solución. Déjala unos días que se calme y luego hablas con ella. Ahora todos necesitamos que te centres, ¿entiendes? Trabajo en equipo, ¿lo pillas?

Neil resopló y miró a sus compañeros. Todos lo observaban de igual manera que Karan.

—Está bien —susurró al final.

—A ver... —interrumpió Lucía—. Como Karan dice: alguien tuvo que coger el casco, si no, ¿cómo iba a tenerlo el siguiente portador?

—Bueno, por lo que dice Tucídides no pone nada de que el casco cayese en manos de Atenas, ¿verdad? —preguntó Gael.

—No —continuó ella pensativa—. Y luego está lo del gigante dormido...

—Por partes —sugirió Elin—. Primero, ¿sabemos qué imperios había en esa época?

—Está claro que el griego y el persa —recordó Gael.

Neil los miraba atento, intentando centrarse en sus explicaciones.

—Bueno... —interrumpió—, no olvidéis que la pintura y esa piedra estaban en Italia, en Baia, cerca de Nápoles. Esa piedra... —dijo mirando su móvil, intentando encontrar algún sentido a todo—, y la pintura tuvieron que ser hechas antes de que los romanos invadiesen esa zona de Italia y amurallasen parte del...

—¡Claro! —comentó Lucía como si lo hubiese comprendido todo en ese momento—. Italia fue parte del Imperio griego, y no fue hasta el año 328 antes de Cristo que Nápoles y Baia fueron ocupados por los romanos. —Miró la fotografía de la piedra—. Nacido entre dos imperios —susurró ella—. Grecia y Roma. ¡Los dos grandes imperios! —gritó como si todo cobrase sentido.

Neil la miró sin comprender.

—No entiendo por qué gritas —admitió extendiendo los brazos hacia ella.

—Claro —dijo empujando a Karan para que se apartase y sentándose de nuevo frente al ordenador—. Neil, ¿eres un máquina! —Lo señaló.

Neil enarcó una ceja.

—Vale, estupendo, me halagas, pero... ¿por qué? —preguntó sin comprender nada.

—¿Cómo no he podido verlo antes? —dijo mientras tecleaba en el ordenador—. Esa inscripción, la del signo espartano y la piedra que encontramos en el oráculo tuvo que ser pintada y tallada ya en la época romana. Recordad que el oráculo fue destruido en el año 63 antes de Cristo por un terremoto, así que seguramente esa inscripción se hizo entre el período de la conquista del Imperio romano y la destrucción del oráculo.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —preguntó Gael.

—Mira lo que dice. —Señaló el móvil—: «*Aquí liderará con bravura la expansión del gran imperio*». Como digo, Nápoles y Baia fueron conquistados por el Imperio romano en el año 328

antes de Cristo, dice que el portador está ahí...

—Pero no lo entiendo... —continuó Karan—. Tucídides explica la muerte del espartano Arión y, con ella, de nuevo la pérdida del casco. Y repito, Gael, tu sirenito...

—Eh... —se quejó Gael.

—Se recorrió entera la zona de la batalla. Además, ¿la expedición a Sicilia no acabó en el 413 antes de Cristo? El Imperio romano no logró conquistar la zona de Italia, no al menos la de Nápoles y Baia hasta ochenta y cinco años después.

—Ya, pero hay un dato importante que me parece que no sabéis... —comentó Lucía con una leve sonrisa.

Todos ladearon sus cabezas esperando escucharla. Ella mantenía una enigmática sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Lo vas a decir ya o no? —preguntó Neil al final.

—Siracusa... —dijo señalando hacia la ventana del avión—, fue la última zona de la isla de Sicilia en ser invadida por el Imperio romano, de hecho, cayó incluso más tarde que Nápoles. El Imperio romano —enfaticó sus palabras—, en el año 262 antes de Cristo logró conquistar toda la isla de Sicilia excepto la región de Siracusa. —Ella sonrió mientras ataba cabos—. No fue hasta el año 210 antes de Cristo que, finalmente, el Imperio romano logró conquistar la última parte de esta isla, Siracusa. —Se apoyó en la mesa con una sonrisa—. ¿Lo entendéis? —preguntó emocionada ante la mirada de soslayo de todos—. Siracusa, esta pequeña ciudad, situada en una de las puntas de la isla de Sicilia, logró aguantar más de cincuenta años la conquista del Imperio romano: se defendieron.

Neil asintió.

—Está claro que la guerra con Atenas los marcó y aprendieron mucho de Esparta.

—No... —comentó ella—. En el oráculo de Baia se hace referencia al portador nacido entre dos imperios, hijo de Tisámeo.

—Me parece que no te seguimos —comentó Gael.

Ella los miró sonriente.

—Es solo una teoría. Tengo que investigar más, pero... —dijo colocando las manos en el teclado—, ¿y si Arión no hubiese muerto tal y como dijo Tucídides? ¿Y si hubiese sobrevivido?

Todos enarcaron una ceja.

—Tucídides lo deja bastante claro —comentó Elin.

—No. Tucídides explica simplemente lo que vio: que a este guerrero, a Arión, lo atravesaron con una lanza y que cayó al mar. —Los miró a todos seriamente—. Pero también dice que portaba el casco. Pensadlo bien, se trata de una ciudad pequeña que en un principio no habría podido defenderse contra Atenas y que, por esa misma razón, Esparta y Corinto habían ido a ayudarlos. Siracusa ganó la guerra a Atenas, por lo que parece y explica Tucídides, gracias a este guerrero espartano y a la ayuda del casco. Posteriormente, tras finalizar la guerra contra Atenas, Esparta volvió a su hogar, igual que Corinto, por lo tanto, todos abandonaron la zona. Años más tarde, ochenta y dos para ser exactos, pese a seguir siendo una población pequeña y sin ayuda de aliados, logró resistir a un imperio como el romano durante más de cincuenta años.

—¿Quieres decir que el casco está en Siracusa? —preguntó Neil.

—¡No! —gritó ella desesperada, poniéndose en pie. Cogió el móvil, nerviosa, y lo colocó ante los ojos de Neil, el cual se removió incómodo ante la explosión de Lucía—. ¡En la

inscripción lo pone bien claro! ¡Se encuentra en tierras del gigante dormido!

Neil tragó saliva y miró de reojo a Gael, el cual observaba también a Lucía pasmado. Desde luego, aquella chica llevaba demasiada presión.

—Ya... Ummm... —continuó Neil con una leve sonrisa hacia Lucía—. Y... ¿dónde está la tierra del gigante dormido?

Lucía puso su espalda recta y miró de reojo a todos, luego centró la mirada en Neil.

—¿En serio? —preguntó boquiabierta hacia él.

—¿En serio qué? ¿Debería saberlo? —preguntó consternado.

Ella suspiró y volvió a sentarse en el asiento.

—¿Dónde estaban esta piedra y la pintura? —preguntó a Neil.

Neil respondió confundido.

—En el oráculo de Baia.

—¿Y dónde está Baia? —continuó preguntando Lucía mientras descendía la mirada a la pantalla del ordenador.

—En Nápoles.

—Y, ¿qué hay en Nápoles que es gigante y suele estar dormido?

Neil miró fijamente a Lucía y, en ese momento, lo comprendió.

—El Vesubio —susurró.

—Uno de los volcanes más peligrosos del mundo, sí señor... Un gigante dormido —apuntó ella. Miró a sus compañeros y sonrió a Neil—. Hay que ir a Nápoles —ordenó.

Neil iba a levantarse para ir hacia los mandos del jet, pero Gael puso una mano en el hombro de su amigo obligándolo a sentarse.

—Llamaré a Hermi, e iremos más rápido.

Lucía ni siquiera elevó la mirada, siguió tecleando en el ordenador.

—¿Sí? ¿Y a qué zona de Nápoles vas a ir? —preguntó ella divertida. Gael resopló al comprenderlo—. No os podéis ir sin mí, me necesitáis —contestó risueña.

—Ya conduzco yo —dijo Karan apartando a Gael para dirigirse a los mandos.

Gael resopló y fue hacia Karan.

—Karan, no... Es mejor que Lucía se quede aquí y...

—¡Oh, cállate, Gael! —le recriminó mientras se sentaba en uno de los asientos y miraba el panel de control del avión. Durante el trayecto desde Washington lo había llevado un poco, aunque cuando estaba ya en el aire. Miró todos los botones—. Me he emocionado demasiado. ¡Neil! —gritó, y este apareció en la cabina—. ¿Cómo narices se enciende el jet? —preguntó quitándose del asiento y dejando que se sentase él.

—Ya me encargo yo —dijo poniéndose a los mandos.

—¿Seguro? —preguntó Karan, pues hasta hacía pocos minutos Neil permanecía apesadumbrado.

—¿Acaso sabes despegar?

Karan sonrió mostrándole los dientes.

—No —admitió.

—Pues no me queda otra —dijo mientras se ponía los auriculares y enchufaba la radio para pedir pista de despegue—. De todas formas es una hora y poco de vuelo. No tardaremos nada.

—Sigo pensando que es mejor que Lucía se quede aquí —insistió Gael.

Karan y Neil resoplaron.

—Seguimos necesiéndola —corroboró Neil.

—Ni por asomo hubiésemos deducido nosotros solos todo esto —añadió Karan. Luego puso una mano en la espalda de Gael—. No sé por qué te preocupas tanto, está con nosotros.

Gael enarcó una ceja y suspiró.

—¿De verdad tengo que explicarte eso? —preguntó mientras salía de la cabina rumbo al asiento situado al lado de Lucía. Se sentó y se puso el cinturón de seguridad cuando escuchó que Neil encendía los motores—. ¿Estás segura de que está en Nápoles?

—Sí. Pero no sé el lugar exacto. Necesitaría una buena conexión wifi e investigar más.

Gael asintió.

—De acuerdo, cuando despeguemos avisaré a Hermi para que nos busque un buen lugar en la ciudad.

### AÑO 413 A.C., SIRACUSA (SICILIA)

Dalia contempló desde la ventana de su hogar. A lo lejos, podían verse los campos de cultivo, el centeno mecerse de un lado a otro por el viento. Tragó saliva y se abrazó a sí misma mientras intentaba controlar el llanto.

Ni siquiera había ido a la playa a despedir a los espartanos y corintios aquella mañana, no se veía con fuerzas.

Tras la batalla en el mar, donde Esparta y Corinto habían evitado la huida de los atenienses, Gilipo, el general espartano, había ordenado no dejar un rincón de aquella zona de la isla sin vigilancia. Había estado acertado. Pocas noches después, los atenienses que habían sobrevivido a la batalla o que permanecían en la costa observando impasibles cómo les habían negado la salida al mar y, por lo tanto, la huida, habían iniciado una marcha por tierra hacia el otro lado de la isla en plena noche, en busca de sus aliados de Segesta.

Los espartanos junto a Siracusa habían creado un embudo en la zona denominada *Acraea*, una zona muy abrupta, con muchos barrancos, y habían acabado con la mayor parte del ejército de Atenas.

Los dos generales atenienses, Nicias y Demóstenes, habían acordado junto a los supervivientes un nuevo plan para escapar encendiendo fogatas por la noche, intentando que sus enemigos creyesen que se encontraban en aquel lugar, y habían vuelto a huir a la siguiente noche, intentando despistarlos.

De nuevo no tardaron en caer y ser presos.

Finalmente, los dos generales de Atenas se habían rendido suplicando que perdonasen la vida de todos sus hombres.

Gilipo había aceptado diciendo que ya había habido bastante derramamiento de sangre, pero, cuando los dos generales, Nicias y Demóstenes, habían sido conducidos hasta Siracusa, los habitantes de aquella zona que tanto había sufrido a manos de los atenienses no los perdonaron. Pese a que Gilipo había solicitado que se les permitiese seguir con vida, ambos atenienses habían sido ejecutados en medio de la plaza del pueblo y el resto de griegos había sido llevado a canteras para trabajos forzosos.

Pocos días después, los griegos eran vendidos como esclavos.

De aquello hacía prácticamente dos semanas.

Ahora, finalmente, sus aliados, Esparta y Corinto, aquellos que habían acudido en su ayuda para liberarlos, volvían a sus hogares junto a sus familias.

Pese a saber Dalia que era libre, que aquel trágico episodio de su vida había acabado, no pudo evitar que las lágrimas bañasen su rostro.

Arión, aquel guerrero del que se había enamorado perdidamente, había muerto ofreciendo su vida al igual que muchos otros espartanos para que ellos viviesen en libertad. Recordó sus caricias, sus besos, y no pudo menos que estremecerse. Pese a que las sonrisas habían vuelto a inundar los rostros de todos los habitantes de Siracusa, ella era incapaz de hacerlo. Él se había ido, y no a su hogar.

Tembló cuando recordó cómo sus dos hombres, Eudor y Corban, le habían comunicado su muerte.

—Él quería que la tuvieses —comentó Eudor entregándole la espada de Arión—. Sentía un gran aprecio por ti.

Se había abrazado a aquella espada durante los siguientes días, sin moverse de su casa, aislada de todo y de todos, sentada contra la pared con la espada entre sus manos. Se había permitido amar a un hombre que vivía para la guerra y aquellas eran las consecuencias.

Pese a que casi siempre había estado sola, jamás se había sentido tan vacía.

Se giró asustada cuando llamaron con golpes a la puerta y Giotto, su vecino, abrió sin esperar respuesta.

—Dalia —dijo entrando en la casa de ella—. Ven, vamos... Ven... —la apremió.

Aquello la asustó. Giotto parecía nervioso.

—¿Ocurre algo?

—Ven —insistió mientras salía de la casa y comenzaba a correr por la calle.

Dalia notó como el corazón se le aceleraba. ¿Volverían a invadirlos los atenienses? ¿Estarían las trirremes varando en la arena?

Corrió calle abajo siguiendo a Giotto que corría en dirección a la playa. Se fijó en que la gente no parecía preocupada y seguía haciendo su vida normal, sin reparar en ellos dos.

Cuando llegó a la playa se quedó unos segundos quieta, recuperando el aliento.

Giotto corría varios metros por delante hacia un grupo de gente que se había reunido sobre la arena.

—¡Acércate! —volvió a gritar Giotto apartando a algunos de aquellos hombres.

Ella avanzó con celeridad, pero volvió a quedarse quieta cuando observó que todas aquellas personas rodeaban el cuerpo de un hombre tendido sobre la arena. Notó como el corazón se le paralizaba y que le costaba respirar, sobre todo, cuando reconoció aquel casco dorado que había visto tantas veces en la caseta de Arión.

—No puede ser —susurró para sí misma mientras corría hacia allí.

Apartó sin miramientos a unas cuantas personas y se arrodilló sobre la arena junto al cuerpo de aquel hombre.

Su mirada voló directamente a su rostro: sus ojos cerrados, sus mejillas blanquecinas, los mechones de cabello rubio oscuro saliendo por debajo del casco...

—¿Arión? —sollozó mientras pasaba una mano por su mejilla notándola extremadamente caliente. Luego miró al frente, donde Giotto se había arrodillado también—. ¿Cómo es posible? —gimió.

Giotto negó con su cabeza. Hacía prácticamente tres semanas de la batalla donde lo habían dado por desaparecido, donde, según Eudor, habían acabado con la vida de Arión atravesando su costado con una lanza, sin embargo, en su abdomen no había cicatriz alguna.

—No lo sé —comentó asustado—, pero respira —dijo señalando su pecho.

Dalia no pudo evitar echarse a llorar. ¿Cuántas veces había implorado a los dioses que él continuase con vida? ¿Que todo hubiese sido una pesadilla y que él volviese a su lado?

Llevó su mano hasta su mejilla, temblorosa, incrédula aún, sin comprender nada de lo que ocurría, pero una vez tocó su piel tuvo que apartar su mano de inmediato. Estaba ardiendo, tanto que quemaba.

Aquello la desesperó.

—Hay que llevarlo a mi casa —pronunció con urgencia poniéndose en pie.

Lo trasladaron como pudieron a la caseta de Dalia. Tras envolverlo con unas sábanas, dado que era imposible tocar su cuerpo sin quemarse, lo tumbaron sobre la mesa del comedor.

Dalia había arrojado todo lo que había sobre la mesa al suelo, sin importarle nada. Se acercó a él sin saber cómo actuar. Jamás había visto algo así. Arión estaba demasiado caliente, literalmente ardía y era imposible tocarlo.

—Necesito enfriarlo —dijo acelerada—. Agua, traed toda el agua fría que podáis.

En cuanto los hombres salieron y se quedó a solas con Giotto lo miró fijamente.

—No entiendo nada —susurró. Giotto volvió a negar totalmente consternado. Se suponía que debía estar muerto. ¿Cómo podía aparecer en la playa tres semanas después sin un solo rasguño en su piel? Era poco menos que un milagro—. Pero me alegro de que esté aquí.

—Parece enfermo —sugirió Giotto.

Dalia asintió mientras lo examinaba. Recorrió sus piernas, su pecho, su rostro... allá donde lo tocaba ardía. En ese momento llegó hasta el casco, iba a quitárselo pero cuando lo tocó gritó y se apartó protegiéndose la mano.

—¿Qué ocurre? —gritó Giotto asustado.

Las yemas de los dedos con las que había tocado el oro del casco comenzaban a enrojecerse. Aquel casco quemaba como las ascuas. Tragó saliva mientras lo observaba.

—Necesito quitárselo —susurró mientras iba hacia su habitación y cogía una manta.

—¿Qué haces? —preguntó absorto.

Dalia se envolvió las manos con la manta y se colocó tras él. Inspiró un par de veces y cogió el casco con las manos. Los primeros segundos no notó nada, pero luego comenzó a notar el calor a través de la tela y quemaba, quemaba mucho.

—Ahh... —gritó mientras lo extraía y lo arrojaba al suelo. El casco rodó hasta una esquina y se giró hacia Arión colocándose casi sobre él. El casco había producido quemaduras en la piel de su frente y en sus orejas, incluso en parte de las mejillas que cubría.

Los hombres entraron con tinajas a rebotar. Estaba claro que no iban a dejar morir a uno de los soldados que habían acudido en su ayuda. Harían todo lo posible para salvarlo.

Dalia se movió por toda la casa cogiendo trapos e incluso alguna manta. La introdujo en la primera tinaja empapándola y luego la colocó sobre el cuerpo de Arión. Las cuatro primeras veces que hizo aquello el agua se evaporó ante todos, dejándolos sin habla, pero Dalia no se dejó impresionar y repitió la acción con la ayuda de Giotto que extendía las mantas húmedas y algunos trapos sobre el cuerpo de Arión.

Media hora después la temperatura de Arión había descendido bastante y, aunque seguía caliente, Dalia se sentía más tranquila.

Al llegar noche cerrada y cuando todos abandonaron su hogar, incluso Giotto, se había podido sentar a su lado, más tranquila. El cuerpo de Arión había recobrado poco a poco su color y sus mejillas ya no estaban tan pálidas como cuando lo habían encontrado.

Palpó la tela con que cubría en aquel momento su pecho y la cogió para humedecerla de nuevo. Estaría el tiempo que hiciese falta así, no dormiría en toda la noche ni los siguientes días si con eso conseguía que Arión volviese a despertar.

Introdujo la tela en la tinaja, la escurrió y cuando se giró se quedó estática.

Arión tenía los ojos abiertos y se quitaba el trapo de la frente con gesto de desagrado.

Tragó saliva y corrió hacia él.

—Arión —susurró colocando una mano en la mejilla para que lo mirase.

Los enormes ojos azules de Arión se clavaron en los suyos durante unos segundos. Parecía desubicado, nervioso, aunque cuando la observó sus ojos se calmaron, sus músculos se relajaron.

—¿Dalia?

Ella sonrió a la par que sus ojos se empañaban y asintió rápidamente mientras lo observaba con un amor infinito.

—Sí —susurró mientras Arión elevaba su mano hasta su mejilla y la acariciaba. Contempló a su alrededor, sin saber todavía dónde se encontraba.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa... —sollozó ella—. Pensábamos que habías muerto, pero te han encontrado en la playa.

Aquello activó sus recuerdos y se removió nervioso. Dalia tuvo que apartarse cuando él se incorporó con rapidez saltando de la mesa. Aunque aún se encontraba bastante débil pudo mantenerse en pie sin problemas. Miró a todos lados desconcertado.

—Tranquilo —susurró ella infundiéndole calma.

Arión miró de un lado a otro. Ahora lo recordaba todo: la batalla en el mar contra Atenas, su victoria aplastante sobre ellos, la lanza que había atravesado su costado...

Se llevó las manos a su costado, observándose, impresionado al no palpar cicatriz alguna. Recordó cuando aquella lanza lo atravesó arrojándolo al mar, y que su último recuerdo había sido para ella, para Dalia, para aquella mujer que había conseguido darle paz y amor en aquella guerra. Recordó cómo supo que iba a morir; sus pulmones se contraían ante la falta de oxígeno, la sangre brotaba sin tregua de su costado mientras aquella lanza lo ensartaba, pero, al mirar hacia arriba, pudo ver el casco descendiendo a la misma velocidad que él.

Sabía que moriría, pero un impulso lo llevó a coger el casco y a colocarlo en su cabeza antes de perder el conocimiento, con la sola esperanza de que el casco lo protegiese de una muerte segura y poder volver así junto a ella.

Miró de un lado a otro asustado.

—¿Y el casco? —preguntó de inmediato.

—Allí. —Señaló Dalia hacia una esquina. Arión fue directo a por él—. Estaba muy caliente. Ahora supongo que ya se podrá tocar sin que queme.

Arión se agachó frente a él mientras notaba la presencia de Dalia a su espalda. No pudo evitar pasar las yemas de los dedos sobre el oro notando toda su fuerza. Aquel casco lo había salvado,

le había permitido volver junto a ella, lo había mantenido con vida.

Se puso en pie observándolo y finalmente se giró hacia Dalia, incrédulo por encontrarse allí, por tenerla frente a él. Cogió su mano con delicadeza y pasó la otra por su mejilla. Dalia recostó su mejilla en la palma de la mano de Arión, sintiendo así su piel sobre la suya.

—Rogué a los dioses que te trajesen de vuelta —sollozó ella.

Él sonrió débilmente.

—Los dioses son justamente los que me han permitido volver junto a ti —pronunció él. La acercó y la abrazó contra su pecho. Aún no creía posible estar allí, pero los dioses le habían dado otra oportunidad, otra vida para poder aprovecharla junto a Dalia.

Se separó de ella observándola. Jamás había amado a nadie como a ella y, justamente, era ese amor el que lo había llevado a hacer un último esfuerzo para ponerse el casco antes de perderse en la oscuridad del mar, con la súplica y la esperanza en su mente de poder volver junto a ella.

Acarició su cabello castaño mientras una sonrisa inundaba su rostro.

—Será mejor que te sientes y vuelva a ponerte trapos húmedos...

—Estoy bien —pronunció él sin poder apartar la mirada de ella. Tragó saliva y dio un paso hacia atrás contemplando finalmente por la ventana. La luz del interior de la vivienda provenía de una pequeña hoguera, pero fuera había total oscuridad—. ¿Mis hombres están en la playa?

Ella lo miró consternada.

—Arión... —susurró—, tus hombres y los corintios emprendieron el camino de vuelta a su hogar esta mañana. —Aquel dato cogió de improviso a Arión que la miró confundido. Arión no parecía ser consciente del paso del tiempo—. La guerra ha acabado, somos libres —sonrió ella.

—¿Cuánto hace de la batalla en el mar? —preguntó directamente.

Ella apretó los labios y cogió su mano.

—Tres semanas —susurró con delicadeza.

Aunque el dato tuvo que sorprenderlo, Arión no lo manifestó. De hecho le sirvió para entender ciertas cosas.

Dalia se calmó cuando Arión volvió a mirar hacia el casco y sonrió.

—Es cierto que me han dado una segunda oportunidad —susurró agradecido.

—Y... ¿qué vas a hacer? —preguntó ella con cierto temor.

Arión le sonrió y la contempló fijamente a los ojos.

—Aprovecharla... contigo —sonrió mientras la atraía antes de fundirse en un beso con ella.

Atrás quedaba su vida a las órdenes de Esparta. Él había muerto por su patria, por su gente, para toda Esparta: él había muerto y entregado su vida por ellos. Nada más lejos de la realidad, pero aquel regalo de los dioses le había dado una segunda vida, una segunda oportunidad para estar junto a ella, a su lado. No sabía cómo podría agradecer aquello, pero tenía toda una vida por descubrirlo, hacerlo y poder estar junto a ella.

## Capítulo 26

Era ya entrada la noche cuando habían llegado al hotel que Hermi había reservado, ubicado en pleno centro de Nápoles, cerca de la Biblioteca Nacional de Nápoles.

El hotel, que recibía el mismo nombre que la biblioteca, *Víctor Manuel III*, era un hotel mucho más lujoso que el de Sicilia, el de *El hijo de Vulcano*.

—Necesito wifi, necesito wifi.... —repetía Lucía mientras corría por el pasillo del hotel rumbo a la habitación que debía compartir con Gael.

Karan se colocó al lado de Gael y lo miró haciendo un gesto gracioso con su rostro, pues Lucía estaba atacada de los nervios.

—¿Nos quedamos en tu habitación? —preguntó a Gael.

—Claro, sin problema...

—¡No! —reaccionó Lucía abriendo la puerta de la habitación—. Necesito silencio para investigar, iré más rápido.

Abrió y se dirigió directa al interior.

Gael se encogió de hombros y miró a Hermi.

—Os digo algo.

Todos asintieron.

En cuanto Gael cerró la puerta tras de sí, todos miraron el número de la habitación que les había tocado.

—¿Queréis que vayamos a cenar? —propuso Karan.

—Yo creo que deberíamos investigar por nuestra cuenta —propuso Elin dirigiéndose un par de habitaciones por delante—. Podríamos ayudar a Lucía.

Karan chasqueó la lengua.

—Ya has visto que no quiere que la molestemos. Ella domina mucho más que nosotros. Ella es el cerebro y nosotros el músculo.

—Ya, pero... —Hizo un gesto con la cara de desagrado—. No me siento bien...

Neil se adelantó y se cruzó de brazos.

—Yo, si no os importa, me voy a mi habitación. —Miró su llave y se giró para ver que su cuarto era justo el que tenía enfrente de la que abría Karan.

—¿No quieres cenar?

—No tengo hambre. Hermi —dijo llamando a su amigo—, ¿puedes venir un momento?

—Vamos, algo tendrás que cenar —insistió Karan.

Neil entró en su habitación. Cuando Hermi entró tras él negó con la cabeza a Karan y cerró la puerta.

Karan suspiró y estuvo a punto de poner los ojos en blanco, luego se giró hacia Elin que también abría su puerta y sonrió.

—Estamos solos otra vez... —dijo divertido—. ¿Vamos a cenar?

Era un hotel muy lujoso. La habitación era más amplia que la del hotel de Sicilia. El suelo de parqué daba un aspecto cálido a la habitación. La cama era mucho más amplia y la televisión colgada frente a ella de más pulgadas.

Neil depositó la maleta en el armario empotrado y se giró hacia Hermi.

—Necesito un favor. —Hermi asintió—. Adriana ha cogido un vuelo a Nápoles para hoy...

—Neil... —lo interrumpió Hermi.

—No, escucha —pronunció apresurado, aunque con un claro tono de súplica—. Estoy preocupado por ella.

—¿Por?

Neil suspiró.

—Creo que es bastante obvio que ella me gusta...

—Bastante, sí.

—Vale. —Introdujo las manos en los bolsillos—. Bronte lo sabe y ha estado a punto de quitarle el alma. Saben que si...

—¿Tienes miedo de que vuelvan a por ella? ¿Que la usen como señuelo contigo?

Neil asintió y se acercó a su amigo.

—Ha cogido esta tarde un vuelo a Nápoles, supongo que acabará de llegar también. Necesito que averigües dónde vive.

—¿Dónde vive? ¡Nápoles es enorme! —se quejó—. ¿No sabes su dirección?

—No, solo sé su móvil... —Resopló, aunque luego una idea atravesó su mente—. Gael.

—¿Qué?

—Necesito a Gael —dijo saliendo directamente de la habitación.

—Lucía te va a matar —replicó Hermi.

Cuando salieron al pasillo Karan seguía hablando con Elin.

—Lo tuyo no me parece normal... —comentó Karan.

—Dicen que la pizza napolitana es la mejor del mundo —se defendió ella—. Es Patrimonio de la Humanidad.

—¿Pasta otra vez? ¿No te cansas nunca? —se quejó Karan asombrado.

—¿Vas a venir a Nápoles y no vas a probar la pizza?

Neil llegó hasta la habitación de Gael y Lucía, llamó repetidas veces y, mientras escuchaba como Gael se dirigía a la puerta, se fijó en Karan y Elin.

—¿Y ahora qué? —preguntó Neil hacia los dos, visiblemente desquiciado—. ¿También discutís por el sitio donde cenar? Parecéis un matrimonio, en serio.

Ambos lo miraron mosqueados.

—¿Para qué te metes en esta conversación? —preguntó Karan ofuscado.

—¿Te parece gracioso eso que has dicho? —arremetió Elin también.

Neil arqueó una ceja y miró hacia la puerta.

—Desde luego, tal para cual —susurró para sí mismo.

Gael abrió la puerta en ese momento. En el interior pudo ver a Lucía mirando la pantalla del ordenador sin apenas pestañear.

—¿Ocurre algo? —preguntó Gael preocupado.

—Tú eres informático. ¿Sabes localizar a una persona por el móvil? —preguntó directamente.

Gael lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Necesito localizar a una persona.

Hermi intervino.

—A Adriana —explicó.

—¿Y para qué quieres localizarla? ¿No tienes su teléfono? —preguntó sin comprender.

—¡Necesito silencio! —gritó Lucía.

Gael salió al pasillo donde Neil estaba plantado y cerró la puerta tras de sí.

Neil lo cogió de la camiseta con ansiedad, algo que hizo gracia a Gael. Su amigo se estaba volviendo loco.

—Debo localizar a Adriana para asegurarme de que está bien. Bronte intentó acabar con ella. Dime, ¿si te digo el número de teléfono puedes hacer algo de eso que hacéis los informáticos y localizar dónde se encuentra su terminal?

Gael lo miró pasmado.

—Tú ves demasiado la tele, chaval —pronunció asombrado mientras se soltaba.

—Así no me ayudas... —se quejó de nuevo.

—Está bien, está bien... —pronunció Gael. Suspiró y se puso la mano en la frente mientras cerraba los ojos —. Déjame pensar.

—Tío, mira en la *PagineBlanche* —intervino Karan.

—¿Qué? —preguntó Neil girándose hacia él.

—En la web... —continuó. Puso los ojos en blanco y fue hacia él mientras cogía su móvil. Tecléo y lo miró enarcando una ceja—. Adriana, ¿qué más?

Neil lo miraba asombrado.

—Adriana Mancini.

Karan tecléo y miró la pantalla. Ya está, la tengo.

—¿En serio? —preguntó Neil asombrado.

—Te paso la dirección por el móvil. —Luego sonrió con malicia a Neil—. Es lo que tiene dirigir una multinacional. Si no me pagas o eres mal proveedor, te busco. —Todos lo miraron asombrados, incluso con temor. Elin dio un paso atrás mientras lo miraba de la cabeza a los pies —. ¡Que es broma! —dijo dando un golpe en el brazo de Neil y riendo, pues la cara de sus compañeros era todo un poema—. Es una página muy conocida, hombre. —Se encogió de hombros.

Hermi quitó la mano del hombro de Neil mientras este daba un paso hacia delante.

Se fijó en la tercera planta del edificio que se ubicaba en la dirección que Karan le había encontrado.

El piso tenía la luz encendida.

Miró hacia los lados comprobando que había bastante gente. No había estado antes en aquella parte de Nápoles, pero no le gustó. Las calles estaban un poco sucias y la ciudad era oscura. Varios mendigos dormían en los portales.

El piso estaba situado cerca de la *Piazza Garibaldi*, al lado de la estación central de tren de Nápoles. Se giró para observar varios coches de policía pasar. Al menos seguridad parecía que no faltaba.

—Hermi —comentó sin girarse—, me quedará un rato por aquí si no te importa.

Hermi no dijo nada y asintió.

—De acuerdo. Llámame cuando quieras que venga a buscarte.

Neil no se giró, solo asintió sin apartar la mirada de aquella luz.

Se alejó un poco del portal y se sentó en la acera entre dos coches. Cogió el móvil en su mano y abrió el privado con Adriana. Pensaba esperar unos días para escribirle, pero las últimas palabras de Adriana y su mirada lo habían dejado consternado. Necesitaba solucionar aquello pues ni siquiera podía concentrarse en la misión.

Pasó la mano sobre la pantalla sin atreverse a escribir nada. De todas formas, más no podía perder. Si algo le habían enseñado desde pequeño era a luchar por lo que uno quería.

**Neil:**  
Hola, Adriana.  
¿Has llegado bien a Nápoles?

**Neil:**  
Me gustaría hablar contigo e intentar solucionar esto.

Tragó saliva y suspiro mientras volvía a pasear los dedos sobre la pantalla táctil.

**Neil:**  
Eres muy importante para mí.

De acuerdo, ya estaba hecho. Ahora solo cabía esperar que ella contestase, que no le negase la palabra.

Vio que se ponía en línea y notó como el corazón se le aceleraba. Le estaba leyendo. Aguantó la respiración hasta que de nuevo vio que volvía a aparecer desconectada y notó que algo dentro de él se rompía. Aunque no contestase se quedaría un rato allí vigilando, asegurándose de que estaba a salvo.

Adriana colgó los pantalones en el armario y lo cerró. Había llegado poco antes de las nueve a Nápoles. Con el Aerobús apenas eran veinte minutos desde el aeropuerto hasta la parada ubicada al lado de su propio piso. Se había dado una ducha y había deshecho la maleta. Ni siquiera tenía hambre. Tenía el estómago cerrado desde el suceso.

No comprendía nada. Solo sabía que Neil era alguien con unas habilidades extraordinarios. El fuego no le hacía daño según había dicho. ¿Qué significaba aquello? Y peor aún, si aquello era cierto, ¿por qué le ocurría? ¿Era una especie de *X-men*?

Le asustaba. Sabía que no le haría daño. Le había salvado la vida en dos ocasiones: en la discoteca y aquella tarde en las escaleras. Recordó a aquel hombre oscuro, la luz al salir de su boca, la debilidad de su cuerpo... y luego había llegado Elin y la había curado en unos segundos.

Se puso el pijama y se dirigió al aseo cuando escuchó el sonido de su móvil.

Se colocó ante la mesita de noche cuando volvió a vibrar.

**Neil:**  
Hola, Adriana.  
¿Has llegado bien a Nápoles?

**Neil:**

Me gustaría hablar contigo e intentar solucionar esto.

Notó como sus ojos se humedecían al leer aquello. Ni siquiera sabía cómo reaccionar.

**Neil:**

Eres muy importante para mí.

Cuando leyó aquel último mensaje notó que una lágrima descendía por su mejilla. Se la secó y depositó el móvil sobre la mesa mientras intentaba controlar el llanto. Estaba asustada, no solo por Neil, sino por todo lo que había ocurrido aquel día. ¿Por qué habían ido a buscarlo aquellos hombres? ¿Por qué habían peleado en su hotel?

No quería perderlo, pero le asustaba saber la verdad... Por otro lado, sentía curiosidad, aunque algo en su interior le hacía creer que era mejor vivir en la ignorancia. Pero ¿de verdad no quería saber lo que había ocurrido?

La incertidumbre la estaba matando, pero, sobre todo, las ganas de hablar con él.

No pasaría nada por contestar, tampoco era que fuese a verlo en persona y, quizás, hablarlo por el móvil le sería más fácil.

**Adriana:**

Hola.

Neil casi brincó en la acera cuando notó que su móvil vibraba. Abrió con rapidez la aplicación y sonrió al leer el mensaje. Era demasiado escueto, pero al menos había respondido. Tras varios minutos de espera y tras verla desconectada al poco de leer sus mensajes había pensado que no lo haría.

**Neil:**

Hola, ¿cómo te encuentras?

Neil suspiró. Si Adriana quería saber, debía explicarle la verdad, quizás así podría confiar de nuevo en él.

**Adriana:**

Un poco asustada.

Neil miró seriamente la pantalla y tragó saliva.

**Neil:**

¿Puedo llamarte?

Y directamente miró hacia la ventana.

Aquello la asustó.

**Adriana:**

No.

Prefiero hablar por aquí, por favor.

**Neil:**  
De acuerdo.

Neil se removió nervioso al ver que ella no volvía a escribir.

**Neil:**  
No tienes por qué estar asustada.

Adriana mordió su labio y notó como sus ojos se humedecían.

**Neil:**  
¿Estás ya en Nápoles?

Suspiró y tragó saliva.

**Adriana:**  
Sí.

Se exponía a una negativa, pero debía intentarlo.

**Neil:**  
Mañana a primera hora viajamos a Nápoles.  
Estaremos un par de días allí.

Aquello la sorprendió.

**Neil:**  
Me gustaría verte, si te parece bien.

**Adriana:**  
No sé.

**Neil:**  
No tienes por qué preocuparte.  
Por favor, necesito verte y aclarar esto.

**Neil:**  
Te invito a comer.

**Neil:**  
O a cenar, desayunar, merendar...  
Lo que quieras.

Permaneció dubitativa casi un minuto, hecho que desesperó a Neil.

**Neil:**  
Por favor...

Aquel ruego le hizo finalmente tomar una decisión. No podía evitarlo, estaba enamorada de él y ella también necesitaba saber.

**Adriana:**  
De acuerdo.  
Pero con unas condiciones.

Neil estuvo a punto de ponerse en pie y dar un salto. Leyó la respuesta y resopló.

**Adriana:**  
Será en un sitio público.

A Neil le conmovió aquello, realmente estaba asustada, incluso parecía temerle a él; sin embargo, iba a hacer un esfuerzo y quedar con él.

**Neil:**  
Donde tú quieras.

**Adriana:**  
Vendrás solo, sin tus amigos.

**Neil:**  
Pensaba ir sin ellos.

Ella suspiró y asintió, armándose de valor.

**Adriana:**  
¿A qué hora llega tu vuelo?

Neil chasqueó la lengua.  
—Mierda —susurró.

**Neil:**  
Creo que llego sobre las diez de la mañana.

**Neil:**  
Para la hora de comer ya estaré  
instalado en el hotel.

Adriana que se quedó observando la pantalla del móvil.

**Adriana:**  
De acuerdo. ¿Te parece bien a las dos  
de la tarde?

**Neil:**  
Sí, ¿dónde quieres quedar?

Adriana se removió inquieta.

**Adriana:**  
¿Conoces Nápoles?

**Neil:**  
Estuve una vez, hace tiempo.

**Adriana:**  
¿Te suena la Piazza Garibaldi?  
Está frente a la estación central de Nápoles.

Neil parpadeó varias veces y miró alrededor. Se encontraba justo ahí.

**Neil:**  
Sí, la conozco.

Adriana prefería quedar en un sitio cercano a su de hogar por si quería irse.

**Adriana:**  
Hay varios restaurantes en esa zona.

**Neil:**  
De acuerdo.  
Mañana estaré a esa hora en  
la Piazza Garibaldi.  
¿No trabajas?

**Adriana:**  
Hasta el lunes que viene no.

Neil lo recordó en ese momento. Aún debía de tener la baja médica, pues no le sonaba que hubiese ido al médico a por el alta. De todas formas, tras lo sucedido, era mejor así.

Neil se quedó observando unos segundos la ventana con la luz encendida, si por él fuese llamaría al timbre y subiría a verla en ese momento, pero no podía. Debía dejar que pasase el tiempo. Así, en parte, probablemente se calmaría más.

**Adriana:**  
Nos vemos mañana.

**Neil:**  
Hasta mañana.  
Buenas noches.

Vio como ella aparecía desconectada de nuevo. Al menos podría verla al día siguiente, pero ¿qué iba a decirle? ¿Cómo explicarle todo aquello sin revelar su secreto? ¿Sin asustarla más aún de lo que ya estaba?

Guardó el móvil en su bolsillo y volvió a mirar alrededor asegurándose de que no había ningún aliado de Bronte por allí. De todas formas, siendo los enemigos poseedores de la piedra que habían encontrado en el oráculo de Baia, suponía que estarían por la labor de descifrar su significado y encontrar el casco.

Se apoyó contra sus rodillas y se quedó observando la luz de la ventana hasta que esta se apagó. No se marcharía de allí en un buen rato. Estar allí, cerca de ella, hacía que se sintiese más tranquilo.

## Capítulo 27

Lucía señaló los apuntes que había hecho escribiendo todos los datos que había recopilado aquella noche y miró a Neil con una ceja enarcada.

—Para ya de bostezar, ¿es que no has dormido?

Neil se encogió de hombros.

Hermi fue quien intervino colocando una mano en el hombro de su amigo.

—Ha estado prácticamente toda la noche frente al piso de Adriana.

Todos medio sonrieron.

—¿La viste? —preguntó Gael.

Neil iba a contestar cuando Hermi volvió a interrumpirlos.

—Preferiría que siguiésemos con lo de Lucía, después ya hablamos de lo otro.

—Estoy de acuerdo —comentó Neil esquivando la pregunta de Gael.

Eran las diez de la mañana cuando todos habían acudido a la habitación de Gael tras desayunar juntos en el comedor. Neil se había tenido que tomar dos cafés para despertarse un poco. Tal y como había dicho su amigo Hermi, había estado frente al piso de Adriana hasta las cinco de la madrugada. Tras comprender que Bronte no parecía interesado en molestarla sino más bien en encontrar el casco, había llamado a Hermi y se había echado hasta las nueve.

—Al lío —indicó Gael.

Lucía asintió.

—De acuerdo, pues como os iba diciendo, esta ciudad, Nápoles, estuvo bajo el dominio griego hasta el año 328 a.C. En ese año es ocupada por los romanos, aun así, sigue manteniendo las características griegas, aunque no por ello deja de ser una invasión. A partir de ahí, Nápoles forma parte del Imperio romano, sin embargo, no ocurre lo mismo con la isla de Sicilia. Sicilia pasa a formar parte del Imperio romano en el año 262 a.C.. Toda la isla excepto Siracusa. Esta ciudad, como os había explicado, logró mantenerse independiente del Imperio romano durante más de 50 años, lo que es asombroso teniendo en cuenta el ejército con que contaba el Imperio romano. No fue hasta el año 210 a.C. cuando conquistan Siracusa y, entonces sí, toda la isla pasa a formar parte del Imperio romano, anexionándose. —Lucía se puso en pie y fue al escritorio cogiendo una libreta donde había tomado apuntes—. Ahora bien, en la piedra que encontramos en el oráculo dice: *«Tiempos ha, el tesoro de Hades fue arrebatado por un aguerrido pueblo. Ahora, el portador, hijo de Tisámeno, nacido entre dos imperios...»*. —Los miró a todos y sonrió de forma enigmática—. Tenía razón.

Todos la miraron sin comprender, aunque Neil la señaló.

—Siempre la tienes... —sonrió—, pero explícanos en qué.

—¿Recordáis a Arión? El espartano que, según el historiador Tucídides, había portado el casco en las batallas pero había fallecido en el mar... —Todos asintieron—. Si sigues leyendo la obra de Tucídides, más adelante vuelve a hacer referencia a este valeroso guerrero, y se refiere a él como Arión, hijo de Tisámeno. —Todos la miraron asombrados—. Sobrevivió —dijo entusiasmada, incluso emocionada por ello.

—Ya, comentaste que el casco debe de encontrarse en Nápoles. —Neil cogió los apuntes y

leyó la parte final de la inscripción en la piedra—: «...*se encuentra en tierras del gran gigante dormido*». ¿No nos referíamos al monte Vesubio? ¿Él no luchó en Siracusa?

—Exacto —comentó con una gran sonrisa—. Pero fíjate, Siracusa fue la única ciudad que no sucumbió al Imperio romano durante más de cincuenta años.

Karan se encogió de hombros.

—Está claro que usaron el casco.

—Ahí voy —continuó ella—. Lucius.

Todos la miraron expectantes.

—¿Quién es Lucius?

Lucía se encogió de hombros, aunque seguía muy sonriente.

—Lucius fue un legado romano.

Karan la miró sorprendido.

—¿Dirigía una legión romana?

—Exacto —apuntó ella—. Un legado era quien comandaba una legión romana: una unidad militar de infantería que constaba de entre cuatro mil doscientos a seis mil hombres cada una. Lucius dirigió la tercera legión.

—Vale, ¿y? —preguntó Neil con cierta ansiedad.

—Ese legado se llamaba Lucius de Tisámeno.

En ese momento Neil tragó saliva, consciente de lo que aquello significaba.

—¿Un descendiente de Arión el espartano?

Lucía le sonrió.

—Eso creo —dijo sentándose sobre la cama—. Por lo que he averiguado de este personaje, Lucius de Tisámeno era originario justamente de Siracusa. Nació en el año 210 a.C., justo cuando Siracusa pasó a ser parte del Imperio romano.

Elin la miró asombrada.

—Nacido entre dos imperios —susurró al recordar las palabras de la piedra del oráculo.

—Si estoy en lo cierto, como así creo, debe de ser la octava o novena generación desde Arión. —Sonrió Lucía—. No murió, es más, tuvo que casarse con alguna mujer de Siracusa y tener descendencia porque su apellido aparece en sucesivas guerras, como en la primera guerra púnica. Se trata de un linaje de guerreros y guerreras.

Karan sonrió.

—Bueno, más que guerreros, yo creo que se ponían el casco e iban arrasando con todo —comentó divertido.

—Sea lo que sea —dijo Lucía—, esa familia protegió Siracusa durante siglos y, tras ser invadida finalmente por el Imperio romano, escogieron a uno de sus descendientes como legado para dirigir una de sus legiones, viajando a Nápoles. Concretamente la tercera legión, así que tenía que ser muy bueno.

—Vale, entonces el casco llegó hasta aquí —pronunció Neil que comenzaba a impacientarse—. ¿Y sabes si lo dejó en algún sitio? ¿Aquí en Nápoles?

Lucía rio.

—Neil, estamos hablando de que Lucius de Tisámeno nació en el año 210 a.C. y pasó a formar parte del ejército romano allá por el año 184 a.C., con veintiséis años. Y de eso hace más de dos mil doscientos años. —Lucía cogió otro documento y lo mostró—. Veréis, los antiguos romanos

primero ponían el praenomen, que era lo que nosotros conocemos ahora como el nombre, luego el nomen, que era el nombre de la familia, la procedencia. —Sonrió—. Y luego, el cognomen que servía para diferenciar estirpes. En este caso, Lucius de Tisámene tenía el cognomen Ianuarii.

—¿Es importante? —preguntó Karan.

—Es uno de los apellidos más importantes de la antigua Roma, es un apellido patricio —explicó Lucía—. Pertenece a la clase aristocrática, es decir, a los descendientes de las familias más antiguas de la ciudad.

Neil la miró confundido.

—Pero ¿no has dicho que nació en Sicilia? ¿Cómo puede llevar un apellido de ese estilo si justo cuando nació fue cuando Siracusa pasó a formar parte del Imperio romano?

Lucía lo señaló.

—Bueno, antes que nada, realmente el Imperio romano en aquellos años aún no era imperio como tal. En esa época era cuando comenzaba a expandirse; de hecho, su máxima expansión fue en el 117 d.C. En resumen, en época de Lucius de Tisámene ya comenzaban la expansión, de ahí que buscasen buenos líderes y, obviamente, el portador del casco de Hades lo iba a ser —apuntó divertida.

—Ya, pero entonces... ¿el apellido patricio? —preguntó Neil ya de los nervios.

—Ahí quería llegar yo ahora —matizó Lucía.

## AÑO 184 A.C., NÁPOLES

### IMPERIO ROMANO

Tras la primera guerra púnica acontecida del 264 al 241 a.C. en que lucharon la República romana contra los cartagineses, el Senado romano había mandado construir centenares de quinquerremes y trirremes, los barcos más usados en las guerras marítimas.

La quinquerreme en que había viajado desde Siracusa a Nápoles tenía una eslora de cuarenta y cinco metros, una cubierta de cinco metros al nivel del agua con una cubierta de tres metros por encima del mar y desplazaba poco menos de cien toneladas. Sin duda, estas nuevas embarcaciones superaban a las antiguas trirremes.

El viaje desde su ciudad natal había sido más largo de lo que pensaba. Quince días para salvar el trayecto que separaba Siracusa de Nápoles, costeano toda la costa, deteniéndose durante las noches y garantizando algunos días de descanso para los remadores.

Su última parada antes de llegar a la ciudad de Nápoles había sido Pompeya, una ciudad que lo había dejado totalmente extasiado.

Nada más llegar a Nápoles y abandonar su quinquerreme, una facción del ejército romano lo esperaba en la playa con un hermoso caballo negro.

—¿Lucius de Tisámene? —Lucius caminó sobre la arena y asintió colocándose ante aquel hombre que portaba una gran lorica segmentada, es decir, una armadura plateada que protegía su pecho y sus hombros. Por debajo vestía con una túnica roja que le llegaba hasta las rodillas y unas sandalias de cuero marrón oscuro—. Nos alegramos de su llegada. Mi nombre es Dionisio de Ostorius, soy el legado de la segunda legión de infantería de la República. —Lucius volvió a asentir, nunca había sido un hombre de muchas palabras—. Si me acompaña, lo llevaré a su nuevo hogar.

—Gracias —fue lo único que pronunció mientras de un salto subía al hermoso caballo negro

que habían traído para él.

Dionisio le ofreció una sonrisa a medida que cabalgaban junto a una pequeña guardia en dirección a la ciudad de Nápoles.

Ya desde la edad de ocho años Lucius había sido entrenado para convertirse en un gran guerrero, una tradición que, según su padre, se transmitía desde sus ascendientes espartanos. Ellos eran los que se encargaban de mantener el orden en la ciudad de Siracusa y de tenerla siempre a salvo. Lo habían logrado hasta que su padre había firmado la paz con Roma y decidido que lo mejor para su ciudad era también beneficiarse de lo que la sibila del oráculo de Baia les había dicho: aquello era una gran oportunidad para pertenecer a uno de los futuros grandes imperios.

Ahora, a sus veintiséis años, sería uno de los más jóvenes legados dirigiendo la tercera legión de infantería romana.

Se giró observando que, por detrás, habían cargado su equipaje. Se fijó en el baúl de madera, aquel que guardaba su máspreciado y secreto tesoro: aquel objeto que había pertenecido desde hacía más de un siglo a su familia y que los dioses les habían regalado para proteger su amada ciudad.

—La familia Ianuarii está deseando conocerlo —apuntó Dionisio.

Aquella era la verdadera razón de que se encontrase allí, de que hubiese aceptado. No era solo que podría vivir en una gran ciudad, sino el futuro matrimonio que contraería con la hija de Florencio Ianuarii, una de las familias más influyentes de la República romana. La había visto una única vez hacía dos años, cuando sus familias habían sellado su matrimonio a cambio de disponer de él en la legión y de su valioso tesoro.

No le había costado aceptar, pues no recordaba haber visto nunca belleza igual.

A medida que avanzaban por las amplias calles de la ciudad se daba cuenta de cuan diferente era Siracusa a aquel lugar. La gente lo observaba intrigada. Los habitantes vendían comida y porcelana. En ese momento recordó el hambre que tenía.

Tras más de veinte minutos internándose por las concurridas calles llegaron frente a una enorme casa presidida por altas columnas de mármol.

—Llevad su equipaje a mi hogar —comentó Dionisio al resto de la guardia y bajó del caballo. Lucius hizo lo mismo sujetando las riendas del caballo cuando bajó de este.

—Deduzco que este no es su hogar, entonces —pronunció.

Dionisio negó mientras le entregaba los caballos a uno de los sirvientes que salía de aquella vivienda.

—No, Florencio Ianuarii me ha pedido que le trajese directamente aquí. Parece ansioso por verle.

Lucius asintió. De todas formas, no había nada que le apeteciese más que volver a ver a su futura esposa, la que sería su mujer en veinte días desde su llegada.

—Vamos —dijo Dionisio colocando una mano en su espalda en actitud cordial. Fue en aquel instante cuando detectó que, seguramente, entre Dionisio y él surgiría una gran amistad.

—Gracias por acogerme en su hogar estos días —agradeció Lucius.

—No hay de qué —dijo mientras le indicaba que entrase en el interior.

La casa era espectacular. El suelo de mármol blanco brillaba. Tras cruzar el marco de la puerta uno se encontraba con un gran salón que disponía de una enorme mesa rodeada de sillas. Al final, las altas columnas presidían un hermoso patio interior decorado con flores, árboles y un

mural constituido a partir de pequeñas piedras brillantes que formaban la figura del dios Jano: el dios de los comienzos, los portales, las transiciones y los finales, por ello mismo le fue consagrado el primer mes del año.

Caminaron hacia el patio cuando Florencio apareció por la puerta al otro lado del patio interno, con una gran sonrisa. Vestía una larga túnica blanca atravesada por una ancha tela que colgaba desde su hombro llegando a su cadera, de un intenso color azul.

—Bienvenido —dijo extendiendo los brazos hacia él—. Me alegro de que hayáis llegado. Llevaba mucho tiempo esperando este momento.

Lucius agradeció con una sonrisa y miró hacia los lados, esperando ver a su futura esposa, aunque esta no apareció.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —preguntó Florencio mientras conducía por el patio interno a los dos hombres depositando una mano sobre el hombro de Lucius.

—Ha sido un viaje agradable, aunque demasiado largo para la distancia recorrida.

—Supongo que estaréis agotado —apuntó Florencio.

—No, no señor. No lo estoy —admitió Lucius.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Florencio.

—¿Y hambriento?

—Hambriento sí —respondió sonriente mientras entraban a otro enorme comedor con una gran mesa alargada en medio, rodeada de sillas de madera. En las paredes colgaban enormes tapices representando deidades y paisajes de la mitología romana.

—Me alegro de que no estéis cansado —dijo mientras tomaba asiento—. Mañana mismo partiremos hacia Roma.

Aquello le sorprendió.

—¿A Roma?

—Marco Porcio Catón y Lucio Valerio Flaco han sido elegidos censores —explicó Florencio mientras elevaba su mano para que uno de sus sirvientes se acercase—. Por favor, vino y comida —dicho esto el sirviente se alejó dejándolos solos—. Estos dos censores tienen una gran representación en el senado y controlan aspectos de las finanzas públicas. Además, Marco es militar. Si va a convertirse en el nuevo legado de la tercera legión de infantería de Roma es mejor tener buenos e influyentes contactos, y Marco es un buen amigo mío. —Lucius asintió agradecido—. Si partimos mañana podemos estar en Roma en tres o cuatro días. —Se apoyó y miró fijamente a Lucius. Desde que lo había visto hacía dos años debía reconocer que había cambiado, no en altura, sino en corpulencia. Sin duda se había entrenado y se había ganado la fama de dirigir con disciplina a sus hombres. Se fijó en su cabello negro corto, en sus ojos azules y en aquella mirada tan intensa. Decían que descendía de espartanos y, ciertamente, cuando uno lo observaba así lo creía—. Tras nuestra vuelta se consolidará el matrimonio con mi hija —continuó explicando mientras varios sirvientes acudían a la mesa con vino y todo tipo de platos exquisitos.

Lucius cogió la copa de vino que acababan de servirle y dio un sorbo.

—Por supuesto —dijo depositándola sobre la mesa. Se apoyó en el respaldo mientras los sirvientes traían más bandejas—. ¿Y cuándo tomare posesión de mis funciones en la legión? —preguntó.

Florencio miró de reojo a Dionisio y esta vez fue este último quien intervino.

—Iría bien que comenzase en cuanto vuelva de Roma. —Se apoyó en la mesa—. El senado

quiere llevar a cabo la conquista total de Hispania, concretamente de la zona central. La región llama Celtiberia.

—¿Hispania? —preguntó Lucius—. ¿Cuándo pretende iniciar la conquista de esa zona?

—En pocos años.

Lucius se quedó pensativo.

—¿Pretende que sea la tercera legión de infantería? —preguntó en tono socarrón.

Tanto Florencio como Dionisio se miraron de reojo, recelosos por informarle de aquello tan pronto, a su llegada, sin siquiera darle tiempo a adaptarse.

Lucius se encogió de hombros y medio sonrió a los dos hombres mientras cogía la copa de vino de nuevo.

—Pues habrá que empezar pronto con la formación de la legión —comentó como si nada.

Tras la copiosa comida Florencio le había ofrecido una habitación para descansar mientras Dionisio se dirigía a su hogar para asegurarse de que todo estaba preparado para la llegada de Lucius, pero lo cierto es que no estaba cansado. Había podido dormir todas las noches sin problema, acostumbrado como estaba a largas travesías en el mar y a noches a la intemperie.

Salió de la pequeña habitación que le habían brindado para que descansase y se dirigió al patio interno.

Aquel lugar le gustaba. Esperaba que la casa que le asignasen tuviese un patio igual a ese, así podría disfrutar de largas tardes allí sentado, disfrutando de la calma y la paz que proporcionaban aquellos lugares, siempre y cuando no estuviese en una misión.

Avanzó hacia el patio cuando se quedó estático observando hacia delante.

La reconoció al momento.

Aurelia permanecía sentada en un banco a la sombra, disfrutando de aquella tarde templada. Su cabello castaño claro recogido en una cola alta, adornado por una tiara dorada, al igual que el collar que rodeaba su cuello, ensalzaban su belleza. Su túnica blanca parecía de seda.

Se quedó observándola en silencio.

Era más hermosa de lo que recordaba.

Cuando se conocieron la primera vez, acompañados de sus respectivas familias, solo habían podido intercambiar miradas furtivas y de soslayo.

Fue hacia allí despacio mientras observaba como Aurelia leía algún manuscrito.

El sonido de las pisadas hizo que esta elevase la mirada. Al principio pareció contrariada, pero, cuando lo reconoció, sus facciones se relajaron. Sí, sin duda aquella tierna sonrisa y sus rasgos delicados eran la causa de que él estuviese allí.

Se puso en pie con lentitud, cohibida, mientras miraba hacia los lados comprobando si había alguien más. Lucius le sacaba más de una cabeza, y era tal y como lo recordaba. Su cabello negro, sus ojos azul claro y aquel porte elegante que habían captado su atención desde el momento en que ambas familias se encerraron en aquella habitación para acordar los términos del matrimonio.

Lucius se colocó ante ella con una sonrisa correspondida con rapidez por la de Aurelia. Esa reciprocidad lo calmó, desconocía si ella estaba conforme con el matrimonio y sabía que aquello era fruto de numerosas discusiones entre las parejas recientes. Él no deseaba eso, lo único que

quería era compartir su vida con una mujer a la que pudiese amar y pasar el mayor tiempo posible con ella cuando no estuviese en el campo de batalla.

—Seguís igual de hermosa que la última vez que os vi —susurró con una sonrisa.

Aurelia apartó la mirada de él con una leve sonrisa que denotaba timidez, aunque luego volvió la mirada hacia él mostrándose risueña.

—La última y única vez que nos vimos —recordó ella con un tono ocurrente, lo que hizo que la sonrisa de él se incrementase. Aurelia inspiró con fuerza como si se cargase de valor—. ¿Habéis tenido un viaje agradable?

—Mucho, largo, pero ha merecido la pena... —Las mejillas de ella tomaron un color más sonrosado—. Sin duda el vino de vuestro padre es el mejor que he probado —bromeó él.

Aquello, lejos de molestarla, hizo que riese y lo mirase con gesto amable.

—Me alegro de que sea de vuestro agrado.

Ambos se miraron fijamente mientras la complicidad y el cariño crecía entre ellos. Sí, no cabía duda de que sería una buena esposa, amiga y amante. Aunque ella respondía de forma delicada e intentaba aparentar serenidad, se notaba que estaba nerviosa.

—¿Asustada? —preguntó con complicidad adoptando una posición corporal más relajada.

—Un poco —admitió en un susurro.

Lucius alargó su mano hasta la suya y se permitió el lujo de acariciarla. Sabía que aquel gesto era un poco osado por su parte, pero realmente deseaba tener una buena relación con ella y esa era una buena forma de comenzar.

—Seré un buen esposo.

Ella le sonrió de forma cariñosa y asintió mientras acariciaba también su mano.

—Lo sé.

Neil se cruzó de brazos a la vez que se apoyaba en la mesa al lado de Karan, mientras Lucía seguía con su explicación.

—Así fue como Lucius, descendiente de Arión, llegó a Nápoles y se convirtió en un valeroso guerrero. —Señaló la traducción de la piedra que habían encontrado en el oráculo de Baia—: *«Tiempos ha, el tesoro de Hades fue arrebatado por un aguerrido pueblo. Ahora, el portador, hijo de Tisámeno, nacido entre dos imperios y considerado uno de los más valientes hombres se encuentra en tierras del gran gigante dormido. Aquí liderará con bravura la expansión del gran Imperio»*. —Sonrió mostrando todos sus dientes.

—Eres mejor que Sherlock Holmes —comentó Karan asombrado con todo lo que había descubierto.

—De acuerdo —intervino Neil—. Ya sabemos que el casco llegó a Nápoles, pero... el viaje a España...

—Sí, eso me hizo gracia —indicó ella.

—¿Y no estará el casco en España? —Ella negó con rotundidad—. ¿No? ¿Cómo lo sabes?

—La conquista se llevó a cabo en tres años y para cuando Lucius volvió a su hogar, en Nápoles, su hijo tenía ya cuatro años. —Lucía sonrió—. Como os he dicho, parece que se iban pasando el casco de generación en generación. Una reliquia familiar hasta que la línea sucesoria

se cortó.

Aquello los dejó a todos pasmados.

—¿Se cortó? —preguntó Elin.

—Sí —continuó Lucía—. He seguido el árbol genealógico de la familia Ianuarii. Al ser una familia patricia es fácil hacer un seguimiento. Se documentaba mucho sobre ellos, así que no me ha sido complicado encontrar al último descendiente.

Neil dio un paso hacia delante.

—¿Está... está vivo? —preguntó boquiabierto.

Lucía negó.

—No. De hecho, murió en el año 305 d.C.

—¿Y sabes dónde pudo dejar el casco? ¿O si se lo dio a alguien?

Ella sonrió abiertamente.

—Creo que sé dónde puede estar... —Aquello los puso en tensión a todos—. Veréis, en el año 305 d.C. hubo una gran persecución orquestada por los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano. Esta fue la última persecución que se hizo a los cristianos hasta la paz que decretó el emperador Constantino. —Tomó aliento y se apoyó en la mesa—. Durante esa época mataron a muchos obispos. El último descendiente de Arión, del espartano, fue obispo de Benevento.

Gael dio unos pasos hacia ella asombrado por sus últimas palabras.

—Lucía... —pronunció en un susurró, aunque más por la impresión que porque quisiese que solo la escuchase ella—, ¿obispo de Benevento? —Ella asintió—. ¿No te estarás refiriendo a...?

—San Jenaro.

Todos miraron a Gael sin comprender, pues este permanecía totalmente sorprendido.

—¿El patrono de Nápoles?

—Exacto —afirmó mirando a todos—. San Jenaro pertenecía a la familia Patricia Ianuarii. Y... —dijo cogiendo otro documento con fascinación— fue encarcelado junto a unos amigos. Sus captores intentaron que renegase de su fe, pero no lo lograron así que, como castigo, lo martirizaron. —Les mostró un documento—. Lo primero que hicieron sus captores fue meterlo en un horno...

—Ay... por Dios... —sollozó Elin.

—No, no... —la calmó con rapidez Lucía—. No sufrió ningún daño, de hecho, ni siquiera sus ropas se quemaron —continuó fascinada—. Al día siguiente, sus captores lo llevaron al anfiteatro donde lo echaron a las fieras para que lo devorasen, pero no lo hicieron, de hecho... —dijo mostrándoles el documento—, los relatos de aquella época dicen que aquellas fieras se tumbaron a su alrededor como si fuesen ovejas mansas. ¿Sabéis qué significa eso? —preguntó emocionada.

—Está claro. Tenía el casco —dijo con rapidez Neil.

—¡Exacto! —exclamó ella—. De hecho, finalmente lo decapitaron en la actual plaza de Pozzuoli, pero ahora viene lo mejor. Hay una causa para que lo hayan hecho santo y patrono de Nápoles, un hecho, considerado prodigio, que no milagro, por la Iglesia. Tienen sangre solidificada guardada de San Jenaro y, cada año, en el aniversario de su muerte, el diecinueve de septiembre, su sangre se licúa. Solo ese día. —Extendió los brazos hacia ellos—. Está claro que se puso el casco, así que en algo tuvo que afectarle. —Luego miró a Gael—. Por cierto, ¿las propiedades del casco son la invisibilidad, la fuerza?

Gael negó.

—Para que el casco ofrezca su mayor potencial debe ser utilizado por un dios o un semidiós. Si eres humano —aclaró—, además de soportarlo por poco tiempo dada la gran energía que emana, solo te dota de fuerza y de regeneración.

—Vale... —interrumpió Neil—, ¿y el casco? —preguntó desesperado—. Volvamos al tema que nos importa.

—Sí, sí... —dijo Lucía—. Jenaro no tuvo descendencia y, por lo visto, su cuerpo está enterrado aquí en Nápoles, en la catedral.

—¿En la catedral? —preguntó Karan.

—Bueno, el cuerpo pasó por varios sitios, pero, finalmente, lo enterraron aquí. En Nápoles. —Ella tragó saliva con expectación—. Lo más seguro es que el casco esté enterrado junto a su cuerpo.

—De acuerdo —dijo Karan—, pues a la catedral.

Hermi lo detuvo.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿A plena luz del día? ¿De verdad quieres abrir la tumba del patrono de Nápoles a plena luz del día?

—No, vale. De acuerdo —dijo colocando las manos delante de él, como si se sintiese atacado.

—La tumba es muy visitada. Es un reclamo turístico —explicó Lucía—. Está bajo el altar de la catedral.

Hermi los miró a todos.

—Habrás que hacerlo por la noche —dijo.

Todos asintieron.

—Vale y, ¿hasta entonces? —preguntó Neil extendiendo los brazos hacia ellos—. Son las once de la mañana —dijo tocándose la muñeca, señalando su reloj.

Hermi se encogió de hombros.

—Pues no sé... Podemos...

—Yo he quedado —dijo con rapidez.

Todos miraron a Neil enarcando una ceja.

—¿Has quedado? —preguntó Gael cruzándose de brazos—. ¿Con Adriana? —Neil asintió—. ¿Al final hablaste con ella?

—Por mensajes —les informó—, y aceptó verme hoy para comer.

Hermi se colocó ante él.

—Sabes que no puedes explicarle esto, ¿verdad?

Neil resopló.

—Ya lo sé —dijo de mala gana.

—Pff... —dijo Lucía.

Hermi se giró hacia ella.

—Eh, nada de bromas con esto. Es un asunto muy serio...

—Pff... —volvió a interrumpirle ella—. Qué tontería con el secretismo. Si va a ser su novia, tendrá derecho a saberlo, ¿no? —lo defendió Lucía.

—Ya, pero de momento no lo es —se defendió Hermi.

—Pero lo será —continuó Lucía.

—Eso no lo sabemos, así que es mejor no precipitarse —continuó Hermi—. Que luego puede

haber problemas.

Lucía señaló a Neil que se mantenía callado igual que el resto de sus compañeros mientras esta y Hermes mantenían una acalorada conversación.

—Pero si está deseando que sea su novia...

—Cuando lo sea, ya discutiremos si puede decírselo o no —siguió Hermes.

Aquella frase indignó a Lucía.

—¿Cómo que ya decidiremos? ¿Acaso Neil no puede tomar esa decisión por sí mismo?

—Yo no he dicho eso...

—Claro que lo has dicho. —Lo señaló Lucía.

Neil miró de reojo a sus compañeros mientras ocultaba un bostezo con su mano.

—Creo que me voy a echar un rato —informó a Karan, el cual asintió.

—Claro, descansa un poco. Te irá bien —comentó divertido sin apartar la mirada de Lucía y Hermi que seguían discutiendo sobre el asunto—. Por cierto, ¿estrenamos los uniformes que nos regaló el señor Morris esta noche?

Neil se encogió de hombros.

—Me parece bien —dijo antes de salir por la puerta sin que los demás se diesen cuenta de que abandonaba la estancia, pues permanecían totalmente absortos con la acalorada conversación entre Lucía y Hermes.

## Capítulo 28

Se quedó paralizado en medio de la *Piazza Garibaldi*.

Hermi lo había dejado en la estación central de tren. Por suerte, la gente iba con tanta prisa que ni se había dado cuenta de su aparición repentina.

Faltaban aún diez minutos para que fuesen las dos de la tarde y allí estaba ella, en aquella plaza mirando de un lado a otro, con nerviosismo. Le parecía increíble que estuviese allí, que hubiese acudido.

Caminó despacio hacia ella hasta que Adriana se dio la vuelta y tragó saliva cuando lo vio.

Cuando Neil se acercó, ella dio un paso hacia atrás y miró nerviosa a ambos lados.

—Te prometí que vendría solo —reaccionó con rapidez.

Ella lo miraba de una forma que no sabía cómo definir: tristeza, temor... y amor. Aquella mirada transmitía tanto...

Vestía unos tejanos azul claro y una camiseta blanca. Había recogido su cabello rubio en una cola alta que realzaba su esbelto cuello y sus facciones delicadas.

—Gracias por venir —susurró Neil observándola.

Ella se mordió el labio y volvió a asentir. Neil dio un paso más colocándose frente a ella y, en esta ocasión, Adriana no retrocedió.

—Sabes que jamás te haría daño...

—Lo sé —acabó admitiendo.

—Ni permitiré que te lo hagan.

Finalmente, una sutil sonrisa brotó en los labios de ella, como si comenzase a tranquilizarse, aunque su mirada aún seguía siendo algo esquiva.

—¿Dónde quieres ir a comer? —preguntó Neil.

Ella señaló con un movimiento de cabeza hacia delante, al otro lado de la calle: en la acera de enfrente había una pizzería con terraza.

—¿Te parece bien? —preguntó mirándolo de reojo.

—Sí, claro —respondió mientras avanzaban.

Un camarero los atendió en cuanto llegaron y no pasaron más que unos segundos antes de que les entregase la carta y los dejase solos. En la terraza había mucha gente, si bien las mesas estaban a una distancia suficiente como para tener algo de intimidad. Adriana cogió la carta y la ojeó al igual que él.

Neil se mantuvo callado durante todo el rato. No quería agobiarla. Primero necesitaba que se sintiese cómoda, tranquila.

Tras pedir las pizzas al camarero Neil se apoyó contra el respaldo y la observó fijamente. Ella seguía esquivando su mirada, así que al final se decidió a hablar.

—Creo que te mereces una explicación —susurró. Lo miró mientras escondía sus manos bajo la mesa, ya había visto que le temblaban ligeramente—. Pero hay cosas, Adriana, que no puedo contarte —susurró.

Ella inspiró con fuerza, pensativa. Sabía que había cosas que, igual que el día anterior, no podría explicarle. Ya contaba con eso y se había hecho a la idea.

—Aunque me gustaría poder explicártelo todo no puedo —continuó Neil con un ligero tono de sufrimiento.

—Neil —le interrumpió ella con voz tranquila—. Entiendo... entiendo que no puedas explicarme ciertas cosas. —Acabó sonriendo con ternura. Aquellas palabras lo tranquilizaron un poco—. Eso es algo que tú debes decidir y no estaría bien por mi parte obligarte a ello —admitió—. Solo... solo necesito saber unas cosas... —comentó con timidez—, si puedes.

Neil se quedó observándola, por el amor de Dios, estaba total y perdidamente enamorado de aquella mujer.

—De acuerdo.

Ella inspiró armándose de valor y miró hacia los lados asegurándose de que nadie los escuchaba. Se acercó un poco más a la mesa.

—Vi tu forma de moverte. Me dijiste que el fuego no puede hacerte daño... —Él asintió—. ¿Por qué? —preguntó con dolor—. ¿Experimentaron contigo?

Aquello lo dejó asombrado y no pudo evitar una sonrisa.

—No, no... Nada de eso —respondió con rapidez—. Simplemente hay gente que nace con determinados dones.

—¿Por qué?

Durante unos segundos Neil miró hacia la pareja que tenían cerca, en la mesa de al lado. El chico había acercado su mano hasta la de ella y se la acariciaba con cariño.

—Eso no puedo decírtelo —admitió.

Ella se removió nerviosa.

—¿Eres un *X-men*?

Aquella pregunta le hizo desencajar la mandíbula y estuvo a punto de caerse de la silla.

—¡No! —En ese momento la miró con ternura—. Este don lo tengo desde que nací. Soy así. A mi padre también le ocurría lo mismo.

Ella lo miró confundida.

—¿Eres alienígena? —preguntó con timidez.

—No, mujer —respondió más asustado.

—¿Un brujo o algo así?

—No, no... —volvió a decir con gracia—. Simplemente es eso. Son unos dones. Hay gente que sabe cantar muy bien, otros corren como el rayo... Son habilidades.

—Ya —respondió mirándolo fijamente—, y tú no te quemas —acabó con ironía—. No es lo mismo, ¿eh?

—Lo sé.

Se mantuvo callado esperando a que ella volviese a preguntar algo.

—¿Y el que me atacó? ¿Es igual que tú?

Neil resopló, aquello comenzaba a ponerse difícil. Podía simplemente levantarse, irse y olvidarse de ella, pero aquello era imposible. No era capaz. Si realmente quería estar con Adriana e intentar tener una relación debía intentarlo.

—Sí, nació con algunos dones, aunque diferentes.

—¿Qué me hizo? —preguntó directamente.

Aquella pregunta le hizo aguantar la respiración. No podía decirle la verdad, explicarle que Bronte, hijo del dios del inframundo, intentaba absorber su alma. No ayudaría a mantenerla

tranquila. Lo mejor era explicarle algo parecido, pero con diferentes palabras.

—¿Sabes lo que son los vampiros energéticos?

—Uhm... —respondió ella desubicada—. Sí, pero ¿era un vampiro?

—No, pero lo que hizo contigo es más o menos lo mismo. Se alimenta de la energía de otras personas —acabó admitiendo.

Ella aceptó la explicación. Al menos, parecía que el hecho de ser más o menos sincero funcionaba.

—¿Por qué os atacaron?

La situación se estaba complicando. Iba a hablar cuando el camarero apareció para entregar las dos pizzas, depositándolas frente a ellos.

—Qué rápidos —comentó Neil observando la enorme pizza que sobresalía del plato.

—Las cocinan en nueve minutos —explicó ella mientras cogía la servilleta de tela y la colocaba sobre sus rodillas.

Neil se quedó observándola.

Adriana volvió su mirada hacia él, esperando una respuesta.

Aquellos segundos le habían permitido calmarse, aquella respuesta era complicada, pero se había prometido que sería lo más sincero posible, dentro de sus posibilidades.

Se apoyó sobre la mesa acercándose, lo que hizo que Adriana lo mirase con intensidad.

—Como habrás visto —comentó seriamente—, no solo yo o la persona que te atacó tenemos características fuera de lo normal.

—Tus compañeros —reaccionó comprendiendo a quién se refería—. Elin hizo que me sintiese bien en pocos segundos. Vi una luz emanar de su mano. El otro chico...

—Karan —confirmó él.

—No, el otro...

—Ah, Gael —reaccionó.

—Sí, supongo —contestó pensativa—. Lo vi moverse a mucha velocidad, igual que tú. — Acabó con la mirada perdida, como si intentase comprender aquello y no pudiese.

Neil suspiró.

—Esas personas, las que nos atacaron —explicó—, están buscando un objeto importante. Igual que nosotros.

Aquella respuesta sorprendió a Adriana que enarcó una ceja hacia él.

—¿Un objeto? —preguntó confundida—. ¿Por eso os enfrentáis? ¿Porque todos deseáis ese objeto?

—Sí, aunque ellos lo quieren para una cosa y nosotros para otra.

Adriana puso su espalda recta mientras las preguntas daban vueltas en su cabeza.

—¿De qué objeto se trata? —preguntó con preocupación.

Estaba claro que intuía que aquello era importante, más cuando había visto sus poderes. Sabía que estaban detrás de algo serio.

—Adriana, me encantaría poder decírtelo. Te aseguro que es lo que más deseo en el mundo —susurró.

Ella apartó la mirada y apretó los labios.

—Ya, pero... no puedes. —Él asintió—. ¿Por qué? —sollozó y aquella reacción lo desarmó—. No... no diría nada, pero después de lo que he vivido necesito respuestas. —Se quedó unos

segundos callada, observándole—. Estoy enamorada de ti —admitió con dolor—. Desde la primera vez que te vi. —Sonrió con timidez mientras Neil la miraba fijamente con el corazón latiendo a una velocidad desconocida por él hasta ahora—. Me has ayudado y me has salvado la vida, pero también me asusta lo que he vivido en las últimas horas —confesó—. Me asusta lo desconocido y no quiero que tú seas algo desconocido para mí. No voy a salir corriendo —comentó—. Después de lo ocurrido admito que mi primera reacción fue huir del lugar, pero a medida que han pasado las horas... —Se encogió de hombros—. He comprendido que tú no me has hecho daño en ningún momento, ni tus amigos, al contrario. Vosotros no me asustáis —dijo con más firmeza—. Me asusta lo que no puedo comprender.

Neil se quedó observándola. Sentía por ella un amor indescriptible.

—Yo también estoy enamorado de ti —admitió. Tragó saliva y apartó la mirada de ella unos segundos—. Por eso mismo no puedo decirte ciertas cosas. —Volvió la mirada hacia ella—. Porque eso podría ponerte en peligro o hacer que te alejases de mí, y no es lo que quiero. Necesito... necesito tiempo, Adriana.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Tiempo para qué?

—Sé que puedo confiar en ti, pero lo que yo guardo no me implica solo a mí, sino a más personas...

Ella suspiró mientras lo miraba fijamente.

—A tus amigos —susurró como si esa fuese la respuesta.

Aquello no era del todo cierto. No solo implicaba a sus amigos, sino también a todo el mundo, pero se limitó a asentir.

En ese momento hizo un gesto de dolor, como si aquello le molestase.

—¿Tus amigos saben que estás aquí conmigo?

Neil asintió.

—Sí, no me malinterpretes. Ellos te aprecian, pero...

—¿No se fían? —preguntó dolida.

—No, no... —reaccionó colocando las manos ante él. Resopló—. No sé cómo explicarme sin decir algo que no te haga daño —susurró más para él que para ella. Elevó la mirada y la miró fijamente—. Necesito que confíes en mí, Adriana. Sé que no es fácil y entiendo que estés asustada, pero, por favor, solo necesito tiempo y solucionar lo que tengo entre manos y, sobre todo, que comprendas que ninguno de mis amigos, ni yo, jamás... —enfaticó aquella palabra—, te haríamos daño. Todos te ayudaríamos sin siquiera pensarlo. —La miró fijamente y una leve sonrisa apareció en su rostro, quizás no era lo más conveniente, pero quizás aquello la relajaría—. Todos saben de mis sentimientos hacia ti, y te puedo asegurar que eso te convierte en una persona muy especial y en una prioridad para todos nosotros.

Aquellas palabras parecieron surgir el efecto deseado, tranquilizándola. Aunque aún había dolor en su mirada, aquella confesión la dejó más relajada.

—Está bien —susurró Adriana—. Cuando lo decidas y estés preparado, aquí estaré.

Si no fuese porque estaban en medio de una terraza, intentando solucionar aquel tema, se hubiese abalanzado sobre ella para besarla.

—He pensado que... —comentó él—. Yo suelo viajar mucho. Con mi trabajo...

—¿Militar? —preguntó ella con cierto atisbo de duda.

—Soy militar —admitió con una sonrisa—, de verdad —confirmó—. Cuando acabe mis vacaciones no tendría problema en venir a verte todas las veces que quisieras...

—Te va a salir un poco caro —bromeó ella, lo cual relajó a Neil que sonrió.

—No te equivoques, sé pilotar un avión. No necesito comprar un billete —admitió.

—Ya, pero te falta el avión...

—En la base hay muchos —continuó con la broma. Aquel intercambio de palabras hizo que ambos se relajasen y acabasen mirándose con una sonrisa—. Y ya te lo dije, pero espero que tú también vengas a Irlanda.

Adriana lo miró con una sonrisa mientras cortaba un trozo de pizza. Iba a llevarla a su boca cuando algo la detuvo. Su mirada fue directa hacia Neil. Neil hizo lo mismo quedándose totalmente paralizado.

Algo no iba bien.

Observó la mesa entre los dos, cómo comenzaba a temblar primero de forma leve, aunque segundos después el temblor incrementó su magnitud.

El murmullo de la gente se incrementó convirtiéndose en gritos. La sacudida en ese momento fue impresionante, arrojando a la gente al suelo.

Neil se puso en pie, rodeó la mesa y cogió de la mano a Adriana ayudándola a levantarse.

—¿Un terremoto? —gritó ella presa de los nervios.

El temblor no se detenía y otra fuerte sacudida hizo que mucha de la gente que se había detenido en medio de la calle cayese. Neil sujetó con fuerza a Adriana y miró hacia arriba. Los edificios temblaban como flanes.

—¡Alejaos de los edificios! —gritó Neil a la gente antes de tirar de Adriana, cruzar la calle y colocarse en medio de la plaza.

Era difícil aguantar el equilibrio, pues la tierra no dejaba de vibrar con intensidad. Colocó a Adriana entre sus brazos mientras se mantenía firme. Miró hacia los lados. La mayoría de los coches se habían detenido. Unas cuantas macetas y tejas de los edificios cayeron sobre las aceras, aunque, por suerte, nadie resultó herido.

—Vamos, Gael, páralo —susurró.

Estaba seguro de que Gael estaba evitando que el terremoto fuese a más, aun así, tenía la certeza de que el temblor superaba con creces la magnitud seis en la escala de Richter. Miró hacia los lados observando que las pocas farolas que había en la zona y las señales de tráfico se tambaleaban de un lado a otro.

La gente salía despavorida de los restaurantes, tiendas y viviendas, colocando las manos sobre sus cabezas cuando se distanciaban de los edificios, conscientes de que aquel terremoto podía derribar algún edificio en cualquier momento.

Abrazó con fuerza a Adriana que miraba de un lado a otro asustada. Entonces, el temblor comenzó a disminuir, reduciendo su intensidad hasta que todo quedó en calma.

Adriana permaneció aún varios segundos sujeta a la cintura de Neil una vez todo se calmó, con la respiración acelerada.

Neil se negó a soltarla y permaneció en la misma posición, sujetándola contra él mientras se aseguraba de que no había ningún herido, hasta que ella se distanció levemente, soltándose.

—¿Estás bien? —preguntó Neil.

—Sí, ¿y tú?

Neil asintió cogiendo su mano. Tomó el móvil de su bolsillo y con su mano libre buscó en la agenda, y llamó a Gael que tardó pocos tonos en responder.

—Neil, ¿todo bien? —preguntó directamente.

—Sí, estoy con Adriana —respondió, lo que hizo que ella lo mirase unos segundos.

—¿Está bien?

—Sí, está bien. ¿Y vosotros? Explícame.

Gael comprendió. No podía preguntarle directamente porque estaba junto a ella.

—Todos estamos bien —contestó mirando a sus compañeros que habían salido del hotel al notar el temblor—. Me ha costado bastante pararlo. El epicentro estaba demasiado cerca y sacudía con más intensidad cada vez. He intentado aplacarlo lo máximo posible.

—Lo imaginaba —contestó Neil mientras tiraba de Adriana hacia la pizzería.

—Calculo que el epicentro del terremoto ha sido a unos ciento cincuenta kilómetros de profundidad.

Cruzaron la carretera con celeridad y Adriana se soltó de él dirigiéndose a su silla, donde había dejado olvidado su bolso.

Neil aprovechó la distancia con respecto a Adriana para hablar con más claridad.

—Esto no me da buena espina —susurró hacia el teléfono mientras su mirada volaba hacia aquella montaña que emergía en el horizonte de la ciudad, a nueve kilómetros de ellos. El monte Vesubio se alzaba más de 1200 metros hacia el cielo, era majestuoso, pero también sabía que era uno de los volcanes más peligrosos del mundo. Ya había aniquilado ciudades enteras en la antigüedad. Sus explosivas erupciones eran las más imprevisibles y peligrosas del mundo, dejando prácticamente sin capacidad de reacción a la población que vivía en un radio cercano a él.

—A mí tampoco —pronunció con sinceridad Gael—. Demasiados terremotos seguidos. Parece un enjambre sísmico. —Suspiró—. Hay que ver cómo está de humor tu padre últimamente, ¿eh? —bromeó.

Neil resopló ante la clara insinuación.

—No te sabría decir... —comentó con los dientes apretados sin apartar la mirada del volcán.

—No es la primera vez que hay tantos terremotos. Normalmente cada semana se dan unos cuantos en la ciudad.

—Ya, pero estos son de mucha magnitud, demasiada —aclaró Neil.

—Sí, eso me parece a mí, pero es posible que no signifique nada. Oye, ¿tú no puedes saberlo?

—Debería acercarme al volcán —susurró mientras se giraba para comprobar que Adriana hablaba con la pareja joven que había estado sentada a su lado.

—¿Cómo de cerca? Que te lleve Hermi en un momento, ¿no?

—Ya... —Neil chasqueó la lengua—. Bastante cerca, y me refiero a meterme en la boca del cráter.

—Ah... bueno... en ese caso no te lo recomiendo, aunque bueno... a ti no te pasaría nada. Para ti sería como estar en un jacuzzi, ¿no? —Neil resopló ante aquel comentario—. Sabiendo que el casco está aquí, ¿has pensado que quizás tu padre esté intentando protegerlo a su manera?

—También lo he pensado. De hecho, es lo primero que se me ha pasado por la cabeza —se sinceró sin apartar la mirada del volcán. El monte Vesubio no parecía tener ninguna grieta desde allí, ni que erupcionase, ni siquiera se veía humo emanando de la caldera del volcán—. En breve

llamaré a Hermi para que venga a buscarme.

—De acuerdo. Ahora se lo digo. Nos vemos.

—Hasta ahora —se despidió antes de colgar.

Cuando se giró, Adriana se acercaba a él, revisando el interior del bolso.

—Menos mal que no me lo han quitado —pronunció aliviada—. He pagado las pizzas y las van a meter en unas cajas para que nos las llevemos.

Aquel dato le hizo reaccionar.

—¿Has pagado?

—Sí.

—El trato era que invitaba yo.

—Da igual, Neil. —Este suspiró y guardó el teléfono en el bolsillo—. ¿Hablabas con tus amigos? ¿Están bien?

—Sí, están todos bien. —Miró a un camarero que salía con las dos cajas donde había introducido las pizzas y se las entregó a Adriana. Colocó las manos en la cintura e hizo un gesto de desagrado con su rostro—. Lo siento, Adriana, pero...

—Tienes que irte, ¿verdad? —pronunció con sentido dolor.

Neil asintió y la miró con una sonrisa tímida.

—Te prometo que te compensaré por esto.

—No, no pasa nada... —dijo con rapidez.

—Sí que pasa —la interrumpió él con ternura—. Te he insistido en quedar, has hecho el esfuerzo y ahora...

—Ya, pero algo me dice que lo que acaba de ocurrir es la causa de que tengas que irte, así que... —comentó con delicadeza—, no pasa nada. No te preocupes.

Aquello lo tranquilizó, pese a que Adriana no sabía la verdad parecía que entendía que él debiera marcharse de inmediato.

—Te acompaño a tu...

—No —lo interrumpió—. No hace falta. Vivo cerca —respondió tímida.

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que Neil no lo soportó más y se acercó, colocó una mano en su nuca y la atrajo hacia él. Adriana no pudo abrazarlo, pues mantenía las dos pizzas en sus manos, pero recibió de buen grado su beso.

Fue corto, pero era lo que ambos necesitaban en ese momento, la confirmación de que, pese a lo que ocurría entre ellos dos, había un sentimiento mayor que los mantendría unidos.

—Ve con cuidado, por favor —susurró ella mientras se separaba.

Él le sonrió mientras apartaba un mechón de pelo rubio de su frente.

—Siempre voy con cuidado. —Inspiró con fuerza y se acercó un poco más a ella—. Necesito que me hagas un favor... —Adriana lo miró extrañada—. Seguramente me tomarás por loco...

—Seguramente —reaccionó, lo cual despertó una sonrisa en él.

—Vuelve unos días a Siracusa.

Adriana lo miró extrañada.

—¿A Siracusa? ¿Por qué? ¿Es por los terremotos? ¿Va a ocurrir algo? —preguntó nerviosa.

—No lo sé —respondió pasando una mano por su cabello—, pero preferiría que te alejases unos días de aquí. Déjame tú móvil un momento —le pidió.

Neil le cogió las dos pizzas para que ella buscara en el interior de su bolso y se lo entregó

mientras cogía las dos pizzas de nuevo.

—¿Qué vas a hacer?

—Desbloquéalo, por favor —comentó mostrándole la pantalla.

Ella hizo un garabato uniendo los puntos y Neil comenzó a manipular el móvil.

—En la aplicación de mapas puedes enviar la ubicación en directo. Compartirla en tiempo real durante un tiempo determinado que establece el usuario.

Ella lo miró extrañada.

—¿Me vas a tener controlada? —preguntó asombrada.

Neil sonrió ante su sorpresa y puso el máximo de tiempo que permitía la aplicación: tres días.

Le devolvió el móvil y ella lo guardó en el bolsillo.

—Estaré más tranquilo así —explicó.

Ella apretó los labios y no dijo nada al respecto.

Neil volvió a acercarse para besarla y esta vez lo hizo con más intensidad, saboreando sus labios con más lentitud.

Se separó de ella y sonrió.

—Luego hablamos, ¿vale?

Ella aceptó y dio un paso hacia atrás.

—De acuerdo, ve con cuidado.

Neil asintió y se quedó observándola mientras ella se giraba y comenzaba a alejarse. Aunque tuviese que separarse de ella otra vez, se sentía más tranquilo. Ahora estaba seguro de que le correspondía y que podrían mantener una relación seria y, con el tiempo, explicarle realmente lo que ocurría, poniéndola al corriente de todo.

Aquella sensación lo dejó sin respiración unos segundos. Nada deseaba más que poder confiarle todos sus secretos, aunque por el momento debería esperar un poco.

Se giró y fue hacia uno de los bares. Entró en su interior. Con el revuelo que había por el reciente terremoto nadie fue consciente de que él entraba y se dirigía a los aseos.

Se encerró en uno de ellos y se apoyó contra la pared.

—Hermi, ven a buscarme —pronunció de mala gana.

## Capítulo 29

Habían pasado la tarde estudiando la catedral y la forma de proceder, así que cuando Hermi los había transportado al interior, aunque había poca luz, sabían ubicarse.

La catedral de Nápoles había sido en la antigüedad un templo dedicado al dios Apolo. Posteriormente, en el siglo cuarto después de Cristo, se había construido la primera catedral, levantada por la casa de Anjou, una dinastía de origen francés de la que se originaron distintas Casas Reales que llegaron a reinar en Hungría, Polonia, Inglaterra, Jerusalén y Sicilia. Levantar la catedral había llevado quince años. Iniciada su construcción en 1299 por Carlos II de Anjou y finalizada en 1314 durante el reinado de Roberto de Anjou.

Ahora, totalmente a oscuras, solo se filtraba la luz del exterior gracias a los enormes ventanales que había tras el altar y en los laterales de la catedral.

A plena luz del día aquel lugar debía de ser impresionante, pues se podían intuir enormes pinturas y cuadros colgados en las paredes.

La parte baja de las paredes era de un color blanco roto y la parte superior de un color dorado, divididas ambas partes por una cornisa a media altura de la pared.

—Es por aquí —indicó Elin dirigiéndose por el pasillo central entre los bancos de madera donde los devotos acudían a sentarse o a rezar. Se giró hacia atrás y miró a Neil—. ¿Qué tal un poco de luz?

Neil elevó su mano y prendió una pequeña llama en la palma de esta.

—No habrá cámaras, ¿verdad? —preguntó Neil a Karan.

—No —dijo mirando de un lado a otro—. No detecto electricidad por aquí —respondió.

Hermi se adelantó con Gael hasta donde se encontraba Elin y señaló hacia unas escaleras.

Frente a ellos había un enorme altar, prohibido el paso a este por una cuerda roja, al que se accedía por unas escaleras. Sobre la mesa de piedra había seis enormes cirios plateados y, en el centro, una enorme cruz. Tras el altar, una preciosa imagen de la virgen María ascendiendo a los cielos gracias a decenas de ángeles presidía el lugar. Los rayos dorados se mezclaban con las figuras en blanco. A ambos lados del inmenso altar había una escalera por cada lado que descendía.

Fueron directos hacia allí.

Tanto el suelo como las paredes eran de mármol, aunque este cambiaba de color, desde el más intenso de los blancos al marrón rojizo e incluso verde.

Cuando Neil se aproximó a las escaleras que descendían pudo leer:

### CRIPTA DE S. GENNARO

—Es aquí —susurró a sus compañeros.

Descendieron las escaleras hasta que llegaron a un pequeño habitáculo donde rezaba una placa explicativa. Aquello solo era la antesala de la cripta del patrono de Nápoles.

Al girarse se quedaron maravillados.

La estancia era bastante amplia. El suelo parecía un mosaico mezclando los colores amarillos, verdes y morados, formando con estos colores círculos, triángulos y cuadrados.

Por toda la sala había columnas de mármol blanco que se elevaban varios metros hasta el techo, un techo trabajado y en el que aparecían formas y figuras.

Era impresionante.

Una estatua en mármol blanco de San Jenaro presidía la cripta.

Neil la rodeó y miró con detenimiento.

San Jenaro permanecía arrodillado frente a una mesa donde había un libro abierto. Tras la estatua había una puerta con barrotes y podía intuirse un gran sarcófago detrás.

—Debe de ser ahí —indicó Neil corriendo hacia él. Todos fueron hacia allí. Neil intentó abrirla, pero estaba cerrada—. Hermi, por favor... Si eres tan amable —ironizó.

Hermi colocó la mano sobre la puerta de hierro y esta se abrió, aunque todos se encogieron cuando la puerta comenzó a chirriar.

Karan la detuvo y miró a todos enarcando una ceja.

—Hay que engrasar las juntas —pronunció mientras entraba.

Elin le siguió y corrió hacia el sarcófago.

Neil creó de nuevo una pequeña llama para iluminar.

El sarcófago era de mármol color marrón oscuro. La tapa tenía una forma triangular.

—Tendremos que abrirlo —susurró Neil.

A ninguno de ellos le hacía mucha gracia, pero era algo que debían hacer.

—Está bien. Aparta Elin —pronunció Karan mientras la cogía del brazo y la alejaba.

—Eh, no me da cosa ver un esqueleto. Soy doctora.

Karan se colocó ante la cubierta y le indicó a Gael que se pusiese al otro lado.

—Ya lo sé, pero hay que mover esta piedra y me parece que pesa bastante.

—Ah, vale.

Karan miró a Gael.

—A la de tres. —Gael asintió mientras cogía la tapa por los laterales—. Uno, dos y tres.

Ambos hicieron fuerza y desplazaron la cubierta a un lado, sujetándola para que no cayese.

—Elin, tu turno —comentó Karan.

—¿Tenéis linterna? —preguntó Elin mirándolos a todos. Todos negaron, así que cogió el brazo a Neil para que se acercase—. Necesito luz.

Se asomó al sarcófago mientras Neil suspiraba, pues Elin cogía su brazo manejándolo de un lado a otro hacia donde debía alumbrar, resultando todo muy cómico.

—¿Lo encuentras? —preguntó Gael sujetando la tapa.

Elin resopló.

—Aquí no hay ningún casco —se quejó Elin de malas formas.

Hizo mover a Neil, arrastrándolo del brazo hacia el otro lado para mirar.

Los huesos de San Jenaro permanecían en aquel sarcófago, vestido el cuerpo con una túnica de color marrón. Se introdujo un poco más en el interior, apoyándose en él y Neil la cogió directamente por la cintura.

—Aún se cae dentro —resopló Neil mientras la sujetaba.

—No, nada. Aquí no está —se volvió a quejar mientras Neil la sujetaba por la cintura aguantándola, pues se había aupado y no tocaba con los pies en el suelo.

—Pues si no está, sal de ahí —comentó Karan—. Esto pesa lo suyo.

Elin miró de un lado a otro de nuevo y algo llamó su atención. En los huesos de la mano San

Jenaro sujetaba algo.

—Espera. Aquí hay algo —pronunció mientras cogía lo que sujetaba, aunque tuvo que hacer un poco de fuerza para poder sacarlo de su puño. Era una tablilla pequeña de madera, se veía antigua y tenía una inscripción. La sujetó con las dos manos, mirándola mientras Neil aún la mantenía agarrada.

—Sácala de ahí, ya —ordenó Karan.

Neil la depositó en el suelo mientras ella seguía leyendo la tablilla iluminada por su mano.

—Está escrito en latín clásico —susurró. Miró a sus compañeros—. ¿Alguien sabe latín?

Gael y Karan depositaron la parte superior del sarcófago y fueron hacia ella.

—Yo sé latín —indicó Hermi.

—Yo también —comentó Karan cogiendo la tablilla de la mano a Elin, la cual lo observó con una ceja enarcada—. ¿Qué te pensabas, rubia? Tengo estudios.

Neil le alumbró mientras Hermi se colocaba a su lado para observar también.

—¿Qué dice? —preguntó Neil.

Karan y Hermi se miraron de reojo, aunque fue Karan quien tradujo.

—Aquellos que el bien y el mal ansían, lo hallarán oculto donde conocí por primera vez a San Pedro, custodiado por ángeles. —Karan resopló—. Ya comenzamos otra vez con los acertijos. Llama a Lucía.

—Tírale una foto y envíala por el grupo —indicó Neil mientras Gael extraía su móvil.

—¡Dichoso grupo! Aún no le has cambiado el nombre —le recriminó Karan.

—Ya lo cambiaré, ahora no es el momento —recordó Neil que alumbraba la tablilla mientras Gael tomaba la fotografía—. Ponle la traducción.

—Nunca es el momento —espetó Karan.

—Ya está —indicó Gael—. ¿Lo metemos dentro otra vez?

—No, ni hablar, ¿y permitir así que Bronte y su panda de inútiles lo encuentren? —ironizó Karan.

—Karan, por favor, estamos en una iglesia —le recriminó Elin.

—Solo he dicho inútiles, y no es ninguna mentira. —Extendió los brazos hacia ella.

Elin suspiró y cogió la tablilla de madera, observándola.

—Aquellos que el bien y el mal ansían, lo hallarán oculto donde conocí por primera vez a San Pedro, custodiado por ángeles —susurró Elin—. ¿Qué significa?

Acto seguido, todos se giraron al escuchar unos pasos, y miraron boquiabiertos cómo de la oscuridad surgían unas sombras, aproximándose.

Lo reconocieron de inmediato, incluso antes de que Bronte cruzase la puerta siendo iluminado por la pequeña llama que mantenía viva Neil en su mano.

Bronte los miró con una leve sonrisa acompañado de varios semidioses más. Reconocieron de inmediato al hijo del dios de la muerte y al de Ares. Por detrás había unos cuantos más, pero la oscuridad no permitía identificarlos aún.

—¿De qué vais disfrazados? —se burlo Bronte al verlos vestidos con aquellos trajes a conjunto.

Neil dio un paso hacia delante.

—Ya ves, nos gusta ir a la moda —bromeó.

Bronte los miró mientras avanzaba y el resto de sus compañeros entraban en la cripta.

Neil miró de reojo a Hermi. Él sabía lo que debía hacer. Podían salir de allí en un periquete, pero Bronte se adelantó a una velocidad sobrehumana en dirección a Elin, empujándola contra la pared y sujetando su mano donde tenía cogida la pequeña tablilla de madera.

Elin gritó por el golpe y lo miró con odio.

Bronte observó la madera que tenía sujeta.

—¿Esto estaba en el interior de...? —No pudo seguir hablando.

Bronte salió disparado hacia el otro extremo con tal brutalidad que derribó a unos cuantos de sus compañeros.

Karan apareció al lado de Elin y la cogió por la cintura sin mediar palabra. Estaba claro quién de ellos había golpeado con fuerza a Bronte que, en ese momento, se levantaba con ira en su mirada.

Karan cogió la tablilla de madera de la mano de Elin que lo miraba asombrada sujetándose a su hombro para mantener el equilibrio. En ese momento la mirada de Karan los asustó a todos.

—Vuelve a intentar algo así y juro que te mataré —lo amenazó Karan. Luego miró la tablilla y de su mano comenzó a emanar una luz azulada. Unos pequeños y finos rayos comenzaron a recorrer la tablilla.

—¡No! —gritó Bronte al ver lo que hacía.

De repente la tablilla quedó totalmente chamuscada y cayó al suelo convertida en una tabla negra.

—Me has tocado demasiado las narices. La próxima vez haré lo mismo contigo —volvió a amenazarle Karan.

—¿Cómo se te ocurre? —gritó Bronte mirando el trozo de madera chamuscada.

—Uno aprende de sus errores —respondió Karan sujetando aún a Elin.

Bronte rugió y miró a sus compañeros.

—¡Acabad con ellos! —gritó saliendo despedido hacia Karan.

Karan soltó a Elin y fue al encuentro de Bronte, pero Neil se interpuso en su camino derribándolo primero, arrojándolo directamente contra la pared con tal fuerza que en toda la cripta se escuchó el golpe resonando en las paredes como si se tratase de un eco.

Neil acabó arrodillado en el suelo mientras Gael detenía a otros semidioses que pretendían atraparlos y Karan se dirigía con cara de pocos amigos hacia la puerta para paralizar al resto.

Hermi apareció al lado de Elin, la cogió de la mano y desapareció en milésimas de segundo.

Neil se puso de rodillas mirando a Bronte. Karan había actuado correctamente, ellos ya sabían lo que ponía en la tablilla y ahora jugaban con ventaja, pero no tenían tiempo que perder. Lucía estaría seguramente averiguando lo que querían decir aquellas enigmáticas palabras. Lo que necesitaban era irse de allí lo antes posible y seguir con la búsqueda.

—¡Hermi! —gritó mientras esquivaba el brazo de Bronte y lo paralizaba golpeando su estómago.

Bronte no era tan bueno como ellos en la lucha cuerpo a cuerpo, pero tenía una oscura cualidad que podía acabar con todos de un plumazo: podía absorber almas, así que cuanto más lejos mejor.

Hermi apareció junto a Neil justo cuando Bronte se levantaba y tomaba impulso hacia él, mientras observaba como su mano se iluminaba y su boca se encendía con aquel tono anaranjado. Sabía lo que haría, los podía debilitar tanto como para provocarles la muerte.

Neil se agachó para esquivar el ataque y alzó su pierna para golpear su estómago justo cuando la mano de Hermi se posó en su hombro sacándolo de allí.

Apareció en una calle contigua a la catedral. Era plena noche y pudo ver como algunas personas paseaban en aquella oscuridad promovida por las pocas farolas que había en la ciudad. La ropa mojada pendía de muchos balcones dando un aspecto aún más mugriento a aquella urbe.

—¡Ve a buscar al resto! —gritó haciendo aspavientos a su amigo mientras Elin se acercaba a él igual de ansiosa.

Hermi desapareció.

Elin tenía el móvil en su oído. Debía de estar hablando con Lucía, aquella chica no perdía el tiempo.

—¿Seguro que es ahí? —preguntó desesperada.

Neil le hizo un gesto señalando al teléfono para que pusiese el manos libres. En ese momento Hermi apareció con Gael y Karan.

Neil miró a sus dos compañeros con gesto interrogativo.

—¿Estáis bien?

—Lo mato. Te juro que la próxima vez lo mataré. ¡Ya se me han hinchado los huevos! —gritó Karan hecho una furia. Fue hacia Elin y se colocó a su lado—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Ella asintió.

—¿Qué ocurre? —Escucharon la voz de Lucía a través del teléfono.

—He llamado a Lucía —explicó Elin mirando a Gael.

Gael se acercó al teléfono que Elin aguantaba en su mano.

—Lucía, ¿sabes qué pueden significar esas palabras? Nos urge y mucho.

Karan se removía nervioso mirando de un lado a otro, asegurándose de que no volvían a aparecer por allí.

—Aquellos que el bien y el mal ansían —dijo Lucía a través del teléfono—, lo hallarán oculto donde conocí a San Pedro por primera vez, custodiado por ángeles —repitió la frase de aquel trozo de madera—. Me he mirado la historia de San Jenaro. —Pudieron escuchar como tecleaba en el ordenador—. Tras su muerte fue enterrado en el siglo quinto después de Cristo en las catacumbas que reciben su nombre. Las catacumbas de San Jenaro. Tienen dos niveles —explicó mientras todos se miraban entre sí—. El nivel inferior es muy antiguo, data del siglo dos. Creen que es un cementerio pre-cristiano, uno de los más antiguos. En ese nivel enterraron al obispo Agripino de Nápoles. En la parte superior recibieron sepultura por primera vez los restos de San Jenaro. He investigado por internet y hay un mural pintado donde se puede ver a San Jenaro entregando una especie de corona o casco a San Pedro.

Todos parpadearon al escuchar aquello.

—¿En serio? —preguntó Gael—. Es justamente lo que dice la frase de la tablilla que Karan ha chamuscado.

—Y no solo eso... —intervino Lucía de nuevo—. También hay pinturas muy interesantes en la parte que pertenece al siglo dos en las que se ve representado a un hombre y a una mujer en un paraíso, tapados con hojas de parra y en medio un árbol con una serpiente.

—¿Adán y Eva? —preguntó Neil.

—No pueden ser. Esa parte inferior pertenece al siglo dos después de Cristo, ni siquiera se

había originado el cristianismo. Eso pasó en el siglo tres. Por lo que explican aquí son Apolo y Afrodita.

Karan interrumpió. Estaba claro que estaba nervioso.

—¿Y qué más da eso? —preguntó. Luego miró a Hermi con furia—. Llévanos a las catacumbas de San Jenaro.

—Se encuentran en la parte norte de la ciudad —apuntó Lucía con rapidez.

—No hay problema —comentó Hermi mientras todos colocaban su mano en su hombro—. Muchas gracias por todo, Lucía. Nos vemos en un... —Se quedó callado.

Todos volvieron a mirarse entre sí.

—¿Otra vez? —preguntó Neil mirando hacia el suelo, notando el temblor que volvía a sacudir la ciudad.

Gael se movió con agilidad y colocó la mano en el suelo. Luego resopló como si hiciese un gran esfuerzo.

—Mierda —gritó Gael—. Lucía, ¡sal del hotel ahora! —Miró a sus compañeros un poco asustado—. ¡Es muy intenso! —gritó mientras hacía fuerza con su mano en el suelo a la vez que este comenzaba a incrementar su intensidad.

De repente una sacudida hizo que todos perdiesen el equilibrio cayendo al suelo.

—Joder —gritó Karan cogiendo a Elin. Miró a Gael—. Gael, ¡páralo!

—¡Eso intento! —gritó mientras presionaba con fuerza el suelo. Otra sacudida provocó que algunos coches aparcados en aquella calle se zarandeasen y algunas tejas comenzasen a caer—. Esto no es solo un terremoto —rugió Gael que colocó las dos manos en el suelo intentando contenerlo o, al menos, mitigar sus efectos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Karan que se había arrodillado al lado de Elin.

Gael miró directamente a Neil. Sabía qué significaba aquella mirada.

—No —susurró Neil con horror mientras escuchaba los gritos de las personas. En aquel instante todo se paralizó. La explosión más grande que habían escuchado nunca retumbó en toda la ciudad de Nápoles y sus alrededores. Neil giró su cabeza y la alzó. A lo lejos, el monte Vesubio expulsaba una gran columna de humo que ascendía hacia el cielo—. No, no, no... Esto no... Ahora no...

—No puedo controlarlo —se quejó Gael con los dientes apretados—. ¡Lucía! —gritó hacia el teléfono. ¡Sal del hotel! ¡Corre! —Luego miró a su amigo—. ¡Esto ya escapa a mi control! Es más bien cosa tuya —gritó a Neil.

—Acabo de salir del hotel —Escucharon la voz de Lucía entre todo el murmullo de la gente—. ¡Dios mío! —gritó—. ¡El Vesubio!

—Corre —gritó Gael—. Ahora iré a por ti. ¡Haz algo! —insistió a Neil.

—¡Yo no puedo detener una erupción! —gritó Neil mientras intentaba mantener el equilibrio, pues aquel estallido hizo que todos brincasen sobre el suelo—. ¡No puedo! —gritó desesperado.

Hermi resopló nervioso y se colocó en medio de ellos como pudo.

—Hay que darse prisa, vamos —dijo irritado—. ¡Tenemos que conseguir el casco ya! ¡Hay que irse!

Justo en ese momento otra explosión hizo que mirasen hacia el monte Vesubio. La noche se hizo día cuando unas bolas incandescentes de piedra volcánica salieron disparadas por el cielo.

—¡Vámonos! —gritó Hermi a la par que todos ponían una mano sobre su hombro.

En un abrir y cerrar de ojos aparecieron en un lugar oscuro, sin nada de luz, aunque rápidamente notaron que el temblor no cesaba.

Neil volvió a crear una llama en su mano.

Hermi los había llevado hasta el interior de las catacumbas. Aquello era enorme. Aquel recinto abarcaba unos 5800 metros cuadrados. Iba a ser muy difícil encontrar el casco allí.

El temblor volvió a sacudir la ciudad y segundos después otra explosión hizo que toda la tierra se moviese arrojándolos al suelo.

—Hermi, llévame con Lucía. ¡Ahora!

Karan cogió la mano de Gael antes de que la pusiese sobre el hombro de Hermi para que lo transportase.

—Iré yo. Soy mucho más rápido.

—No —contestó Gael, aunque agradecido por el ofrecimiento de Karan—. Iremos al mar —explicó a sus amigos.

—Vuelvo enseguida —indicó Hermi.

Todos asintieron y Gael puso la mano en el hombro de Hermi, desapareciendo ipso facto.

Neil se puso en pie junto a Elin y Karan en cuanto notó que el temblor cesaba.

—Hay que buscar la tumba de San Jenaro.

—¿Y cuál es la suya? Hay cientos de ellas —gritó Karan mientras avanzaba con rapidez hacia delante, mirando de un lado a otro. Había nichos a ambos lados y decenas de calles subterráneas—. ¿Este es el nivel superior o inferior?

—Creo que el superior —respondió Elin corriendo a su lado, mirando a todos lados.

Neil los adelantó mientras hacía más potente su llama. Registrar aquello podía llevarles horas y no disponían de ellas. Si el Vesubio había erupcionado, en cualquier momento podía desatarse el caos.

Sabía que la Nápoles moderna estaba construida sobre roca volcánica. No era la primera vez que el Vesubio erupcionaba. Sin duda, era el volcán más peligroso del mundo, con un pasado muy violento, no solo por sus impresionantes y mortales erupciones, sino por la población que vivía en sus cercanías.

En el año 74 d.C., el 24 de agosto, el Vesubio erupcionó con una explosión térmica que generó una energía 10.000 veces superior a la de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima, y estuvo más de 24 horas activo. Lo primero que hizo fue una enorme columna de humo de más de 20 km de altura. Tras arrojar bolas de fuego sobre la ciudad, dejándola prácticamente destruida, vino la aniquilación de toda aquella zona a través del flujo piroplástico a más de 700 grados centígrados que bajaba por la ladera del monte a 150 kilómetros por hora. Así es como Pompeya, Herculano y todos los alrededores quedaron sepultados bajo la lava, llevándose el monte Vesubio miles de vidas por delante.

Neil no sabía cuán potente había sido la reciente erupción, pero sospechó que debía haber sido casi tan devastadora como la del año 74 d.C.

Corrieron por los largos túneles de las catacumbas. Los nichos se amontonaban uno sobre otro en las paredes, hasta cinco nichos en cada una de las calles de aquel enorme cementerio subterráneo.

Neil miraba con atención a cada lado, aunque se detuvo cuando de nuevo el terremoto volvió a incrementar su magnitud. La arenilla del techo comenzó a caer sobre ellos.

—Por Dios —susurró Elin mirando hacia arriba—. ¿Se va a derrumbar sobre nosotros?

Neil dio unos pasos hacia los lados intentando mantener el equilibrio.

Sabía que la última erupción del monte Vesubio había ocurrido en 1944 d.C. Desde entonces no lo había vuelto a hacer. Era demasiado tiempo acumulando lava y gases, así que aquella erupción, si el viento la traía hasta allí, en su trayectoria arrasaría Nápoles.

—¡Neil! —gritó Karan al otro lado del pasillo—. ¡Ven! ¡Enfoca esto!

Neil fue hasta donde se encontraba Karan y se fijó en la pintura que le señalaba. Aquel era el mural que Lucía les había explicado donde podía verse a un hombre vestido con una túnica amarronada, portando entre sus manos un objeto dorado. No sabía si era un casco o una corona, pero estaba claro que la simbología era muy precisa en aquel momento. A su lado había un hombre de barba blanca y túnica de color blanco roto. Tras ellos, dos columnas que precedían una entrada. Se podía suponer que tras atravesarlas llegabas al más allá.

—El mural que nos ha dicho Lucía —susurró Neil.

—¿San Jenaro lleva el casco ahí? —preguntó Karan escudriñando el dibujo. Luego miró a Neil con nerviosismo—. ¿Estará detrás? ¿Abro un agujero? —preguntó mientras se ponía en situación.

—No —gritó Elin—. Aquellos que el bien y el mal ansían, lo hallarán oculto bajo el lugar donde conocí a San Pedro, custodiado por ángeles —repitió y miró hacia los lados.

—¿Qué más da si me lo cargo? —preguntó Karan molesto—. Seguramente este lugar acabe enterrado bajo la lava —gritó.

Otro temblor hizo que todo se moviese de un lado a otro y tuviesen que sujetarse a la pared. La explosión que le siguió hizo que cerrasen los ojos.

Karan resopló y miró a Neil.

—Hay que salir de aquí. No es seguro —pronunció mientras se ponía erguido y miraba a Elin, la cual se había quedado absolutamente quieta mirando al final de la sala donde llegaba poca luz emitida a través de la mano de Neil—. ¿Elin?

—Custodiado por ángeles —susurró ella.

A lo lejos, donde la vista le alcanzaba por la poca luz, podían verse nichos más pequeños, seguramente de bebés o niños.

—Es por aquí —dijo ella convencida mientras comenzaba a correr hacia el lugar.

—Elin, espera —gritó Neil corriendo tras ella. Karan, en un momento, se situó a su lado.

Justo ahí, Hermi apareció. Lo primero que hizo fue mirar hacia el techo de donde caía arenilla, luego comenzó a toser y se sacudió ceniza de los hombros y de la cabeza.

Neil lo miró asustado.

—¿Ha erupcionado? —preguntó asustado.

—Aún no, pero no creo que quede mucho. El ambiente está muy cargado de ceniza, casi no se puede respirar y muchos edificios de la ciudad están ardiendo. El Vesubio no deja de expulsar rocas incandescentes.

Aquello hizo que Neil resoplase.

—Adriana —susurró mientras cerraba los ojos.

Él no tenía suficiente poder para detener una erupción. No podía. Lo único que lograría sería sobrevivir allí. Podía intentar luchar contra ella, intentar desviarla en el momento en que la lava corriese ladera abajo, pero sabía que aquello era imposible. Aquella erupción sobrepasaba su

poder.

—¡Es aquí! —gritó Elin mirando hacia abajo.

Neil corrió junto a Hermi hacia donde se encontraban Elin y Karan. En el suelo de aquel nivel había un enorme agujero que comunicaba con el nivel inferior. Desde allí, podía verse en la parte inferior un nicho excavado en el suelo y, en su interior, había un bastón de madera.

—Ese debe de ser el nicho donde enterraron a San Jenaro —explicó Elin—. Está rodeado de focos y además tiene el báculo pastoral. Los obispos lo llevan siempre como signo de su función pastoral.

Karan se situó al lado del agujero.

—San Jenaro fue obispo —dijo directamente. Cogió a Elin por la cintura y saltó con ella guardando el equilibrio, algo bastante difícil cuando la tierra no dejaba de moverse bajo sus pies.

Neil y Hermi también saltaron rodeando el nicho excavado en la tierra.

—Además, fijaos en la cantidad de nichos pequeños que hay —enfaticó Elin arrodillándose en el suelo, pues le costaba guardar el equilibrio—. Seguro que es este.

Tanto Neil como Karan saltaron al nicho de menos de un metro de profundidad.

—Supongo que no tendrás una pala, ¿verdad? —preguntó Karan a Neil.

—No —dijo arrodillándose y colocando la palma de la mano en la tierra—. Tengo algo mejor. Apártate.

Karan dio un paso atrás.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Karan saliendo del nicho y colocándose al lado de Hermi.

Neil posó su mano en la tierra. Bastaron unos segundos para que la tierra comenzase a deshacerse bajo él, formándose roca líquida por el calor y abriendo un agujero en el suelo.

El terremoto volvió a sacudir la tierra violentamente.

—Será mejor que te des prisa —dijo Karan acelerado mientras Hermi y Elin miraban hacia el techo de la gruta.

Neil fue deshaciendo la roca hasta que se creó un agujero. Parecía que bajo aquel nicho había otro oculto.

—¿Hay algo? —preguntó Elin con los nervios a flor de piel.

Neil introdujo su cabeza y parte de su tronco por el agujero e iluminó el interior. No había ningún cuerpo, pero a su derecha había una caja dorada.

—Hay una caja —dijo mientras extendía su brazo para cogerla.

La sacudida de la tierra hizo que parte del techo de la gruta cayese. Karan sujetó con fuerza a Elin por si debían moverse a otro lado y miró a Neil.

—Vamos, Neil —gritó hecho una furia.

Neil apretó la mandíbula mientras introducía más su cuerpo por el estrecho agujero y lograba coger una de las asas de aquella caja.

Era una simple caja dorada con un asa a cada lado. Tiro de ella y salió del agujero. La cogió con las dos manos, pues no pesaba prácticamente nada y la colocó a su lado.

La mirada voló hacia Hermi, Elin y Karan que lo observaban desde la parte superior.

—¿Es el casco? —preguntó Elin.

Neil resopló y abrió la caja mientras con la otra mano seguía manteniendo la llama viva.

La luz de la llama se reflejó en el casco de oro que había en el interior. Lo supo en ese momento. No había duda. Aquel era el casco de Hades.

Elin se acercó quedando maravillada al ver el objeto.

—Sí —respondió Neil cogiéndolo en sus manos. Con la caja iba a ser más difícil llevarlo, pues era muy voluminosa, así que lo colocó bajo su brazo y saltó fuera del nicho, situándose junto a sus compañeros.

Todos miraron el casco unos segundos, maravillados e incluso hipnotizados al ver cómo la luz de la llama que creaba Neil con la otra mano se reflejaba en el oro.

Otra sacudida hizo que todos despertasen de su ensoñamiento.

—Hay que salir de aquí —dijo Neil.

Sabía que Hermi no podía transportar objetos muy grandes, así que tendrían que salir por su propio pie. Comenzaron a correr por los pasillos en dirección al lugar donde Hermi los había dejado.

—Hermi, busca una salida —ordenó Neil mientras corría con el casco bajo el brazo.

Hermi desapareció unos segundos en los que los tres no dejaron de correr y apareció enseguida ante ellos indicándoles el camino.

—Por aquí hay una puerta —exclamó acelerado mientras corría por delante de ellos mostrándoles el camino a seguir.

A mano derecha había un pasillo que conducía a un enorme salón mucho más actual que las catacumbas que estaban al lado.

Fue directo a la puerta y abrió. Los tres le siguieron atravesando la siguiente habitación, prácticamente a oscuras, hasta que Hermi abrió la siguiente puerta que los llevó directamente a la calle.

Los tres se detuvieron de inmediato.

Sabían de qué zona se trataba. El *Rione Sanità* era uno de los distritos del barrio *Stella* de Nápoles. La marginación social así como el desempleo eran elevados, pero sus calles no fueron lo que llamó su atención.

Pese a que era plena noche había tanta luz que parecía que amaneciese. El temblor los obligó a avanzar separándose de la puerta de salida de las catacumbas, bajando los escalones y corriendo calle abajo. Aquella calle era estrecha, con edificios blancos que no permitían vislumbrar correctamente lo ocurrido. Justo cuando llegaron al cruce pudieron observar con claridad.

La gente corría despavorida, incluso niños en motocicleta huían de la zona echando la vista atrás. Aquello era un verdadero caos.

Los cuatro elevaron su mirada al cielo cuando una enorme bola de fuego lo atravesó cayendo bastantes metros por delante de ellos y ocasionando una gran explosión que hizo que los edificios vibrasen más aún que con el terremoto.

Neil se giró hacia atrás totalmente consternado.

A lo lejos, podía verse el monte Vesubio. Su cono estaba encendido y por la ladera comenzaba a descender lava. Parte de ella, sin duda, había llegado a algunas zonas de la ciudad.

—Hay que irse —dijo Hermi cogiéndolo del brazo, pues la imagen del volcán en erupción lo había dejado absorto.

Sabía lo que ocurriría, aquello solo era el principio, en cualquier momento podía arrojar el flujo piroplástico, una combinación típica del Vesubio compuesta de roca, cenizas y gases calientes que baja por las laderas con velocidades de hasta 775 km por hora y 1100 grados centígrados. Nadie lograría escapar a aquel cataclismo y, lo peor de todo, era que él no podía

evitar aquella catástrofe, no podía evitar aquella violenta erupción.

Se quedó observando a toda la gente correr calle abajo e intentando buscar un lugar donde guarecerse, pero, lo cierto, era que no lo había. Aquella ciudad quedaría arrasada en unos minutos, horas, días... No podía saberse con exactitud, pero, de nuevo, la lava y las cenizas cubrirían Nápoles sepultando miles de vidas.

—Vamos —gritó Hermi—. Hay que poner el casco a salvo.

Neil se giró hacia él con una mirada petrificada.

—No puedo —susurró a Hermi. Karan se acercó a él—. Necesito ir a buscarla... —sollozó sin poder contenerse.

Hermi lo comprendió y miró de reojo a Karan.

—Tienes poder para sobrevivir a esta erupción, pero no para detenerla —susurró Hermi intentando consolar a su amigo—. No puedes hacer nada.

Neil miró a Karan y a Elin, la mirada de desesperación fue tal que Karan le quitó el casco del brazo y cogió a Elin de la cintura.

—Ve a buscarla —dijo a su amigo—. Yo me encargo de llevar el casco y a Elin a un lugar seguro. —Neil observó a Karan agradecido—. No te preocupes por nosotros —continuó hacia Neil—. Con mi velocidad, si erupciona, no me cogerá. ¡Corre! —insistió.

Neil asintió y miró a Hermi.

—Está bien, tened cuidado —comentó Hermi a Karan y luego miró a Elin—. Nos vemos luego. —Karan asintió, cogió con más fuerza a Elin que se agarró a su cuello y desaparecieron. Karan era realmente rápido—. ¿Dónde está ella? —preguntó Hermi a Neil que ya sacaba el móvil de su bolsillo. Otro intenso temblor hizo que un edificio por delante de ellos comenzase a derrumbarse, pero aquello no fue todo, el cielo era sobrevolado por rocas de fuego que impactaban derribando manzanas enteras de edificios. Su mirada voló de nuevo hacia el monte, la ladera estaba llena de lava líquida que descendía a gran velocidad y, seguramente, había llegado a algunas calles de Nápoles.

La última ubicación que el móvil le indicaba sobre Adriana era su piso.

—A la plaza Garibaldi —dijo mientras guardaba el teléfono en su bolsillo y colocaba la mano en su hombro.

Dicho y hecho, en una fracción de segundo se encontraban allí y la imagen que encontró Neil lo dejó totalmente desolado. Decenas de edificios estaban derrumbados. Otros eran arrasados por las llamas.

La lava estaba llegando a aquella zona de la ciudad, aunque aún era demasiado sólida y permitía a la gente correr por delante de ella.

Sufrió varios empujones de la gente que corría calle abajo desesperada y, a su lado, otro temblor hizo que parte de un edificio cayese al suelo.

Se apartó con rapidez junto a Hermi, esquivando los ladrillos que caían y miró directamente a la calle donde se encontraba el piso de Adriana.

Corrió hacia allí en sentido contrario a todas las personas que huían. No pudo evitar notar como el corazón se le encogía cuando vio como una familia corría con sus dos pequeños en brazos, uno en brazos de la madre y otro en brazos del padre, llorando...

Aquello le partió el alma y el corazón. ¿Para qué le servía aquel poder si no podía detener aquella catástrofe?

Apartó a unas cuantas personas y llegó hasta la calle donde se encontraba el piso de Adriana. Aguantó la respiración unos segundos.

—Noooo... —gimió mientras corría hacia allí.

Aquella calle estaba desierta, pues la mayor parte de la gente corría en sentido contrario, alejándose de la lava.

Se colocó ante el edificio derruido donde había estado el piso de Adriana.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó desesperado.

—Neil... —sollozó Hermi mirando al final de la calle donde podía verse la masa incandescente de lava descender poco a poco.

Neil corrió hacia el edificio derrumbado donde solo quedaba en pie una planta. El resto había quedado amontonado en la calle.

—¡Adriana! —gritó pasando por encima de las piedras—. ¡Adriana! —gritó desesperado. Jamás había sentido algo así—. Padre, por favor... —suplicó—. ¡Ella no! —gritó mientras recorría los escombros.

Aquello era un amasijo de ladrillos, piedras e hierros de la estructura del edificio.

—¡Adriana!

—Neil —comentó Hermi afligido a su lado, buscándola.

—No puede ser. No, no, no... —sollozó Neil mientras apartaba rocas intentando encontrarla—. ¡Adriana! —gritó desgarrándose la voz.

Acto seguido, otra explosión hizo que todo se tambalease. La explosión fue la más fuerte que habían escuchado hasta el momento e incluso hizo que Neil cerrase los ojos con fuerza.

Dio unos pasos al frente y observó boquiabierto el volcán. Ahí estaba, por aquella misma razón el monte Vesubio era considerado el más peligroso y mortal de todo el mundo. Observaron como la columna de gas, fuego, rocas y cenizas se elevaba hacia el cielo como si se tratase de una olla a presión.

—Ahí está —susurró Hermi asustado.

Neil lo sabía. Sabía lo que significaba aquello. El flujo piroplástico había entrado en acción y en pocos segundos comenzaría a condensarse. Lo próximo que ocurriría sería que se dirigiría a la ciudad a una velocidad de casi 800 kilómetros por hora, arrasando todo a su paso.

—¡Vete! —le gritó Neil a su amigo.

Hermi tragó saliva.

—Neil... —sollozó.

—A mí no puede ocurrirme nada —gritó corriendo entre los escombros del edificio—. Vamos, ¡vete! ¡No te preocupes por mí!

—Neil, por favor...

Neil se giró hacia él.

—No voy a irme, Hermi. —Lo miró con tristeza—. No te preocupes por mí. Márchate.

Aquella fue la primera vez que vio a Hermi emocionarse, con los ojos llorosos. Sabía por lo que debía estar pasando su amigo, pero si se quedaba allí, moriría también.

Hermi se limitó a asentir.

—Vendré a por ti cuando todo esto acabe —susurró.

Neil asintió y observó fijamente a su amigo antes de desaparecer.

No perdió un segundo. Sabía que contaba con pocos minutos antes de que el flujo piroplástico

que el Vesubio había arrojado al cielo a más de veinte kilómetros de altura descendiese arrasándolo todo, bajando a gran velocidad por la ladera del volcán y sepultando la ciudad en pocos segundos.

—¡Adriana! —gritó pasando por encima de todos los escombros, atravesando el edificio y llegando a la calle contigua, totalmente vacía. Bajó de la piedra y, en ese momento, al caer sobre el asfalto, notó como algo se rompía bajo su pie. Lo apartó y se quedó boquiabierto. Se agachó y observó el móvil que acababa de romper por su peso. Sin duda aquel era el móvil de Adriana. Se puso en pie sin perder un segundo y miró el edificio derrumbado, recorriendo también la calle, asegurándose de si ella podía estar aún por allí—. ¡Adriana! —gritó con todas las fuerzas que pudo, pese a que las explosiones, el ruido del terremoto y los gritos ya lejanos de todas las personas que huían, amortiguaban su voz.

## Capítulo 30

Adriana observó la televisión.

En las noticias hablaban los expertos sobre el temblor ocurrido aquella tarde, sobre cómo estaban evaluando si aplicar el plan de emergencia para evacuar a 700.000 personas ante las graves advertencias de los especialistas y los riesgos de una posible erupción por parte del monte Vesubio.

Según el Departamento de Protección Civil y los funcionarios de la región de la Campania, situada al sur de Italia, el plan de emergencia establecía evacuar toda la zona en peligro en menos de 72 horas. De estas 72 horas, 12 de ellas estaban destinadas a la organización y 48 a la retirada de la zona. Las otras 12 horas sobrantes eran un margen de seguridad adicional.

Las autoridades competentes se cuestionaban si debían poner en marcha el plan de evacuación, pues el Vesubio podía entrar en erupción en cualquier momento.

—Evacuar toda una ciudad es muy complejo —decía uno de los expertos—. Debemos tener en cuenta que en el momento en que se ponga el plan de evacuación en marcha, la población puede sucumbir al pánico y hacer la evacuación mucho más difícil. —El hombre extendió las manos hacia la presentadora—. Nos encontramos en una zona volcánica donde cada día hay terremotos. Hay que sopesar muy bien cuál es el momento justo para llevar a cabo dicho plan.

—Después de estos estos terremotos, cada vez de mayor magnitud, ¿aún están sopesando si aplicarlo o no? —preguntó la contraparte, asombrada por lo que explicaba.

—No es la primera vez que nos encontramos ante algo así. El Vesubio es el volcán más controlado del mundo...

Adriana resopló y cogió su móvil. Había pensado enviarle un mensaje a Neil explicándole que, tal y como él le había pedido, había comprado un billete de avión para volver a Siracusa durante unos días, los restantes hasta que tuviese que incorporarse a su puesto de trabajo en el despacho de psicología.

La conversación que había mantenido con él la había calmado en cierto modo. Seguía sin tener todas las respuestas que quería, pero de algo sí estaba segura, estaba enamorada de él y Neil lo estaba de ella. No le importaba que fuese diferente.

Se dirigió a la habitación e introdujo unas camisetas en la maleta mientras escuchaba la televisión de fondo. Su avión salía a las nueve de la mañana del día siguiente, así que lo mejor sería escribirle cuando se levantase para decirle que volaba aquella mañana a Siracusa. La forma en que había tenido que irse la había dejado preocupada. Sabía que algo ocurría. Aquel objeto al que se refería y que todos andaban buscando la había dejado pensativa. ¿De qué se trataría?

No era justo que le pidiese todas las explicaciones de golpe. Cada persona, tal y como había aprendido en la carrera y en su trayectoria profesional, requería su tiempo. Ella se lo daría, lo que necesitase, y, fuese lo que fuese, lo aceptaría.

Cerró la maleta y la depositó en el suelo. Iba a volver al comedor para coger un trozo de pizza de la que había sobrado aquel mediodía cuando se hizo el silencio.

—¿Se ha apagado la televisión? —preguntó asombrada mientras caminaba por el pasillo.

Miró hacia ella comprobando que estaba apagada cuando la luz de la lámpara que alumbraba

el comedor se apagó también, quedándose a oscuras.

El temblor no se hizo esperar. La sacudida fue tan brutal que la arrojó al suelo junto a todo lo que había en las estanterías. Observó como libros, pequeñas figuras de cristal, jarrones... caían al suelo haciéndose añicos.

—No, no, no... —sollozó colocándose las manos sobre la cabeza, pues el temblor no cesaba.

Observó el techo, donde la lámpara se movía de un lado a otro.

Una explosión hizo que los cristales de las ventanas saliesen disparados e incluso el sofá, tras el que había caído, la golpeo con fuerza arrastrándola un metro.

Gritó desesperada al notar la gran sacudida, pero sintió que el corazón se le paraba cuando una luz anaranjada se filtró a través de la ventana sin cristales.

El temblor disminuyó lo suficiente su intensidad como para permitir que se levantase y corriese hacia la ventana, con cuidado de no cortarse.

La imagen que vio la dejó sin respiración. Del interior del Vesubio surgía una enorme columna de humo elevándose hacia el cielo. La parte superior, el cono, estaba encendida y podía verse un río de lava entre rojo y anaranjado que comenzaba a descender por la ladera, aunque despacio.

—¡No! —gritó separándose unos pasos de la ventana por la impresión.

Otra explosión hizo que cayese. Notó como los cristales se clavaban en su mano y en su pierna. Gritó al notar el dolor, pero se quedó en shock cuando vio como el cielo era surcado por dos enormes bolas incandescentes de fuego, iluminándolo todo como si fuese pleno día.

Siguió la trayectoria de las dos rocas ardientes por el cielo hasta que estas impactaron contra unos edificios explotando en mil pedazos. Pudo ver, como si se tratase de una imagen a cámara lenta, como el edificio saltaba por los aires en todas direcciones arrojando material en llamas que rápidamente se desperdigaba por la ciudad.

—Dios mío —susurró con los ojos muy abiertos, observando casi sin pestañear.

Se forzó a reaccionar y se puso en pie guardando el equilibrio, pues el terremoto, aunque de menor intensidad, no cesaba.

Se miró las manos, en una de ellas, la derecha, sobresalía un cristal. Lo cogió por el lateral y lo arrancó de su mano mientras caminaba hacia la puerta, tambaleándose. Debía salir de allí. La lava no tardaría en llegar a la ciudad y, además, en cualquier momento el volcán podía explotar de nuevo arrojando enormes rocas de fuego.

Abrió la puerta y se llevó la mano al bolsillo donde tenía el móvil. Otro temblor hizo que se apoyase contra la pared mirando al techo, escuchando como otros vecinos cerraban las puertas entre gritos y bajaban las escaleras.

—¡Adriana! —gritó una mujer que vivía en el piso superior. Aquella mujer era encantadora con ella, recordaba que cuando se había mudado al edificio, hacía ya tres años, la señora Federica Cirillo había llamado varias veces a su puerta para ofrecerle galletas y pasteles que ella misma cocinaba. Viuda desde hacía más de diez años y sin hijos ni nietos a los que cuidar, la había acogido a ella como si se tratase de un familiar.

—Federica —dijo Adriana dando unos pasos hacia ella y cogiéndola de la mano—. Hay que salir del edificio.

—Lo sé, cariño. ¿Qué ocurre?

Adriana comenzó a tirar de ella hacia las escaleras.

—El Vesubio —sollozó ella mientras se sujetaba con fuerza a la escalera.

Federica se quedó estática observando a Adriana con terror.

—¿Esto es por el Vesubio? ¿Ha erupcionado?

Adriana la miró de la cabeza a los pies. Debía de estar durmiendo, pues llevaba un camión color blanco y se habría despertado por el terremoto y la explosión.

—Sí —respondió Adriana dirigiéndose a las escaleras—. Hay que salir del edificio.

Estaban bajando cuando otro fuerte temblor hizo que se detuviesen en la escalera, sujetándose a la barandilla.

La arenilla comenzó a caer de la planta superior. Adriana colocó una mano sobre la cabeza para cubrirse y tiró de la señora Cirillo para bajar los escalones.

Tuvieron que detenerse al lado del ascensor cuando recibieron una sacudida que las envió al suelo.

Adriana no soltó su mano y se arrastró por el suelo hacia la mujer que sollozaba. Se cogieron con fuerza de la mano mientras el temblor aumentaba sacudiendo el edificio.

—Márchate de aquí —sollozó la mujer a Adriana.

Adriana la contempló un segundo antes de mirar al techo, evaluando la situación.

—Nos vamos a ir las dos —pronunció convencida mientras se arrodillaba y ayudaba a su vecina a ponerse en pie. Tuvo que apoyarse contra la pared para no caer—. Solo queda un piso, saldremos a la calle y nos alejaremos lo máximo posible...

No pudo continuar. Un estallido de luz y el estruendo más grande que jamás había escuchado sonó sobre ellas. Ni siquiera pudo reaccionar. Solo notó que todo se desprendía a su alrededor en medio de aquella oscuridad y, de repente, caía al vacío.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, solo que cuando se recuperó sintió el dolor más grande de su vida. Lo primero que hizo fue expandir sus pulmones todo cuanto pudo. El aire caliente entró por su garganta hasta llegar a sus pulmones, abrasándoselos. Hacía calor, muchísimo calor.

Intentó moverse pero no podía. Giró su cuello y miró hacia el cielo, pudo ver que el bloque se había desplomado dejando un amasijo de rocas y hierros a su alrededor. Se sentía mareada. Se llevó la mano a la frente notando como las gotas de sudor caían por ella. No sabía la temperatura a la que debía estar, pero aquello era similar a estar dentro de un horno.

De repente, todo volvió a su mente y le encontró sentido. El Vesubio había erupcionado. La ceniza cayó sobre su rostro asfixiándola más aún. Tosió repetidas veces y observó a su alrededor.

—Ayuda —sollozó con las pocas fuerzas que tenía, aunque solo un leve susurro salió de sus labios.

Tragó saliva e intentó centrarse. El dolor que sentía en su pierna la abrumaba. Intentó incorporarse como pudo, haciendo un esfuerzo monumental y luchando contra el mareo. Una roca había caído sobre su pierna, aprisionándola. Se sentó y, entonces, notó un bulto en el bolsillo de su pantalón. Extrajo de su bolsillo el móvil. Tenía la pantalla destrozada por el impacto y ni siquiera funcionaba. De todas formas, con el Vesubio erupcionando y sabiendo cuán peligroso era, no podía contactar con nadie, pues nadie en su sano juicio se acercaría a aquel lugar medio destruido.

Dejó el móvil en el suelo y se llevó la mano a la frente comprobando que no era solo sudor lo que caía por ella. La frente le dolía horrores y su mano se manchó de sangre de la brecha que tenía justo antes del nacimiento del cabello.

Se lo sacudió creando una nube de polvo y ceniza a su alrededor, aunque al momento volvió a impregnarse toda ella. Aquello era asfixiante, no solo por el calor que hacía, sino por la ceniza que se veía obligada a respirar.

Tosió compulsivamente y gritó al intentar mover la pierna. Intentó controlar el dolor y se fijó en la piedra. Debía irse de allí si quería tener alguna oportunidad de sobrevivir.

Llevó sus manos hasta la piedra e intentó moverla, pero entre la debilidad que sentía y que la piedra pesaba lo suyo, le fue imposible sacársela de encima al primer intento, así que gritó de nuevo cuando todo el peso de aquel bloque cayó sobre ella.

Miró a su alrededor, la calle estaba totalmente desierta, aunque había mucha luz proveniente sin duda de las llamas de la ciudad.

—Vamos, Adriana —se dio ánimos a sí misma focalizando toda su atención en la piedra—. Tienes que hacerlo.

Cogió la piedra de nuevo con las dos manos, inspiró, apretó los dientes y con un rugido logró levantar lo suficiente la roca como para sacar la pierna de allí.

Se estiró de nuevo en el suelo intentando recuperarse del esfuerzo. Se incorporó y se observó la pierna. El tejano que llevaba puesto estaba hecho añicos y por la rotura podía ver una gran herida de varios centímetros de largo. No sabía si tendría la pierna rota, pero aquella herida de veinte centímetros en la espinilla era muy profunda y llegaba casi hasta el hueso.

Se giró para observar la calle e intentó ponerse en pie, pero cayó al primer intento. Ni siquiera podía dar un paso sin caer, tanto por la poca fuerza que tenía como por el dolor que sentía.

Miró de nuevo a su alrededor. No sabía si habría más supervivientes, pero recordó que en el momento en que el edificio se vino abajo iba de la mano de la señora Federica.

—¿Señora Federica? —Logró decir entre sollozos, mirando de un lado a otro—. ¿Hay alguien? —gritó desesperada.

Nadie contestó. Intentó controlar el llanto y se puso de rodillas apoyando su pierna buena. Debía salir de allí y pedir ayuda.

Se arrastró gritando de dolor hasta que una cosa llamó su atención. Una mano sobresalía de entre los escombros.

Se dirigió lo más rápido que pudo hasta allí y se sentó en la primera roca estirando su pierna herida. El más mínimo movimiento hacía que el dolor amenazase con hacerla perder el sentido.

—No, no, no... —lloró mientras retiraba escombros de encima de ese cuerpo. Tuvo que llevarse las manos a la cara y tapar sus ojos ante la imagen, y gritó con fuerza al reconocer el rostro de la señora Federica. Tenía los ojos cerrados. Notó como las lágrimas se mezclaban con el polvo y la ceniza que tenía en sus mejillas, pero ni siquiera las secó. Llevó una mano hasta el rostro de la mujer, acariciándolo.

—Señora Federica —susurró mientras la llevaba hasta su cuello, esperando encontrarle pulso.

Tras esperar unos segundos apartó los dedos de su cuello. No lo había. Miró desesperada en todas direcciones. Ni en sus peores pesadillas hubiese imaginado un escenario así. Lo peor de todo era que sabía que no era una pesadilla.

Miró de nuevo a su vecina, sollozó e intentó ponerse en pie. Le costaba demasiado aguantar el equilibrio, pues solo podía apoyarse en una pierna y tenía muy pocas fuerzas.

Se negó a volver su cuello hacia ella, aquella imagen de su vecina y pensar la cantidad de gente que podía estar bajo esos escombros hizo que entrara en shock.

Avanzó unos pasos a la pata coja saliendo del derrumbe hasta el asfalto y cayó de nuevo sobre él. Cerró los ojos con fuerza y se aupó con los brazos para mirar al frente, evaluando la situación en que se encontraba y sopesando si alguien podía ayudarla.

No encontró nada de eso. Al contrario, pudo ver como la lava, a una velocidad aún lenta por lo espesa que era, estaba invadiendo las calles.

—No... —gimió intentando ponerse de pie.

A unos doscientos metros pudo ver que la lava avanzaba despacio en su dirección, derritiendo los coches y haciendo que las pocas farolas que quedaban en pie cayesen al suelo y se fundiesen.

La luz que emitía aquella amalgama de piedra fundida era cegadora. La lava avanzaba lenta, e incluso desde aquella distancia el calor era inaguantable, sofocante.

Se giró y comenzó a caminar despacio calle abajo, apoyándose únicamente en la pierna buena y dando pequeños saltos, intentando huir de aquella muerte segura.

La lava arrasaría con todo y sabía que lo peor de todo no había llegado aún.

La última erupción había acontecido en marzo de 1944 y había destruido varios pueblos cercanos matando a 26 personas. Podía asegurar que aquella cifra ya había sido superada con creces a esas alturas. Miró los edificios destruidos a su alrededor, antaño de varias plantas, ahora desplomados.

Esquivó una piedra y miró hacia atrás, la lava seguía su camino, de forma lenta pero destructiva e inexorable, formando una ola de más de un metro de altura que devastaba todo a su paso, que engullía todo cuanto tocaba.

Cayó al suelo y gritó de dolor cuando su pierna herida tocó el asfalto. Incluso allí, el asfalto estaba caliente.

Gruñó y se puso en pie de nuevo. Iba a dar otro paso cuando se quedó paralizada. El humo que emergía de los edificios incendiados y de la lava no le había permitido verlo hasta ese momento. Varios metros por delante, en dirección a la calle que se dirigía, un coche era arrastrado por la lava mientras esta la engullía, doblándose el vehículo hasta quedar sepultado y derretido por esta.

Se quedó quieta mirando hacia delante. La lava avanzaba por la calle que tenía que haber sido su vía de escape y cortaba así su única salida. Tragó saliva y miró hacia atrás por donde aquella lava lenta seguía avanzando en su dirección. Estaba rodeada totalmente, sin escapatoria.

Gritó desesperada mirando de un lado a otro y su vista voló hacia el edificio derribado que tenía al lado, el cual formaba una montaña de escombros. Si lograba subir a la parte más alta quizás aguantase un poco más con vida.

Iba a dirigirse hacia allí cuando una violenta explosión hizo que Nápoles se sacudiese y cayó hacia atrás golpeándose con fuerza la espalda. Se quedó sin respiración e irguió su columna para expandir de nuevo sus pulmones. Durante unos segundos se quedó bloqueada, pero finalmente pudo respirar, aunque volvió a toser con fuerza cuando la ceniza caliente alcanzó su boca y su garganta.

Se incorporó llorando sobre el asfalto y entonces lo vio. Ahí estaba. Aquella devastadora columna de fuego, rocas y cenizas se elevaba hacia el cielo: enorme, majestuosa y destructiva. Ahí

acababa todo. Una vez comenzase a descender caería con tanta fuerza por la ladera que arrasaría todo a su paso en cuestión de segundos.

Lloró consciente de que nada podía hacer, que por mucho que intentase buscar refugio no lo había. Se estiró del todo sobre el asfalto luchando por respirar. Recordó a su madre y a su padre, a sus amigas que se encontraban en Nápoles, y pensó en Neil. No podía despedirse de ninguno de ellos.

Pese al calor que sentía comenzó a temblar cuando observó como la columna de fuego que surgía desde el interior de la tierra a través del Vesubio comenzaba a descender.

Al menos sería un final rápido.

Agachó su cabeza apoyándola en su brazo, llorando desconsolada. Ni siquiera se atrevía a mirar hacia delante, a ser consciente en aquellos últimos segundos de su vida de lo que se acercaba.

Jamás volvería a ver a sus padres, a abrazarlos. Jamás volvería a salir de copas con sus amigas y a reír junto a ellas. Jamás volvería a besar a Neil ni podría decirle cuánto habían significado para ella aquellos días junto a él.

Notó como el calor iba a más. El ambiente mismo quemaba y la sensación de mareo, al no poder respirar, era insoportable. Ya solo quedaba esperar a que aquella lengua de fuego, cenizas y rocas que descendía por la ladera del Vesubio acabase con su vida.

Supo que ese momento llegaría en pocos segundos cuando el temblor se incrementó haciendo que su cuerpo vibrase sobre el ardiente asfalto. El flujo piroplástico había tocado tierra en la ladera del volcán y bajaba a gran velocidad hacia la ciudad, hacia ella.

Gritó cerrando los ojos y echó su cabeza atrás para no mirar, aunque, en ese momento, lo que vio la dejó totalmente paralizada. Se incorporó de inmediato y se arrastró hacia atrás gritando, observando como la silueta de alguien corría en su dirección atravesando el humo y la lava que cortaban la calle.

Tragó saliva cuando lo reconoció.

Aquello no era posible.

Neil avanzaba hacia ella a pasos agigantados, sin perder el equilibrio por el temblor, atravesando la lava que le llegaba por la cadera sin inmutarse.

Debía de estar muerta y aquello solo era una visión del más allá. Ni siquiera podía enfocar bien, pero entre la neblina que tenía en sus ojos humedecidos por las lágrimas y el humo pudo identificar los rasgos de Neil que avanzaba hacia ella.

Neil avanzó entre la lava todo lo rápido que podía, ayudándose con los brazos para caminar. Había rodeado el edificio en busca de ella y se había sorprendido cuando había visto la silueta de una mujer tendida en medio de la calle.

La lava iba en su dirección y, de hecho, no tenía escapatoria, pues la inclinación de la calle por donde él caminaba era más pronunciada y la lava había cogido más velocidad.

Se le había encogido el corazón cuando había visto el flujo piroplástico siendo expulsado hacia el cielo, consciente de que le quedaban pocos segundos para poder encontrarla. Él podría sobrevivir sin problema, pero ni tan siquiera él tenía poder suficiente como para detener una erupción de aquellas dimensiones.

Salió de la lava y avanzó hacia ella que permanecía tumbada en el asfalto, apoyada sobre sus codos mirando hacia arriba, con incredulidad. Había escuchado su grito de sorpresa al principio,

pero ahora simplemente lo observaba con lágrimas en los ojos.

El temblor aumentó a medida que el flujo avanzaba ladera abajo arrasando todo a su paso.

Se colocó a su lado observándola con desesperación, ante la incredulidad de Adriana que lo miraba de la cabeza a los pies, sin dar crédito a que estuviese allí.

Solo cuando el temblor fue tan intenso como para arrojarlo al suelo, miró hacia delante.

El flujo piroplástico se adentraba ya en la ciudad de Nápoles engulléndolo todo, haciendo desmoronarse a los edificios más cercanos a la ladera del Vesubio con una lava tan poco densa que avanzaba a una velocidad incalculable.

En ese momento, los ojos de Neil se llenaron de lágrimas al comprender que no podía sacarla de allí, que aquel flujo se la arrebataría.

—¿Por qué, padre? —susurró mirando como el flujo se acercaba a una velocidad endiablada. Descendió los ojos hacia ella que lo observaba aterrorizada.

La cogió de la mano y la cintura, y la puso en pie ante él. Ella lo observaba con pánico, consciente de lo que sucedería en pocos segundos mientras sus lágrimas bañaban su rostro y su cabello rubio volaba de un lado a otro. Se negó a echar la vista al lado para ver como aquella enorme nube de fuego, ceniza y lava cubría toda la ciudad.

Adriana se quedó observando sus ojos grises y notó como Neil pasaba una mano por su mejilla con cariño.

Tenerla entre sus brazos y saber que en cuestión de segundos la perdería le hizo sentir una ira como jamás había sentido. Gruñó mientras la enterraba en su pecho y sentía el llanto de ella, mientras sentía como se abrazaba a él con fuerza y luchaba por respirar.

Él era hijo del dios del fuego, de Belenus, tenía una parte divina y otra humana, y el mismo que le había dado la vida, que le había hecho estar entre todos los humanos dándole la posibilidad de sentir, sufrir y amar... ahora le arrebataría a la mujer que quería, la única que había conseguido darle paz y amor en aquella época de guerra.

Miró al frente sujetando a Adriana contra él, observando la destrucción de toda la ciudad a su alrededor. El fuego invadiendo los edificios y la calzada, el temblor amenazando con echarlos al suelo y la fuerte ráfaga de aire caliente intentando arrojarlos hacia atrás.

No lo permitiría.

Sujetó con fuerza a Adriana contra su pecho y colocó su brazo por delante para recibir el impacto del flujo piroplástico. Hizo fuerza con sus piernas mientras miraba con fiereza hacia delante. Notó como sus ojos se encendían y como su cuerpo se ponía en tensión mientras escudaba a Adriana con su cuerpo.

El impacto lo echó hacia atrás levemente mientras sujetaba a Adriana contra él, rodeando con un brazo su cintura a la vez que con el otro expulsaba todo su poder hacia aquel flujo, intentando detenerlo. El temblor de la tierra era tan potente que se vio obligado a desencadenar todo el poder que albergaba.

Apretó los dientes con fuerza y gruñó mientras ejercía toda la fuerza que podía, aunque sabía que aquello no era lo peor que iba a suceder. Observó como los edificios se destruían a su alrededor, como la brutalidad de aquel impacto se llevaba por delante todo a su alrededor.

El calor era tan abrasador que incluso a él le pareció excesivo.

En ese momento supo que lo peor estaba allí. Observó como aquel viento abrasador cargado de fuego, rocas y cenizas arrastraba una gigantesca ola de más de cinco metros de altura de lava

líquida.

Alzó su mano hacia ella y gritó ante el descomunal esfuerzo que hacía intentando controlarla. Entonces, notó el peso muerto del cuerpo de Adriana en su brazo. El calor era tan abrasador que consumía el oxígeno de la zona.

Mantuvo su mano elevada mientras la lava pasaba sobre ellos como si se tratase de una ola, conduciéndola con su mano por encima de ellos, creando un vacío allá donde estaban sus cuerpos, hasta que el avance de esta los cubrió y siguió hacia delante destruyendo toda la ciudad.

De repente, todo fue oscuridad para Neil.

# Capítulo 31

Llevaba más de media hora atrapado cuando notó que la lava se detenía. Aquella explosión había sido impresionante, pero no podía asegurar con certeza que hubiese sido la última. Sabía que en el año 79 d.C. el Vesubio había expulsado dos oleadas de flujo piroplásticos: la primera y más fuerte había arrasado con Herculano y los alrededores, la segunda había acabado con Pompeya.

No podía fiarse y, por eso mismo, debía salir de allí lo antes posible.

Elevó su mano haciendo que la lava se abriese paso hasta la superficie, a unos cuatro metros sobre él.

Jamás había vivido algo parecido.

Cuando por fin el aire entró, le parecía fresco en comparación con el calor que sentía en el interior. Había mantenido durante todo el rato a Adriana entre sus brazos, protegiéndola y creando una burbuja a su alrededor que lograra mantenerla con vida, aun así, no sabía si lo había conseguido. Había buscado su pulso varias veces: una de ellas lo había encontrado, pero no podía moverse mucho si quería que la lava incandescente no tocara la piel de ella.

Miró hacia el cielo y automáticamente las cenizas cayeron sobre él. Se puso erguido controlando que la lava no se moviese, sujetando a Adriana contra él y con el brazo libre echando lava hacia delante para hacer el agujero más grande y permitir una mayor movilidad.

Llevó su mano hasta el rostro de ella...

Mantén los ojos cerrados, su cuerpo estaba inerte. Llevó sus dedos hasta su cuello y suspiró aliviado cuando notó su pulso, aunque era acelerado por la privación de oxígeno.

Tenía una gran herida en la pierna, cortes en las manos y algunas quemaduras en sus brazos y cuello, pero estaba viva y Elin podría curarla en un periquete.

Echó el brazo hacia delante abriendo un camino entre aquella montaña de lava, obligando a que el material se separase en dos por donde él quería caminar.

—Hermi —dijo mirando al cielo—. Ven con cuidado, justo a mi lado —previno a su amigo antes de que se materializase.

La aparición de Hermi fue inmediata y al momento gritó asustado al verse rodeado de lava.

—Jolín, ¡Neil! —gritó abrazándose a él.

—Te he avisado.

—Ya, pero no pensaba que estarías rodeado de lava... —Su mirada voló directamente hacia el cuerpo de Adriana, sujeto por el brazo de Neil. Hermi tragó saliva—. La has encontrado —susurró maravillado—. ¿Está bien? —preguntó con ansiedad.

Neil suspiró y avanzó hacia delante con el brazo extendido, formando un camino.

—Ponte detrás de mí —le indicó.

Hermi lo hizo de inmediato sujetándose a su cinturón negro del uniforme.

—Esto no me gusta.

—¿Por? —preguntó con ironía—. Necesito que me indiques un lugar cercano al que dirigirme, que no haya gente.

Hermi siguió caminando despacio mientras observaba asombrado como Neil iba separando la

lava para salir de allí.

—El magma ha llegado hasta la *Piazza Duca degli Abruzzi* —indicó.

—¿A cuánto está?

—A un kilómetro más o menos. Al este de la ciudad ha llegado al mar. —Neil suspiró mientras aumentaba el ritmo de sus pasos—. Eh, eh... —reaccionó Hermi al comprobar que Neil avanzaba con más rapidez, sujetándose con fuerza al cinturón de él.

—¿No habrá gente por esa zona? —preguntó fastidiado—. No me apetece que me vean apartando el magma.

—No —contestó Hermi—. La mayoría está en el hospital general. Coge un poco lejos de la zona. —Luego chasqueó la lengua—. Aunque no me extrañaría que en breve comiencen a circular helicópteros por encima nuestro.

Aquello hizo que Neil alargase más sus pasos ante el quejido de Hermi.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—Sí.

Hermi se mantenía tras él, igualando sus pasos y observando el rostro de Adriana apoyado en su hombro.

—Ella... ¿te ha visto? —preguntó con delicadeza.

Neil apretó los labios y tragó saliva.

—Sí —respondió directamente—. No sé cuánto porque ha perdido el sentido antes de que llegase la lava, pero sí, dijéramos que ha detectado que hago cosas fuera de lo normal. —Hermi resopló tras él—. ¿Qué querías que hiciese? —arremetió—. No podía dejarla morir.

—Vale, vale..., pero ¿guardará el secreto? —preguntó preocupado.

—Pues claro que guardará el secreto —insistió él—. Es de fiar. Es buena chica.

—Ya. Está bien. Cálmate.

Neil se detuvo sin avisar, lo que provocó que Hermi chocase con su espalda.

—Ayy... avisa, hombre —se quejó.

Neil ni siquiera se giró.

—Estoy enamorado de ella, Hermi.

—¿No me digas! —ironizó—. No lo había notado, ni yo ni ninguno de nosotros —continuó con la broma.

Aquella respuesta hizo que Neil resoplase antes de iniciar el camino alzando su mano.

—Es importante para mí.

—De acuerdo —comentó Hermi colocando una mano en su hombro—. Pues si es importante para ti, también es importante para todos.

—Me pedirá explicaciones —dijo directamente.

—Ya, bueno... —comentó Hermi—. No estoy muy de acuerdo con dar este tipo de información, ya lo sabes —continuó en un tono condescendiente—, pero la muchacha te ha visto detener el flujo piroplástico y se preguntará cómo es posible que siga con vida.

—Exacto —dijo él—. Y no pienso ocultarle nada, que lo sepas. Estás avisado.

Hermi se encogió de hombros.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero que no...

—No va a decir nada —le cortó Neil.

—Vale, vale...

Esta vez una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ya verás, te caerá bien... A Lucía le has cogido mucho cariño.

—Pero si yo no digo lo contrario... Seguro que es muy maja —apuntó él—. Podríamos quedar para ir al cine algún día... —dijo más animado mencionando su afición favorita.

—Claro, Hermi —contestó mientras seguía abriendo camino entre todo el magma—. Iremos al cine.

Siguieron caminando hasta que el magma comenzó a descender. Cuando salió de él, cogió a Adriana en brazos y miró hacia atrás. Tal y como había intuido, la ciudad había quedado totalmente destruida.

Hizo un movimiento de cabeza y el camino creado para salir de allí desapareció.

Neil corrió sujetando en brazos a Adriana y alejándose de la montaña de magma mientras Hermi avanzaba a su lado secándose las gotas de sudor. Cuando llegaron a la playa, caminó unos metros sobre la arena y se agachó con ella en brazos.

—No entiendo por qué tú no sudas —le recriminó Hermi mientras Neil depositaba a Adriana en el suelo.

—¿De verdad no lo entiendes? —preguntó Neil mientras acariciaba la mejilla de ella—. Ve a buscar a Elin, por favor —suplicó.

Hermi desapareció de su lado, dejándolos totalmente a solas.

Neil acarició su mejilla con delicadeza. Tenía el cabello lleno de cenizas, la ropa sucia y rota, cortes y quemaduras por todo el cuerpo y, aun así, le parecía la mujer más hermosa del mundo. No sabía qué hubiese hecho si la hubiese perdido. Aquella idea lo desesperó.

—Adriana —susurró colocando su cabeza sobre la de ella—. Adriana.

Apartó varios cabellos rubios de su rostro y, en ese momento, detectó como sus párpados se movían, como si estuviese a punto de abrir los ojos.

Volvió a acariciarla, tranquilizándola.

—Eh... eh... Hola... —susurró con ternura.

Adriana abrió los ojos con lentitud. Le costaba enfocar. Permaneció perdida unos segundos hasta que dio con los ojos grises de Neil. Intentó hablar, pero tenía la boca seca. Tras varios intentos finalmente le salió la voz.

—¿Qué... qué ha pasado?

Neil colocó una mano en su frente, acariciándola.

—Tranquila. Estás a salvo.

—El... el Vesubio... —Neil apretó los labios y echó la vista al frente, donde podía verse toda la ciudad de Nápoles sepultada. La observó y asintió débilmente—. Tú... —susurró contemplándole—, viniste... viniste a por mí. —En ese momento se quejó, debía estar soportando mucho dolor.

—Te prometí que te mantendría a salvo —susurró.

Ella recorrió su rostro.

Él parecía estar perfectamente, ni un rasguño, ni una quemadura, nada... ni siquiera tenía ceniza sobre el cabello, era como si le resbalase.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible que tú...?

Hermi se materializó a su lado junto con Elin. Adriana los miró asustada, pero Neil la calmó enseguida.

—Tranquila, Elin va a curarte.

Elin se arrodilló a su lado y observó la gravedad de sus heridas.

—¿Sois ángeles? —logró sollozar.

—No, precisamente ángeles no —rio Neil más tranquilo al tener a Elin a su lado.

Esta se colocó frente a su pierna e inspiró.

—De acuerdo, Adriana, tranquila. Relájate...

Una luz comenzó a emanar de sus manos.

Neil y Hermi se distanciaron levemente para dejar que Elin hiciese su trabajo.

Neil se giró hacia Hermi.

—Por cierto, ¿y el casco? —susurró hacia él.

—Lo tiene Karan. Estábamos pensando qué hacer con él.

Neil se quedó pensativo.

—Lo mejor será que Karan, Gael y Lucía se alejen lo máximo posible. No me apetece perderlo después de todo lo que nos ha costado encontrarlo.

Hermi asintió.

—A mí tampoco. —Luego su mirada se desvió a la espalda de Elin y a Adriana que yacía sobre la arena—. ¿Aún no le has explicado nada?

—Se acaba de despertar. Prefiero esperar un...

Se quedó callado cuando escuchó unos pasos. Tanto Hermi como Neil se giraron cuando observaron una silueta aproximándose hacia ellos, incluso Elin se volvió y Adriana, que se recuperaba por segundos, se incorporó para mirarlo. Lo reconoció al momento. Aquel era el mismo hombre que la había atacado en las escaleras de su hotel.

—Tranquila, tranquila... —la calmó Elin—. No se van a acercar —indicó mientras de sus manos seguía emanando aquella luz, sin perder de vista a Bronte, el cual iba acompañado de dos semidioses: Odell, un descendiente del dios de la guerra Ares y Theron, hijo de la muerte.

Bronte dio un paso adelante y miró a Adriana, pero Neil se interpuso en su camino.

—Veo que has podido salvarla —ironizó mirando hacia ella. Luego volvió su cabeza hacia Neil—. Menuda ha organizado tu padre. Me parece que Vulcano no está de muy buen humor.

Neil apretó los dientes.

—No es Vulcano... —susurró—. Es Belenus.

—Sí, sí... —dijo como si le diese la razón a un loco. Luego volvió a fijarse en Adriana—. ¿Ya sabe tu amiguita con quién está? ¿Quién es el que ha provocado esto?

Neil dio unos pasos hacia él resoplando.

—No vayas por ahí. Sabes que eso no es así.

—Pero tu padre es el dios del fuego, de los volcanes... y ahora mismo acaba de sesgar miles de vidas.

Adriana se incorporó sobre la arena observando la espalda de Neil. Luego miró a Elin.

—¿Es eso cierto?

Elin la miró con timidez.

—Luego hablamos, Adriana. Tranquila.

Bronte sonrió a Neil.

—¿Dónde está? —preguntó este a Neil.

—¿Dónde está qué? —le vaciló.

—Ya lo sabes.

—Ah, sí... el casco de Hades —sonrió Neil y se encogió de hombros—. Creo que tienes un grave problema. Mi padre lo ha enterrado bajo metros de ardiente magma —mintió—. ¿Qué tal si vas a buscarlo? —lo retó con un gesto de su cabeza.

Bronte lo fusiló con la mirada.

—¡Mientes! —gritó—. ¿Dónde está el resto de tus amigos?

—Y a ti qué te importa —rugió Neil—. Aléjate de aquí ahora mismo. Acabé con tu hermano y no dudaré en acabar también contigo. No me obligues a hacerlo. —Aquellas palabras hicieron que Bronte se enfureciese más—. ¿Crees que vas a lograrlo? —preguntó Neil—. ¿Aún piensas que vas a abrir las puertas del Tártaro? ¿O que vas a lograr despertar al titán Crono y sembrar el caos y la muerte en todo el mundo? Estás muy equivocado. Ninguno de nosotros lo va a permitir —dijo colocando los brazos hacia abajo, enseñándole las palmas de las manos de donde surgieron un par de llamas—. No quiero acabar contigo, pero, si me obligas, no dudaré.

Bronte lo miró fijamente unos segundos y luego indicó a Odell y a Theron que fuesen a por él con un ligero movimiento de cabeza.

Los dos dieron un paso hacia delante justo cuando Bronte gritó llevándose la mano a la frente, atrayendo la mirada de todos.

—Maldito seas. Eres un desgraciado —gruñó Elin que aún tenía el brazo echado hacia delante tras arrojarle una piedra con toda su fuerza.

Aquello había cogido desprevenidos a todos.

La mirada de Bronte se encendió. Ahí estaba de nuevo, su ataque, la forma en que podía absorber todo el poder y el alma tanto de humanos como de semidioses.

—Elin, ¡aléjate! —gritó Neil mientras Bronte abría la boca y extendía los brazos hacia los lados.

Neil dio un paso atrás para tomar impulso mientras sus manos se encendían cada vez más. No quería llegar a tal punto, no quería acabar con la vida de más personas, pero no pondría en riesgo la seguridad de sus amigos y de la humanidad por una persona tan codiciosa y malnacida como Bronte.

Gruñó y estiró sus dos brazos hacia delante surgiendo de su cuerpo una llamarada de fuego.

Los dos compañeros de Bronte se apartaron al ver las intenciones de Neil.

Neil estiró los brazos en su dirección dirigiendo la llamarada. Ya se había cansado de él, se le había agotado la paciencia. Bronte había tratado de quitarle el alma a Adriana una vez y no le daría segundas oportunidades.

En ese momento alguien se interpuso en su camino frenando la llamarada, contrarrestando el fuego.

Neil se detuvo y miró hacia delante.

Tritón se encontraba frente a Bronte, generando una ola de agua que sofocaba el fuego.

Neil bajó los brazos con lentitud y miró a Bronte.

—¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Esconderte como un perro faldero? —le provocó.

—Hay más gente que está de acuerdo con nosotros... como Tritón. —Lo señaló.

Neil miró directamente a Tritón, con una mirada cargada de odio. Él había sido quien había arrebatado el tridente a Gael.

—Eso no implica que esté obrando de forma correcta. Ninguno de vosotros lo está haciendo

—les recriminó.

Tritón dio un paso al frente y señaló hacia la ciudad.

—¡Mira lo que ha hecho tu padre! —gritó—. ¿Te parece bonito?

Neil resopló y aguantó la respiración.

—No me vengas con esas. Sabes de sobra que ese no ha sido mi padre. El planeta también se rige por...

—Sigues siendo tan necio como siempre —le cortó Bronte.

—No, tú eres el necio. ¿Crees que vas a ayudar mucho a este mundo liberando a Crono? ¿De verdad lo crees? —gritó encendiendo de nuevo sus manos, convirtiéndolas en llamas.

Tritón dio un paso al frente interponiéndose entre ellos.

—Si quieres comenzamos un combate —le retó Tritón al ver el fuego en sus manos—. Podría apagar te sin problemas...

—Y yo hacer que te evaporases, así que no me provoques. Hay fuegos que no se pueden apagar, traidor —acabó rugiendo, lleno de ira.

Tritón apretó la mandíbula y dio un paso adelante, pero Bronte lo frenó.

—Detente —dijo Bronte con voz calmada, colocando una mano sobre su hombro—. No merece la pena. —Luego miró a Neil—. ¿Y tus amigos? ¿Tienen ellos el casco?

Neil se quedó en silencio. Ya había mentido anteriormente diciendo que el casco se encontraba bajo la lava, no iba a volver a repetirlo.

—¿Sabes qué? —continuó Bronte—. Creo que mientes. Que tus amigos tienen el casco. —Neil se encogió de hombros sin darle una respuesta. Bronte miró a Odell y a Theron, y les indicó con un movimiento de cabeza—. Encontradlos y aseguraos de que lo tienen. Respecto a ti... —Neil volvió a colocarse en posición de ataque creando fuego en sus manos—. Nos vemos pronto, chao —dicho esto desapareció, igual que Tritón.

Neil miró de un lado a otro nervioso y suspiró. Lo único que necesitaba en ese momento era que se alejasen de allí. No quería comenzar una batalla contra ellos estando Adriana tan cerca.

Se giró y miró con preocupación a Hermi.

—Ve a explicárselo —pronunció simplemente.

Hermi lo comprendió y desapareció yendo junto a Lucía, Karan y Gael. Debía informarles con premura de que los estaban buscando, y alejarlos lo máximo posible de la zona.

Neil fue hasta Adriana que permanecía sentada mirándolo con ojos como platos. No parecía asustada, aunque sí nerviosa.

Elin volvió a pasar su mano por su brazo y miró sonriente a Adriana.

—Ya está —dijo cogiendo su mano con ternura—. Puede que estés un poco débil unos días, pero te pondrás bien.

Adriana apretó más su mano y sonrió hacia ella.

—Muchísimas gracias.

Elin se levantó y miró de reojo a Neil, indicándole que se alejaba para darles un poco de intimidad.

Cogió su mano con delicadeza. Los cortes habían desaparecido, así como la herida de su pierna y las quemaduras.

—¿Belenus? —preguntó ella sin comprender.

Neil tragó saliva y asintió con una leve sonrisa.

—Sí —afirmó nervioso.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Y quién es ese? —preguntó directamente—. Lo de Vulcano y Hefesto sí que lo había escuchado, sobre todo Vulcano —bromeó recordando el nombre del hotel de sus padres.

En ese momento, una tos intencionada sonó a pocos metros. Sin duda a Elin también le divertía que Adriana no supiese quién era Belenus pero sí Vulcano.

Neil colocó una mano sobre la de Adriana.

—Está bien, ¿quieres saberlo? —preguntó con una sonrisa. Ella asintió con efusividad—. Los griegos lo llaman Hefesto, los romanos Vulcano, aunque él realmente es celta. Su nombre real es Belenus, aunque, como digo, los griegos y los romanos le cambiaron el nombre. —Se puso serio y miró de reojo a Elin que se había sentado unos metros por delante de ellos, mirando hacia el mar—. Belenus es mi padre.

Adriana lo miró fijamente.

—Ah... Ummm... Sí, eso me ha parecido entender —acabó pensativa. Luego lo miró enarcando una ceja—. ¿Quieres decir que eres hijo de un dios?

—Sí, hijo de un dios y de una mortal —confirmó—. De ahí que haya heredado parte de sus dones. —Colocó la mano frente a él y una pequeña llama surgió de esta.

Adriana lo miró maravillada y, contrariamente a lo que esperaba, una sonrisa brotó de sus labios.

—Es... es increíble.

—¿Sí? —preguntó Neil asombrado por su reacción.

—Sí. Es mucho mejor esto a pensar que habían podido experimentar contigo.

Aquello hizo que Neil desencajase la mandíbula.

Elin se giró levemente.

—Me cae bien. —Rio divertida.

—¿Y tú, Elin? —preguntó ilusionada, como si aquel descubrimiento la fascinase.

Elin se giró hacia atrás con una sonrisa.

—Soy hija de Eir, la diosa nórdica de la sanación —explicó con una sonrisa.

—¿Y tus amigos? —preguntó directamente con ansias de saber.

Neil no salía de su asombro. En absoluto estaba atemorizada, al contrario, no dejaba de sonreír ante aquel descubrimiento y de hacer preguntas una tras otra.

—Hermi en realidad es Hermes...

—Ese me suena —comentó ella con premura.

—Es el mensajero de los dioses. Nos lleva de un lado a otro. Gael —continuó—, es hijo de Poseidón, y Karan lo es de Zeus.

En ese momento sí se le desencajó la mandíbula.

—¿De Zeus? —preguntó esta vez más seria. Estaba claro que ese nombre sí lo conocía.

Elin se giró hacia ella.

—No te dejes impresionar —comentó graciosa—. Intenta aparentar mucho, pero luego...

—¿Luego qué, rubia? —preguntó Karan a su lado, soltando a Lucía.

—Ahh... —gritó girándose y golpeando su hombro—. ¡Para de hacer eso!

Un segundo después Hermi apareció con Gael. Todas las miradas volaron directamente hacia Adriana y luego miraron a Neil con curiosidad.

—Ya lo sabe —les dijo levantándose, tranquilizándolos a todos.

—Como para no saberlo, ¿eh? —bromeó Karan acercándose a ellos con el casco bajo el brazo. Se colocó al lado de Neil y elevó las dos cejas—. La encontraste... —Neil asintió—. Me alegro. —Sonrió hacia ella también—. Bien, ¿qué hacemos con esto? —preguntó señalando el casco.

—Bronte lo está buscando desesperadamente —informó Neil.

—Sí, ya nos lo ha dicho Hermi. —Luego lo observó—. Es bonito.

Gael se acercó a ellos con Lucía cogida por la cintura.

—Lo mejor sería marcharnos lo antes posible de aquí, no vaya a ser que le dé por volver.

—¿Y el casco? —preguntó Karan—. Hermi no puede... —Luego se dio cuenta de que todos lo miraban fijamente y resopló—. Vale, vale... Ya me encargo yo.

—Tú eres el más rápido... —recordó Neil—. No te atraparán.

Karan suspiró y asintió, aunque no estuviese muy conforme con la idea.

—Hay que alejarlo de Nápoles lo antes posible —dijo Gael—. Podríamos dárselo a las ninfas, ellas se han encargado durante milenios de protegerlo...

—¿Y que Tritón vaya a por ellas? Ni hablar —le interrumpió Karan. Miró el casco y suspiró—. En mi casa estará bien protegido.

Todos enarcaron una ceja.

—¿En tu casa? —preguntó Hermi.

—Sí —dijo encogiéndose de hombros—. A ver quién tiene huevos a poner un pie en mi casa sin mi consentimiento —los retó con mirada decidida. Todos parecieron convencidos con aquella propuesta. De todas formas, no se les ocurría otro lugar mejor donde poder esconder el casco y, sin duda, Karan era el más poderoso de todos—. Además —dijo esta vez en un tono socarrón—, tengo una casa muy grande. —Enseñó unos dientes perfectamente alineados—. Lo esconderé bien.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó Neil.

—En Plaka, el barrio de los dioses de Atenas.

—¿Eso no está cerca de la Acrópolis? —preguntó Elin.

Karan asintió y luego sonrió hacia ella.

—Sí, ¿si te quieres venir unos días? —Sonrió de forma provocativa.

Elin enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—Tengo trabajo —contestó molesta.

Karan la miró asombrado.

—¿Por qué siempre estás con la pistola cargada? Era un simple ofrecimiento... —La señaló con la mano—. Es un viaje muy largo a pie hasta Atenas.

—Puedes atravesar el mar Adriático —indicó Lucía.

—Ni loco me meto en el mar con Tritón por ahí. —Se pasó la mano por la cara, agobiado, y chasqueó la lengua—. Subiré por Italia, atravesaré Croacia y Albania, y ya está. Creo que en unas siete horas puedo estar por allí.

—De acuerdo, pues cuando llegues avísanos y nos vemos allí —indicó Hermi.

Karan asintió, luego se giró y resopló mirando hacia el horizonte.

—Encantado de conocerte, Adriana —se despidió con una sonrisa sincera.

—Ve con cuidado y si necesitas ayuda ya sabes... Es un largo camino —insistió Hermi.

—De acuerdo —aceptó Karan.

Sin que nadie se lo esperase, Elin se acercó a Karan y este la miró de reojo.

—Bueno, venga. Si... si te parece bien... Yo tengo que ir hasta Oslo, pero puedo acompañarte parte del trayecto. Hasta el norte de Italia... —se ofreció con voz más tímida—. Así no vas solo —pronunció.

Karan le sonrió y asintió mientras la cogía por la cintura.

—Claro, será más divertido en compañía —le indicó con una sonrisa.

Elin miró a Hermi.

—Te aviso cuando llegue al norte de Italia.

Hermi asintió mientras Neil los observaba con la ceja enarcada, en silencio, con Adriana a su lado.

—En serio —intervino Neil llamando la atención de todos—, vosotros dos tenéis que hacer algo ya. No hay quien os entienda.

Tanto Karan como Elin se giraron hacia él con cara de pocos amigos.

—¡Cállate! —gritaron los dos a la vez.

Dicho esto, con un brazo se aferró al casco de Hades, con el otro sujetó con fuerza a Elin por la cintura y salió disparado.

Los cinco se miraron entre sí. Durante unos segundos se quedaron petrificados observando lo que antaño había sido la ciudad de Nápoles. El paisaje ahora era poco menos que catastrófico.

En ese momento, Adriana tomó conciencia de la envergadura de lo ocurrido, de las vidas que se habrían perdido para siempre. Hasta ese momento no había prestado atención a la ciudad. Notó como sus ojos se humedecían y pudo ver de reojo que Neil la observaba mientras pasaba un brazo por su hombro.

—Debo... debo buscar a mis amigos —susurró—. Y llamar a mis padres.

Neil extrajo su teléfono y se lo entregó mientras la estrechaba contra él.

—Te ayudaré a buscarlos.

—Todos te ayudaremos —se ofreció Gael con una leve sonrisa mientras Lucía y Hermi también asentían.

Comenzaron a caminar hacia la zona del hospital mientras Adriana marcaba con dedos temblorosos el teléfono de sus padres.

## Capítulo 32

Bronte caminó con furia, saltó con premura las raíces que sobresalían en aquel campo muerto y se dirigió hacia la puerta de barrotes que precedía la entrada al inframundo, el hogar de su padre.

La niebla se movía sobre la tierra como si lo acompañase.

Las puertas de barrotes se abrieron antes de que él llegase, chirriando.

Aquel lugar jamás cambiaba, siempre era igual. No le extrañaba nada que su padre quisiese iniciar una guerra contra sus hermanos. Estaba claro que ninguno de los otros dos, ni Zeus, ni Poseidón, harían un cambio por aquel lugar.

Los ladridos del chihuahua llegaron hasta él. Se detuvo, cerró los ojos armándose de paciencia y miró al frente.

—Dile a Cerbero que ni se acerque, hoy no estoy de humor —gruñó.

El pequeño perro llegó hasta él y esta vez la tomó con el pantalón negro tirando de él.

Bronte sacudió la pierna intentando deshacerse del perro, pero este se había enganchado a su pantalón a través de la mandíbula.

—¡Estéropes! —llamó a su hermano con un grito. La silueta de Estéropes apareció caminando entre los árboles marchitos, sin ninguna prisa—. ¡Dile a tu perro que suelte mi pantalón o no respondo de mis actos!

Estéropes caminó despacio, agotando la paciencia de Bronte que no dejaba de agitar la pierna queriendo deshacerse del chucho, hasta que se colocó ante él y chasqueó los dedos.

—Cerbero, ¡basta! —El perro siguió tirando del pantalón mientras gruñía—. ¡Suéltalo! —gritó esta vez, haciendo que lo soltase, aunque comenzó a ladrar de forma efusiva dando saltos de un lado a otro, en posición chulesca.

Bronte arqueó una ceja hacia el perro y luego miró a su hermano negando con la cabeza.

—Lo tienes muy mal educado. No vamos bien, no vamos nada bien...

Estéropes suspiró y miró a su hermano ignorando al perro, aunque este no dejaba de ladrar intentando llamar la atención de los presentes.

—¿Qué noticias me traes? —Bronte se removió inquieto y miró con furia al perro que no cejaba en su empeño de ser el centro de atención—. ¡Cerbero! —gritó Estéropes con tal potencia que el chihuahua brincó y miró a su dueño asustado. Señaló hacia atrás y, esta vez sí, obedeció. De nuevo, devolvió toda su atención hacia su hermano.

—Me temo que no son buenas. —Inspiró Bronte intentando calmarse—. Creo que tienen en su poder el casco de nuestro padre.

Estéropes ladeó su cabeza hacia un lado, inclinando una ceja.

—¿Han conseguido el casco?

—No lo sé a ciencia cierta, pero una de dos: o ha quedado sumergido bajo el magma de Nápoles o han logrado adelantarse, y nos han arrebatado el casco de padre. —Se cruzó de brazos y miró a su hermano—. Aunque me inclino más por la segunda opción.

Estéropes asintió.

—Yo también. —Dio un paso adelante colocándose frente a su hermano—. ¿Los estás

siguiendo?

—Odell y Theron están revisando la ciudad de Nápoles.

—Pero ¿ellos se encuentran allí aún? ¿Gael, Neil, Karan y Elin están aún en Nápoles?

Bronte negó.

—Les hemos perdido el rastro.

Estéropes resopló y miró a su hermano con convencimiento.

—Deben de tenerlo en su poder, si no seguirían en Nápoles. —Lo cogió del brazo con fuerza —. Encuéntralos y hallarás el casco.

Bronte se separó de él de malas formas.

—Eso ya me lo imagino. —Miró a su alrededor. Pese a que ese era su segundo hogar, por más que iba, jamás se acostumbraba a aquella oscuridad, a la niebla, a la muerte que se respiraba en toda aquella zona—. Pero no es tan fácil —admitió—. Estamos luchando contra los hijos de Poseidón, de Vulcano y de Zeus... y luego está la hija de Eir con su estúpido don de curación.

Su hermano lo miró con una ligera sonrisa.

—Verás hermano, yo, a diferencia de ti, sí tengo buenas noticias. —Aquello lo hizo mirar sin comprender—. Ya estamos casi reagrupados.

Una chispa de esperanza surgió en la mirada de Bronte.

—¿Con quién contamos?

—A parte de con los que ya contábamos inicialmente, están dispuestos a servir a nuestra causa los descendientes de Éride, Hécate, Némesis, Selene y Artemisa.

Bronte asintió con rapidez. Aquello inclinaba la balanza a su favor sin ninguna duda. Contar con Odell, hijo del dios de la guerra Ares, y con Theron, hijo del dios de la muerte Tánato, era un verdadero lujo, pero si a ellos dos podían sumarse los descendientes de la diosa de la discordia Éride, los de la diosa de la magia y los encantamientos Hécate, los del dios de la venganza Némesis, los de la diosa de la noche Selene y los de Artemisa, diosa de la caza, casi podía asegurar una victoria completa. Aquel pensamiento hizo que una leve sonrisa inundase su rostro, aunque algo lo perturbó.

—Dijiste que Asim también estaba de nuestra parte. Lo quiero en el campo de batalla —ordenó Bronte.

Estéropes asintió a su hermano.

—El hijo de Horus estará a tu lado cuando llegue el momento. No lo dudes. —Se acercó de nuevo a su hermano con más complicidad—. Todos están deseando recibir tus órdenes —pronunció con más magnificencia—. Nos haremos con el casco de nuestro padre y con el rayo de Zeus.

—¿Y Elin? —preguntó Bronte directamente—. Sabes que la necesitamos. Ella es la parte más importante —le recordó a su hermano.

Estéropes sonrió y colocó una mano en su hombro con confianza.

—Así se hará —sentenció—. Nuestro momento se acerca. Jamás dudes de ello. La guerra se aproxima y nos alzaremos con la victoria.

Bronte colocó una mano sobre el hombro de su único hermano vivo, pues Arges había muerto a manos del descendiente de Vulcano, Neil, y una mezcla de ira y emoción por lo que estaba por venir, lo embargó en aquel momento. No solo estaban dispuestos a proporcionar el lugar que se merecía a su padre y a reivindicar lo que era suyo por derecho de nacimiento, sino que también

podrían vengar la muerte de su hermano Arges.

—Jamás volveré a dudar —afirmó Bronte.

## DOS DÍAS DESPUÉS...

Neil miró a Gael de reojo y luego enarcó una ceja hacia Karan.

—Pero esto es un hotel, ¿no? —comentó mirando de un lado a otro.

Después de que Adriana lograra encontrar a su amiga Marien se había reunido con su familia en Siracusa. Neil la había acompañado hasta la ciudad, aunque había preferido no acercarse al hotel tras lo ocurrido con Bronte. Prefería no aparecer de momento por allí, al menos hasta que Adriana aclarara la situación con sus padres respecto a él.

Hermi los había transportado a todos a Plaka, un antiguo barrio situado en el centro histórico de Atenas, al pie oriental de la Acrópolis.

Karan los miró con sorna.

—Bueno, aquí vivo yo —contestó con desgana.

—¿Y para qué quieres tanto espacio? —siguió preguntando Neil.

Karan puso los ojos en blanco y negó con su cabeza.

Aquella era la casa más espectacular que jamás había visto y eso que solo se encontraban en la recepción, pero ya desde allí podía verse la majestuosidad de la estancia. El mármol blanco del suelo hacía que todo cobrara luminosidad. Del centro del enorme recibidor surgía una ancha escalera que conducía hasta la segunda planta, la cual también se iniciaba con un enorme recibidor donde había una estatua de mármol. Reconocieron de inmediato a Zeus, con la túnica medio caída mostrando parte de su pecho y sujetando un rayo en su mano derecha.

Del amplio distribuidor de la segunda planta dos pasillos se abrían paso, uno hacia cada lado, con numerosas habitaciones aquí y allá. La escalera principal seguía subiendo hasta desembocar en una tercera planta.

Neil lo miró aún asombrado.

—Tío, estás forrado —comentó hacia los hermosos cuadros de paisajes que colgaban de las paredes.

La casa, pese a ser majestuosa, estaba decorada de una forma elegante.

—Con razón podías comprar billetes de avión sin preocuparte —dijo Gael.

Karan se encogió de hombros.

—Vamos, venid —comentó indicándoles que le siguiesen hacia el final del distribuidor.

Cuando pasaron al lado de la puerta vieron un enorme comedor desde donde se disfrutaba de unas vistas espectaculares y un jardín enorme con una gigantesca piscina en su centro.

—Te cuidas bien, ¿eh? —sonreía Neil a su amigo.

Karan sacó una llave y abrió una de las puertas justo cuando una mujer de mediana edad apareció a través de la puerta del comedor.

—Disculpe —dijo la mujer llamando la atención de todos. De facciones amables y gesto simpático, la señora llevaba un moño recogido en su nuca y el delantal puesto—. ¿Sus amigos se van a quedar a comer? —preguntó con una sonrisa.

Karan los miró a todos.

—¿Os apetece?

—Yo me quedo —dijo Hermi directamente.

Todos miraron a Hermi, y Neil se encogió de hombros.

—Pues si tú te quedas, nos tenemos que quedar todos.

Karan asintió hacia la mujer y volvió a girarse hacia la puerta mientras introducía la llave.

—Gracias, Idylla —dijo mientras daba unas vueltas a la llave y abría la puerta.

—¿Tienes servicio? —preguntó Gael—. ¿Te hacen de comer? —preguntó asombrado.

Karan volvió a mirarlos y resopló de nuevo.

—Suelo estar todo el día trabajando.

—Te hacen de comer —insistió Gael.

Karan suspiró y abrió la puerta.

—Cuidado con los escalones —informó mientras encendía la luz de las escaleras que había tras la puerta.

Karan bajó y el resto lo siguió.

Las escaleras eran bastante largas y daban a un enorme sótano.

Encendió la luz mientras se guardaba las llaves en el bolsillo de su tejano.

Aquella zona no estaba decorada. Era una habitación muy grande, al final había una mesa con algunas herramientas sueltas sobre ella y varias cajas arrinconadas en una esquina.

—Os explico —dijo dirigiéndose al final de la estancia donde había otra puerta—. Lo estuve instalando ayer. —Abrió la puerta y se encontraron de bruces con que detrás había otra puerta de metal cerrada. La puerta parecía acorazada y en el centro tenía unos botones con números y sobre estos había dos agujeros—. He instalado un programa de seguridad —explicó—. Para abrir la puerta hace falta primero introducir una cifra de seis dígitos... —Karan pulsó seis de los botones y luego sonó un pitido que él remarcó elevando su dedo. Luego acercó los dos ojos a los dos agujeros y todos vieron como un escáner de color rojo pasaba sobre ellos—. Luego se activa el reconocimiento ocular. Es como un cifrado en dos pasos, está muy de moda.

En ese momento la puerta se abrió.

—Vamos, pasad —dijo entrando él primero.

La habitación era pequeña, en su centro había un pequeño pedestal de hierro y, sobre este, se encontraba el casco de Hades.

Todos miraron alrededor.

—¿Has pensado que Theron puede atravesar las paredes? —preguntó Elin mirando de un lado a otro.

—Sí, y por eso mismo todas están forradas por una fina capa de dos milímetros de plomo. No podrá entrar. —Señaló la puerta—. Incluso la puerta lo está. —La miró sonriente—. Además, si te equivocas en el número o no reconoce mi córnea, te descarga un voltaje de 1.000 voltios de corriente continua a 30 amperios.

Elin enarcó una ceja hacia él.

—¿Eso es mucho?

—Digamos que si no eres yo, acabarás frito —bromeó—. El cuerpo de un humano normal soporta unos 250 voltios como máximo y una corriente continua de 16 amperios —explicó.

Elin se cruzó de brazos y lo miró dubitativa.

—Vale, me parece bien, pero ¿y si te ocurre algo?

Karan chasqueó la lengua y sacó de su bolsillo unas tarjetas que parecían de crédito.

—Con esto podréis acceder —dijo entregando una a cada uno. Les mostró la ranura de la

puerta—. Debéis introducir la tarjeta y luego tendréis el reconocimiento ocular. —Sonrió de forma más abierta—. Eso sí, desde que se abre la puerta hasta que se vuelve a cerrar contáis solo con diez segundos para sacar el casco.

—¿Y si no? —preguntó Neil.

—La puerta se cierra y las paredes y el suelo están electrificados. Además, necesitaría vuestras pulseras —señaló la suya—, las que nos regaló el señor Morris —Les recordó—. Me gustaría sincronizarlas, así siempre que la puerta se abra os saltará una alarma.

Neil paseó por la pequeña habitación iluminada con luces azuladas.

—¿Y todo esto lo has montado tú? —preguntó asombrado.

—Me han ayudado.

—¿Quién? —preguntó Hermi.

—Pues mis trabajadores —explicó como si fuese lo más obvio.

—¿Y no les parece extraño que te montes una habitación así? —insistió Neil.

—Trabajan para mí. Los tengo en nómina. Trabajan sin preguntar y yo les pago cada mes un buen salario —respondió extendiendo los brazos hacia ellos.

Todos resoplaron ante aquel comentario y miraron de un lado a otro, sorprendidos por lo que había hecho.

—Bueno —comentó Elin—, parece que el sitio sí es seguro.

—Te aseguro que lo es —insistió Karan—. La habitación estará electrificada siempre, a excepción de los momentos en que yo introduzca la clave o vosotros la tarjeta... Y recordad, tras el primer paso... escáner ocular y diez segundos, ni uno más...

Todos asintieron y se volvieron para mirar el casco. Con la luz azulada que emitían los focos prácticamente no brillaba.

—De acuerdo —dijo finalmente Hermi—. Pues creo que aquí estará bien. De hecho, nadie en su sano juicio entraría en esta habitación.

—De hecho... —continuó Karan—, nadie en su sano juicio vendría a mi casa sin mi permiso, y mucho menos a robar el casco —acabó con voz excesivamente grave.

—No, desde luego que no... y si encima pones esa voz tan siniestra... —ironizó Elin.

Karan salió de la habitación y todos lo siguieron. Cerró la puerta y tras un par de segundos se escucharon unos golpes y crujidos.

—La puerta es acorazada —remarcó. Metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza—. Bueno, ¿qué queréis hacer mientras preparan la comida?

—A mí me gustaría ver tu casa —dijo Elin sin cortarse un pelo.

Karan se encogió de hombros.

—De acuerdo, vamos. Tendremos para un buen rato con eso...

—Eh... —dijo Neil siguiendo con la broma mientras subían las escaleras—. ¿Y también te limpian? —Karan resopló—. ¿Y te planchan la ropa? ¿Tienes mucho servicio contratado?

Karan no respondió, directamente llegó a la primera puerta, esperó a que todos subiesen las escaleras y cerró, aunque clavó su mirada en la de Neil.

—¿Has vuelto a ver a Adriana? —preguntó echando la llave y guardándola en su bolsillo.

—En cuanto acabemos de comer, iré a verla. Hermi —se giró hacia él—, luego tienes que llevarme a Siracusa.

—Claro. Luego te llevo —comentó.

Neil sonrió hacia él y colocó una mano en su hombro. Hermi había sido su amigo desde que había llegado a este mundo y siempre estaba dispuesto a ayudarlo en todo.

—No vamos a ir al cine, pero iremos a tomar algo, ¿te apuntas?

La sonrisa de Hermi los deslumbró a todos.

—¡Claro!

Neil lo estrechó contra él de una forma cariñosa y dio unas palmaditas en su hombro.

—Además, creo que tiene un par de amigas solteras... —bromeó Neil mientras Karan caminaba por delante de ellos, llevándolos en primer lugar al jardín.

—Ah, no, no...

—Vamos, Hermi —bromeó Karan esta vez—. ¿No vas a echarte novia nunca?

—Eh... Yo no...

—Tiene una amiga... —Rio Gael desde atrás.

Todos se quedaron tiesos como un palo y se giraron hacia él. Elin fue la primera que salió de su estado de shock.

—¿Tienes una amiga? —preguntó asombrada—. ¿Y no lo sabíamos?

—Es solo una amiga... —confesó Hermi con timidez.

—Ya —dijo Karan cruzándose de brazos—, por eso pareces un tomate ahora mismo.

Hermi lo fusiló con la mirada.

—¿Y quién es? —continuó Elin ansiosa por saber.

—Denise —contestó Gael—. ¿De verdad que no lo sabíais? —Parpadeó varias veces—. Es la hija de Iris.

—Vaya, vaya... qué calladito te lo tenías —bromeó Neil—. La hija de la diosa mensajera. ¿Por qué no me sorprende? Hacéis muy buena pareja, claro que sí.

—Salen juntos a corretear a veces —apuntó Gael con una sonrisa.

—He quedado con ella solo un par de veces. Me es bastante difícil verla porque vosotros no dejáis de darme la vara. Hermi llévame a un lado, Hermi llévame al otro...

Todos chasquearon la lengua.

—Vaya, lo sentimos Hermi —comentó Neil—. Dile que se venga a tomar algo esta tarde.

—No, no... —dijo con rapidez—. Está trabajando. De hecho —reaccionó como si lo recordase en aquel momento—, Denise nos está ayudando y está contactando con amigos que están dispuestos a echarnos una mano si la cosa se complica.

—Genial —dijo Neil con una gran sonrisa, aunque luego volvió al tema principal y lo señaló con el dedo—. Nos la tienes que presentar algún día —pronunció animado—. Somos tus amigos —dijo extendiendo los brazos hacia los lados.

—Que solo es una amiga —insistió él—. Además, ella tiene un carácter muy fuerte. Muchas veces discutimos por tonterías, así que no sé...

—Por ahí se empieza —indicó Karan mientras abría la puerta para salir al jardín—. Amigos, discusiones y luego... —dejó la frase sin acabar.

Neil se colocó ante él con una gran sonrisa y luego miró de reojo a Elin.

—¿Tú crees, Karan? ¿Así es como se empieza? —susurró sin que nadie más lo oyese.

Karan lo miró fijamente apretando la mandíbula, captando la clara insinuación de su amigo, de hecho, todos pudieron ver como en ese momento su mirada se intensificaba tanto hacia Neil que en cualquier momento podía dejarlo frito.

—No sé qué manía te ha dado ahora. Mira, porque me caes bien, que si no... —resopló Karan mientras salía al porche.

Elin se acercó a él mirando la espalda de Karan que se alejaba.

—¿Y a este qué le pasa ahora? —preguntó asombrada.

—No lo sé —siguió sonriente Neil, encogiéndose de hombros con inocencia—. ¿Qué tal si vas y le preguntas? —bromeó en tono socarrón.

Elin enarcó una ceja y luego volvió a observar la espalda de Karan.

—No, que se apañe solito —comentó sin darle ya más importancia.

Se giraron y observaron el hermoso jardín.

Neil miró de reojo a Karan, cruzado de brazos a un par de metros de ellos, con la vista al frente, sin girarse.

—Bonito jardín, colega.

Karan lo observó por el rabillo del ojo y asintió.

Al menos ahora tenían la seguridad de que el casco se encontraba en un lugar protegido y que nadie podría acceder a él.

Igualmente sabían que Bronte y sus aliados no dudarían en intentar arrebatárselo.

La lucha no había terminado.

En realidad, no había hecho más que comenzar.

## Capítulo 33

3 MESES DESPUÉS.

Adriana subió la cremallera de su abrigo y se agarró al brazo de Neil mientras caminaban por las calles de Downings, el pueblo natal de Neil.

El golpe que la ciudad de Nápoles había sufrido no era fácil de olvidar, pero gracias a que estaba con él, lo había ido superando poco a poco.

Tras tomar conciencia de la magnitud de lo acontecido, de vivir durante semanas con miedo a una réplica y con la pena de todas las personas fallecidas, los vulcanólogos habían asegurado que el Vesubio volvía a dormir.

Más de la mitad de la ciudad había sido arrasada, sesgando miles de vidas y en una fracción de segundo su vida había cambiado totalmente.

El mundo entero se había volcado con la ciudad y habían comenzado las labores de reconstrucción allá donde el magma ya estaba frío. Otras zonas de la ciudad aún seguían intransitables, pues el magma aún humeaba y los expertos aseguraban que pasarían varios meses más antes de que se enfriase del todo.

Tuvo la necesidad de alejarse de allí, pasar una temporada lejos de aquella ciudad y evadir su mente. Durante las primeras semanas posteriores a la catástrofe apenas había podido conciliar el sueño, pues las imágenes no dejaban de acudir a su mente.

Downings era un pequeño pueblo costero de Irlanda con unas playas y paisajes impresionantes. Si no fuese por el frío que hacía en aquel lugar, sería un verdadero paraíso.

—¿A qué temperatura estamos? —preguntó ella mientras se frotaba las manos.

—Debemos de estar a tres o cuatro grados como mucho —dijo pasando un brazo por encima de sus hombros para acercarla. El efecto de calor que producía Neil, incluso por encima de su ropa, hizo que el cuerpo de ella dejase de temblar—. ¿Mejor?

—Un minuto así y creo que me pondré a sudar. —Sonrió.

Llegaron hasta la casa de Neil y este abrió la puerta dejándola entrar primero. Nada más cerrar encendió la luz y la atrajo hacia él para besarla.

Adriana sonrió mientras se quitaba la bufanda sin separarse de sus labios.

—Aquí se está mucho mejor —afirmó ella mientras se quitaba el abrigo.

La casa no era muy grande, hecha de madera blanca por fuera y tejado de pizarra gris. Lo que más le gustaba era sentarse frente a la chimenea encendida.

Se dirigió hacia el sofá cuando Neil se acercó a la chimenea y, mientras pasaba por su lado, chasqueó los dedos creando un buen fuego. Adriana sonrió tras aquel gesto.

—Entonces, ¿lo llamas o no? —preguntó Adriana subiendo las piernas en el sofá.

—Sí, le hará gracia. —Se sentó a su lado pasando un brazo por encima de sus hombros y cogió el mando a distancia—. ¡Hermita! —Bastaron unos pocos segundos para que este apareciese a su lado, aunque antes incluso de que saludase a Neil, señaló hacia la televisión—. Vamos a ver *Furia de titanes*. Te apuntas, ¿no?

A Hermita le salieron chispitas por los ojos y se tiró directamente en el otro sofá, tumbándose cuan largo era.

—Por cierto, ¿quieres palomitas o algo de beber? —le ofreció.

—No, no, qué va... Estaba en casa de Karan —explicó.

Neil se giró hacia él mientras encendía la televisión.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. El casco sigue ahí —dijo con una gran sonrisa.

—Ya, creo que tenía razón en lo que dijo: ¿quién iba a atreverse a ir a su casa a quitárselo? —

Rio Neil.

Hermi asintió y miró a Adriana.

—¿Y tú que tal, Adriana? ¿Os ha gustado el local? —preguntó.

Ella se encogió de hombros y miró sonriente a Neil.

—Sí, la verdad es que está muy bien. Es pequeño, pero no necesito más. Con una mesa y un par de sillas donde se puedan sentar los pacientes tengo suficiente.

—¿Lo vais a comprar? —preguntó Hermi ilusionado.

Adriana y Neil se miraron unos segundos.

—Mañana tenemos que ir a ver otro —continuó ella mientras Neil accedía a la película que iban a ver—. Estoy ilusionada con abrirme mi propio despacho. En el pueblo no hay ninguno.

—Y ha concertado la semana que viene una visita con la directora del Letterkenny General Hospital. Están buscando psicólogos infantiles —explicó Neil.

—El hospital se encuentra a media hora en coche de aquí —continuó ella explicando a Hermi—. Así que depende de si me contratan y de lo que me ofrezcan, me cogeré el local o no.

Hermi sonrió. Adriana le caía bien. Era una chica encantadora y cariñosa, y siempre estaba dispuesta a que él fuese con ellos a todos los lados.

—Entonces, ¿te quedas aquí? —preguntó Hermi emocionado por su amigo.

Ella asintió.

—Sí —admitió.

—¡Estupendo! —gritó Hermi. En ese momento el móvil de Neil sonó— ¿Pones la película o qué? —preguntó ya con ansiedad.

—La has visto miles de veces —respondió Neil mientras miraba el móvil—. Cálmate.

Hermi miró con fastidio a Neil, aunque luego sonrió a Adriana.

—¿No la has visto? —Ella negó—. Te va a encantar, es un poco fantasiosa... pero mola cuando unos actores te interpretan —Rio.

A Adriana le hizo gracia el comentario de Hermi. Por lo visto era muy fan de aquella película.

—Supongo que debe ser divertido.

Neil miró su móvil y se sorprendió. El mensaje era por el grupo que habían montado tiempo atrás.

**Karan:**

¿Alguien sabe dónde está Hermi?

Estoy gritando su nombre y creo que me ignora.

Rio y miró a Hermi enarcando una ceja.

—Oye, Karan acaba de enviar un mensaje por el grupo preguntando por ti. Dice que te está llamando y lo ignoras.

Hermi se encogió de hombros.

—Llevo toda la tarde con él. Me ha enseñado un montón de nuevos proyectos que tiene. La verdad es que es entretenido —comentó—, pero ahora me apetece ver la película.

Neil suspiró divertido.

**Neil:**  
Hermes está aquí.  
Vamos a ver una película: Furia de titanes.

**Karan:**  
Ahora lo entiendo todo.

**Karan:**  
Pues dile que se ha dejado el móvil aquí.

**Karan:**  
Y que le acaba de llamar una tal Denise 😊

**Karan:**  
Pregúntale si prefiere que lo deje sonar o que conteste a la llamada.

Neil rio ante aquel comentario.

—Karan dice que te has dejado el teléfono ahí...

—Ya iré a buscarlo luego. —Señaló la tele—. Pon ya la película —dijo con impaciencia.

—Ya... Uhhh... —Lo miró divertido—. Dice que te está llamado Denise, y que te pregunte si deja sonar el teléfono o contes...

Se quedó callado cuando Hermi desapareció de inmediato.

Adriana abrió los ojos como platos.

—¿Dónde se ha ido? —Rio divertida ante la última cara de susto que había puesto Hermi—. ¿Quién es esa Denise?

Neil rio.

—Es una amiga, o eso nos dice a todos —bromeó.

Su móvil volvió a sonar.

**Elin:**  
No te cortes Karan y, contesta.

**Karan:**  
He estado a punto de hacerlo.

**Neil:**  
¿Hermi está ahí contigo, Karan?

**Karan:**  
Sí, está aquí.  
Hablando por teléfono con una sonrisa de oreja a oreja.

**Elin:**  
Pero ¿es su novia o no?

Neil se acercó a Adriana mostrándole los mensajes y cuando los leyó comenzó a reír.  
—Menudo cachondeo os traéis —bromeó ella.

**Gael:**  
Karan, si escuchas algo informa.

**Karan:**  
Estoy en ello, pero el capullo se ha alejado. Parece que quiere intimidad.

**Elin:**  
¡Síguele! ¡Síguele! A ver de qué hablan...

Adriana miró a Neil como sonreía hacia el móvil.

—¿Cuándo has vuelto a quedar con ellos?

—La semana que viene. Hemos quedado con unos cuantos descendientes más. Parece que quieren ayudar.

—Eso está bien —apuntó ella—. Cuantos más seáis, mejor.

—Sí, por supuesto —le dio la razón.

Adriana suspiró, se acercó y lo besó en la mejilla, pues en ese momento Neil se había puesto serio. Sabía la gran responsabilidad que cada uno de ellos soportaba sobre sus hombros.

—Todo saldrá bien —dijo acariciando su cabello rubio oscuro.

Neil la miró y una leve sonrisa apareció en su rostro. Su mirada se dirigió a sus labios y luego volvió su atención al móvil.

**Neil:**  
¿Va a volver a mi casa o no?

**Karan:**  
Me parece que no.  
Ha dicho: «Nos vemos en diez minutos»,  
y ha desaparecido.

**Gael:**  
¿Hermi tiene una cita?

**Elin:**  
❤️❤️❤️❤️❤️

**Karan:**  
Me alegro por él.

**Karan:**  
Qué cursilada, rubia.

Elin:

La próxima vez que me llames rubia voy a ir y...

Neil dejó de leer, al fin y al cabo, ya tenía la respuesta que necesitaba. Depositó el móvil sobre la mesa y se recostó sobre el sofá.

—Me parece que Hermi no va a volver —pronunció con una sonrisa y, de nuevo, descendió su mirada hacia sus labios.

Adriana rio.

—Oh, entonces, ¿no vamos a ver la peli? —fingió pena.

Aquello hizo que Neil riese mientras se abalanzaba sobre ella.

—Me parece que no.

Se tumbó sobre Adriana y se fundió con ella en un largo beso.

Ahora, tenía algo más por lo que luchar, y todos ellos estaban dispuestos a hacerlo hasta la extenuación contra todos aquellos que buscaban sembrar el mal y el horror en el mundo.

Crearían un buen ejército y se prepararían para que, cuando el enemigo atacase, no los cogiesen desprevenidos.

La batalla por el tridente de Poseidón la habían ganado Bronte y sus aliados; la batalla por el casco de Hades, ellos. Empate a uno, pero todos sabían que no tardarían en atacar y, cuando lo hiciesen, irían a por todas, igual que ellos.

Una dura batalla por el control del mundo se aproximaba y ninguno de ellos estaba dispuesto a perderla.

FIN

# AGRADECIMIENTOS

Como siempre, en primer lugar quiero agradecer a Ediciones Kiwi que me dé otra oportunidad de seguir publicando con ellos. Siempre es un placer trabajar con vosotros y formar parte de esta gran editorial.

En segundo lugar, a mi pareja Raúl por apoyarme siempre y por aceptar todas mis propuestas de ir a explorar los lugares donde sitúo la novela.

En tercer lugar, a todos los lectores. No me cansaré nunca de repetirlo: es gracias a vosotros que hoy puedo publicar otra novela. De todo corazón, gracias por apoyarme siempre y compartir esta ilusión conmigo.

Un fuerte abrazo.

Mariah.